

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE FILOLOGÍA**  
**Departamento de Filología Española I**  
**(Lengua española y Teoría literaria)**



**LA INTERROGACIÓN EN ESPAÑOL:**  
**SEMÁNTICA Y PRAGMÁTICA**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR**  
**PRESENTADA POR**

**María Victoria Escandell Vidal**

Bajo la dirección del doctor  
Ignacio Bosque Muñoz

**Madrid, 1987**

- **ISBN:978-84-692-0112-1**

M. Victoria Escandell Vidal



\* 5 3 0 9 6 2 7 5 2 8 \*

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

*La interrogación en español:  
Semántica y Pragmática*

Tesis doctoral

Director Dr. Bosque Muñoz

Universidad Complutense

1986

# ÍNDICE

# Í n d i c e

PRESENTACIÓN .....	XXI
--------------------	-----

## PRIMERA PARTE

### LA MODALIDAD INTERROGATIVA

#### Capítulo 1

#### EL CONCEPTO DE INTERROGACIÓN

<i>1.1. Introduucción .....</i>	<i>3</i>
<i>1.2. La modalidad interrogativa .....</i>	<i>4</i>
<i>1.3. Interrogación y pregunta .....</i>	<i>6</i>
<i>1.4. Interrogación directa e interrogación indirecta .....</i>	<i>11</i>
<i>1.5. Interrogación general e interrogación parcial .....</i>	<i>15</i>
1.5.1. La definición de Jespersen .....	20
1.5.2. La caracterización de Tesnière .....	21
1.5.3. La interrogación en la gramática generativo-transformacional .....	25



1.6. <i>Hacia una caracterización formal del concepto de interrogación</i> .....	28
NOTAS .....	33

## Capítulo 2

### LA ENTONACIÓN INTERROGATIVA

2.1. <i>Estatuto gramatical de la entonación contrastiva</i> .....	37
2.2. <i>Rasgos fonológicos, rasgos morfológicos y rasgos sintácticos</i> .....	42
2.3. <i>Patrones interrogativos básicos</i> .....	44
2.4. <i>El significado de la entonación interrogativa</i> .....	46
2.5. <i>Los "universales" entonativos</i> .....	47
2.6. <i>Conclusión</i> .....	49
NOTAS .....	50

## Capítulo 3

### LAS PALABRAS INTERROGATIVAS

3.1. <i>Introducción</i> .....	53
3.2. <i>Necesidad de un análisis unificado</i> .....	54
3.3. <i>Los determinantes interrogativos</i> .....	58
3.3.1. <i>"Qué"</i> .....	58
3.3.2. <i>"Cuánto"</i> .....	60
3.4. <i>Pronombres y adverbios: las proformas interrogativas</i> .....	61

<i>3.5. Interrogativos, indefinidos y relativos</i> .....	65
3.5.1. Relación lógica .....	65
3.5.2. Relación etimológica .....	68
<i>3.6. El significado de las proformas interrogativas</i> .....	73
3.6.1. La selección de la forma adecuada .....	73
3.6.2. Tipos de expresiones referidoras .....	74
3.6.3. Los interrogativos referidos a personas .....	77
3.6.4. Los interrogativos referidos a cosas .....	83
3.6.5. Extensión del análisis propuesto .....	86
<i>3.7. Recapitulación</i> .....	91
<i>NOTAS</i> .....	93

## SEGUNDA PARTE

### SEMÁNTICA DE LA INTERROGACIÓN

#### Capítulo 4

#### LA SEMÁNTICA ORACIONAL

<i>4.1. Introducción</i> .....	99
<i>4.2. Los objetivos de una teoría semántica</i> .....	100
<i>4.3. El objeto de la Semántica</i> .....	104
<i>NOTAS</i> .....	111

#### Capítulo 5

#### TEORÍAS SEMÁNTICAS SOBRE LA INTERROGACIÓN

<i>5.1. Introducción</i> .....	113
--------------------------------	-----

<i>5.2. La interrogación en la Semántica de las condiciones de verdad</i> .....	114
5.2.1. La teoría del conjunto de respuestas .....	117
5.2.2. Valoración .....	123
<i>5.3. La interrogación en la Semántica de las condiciones de uso</i> .....	128
5.3.1. La teoría del imperativo epistémico .....	129
5.3.2. Valoración .....	141
<i>5.4. Los análisis realizativos</i> .....	148
5.4.1. Valoración .....	154
<i>NOTAS</i> .....	161

## Capítulo 6

### EL SENTIDO DE LAS ORACIONES INTERROGATIVAS

<i>6.1. Introducción</i> .....	167
<i>6.2. La noción fregeana de "sentido"</i> .....	168
<i>6.3. Semántica y Lógica</i> .....	171
6.3.1. El metalenguaje de la Semántica .....	171
6.3.2. La representación del sentido .....	174
<i>6.4. El sentido de la interrogación</i> .....	178
<i>NOTAS</i> .....	189

## Capítulo 7

### LA NEGACIÓN EN LAS ORACIONES INTERROGATIVAS

<i>7.1. Introducción</i> .....	193
--------------------------------	-----

7.2. Tipos de negación .....	194
7.2.1. Negación interna y negación externa .....	194
7.2.2. La formalización de la negación .....	202
7.3. Negación y términos de polaridad en las oraciones interrogativas .....	204
7.3.1. Los términos de polaridad positiva .....	210
7.3.2. Los términos de polaridad negativa y negativo-modal .....	215
7.4. El análisis propuesto .....	225
7.5. Interrogaciones negativas sin término de polaridad .....	232
7.6. Conclusiones .....	240
NOTAS .....	249

### TERCERA PARTE

## PRAGMÁTICA DE LA INTERROGACIÓN

### Capítulo 8

### LA PRAGMÁTICA

8.1. Introducción .....	255
8.2. La Pragmática en el pensamiento contemporáneo .....	257
8.3. Objeto y objetivos de la Pragmática .....	262
8.4. Principales orientaciones de estudio .....	264
8.4.1. La Pragmática "de las condiciones de verdad" .....	264
8.4.2. Austin y los predicados realizativos .....	270
8.4.3. Searle y la teoría de los actos de habla ....	282
8.4.4. El Principio de Cooperación de Grice .....	293
NOTAS .....	303

## Capítulo 9

## LA 'NEO-RETÓRICA': HACIA UNA NUEVA PRAGMÁTICA

9.1. <i>Introducción</i> .....	307
9.2. <i>Ventajas de un enfoque retórico</i> .....	310
9.2.1. Insuficiencia de la teoría de los actos de habla .....	310
9.2.2. El uso del lenguaje, forma de conducta intencional .....	315
9.2.3. La relación interpersonal en la actividad lingüística .....	320
9.2.4. El carácter dinámico de la comunicación .....	323
9.3. <i>Antecedentes de esta perspectiva de análisis</i> .....	326
9.3.1. Las primeras aproximaciones .....	326
9.3.2. Los modelos pragmáticos de carácter neo-retórico .....	331
9.4. <i>La Pragmática retórica y su implicación     psicológica</i> .....	336
9.5. <i>Pragmática y Estilística</i> .....	338
9.6. <i>El lugar de la Pragmática en una Teoría     general del lenguaje</i> .....	343
9.7. <i>Semántica y Pragmática</i> .....	350
9.8. <i>Un modelo de análisis</i> .....	354
NOTAS .....	369

## Capítulo 10

## PRAGMÁTICA DE LOS ENUNCIADOS INTERROGATIVOS

10.1. <i>Introducción</i> .....	373
---------------------------------	-----

<i>10.2. El significado de los enunciados interrogativos</i> .....	374
10.2.1. La interrogación, oración o enunciado? .....	377
10.2.2. Las bases del significado pragmático en los enunciados interrogativos .....	383
10.2.3. El valor del contexto en la interpretación .....	393
<i>10.3. Modelos de análisis pragmático de los     enunciados interrogativos</i> .....	401
<i>NOTAS</i> .....	419

## Capítulo 11

### LAS PREGUNTAS

<i>11.1. Introducción</i> .....	423
<i>11.2. ¿Qué es una pregunta?</i> .....	424
<i>11.3. El objetivo de las preguntas y la actitud     del emisor</i> .....	430
<i>11.4. Condiciones de uso de las preguntas</i> .....	437
<i>11.5. Otras propiedades formales</i> .....	445
<i>11.6. El significado de algunos tipos de preguntas</i> .....	449
<i>11.7. Recapitulación</i> .....	455
<i>NOTAS</i> .....	457

## Capítulo 12

### LA INTERROGACIÓN ORIENTADA

<i>12.1. Introducción</i> .....	459
<i>12.2. La negación, marca de interrogación orientada</i> .....	464

<i>12.3. La orientación en las interrogaciones sin negación</i> .....	469
<i>12.4. La interrogación confirmativa</i> .....	473
12.4.1. Condiciones de uso .....	473
12.4.2. Otras propiedades formales .....	479
<i>12.5. La interrogación hipotética</i> .....	483
12.5.1. Interrogación hipotética y <i>subjectio</i> .....	484
12.5.2. Condiciones de uso .....	486
12.5.3. Otras propiedades formales .....	491
12.5.4. Interrogación hipotética y polifonía .....	497
<i>12.6. La interrogación retórica</i> .....	502
12.6.1. Principales propuestas de análisis .....	505
12.6.2. Condiciones de uso .....	508
12.6.3. La inversión de la polaridad en la interrogación parcial .....	514
12.6.4. Otras propiedades formales .....	518
12.6.5. Interrogación retórica y argumentación .....	526
<i>12.7. La interrogación "exclamativa"</i> .....	531
12.7.1. Condiciones de uso .....	533
12.7.2. Otras propiedades formales .....	539
12.7.3. El significado de la interrogación exclamativa .....	542
<i>12.8. Recapitulación</i> .....	543
<i>NOTAS</i> .....	547

## Capítulo 13

### LA INTERROGACIÓN DIRECTIVA

<i>13.1. Introducción</i> .....	553
<i>13.2. Actos directivos y cortesía</i> .....	555

<i>13.3. Principales modelos de análisis</i> .....	559
<i>13.4. Los enunciados directivos impositivos</i> .....	566
13.4.1. Tipos de actos impositivos .....	567
13.4.2. La interrogación en los enunciados directivos .....	577
13.4.3. Condiciones de uso.....	582
13.4.4. Aparentes contraejemplos .....	590
13.4.5. Otras propiedades formales .....	598
<i>13.5. Los enunciados directivos "propositivos"</i> .....	604
13.5.1. Clases de actos propositivos .....	605
13.5.2. Condiciones de uso .....	609
<i>13.6. Las sugerencias con "¿Por qué no...?"</i> .....	618
13.6.1. La ambigüedad de los enunciados interrogativos con "¿Por qué...?" .....	620
13.6.2. Condiciones de uso .....	621
<i>13.7. Recapitulación</i> .....	632
<i>NOTAS</i> .....	635
 <i>CONCLUSIÓN</i> .....	641
 <i>BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA</i> .....	649



*A mis padres*

# PRESENTACIÓN

Aunque el hombre ha sentido desde siempre una especial preocupación por descubrir y comprender el origen, naturaleza y funcionamiento del lenguaje, la Historia de la Lingüística pone claramente de manifiesto que los centros de atención han variado mucho de unas épocas a otras.

En efecto, los primeros estudios de carácter descriptivo de la estructura de lenguas concretas han de situarse ya en el mundo antiguo: hoy conocemos, por ejemplo, las gramáticas de Panini para el sánscrito, o de Dionisio de Tracia para el griego. Pero son, sin duda, las reflexiones filosóficas de Aristóteles las que van a marcar de una manera decisiva la orientación y el desarrollo de los estudios posteriores, que las prolongarán, y con enorme difusión, a lo largo de los siglos siguientes.

El pensamiento medieval concede una particular aten-

ción a las cuestiones conectadas directamente con el problema de la significación de las palabras: recordemos la tan extendida polémica entre realistas y nominalistas. Asimismo, se aborda también con enorme interés todo lo referido a las relaciones entre las proposiciones y su valor argumentativo, tratando de aproximarse al estudio de las conexiones que ligán al lenguaje con el pensamiento.

Esta constante "logicista" que caracteriza a la reflexión lingüística durante la Edad Media va a prolongarse e incrementarse en los siglos siguientes, que conocieron la aplicación, iniciada por Escalígero, de las categorías lógicas de Aristóteles al análisis gramatical. El afán racionalizador de esta época trae como consecuencia los diversos intentos de postular la existencia de una base universal, común a todas las lenguas, tal y como aparece en la Gramática de Port-Royal, y anima el espíritu de la Enciclopedia.

Pero con el Positivismo del siglo XIX decae la -hasta entonces imbatida- primacía de la Filosofía entre las ciencias. Los nuevos métodos propician el estudio histórico de las lenguas que, de la mano de las teorías de Darwin, pasan a interpretarse y a analizarse como si de organismos vivos se tratara, sujetos a las leyes de la evolución. Y la Física, la Matemática y las Ciencias Naturales se convierten en el modelo que debe seguir toda disciplina con pretensiones de cientificidad. Tras muchos siglos de predominio de una orientación filosófica en los estudios sobre el lenguaje, el Positivismo decimonónico

marca el inicio de un proceso de "matematización" del saber, que alcanza también a la Lingüística. Y si hasta entonces lo que había interesado era la relación entre las palabras y las realidades a las que hacen referencia, o el valor argumentativo de las proposiciones, los nuevos derroteros seguidos por la ciencia conducirán a la investigación a concentrar su interés sobre los aspectos estrictamente formales del lenguaje.

Esta es la tónica imperante durante la primera mitad de nuestro siglo. El estudio del significado queda relegado a un plano muy secundario en algunas -no en todas- corrientes estructuralistas. El generativismo, por su parte, defiende una separación de niveles de análisis, y asigna un papel al componente semántico dentro de la gramática; pero durante algún tiempo apenas se ocupa de profundizar en sus características, mientras dedica un enorme interés a todo lo relacionado con las estructuras sintácticas.

En los tres últimos decenios van siendo cada vez más numerosos quienes vuelven a centrar su atención en el estudio del significado. Pero la revolución positivista, como es lógico, no existió en vano; y los presupuestos metodológicos y la teoría del conocimiento han evolucionado considerablemente, de modo que ya no se puede elaborar un análisis del significado con los mismos elementos de antaño.

El presente trabajo quiere situarse dentro de esta última corriente. Creemos que el estudio del significado

es tarea de la Lingüística, que no puede relegarlo a un segundo plano amparándose en el pretexto de que es imposible realizar un análisis de esta naturaleza de un modo científico. Estamos convencidos de que tal estudio *puede y debe* llevarse a cabo. Si los planteamientos anteriores no cumplían los requisitos hoy exigidos a una disciplina científica, o si su descripción no resultaba suficientemente operativa, habrá que renovarlos, que cambiarlos; y sólo si lo intentamos, si proponemos modelos de análisis, y si vamos eliminando sus posibles fallos o deficiencias, podremos estar en condiciones de acercarnos a nuestro objetivo.

Lo que ocurre es que, muchas veces, se ha tratado de analizar el significado -todos los tipos de significado-, usando el mismo aparato metodológico utilizado, por ejemplo, en Sintaxis... Y los resultados fueron, lógicamente, insatisfactorios. Y es que no debe olvidarse que el funcionamiento real de la actividad lingüística -la producción y comprensión de enunciados- pone en marcha una serie compleja de mecanismos diferentes cuyo estudio corresponde sólo en parte al lingüista. Pero, incluso dentro de su ámbito, los aspectos que configuran esta realidad única son distintos: cada uno constituye un nivel autónomo -en el sentido más puramente etimológico, es decir, un nivel con sus propias regulaciones-; y no tiene razón de ser el trasladar unas categorías de análisis de uno a otro de estos niveles. La naturaleza de las explicaciones que se requieren en Sintaxis habrá de ser diferente de la de aquellas que puedan resultar pertinentes cuando lo que se trata de explicar es el significado.

A pesar de que el razonamiento anterior pueda parecer obvio, hemos de ser conscientes de que en ocasiones se han utilizado criterios semánticos o pragmáticos para caracterizar fenómenos exclusivamente sintácticos; y, a la inversa, a veces se da una explicación pretendidamente sintáctica de lo que no es más que una cuestión semántica o pragmática. Y si esto es así con relación a niveles de análisis tan diferentes como éstos, piénsese cuánto mayor será la confusión si nos referimos a tipos diferentes de significado. Por tanto, cuando se trata de emprender un trabajo como el que ahora iniciamos, es absolutamente imprescindible delimitar con la mayor claridad qué tipo de problemas corresponde al ámbito de cada uno de los niveles.

Efectivamente, el objetivo de este estudio es analizar las más importantes cuestiones relacionadas con el *significado de la interrogación directa*. Tiene, por tanto, una doble vertiente y un doble propósito. De un lado, nos ocuparemos de qué es el significado en general, de qué clases de significado pueden existir, y de cuáles debe ocuparse la Lingüística. Esta es la parte teórica del trabajo, y en ella presentamos argumentos a favor de unas determinadas nociones de significado: defendemos la tesis de que la Semántica debe estudiar aquella parte del significado de una forma lingüística que se deriva directamente de su propia configuración estructural; y la Pragmática tratará de aquella otra parte del significado que viene definida por la utilización de esa forma (con el significado semántico que comporta) en un determinado contexto de enunciación. Paralelamente, pero ya del

otro lado, vamos a analizar esos tipos de significado referidos a las interrogaciones, viendo cuál es su base significativa común y cuáles son los diferentes significados que pueden derivarse de su aparición como enunciados en unas situaciones comunicativas concretas. De esta manera, cuando proponemos una determinada generalización o una explicación, podemos pasar inmediatamente a comprobar su validez, su aplicabilidad al tipo de estructuras que nos ocupa. E, inversamente, si la hipótesis propuesta demuestra su operatividad, ello constituye una prueba más a favor de su validez.

Decimos que es importante deslindar adecuadamente los diferentes niveles de análisis. Por ello, el capítulo 1 se dedica al *concepto de interrogación* en cuanto configuración oracional. En él se revisan las diferentes propuestas de definición, evaluando sus ventajas e inconvenientes. Finalmente proponemos una caracterización puramente formal, acorde con el concepto de Sintaxis que defendemos, y que nos servirá de base para edificar luego la noción de significado gramatical.

Dos son los rasgos externos que caracterizan a la modalidad interrogativa. El primero de ellos es la *entonación*, y, más precisamente, la aparición de determinados patrones entonativos. A ella dedicamos el capítulo 2, en el que analizamos su relación con respecto a otros elementos gramaticales. No pretendemos en modo alguno hacer un estudio completo de la entonación fonética, sino que nos ocupamos sólo de los rasgos prosódicos fonológicos, es decir, de aquellos que originan cambios en el



significado, y transforman, por ejemplo, una oración declarativa en interrogativa. La función contrastiva de la entonación se aborda sólo como rasgo formal que nos permitirá definir adecuadamente una estructuración sintáctica, y no por el interés que indudablemente tiene por sí misma.

Seguidamente, y en el capítulo 3, nos ocupamos de las *palabras interrogativas*, cuya aparición en la secuencia es otro de los rasgos antes señalados como definidores de la modalidad interrogativa. Puesto que este trabajo está dedicado fundamentalmente al significado, nos ocupamos de los elementos semánticos que componen la estructura de estas palabras. De este modo, queda puesta de manifiesto la relación profunda existente entre los llamados adjetivos, pronombres y adverbios interrogativos: no deben analizarse de manera separada, porque ello hace perder la perspectiva que nos permite ver cuál es su naturaleza común. También ponemos en relación estos términos con otros cuya significación puede ser próxima, como son los indefinidos y los relativos. Finalmente, nos ocupamos más pormenorizadamente del significado de algunas de estas palabras interrogativas, y del tipo de sistema a que ello da lugar.

La *Semántica oracional* es el objeto del capítulo 4. En él presentamos una primera aproximación general y teórica a los diferentes conceptos de Semántica y señalamos cuál debe ser, a nuestro juicio, la forma que debe tener una teoría de esta naturaleza.

Ya en el capítulo 5 nos dedicamos más específicamente a las *teorías semánticas sobre la interrogación* revisando con detalle las propuestas presentadas desde tres perspectivas metodológicas bien distintas, evaluando en cada caso sus ventajas y sus inconvenientes.

Nuestra propia idea de lo que debe ser el análisis semántico de la interrogación en cuanto estructura oracional queda expresada en el capítulo 6, dedicado al *sentido de las oraciones interrogativas*. Nos basamos para ello en la noción fregeana de "sentido", es decir, la parte del contenido significativo que viene dada por la propia configuración de la estructura significante. Decíamos al principio que ya no puede abordarse el estudio de la Semántica con los mismos elementos de antes. Creemos que el desarrollo de la Lógica simbólica proporciona a la Semántica oracional un método con mayores garantías de científicidad. Téngase en cuenta, además, que este sistema representativo supone, en cierto modo, una conjunción entre dos disciplinas -Matemática y Filosofía- que hasta entonces habían parecido irreconciliables, y que habían polarizado alternativamente a las otras ciencias que componen el conjunto del saber. Valiéndonos, por tanto, de la lógica proposicional como instrumento de representación, proponemos una descripción del sentido de las interrogaciones basada en sus rasgos formales: se trata de estructuras proposicionales abiertas.

Pero si esto es así, resulta extraño que existan *oraciones interrogativas negativas*. A ellas dedicamos el capítulo 7. Las relaciones entre interrogación y negación

son de la mayor importancia, y ayudan a poner de manifiesto ciertos fenómenos, como el de la existencia de dos tipos diferentes de negación, con características semánticas y funcionales bien distintas. De igual manera, se adelanta una explicación puramente formal para el fenómeno de la orientación de las interrogaciones negativas.

Con el capítulo 8 se inicia la parte dedicada a la *Pragmática*. En él presentamos con bastante extensión el estado actual de los estudios pragmáticos, y evaluamos las diferentes aproximaciones hechas hasta el momento.

Para evitar los inconvenientes de los modelos de análisis propuestos en el capítulo 9, postulamos la necesidad de elaborar un *nuevo modelo de Pragmática de naturaleza retórica*, que ponga de manifiesto el carácter dinámico, intencional e interpersonal de la comunicación lingüística. Señalamos también la adecuación de este modelo para abordar objetivos diferentes a los aquí propuestos y dejamos claramente delimitada la frontera entre Semántica y Pragmática.

El capítulo 10 supone ya una aplicación de las ideas propuestas al caso concreto de la *Pragmática de los enunciados interrogativos*. En él justificamos el modelo teórico propuesto, y lo contrastamos con el tipo de explicaciones que se daban anteriormente. De los tipos concretos de significado de los enunciados interrogativos generales directos nos ocuparemos en los tres capítulos siguientes.

En efecto, las *preguntas* son el tema del capítulo 11. Tras haber definido qué entendemos por pregunta, nos ocupamos extensamente del tipo de acto que se realiza cuando la emisión de una oración interrogativa tiene este valor, y de las condiciones que tienen que cumplirse por parte del emisor, el destinatario y el contexto para poder dar lugar a la interpretación como pregunta.

El fenómeno de la *interrogación orientada* se aborda en el capítulo 12. En este tipo de enunciados el emisor no es neutral con respecto a aquello que pregunta. La presencia de la negación tiene un papel muy relevante en este tipo de interpretaciones. Estudiamos cuatro tipos diferentes de interrogación orientada: confirmativa, hipotética, retórica y exclamativa, que se diferencian entre sí por los objetivos que persiguen y por el diferente grado de conocimiento del emisor. Analizamos también las condiciones en que cada uno de estos enunciados adquiere el valor descrito, de modo que podemos predecir, conocidas las circunstancias, la clase de enunciado ante el que estamos.

Algo parecido hacemos en el capítulo 13 sobre la *interrogación directiva*, aquélla que no persigue una respuesta verbal sino una acción. Examinamos primero los tipos de actos directivos de acuerdo con la relación existente entre los interlocutores y con la valoración social que merece el tratar de dirigir al destinatario a realizar la acción solicitada. De acuerdo con esta última condición, existen dos grandes grupos de actos directivos: impositivos y propositivos, cuyas condiciones de uso ana-

lizamos detalladamente. Por último, nos ocupamos de las sugerencias por su innegable relación con los actos directivos.

En el último capítulo, recogemos las más importantes *conclusiones* que hemos podido extraer del análisis precedente en todas las vertientes que hemos abordado, es decir, en su parte teórica (referida a los tipos de significado) y en su parte aplicada (la relacionada con el estudio de la interrogación).

La presente investigación se ha beneficiado en todo momento de la dirección del Dr. D. Ignacio Bosque Muñoz; y no podríamos terminar estas páginas de presentación sin el reconocimiento expreso de todos sus desvelos y de todo cuanto la autora le debe.

*PRIMERA PARTE*

*LA MODALIDAD INTERROGATIVA*

Capítulo 1

# EL CONCEPTO DE INTERROGACIÓN

## *1.1. Introducción*

Resulta obvio afirmar que el primer paso que debe darse al emprender la tarea de analizar algunas cuestiones relacionadas con la interrogación, ha de ser, precisamente, el establecer con claridad un concepto operativo de oración interrogativa, que nos permita explicar, de un modo coherente, sus particularidades formales, su valor semántico y las posibilidades de su uso. Aunque el objetivo del presente trabajo sea proporcionar un análisis detallado de los dos últimos aspectos, parece conveniente, sin embargo, comenzar examinando cuál es la naturaleza de la interrogación desde un punto de vista exclusivamente formal. Para ello -y para ver también en qué medida pueden ser válidas-, revisaremos algunas de las propuestas anteriormente presentadas.



## 1.2. *La modalidad interrogativa*

La primera aproximación de la Gramática tradicional al concepto de interrogación se efectúa a través de la noción de *modalidad*. Desde la época clásica viene repitiéndose la idea de que las oraciones tienen una doble vertiente: un *dictum* y un *modus*. El *dictum* es "el contenido representativo, lo que se dice en cada oración"; el *modus* es "la actitud del que habla con respecto a dicho contenido" (1). Son precisamente las diferencias en esta actitud del hablante las que dan lugar a los distintos tipos de modalidad:

"La oración *Mañana se reunirá la junta* implica por parte del hablante una afirmación que también podría expresarse diciendo: *Creo (Digo, Afirmo) que mañana se reunirá la junta*. *¡Mañana se reunirá la junta!* puede indicar sorpresa, mandato, temor, alegría, etc., según el gesto, la entonación, la situación de los interlocutores o el contexto. *¿Mañana se reunirá la junta?* o *¿Se reunirá la junta mañana?* son preguntas. *Quizá se reúna la junta mañana* indica duda o posibilidad. *¡Ojalá se reúna mañana la junta!* es la expresión de un deseo. El contenido objetivo de la representación psíquica (*La reunión de la junta mañana*) es el mismo en todas las oraciones; pero es diferente en cada una la actitud del hablante al enunciarlo" (2).

Cada una de estas actitudes constituye, pues, una modalidad: se reconoce, entonces, la existencia de una modalidad interrogativa, representada en el texto anterior por la oración

¿Mañana se reunirá la junta?

Examinemos ahora cuál es el criterio propuesto para distinguir entre sí las diversas modalidades. La RAE (1973:353) dice:

"El *modus*, o manera de decir, puede hallarse implícito y deducirse del contexto o de la situación; o puede hallarse explícito en el gesto, las variaciones fonéticas, o los signos léxicos y gramaticales que la lengua posee, entre ellos los modos del verbo, que por esto se llamaron así."

Parece que hay no uno, sino *dos* tipos de modalidad: explícita e implícita. Ello puede plantear no pocos problemas, porque significa que el concepto de *modus* es ambiguo. ¿Cómo decidir, entonces, de qué tipo de oración se trata?

Gili Gaya (1961:41) asume esta dualidad de contenido:

"... nuestras denominaciones no se excluyen entre sí, sino que pueden superponerse. Por ejemplo, una oración *exclamativa* es también

*afirmativa o negativa, dubitativa, exhortativa, etc. Las dubitativas pueden ser a la vez interrogativas (¿Recordarías, quizás, la fecha de mi última carta?). Más que una clasificación lógica, es una enumeración de agrupaciones que se distinguen por algún carácter dominante."*

Estas superposiciones de que habla Gili Gaya son, en realidad, colisiones entre los resultados de la aplicación de -al menos- dos criterios diferentes: uno gramatical, determinado por las reglas de formación de las oraciones; y otro, extragramatical, basado en la situación. Tal vez sería, entonces, preferible hablar de una modalidad exclusivamente formal (determinada por los rasgos lingüísticos que caracterizan a cada enunciado) y otra modalidad conversacional o pragmática (deducible más bien de las condiciones externas que rodean a las oraciones). Parece necesaria una clarificación terminológica que diferencie metodológicamente la "actitud" con consecuencias formales, de aquella otra que sólo se puede derivar del entorno comunicativo.

### *1.3. Interrogación y pregunta*

La idea de modalidad implícita (no manifestada por rasgos externos del enunciado) ha sido recogida, en cierto modo, por la Lingüística anglosajona, que viene mos-

trando un creciente interés por todos los aspectos que se relacionan con las actitudes subjetivas de los hablantes y con el uso apropiado de las locuciones en el discurso, atendiendo, para ello, a todos los factores implicados en el acto comunicativo: queda, así, inaugurado el campo de la moderna Pragmática.

Austin (1962) se da cuenta, por ejemplo, de que, al pronunciar una oración declarativa, el hablante de hecho puede realizar una multitud de actos, tales como afirmar, comunicar, deducir, argumentar, corregir, conjeturar, responder, mencionar, postular, testificar... entre otros. Y con ellos puede, a su vez, pretender de su interlocutor cosas diferentes. Dicho autor indica, entonces, que es preciso diferenciar tres tipos de fuerza, que concurren en todo acto de habla:

- a) fuerza locutiva: lo que se dice;
- b) fuerza ilocutiva: el acto que se realiza al decirlo; y
- c) fuerza perlocutiva: lo que se consigue con el enunciado.

Tradicionalmente se ha admitido -con mayor o menor explicitud- que la relación existente entre los términos *interrogación* y *pregunta* es de sinonimia: como palabras siempre intercambiables aparecen en la inmensa mayoría de las gramáticas.

Hernández Alonso (1970:40) dice:

"... psíquicamente, la interrogación es una duda hacia el contenido total o parcial de la frase, pero con un deseo de disiparla."

De modo análogo, Seco (1967:195) señala:

*"Oraciones interrogativas:* En estas oraciones, la persona que habla vacila entre la conformidad y la discrepancia del predicado con el sujeto, no sólo por razón de ellos mismos, sino por razón de cualquiera de los elementos complementarios de la oración, y manifiesta su perplejidad consultando su juicio con otra persona por medio de una pregunta."

También la RAE (1973:359) afirma algo semejante al decir:

"Cuando nos dirigimos a uno o varios oyentes para que nos resuelvan una duda o nos digan algo que ignoramos, formulamos oraciones interrogativas directas, caracterizadas por su entonación inconfundible. (...). Cuando preguntamos sobre la verdad o falsedad del juicio, la pregunta es *general*."

En la misma línea se halla Contreras (1956-57:67):

"Es sabido que la oración interrogativa es aquélla por medio de la cual se solicita un informe con el deseo de obtener respuesta."

Y en otro lugar, Contreras (Op. cit.:71) añade:

"... desde el momento en que (...) no hay intención de indagar, no se puede hablar de oraciones interrogativas." (3).

La interrogación se concibe siempre como una petición de información. Observemos, sin embargo, algunos ejemplos:

- 1)a- ¿Has llegado bien?
- b- ¿Vamos al teatro?
- c- ¿Puedes pasarme la sal?
- d- ¿Cuántas veces tengo que decirte que te calles?

Ningún hablante español tendría problemas para reconocer que se trata, en todos estos casos, de oraciones interrogativas. En principio y fuera de contexto, la oración 1)a puede pedir una información. En cambio, 1)b ya no lo hace necesariamente, sino que expresa más bien una invitación o sugerencia; 1)c es una petición cortés, que equivale a

- 2)- Pásame la sal, por favor;

y 1)d suele entenderse como un mandato, con el significado de

- 3)- ¡Cállate!

Lo que debe destacarse es el hecho de que una misma estructura formal -precisamente la que todos reconocemos como interrogativa- sirve para realizar actos de habla muy diversos: la petición de información es, efectivamente, uno de ellos, pero no el único. Identificar, entonces, *oración interrogativa* con *demanda de información* resulta claramente inadecuado.

Pero sucede, además, que la inadecuación se manifiesta también en el otro sentido: una información puede obtenerse sin necesidad de formular una oración interrogativa -con un imperativo, por ejemplo; o bien, afirmando algo que sabemos equivocado para que el interlocutor nos corrija y nos informe, entonces, de la verdad...-. Fortescue (1980) señala muy certeramente que la oposición entre *interrogación* y *pregunta* establece entre ambos términos una relación multívoca, y no es más que otra manifestación de la clásica diferencia entre *forma* y *función*.

*Pregunta* será, en adelante, la petición de información expresada por medio de una oración interrogativa. Y puesto que no todas las interrogaciones tienen una fuerza ilocutiva de demanda de información -sino que pueden expresar también mandatos, peticiones, sugerencias... etc.- resulta necesario buscar otro concepto de interrogación independiente de la extensa gama de actos ilocutivos que realiza. Pero antes de emprender esta tarea, examinemos el significado del adjetivo en la expresión *interrogación directa*.

### 1.4. *Interrogación directa e interrogación indirecta*

Todas las teorías gramaticales suelen distinguir entre *estilo directo* ("el que habla o escribe reproduce textualmente las palabras con que se ha expresado el autor de ellas" RAE 1973:516) y *estilo indirecto* ("el narrador refiere por sí mismo lo que otro ha dicho" RAE 1973:516). Esta distinción afecta también, como es lógico, a las interrogativas, y así, se habla de oraciones interrogativas *directas* e *indirectas* (4).

Las que hemos visto hasta ahora pertenecen al estilo directo. En cambio, y como señala Gili Gaya (1961:294)

"En el estilo indirecto se hace depender la pregunta de un verbo de los llamados de *entendimiento* y *lengua* como *saber*, *entender*, *decir*, *preguntar*, *avisar*, *informarse*, etc., p. ej.: *dime si ha venido tu padre; yo averiguaré quién ha venido*. Desaparece la entonación interrogativa y los signos de interrogación. Las oraciones así subordinadas reciben el nombre de *interrogativas indirectas*, tanto si son generales como particulares."

Pero volviendo a la diferenciación entre estilo directo e indirecto, conviene hacer algunas precisiones. Milner (1973:38) señala que

"... el estilo directo es aquel que está ex-



plícitamente definido en el nivel de la competencia lingüística como una reproducción exacta de la comunicación verbal. El *yo* y el *tú* son idénticos referencialmente a los que hablan."

El estilo indirecto, sin embargo, se presta a confusiones. Tomemos el ejemplo que propone Milner (1973):

4)- Edipo dijo que su madre era hermosa

Esa frase es ambigua: puede significar 1) Edipo dijo de un ser (al cual el hablante -pero no necesariamente Edipo- reconoce como madre de Edipo) que era hermoso; y 2) Edipo dijo: "Mi madre es hermosa". La primera de estas paráfrasis es una interpretación *de re*, no textual sino referencial; por el contrario, la segunda es una interpretación *de dicto*. La tradicional idea de estilo indirecto, tal como la hemos recogido más arriba, impide la interpretación *de re*, y, sin embargo, ésta es una posibilidad perfectamente aceptable (5).

En estrecha conexión con ello está el hecho de que no siempre pueda decirse que una interrogación indirecta sea la trasposición de estilo de una interrogación directa. Obsérvense los siguientes ejemplos:

5)a- Juan no sabe dónde están los libros

b- \*Juan no sabe: "¿Dónde están los libros?"

5)b es agramatical si se piensa que la interrogación es-

tá en boca de Juan. El estilo indirecto en la interrogación no puede considerarse como una simple variante del estilo directo. Tampoco parece adecuado hablar de estilo indirecto para todas las declarativas dependientes de verbos de entendimiento y lengua:

- 6)a- Edipo creía que su madre era hermosa
- b- \*Edipo creía: "Mi madre es hermosa"

El estilo indirecto supone, por tanto, una forma diferente de estructuración de los contenidos del enunciado.

Alcina y Blecua (1975:8.4.2.1.) se dan cuenta de estos problemas y señalan que

"... cuando el verbo dominante del enunciado a que se incorpora [la oración interrogativa indirecta] significa preguntar, inquirir, y sólo en estos casos, traspone a un nuevo plano de comunicación una interrogativa total y se mantiene el sentido interrogativo:

¿Ha venido el cartero?

Pregunto si ha venido el cartero

Frente a este único tipo en que hay un cambio del estilo directo al estilo indirecto, en enunciados como

No sabía si había venido el cartero

no se puede reconstruir la pregunta, ni hay posible cambio de estilo de la enunciación. (...). Se trata de un *dictum* incorporado como elemento oracional a un *modus* que comenta la actitud del hablante respecto al contenido incorporado; el *dictum* (...) [es] presentado como problema por medio del *si* comentado por el *modus*."

Aunque la interpretación que proponen estos autores pueda ser, en algunos aspectos, discutible, sin embargo, nos interesa de momento por el hecho de que establecen con notable claridad la diversidad a la que veníamos refiriéndonos.

De otro lado, hay que señalar otra diferencia entre interrogación directa e indirecta, que pragmáticamente es de la mayor importancia: se trata del problema de la fuerza ilocutiva en una y otra. Mientras que la interrogación directa tiene siempre una fuerza ilocutiva (petición de información, sugerencia, mandato, invitación, ... etc.) *por sí misma*, en cambio, la interrogación indirecta la pierde, y se convierte en una parte más del significado de la oración de la que depende. Compárense los siguientes ejemplos:

- 7)a- ¿Quién te lo ha dicho?
- b- Dime quién te lo ha dicho
- c- No me importa quién te lo ha dicho

El primero de ellos es una interrogación directa que pre-

tendé una determinada información; el segundo tiene una fuerza de petición de información radicada en el imperativo *dime* y no en la interrogación indirecta; el tercero carece de toda fuerza como pregunta y queda reducido a una simple aserción.

La diferencia entre estilo directo e indirecto se nos ha mostrado como algo problemático. Puede ser válida si se entiende como un principio de diferenciación distribucional o estructural. Pero no es operativo hablar de discurso relatado, como hemos visto que se venía haciendo hasta ahora. Mantenemos, sin embargo, por su mayor arraigo en la tradición gramatical, el término *directa* para la interrogación formalmente independiente, pero sin olvidar las precisiones anteriores.

### *1.5. Interrogación general e interrogación parcial*

Pero antes de seguir adelante, y volviendo al concepto de interrogación, puede ser conveniente preguntarse por qué tantas gramáticas, y desde perspectivas metodológicas a veces tan diferentes, coinciden en no acertar a dar una noción suficientemente precisa y correcta de ese concepto gramatical. Todas ellas emplean, más o menos indiscriminadamente, criterios tan pronto de tipo formal (por ejemplo, las alusiones a la entonación), como pragmático (las alusiones al uso).

La razón de que esto sea así estriba, a nuestro juicio, en el hecho de que en español, como en otras muchas lenguas, no hay un único rasgo formal que permita caracterizar a todas las interrogativas. Hay otros sistemas lingüísticos, sin embargo, que utilizan una misma partícula o afixo para diferenciar estas oraciones de otras estructuras (6). Así, oraciones como las siguientes no parecen tener ningún elemento de naturaleza sintáctica en común:

- 8)a- ¿Quién ha venido?
- b- ¿Has visto a Juan?

En la primera hay un pronombre de los llamados interrogativos que no aparece en la segunda; por el contrario, en ésta el tonema final es característicamente ascendente, mientras que no ocurre lo mismo en aquélla. Pero sí existe, en cambio, una identidad desde el punto de vista semántico, que abre también la posibilidad de utilizations pragmáticas equivalentes: ambas pueden ser, por ejemplo, demandas de información. De ahí, por tanto, la confusión existente.

El único rasgo común a todas las interrogaciones directas parece ser la presencia en la escritura de los signos de interrogación. Pero éstos no pueden emplearse como notas distintivas puesto que son convencionales y, además, no corresponden necesariamente, como veremos más adelante, a una única modulación entonativa. En este elemento gráfico se basa Moignet (1966:49) -tal vez no sin cierto pesar- para referirse a todo el conjunto formal

de oraciones interrogativas, y diferenciarlas, así, de sus usos discursivos:

"... lo que se llama oración interrogativa -aquella que, en la lengua escrita, se cierra con un signo de interrogación- no corresponde sólo a la necesidad de obtener de un interlocutor una información sobre algo que se ignora (petición de información): puede, asimismo, servir para traducir la incertidumbre del hablante ante un problema que debe resolver o ante un acto que ha de realizar (deliberación); [sirve también] para hacer confirmar algo de lo que se acaba de ser informado y que se acoge con asombro, indignación, diversión, ironía, etc.; puede, en fin, ser un medio estilístico de afirmar o negar con rigor (se habla entonces de interrogación retórica), de ordenar, de formular una hipótesis..."

Veamos primero cómo se caracteriza cada uno de estos grupos por separado, para intentar, más tarde, un análisis unitario.

La distinción fundamental se establece entre interrogación total, absoluta, general o verbal, de un lado, e interrogación parcial, relativa o pronominal, del otro. Veamos cómo explica esta diferencia la RAE (1973:359-360):

"Cuando preguntamos sobre la verdad o falsedad del juicio, la pregunta es *general*; p. ej.:

*¿Recibió usted mi carta?, ¿Conoces a ese señor?* Nuestra pregunta se dirige a saber la conformidad o disconformidad del sujeto y el predicado. La respuesta esperada es *sí* o *no*, u otra expresión equivalente afirmativa o negativa. (...). En las *interrogativas parciales* no preguntamos por el predicado, sino por el sujeto o por cualquiera de los demás elementos de la oración. Al decir, p. ej.: *¿Quién ha venido?* sabemos que *ha venido* alguien, pero ignoramos el sujeto. Estas oraciones llevan alguno de los pronombres o adverbios interrogativos siguientes: *qué, quién, cuál, cuándo, dónde, cuánto y cómo.*"

¿A qué criterio responde esta primera dicotomía? Dado que se identifica la interrogación con la petición de información, la clasificación se establece con arreglo al tipo de información que se pretende con la pregunta: mientras las generales se interesan por la veracidad de todo el juicio o, más particularmente, por el predicado, las parciales lo hacen por otro elemento cualquiera de la oración. La clasificación se basa especialmente en un criterio lógico, en el contenido semántico. Nótese, sin embargo, que hay un principio de caracterización categorial: el juicio entero y el predicado dan lugar a un tipo de preguntas, en tanto que el resto de los argumentos -empleando el significado lógico del término- dan lugar al otro. Esto no implica que pueda hablarse de una clasificación distribucional o sintáctica rigurosa, aunque todos podemos intuir que se trata de

estructuras formalmente bien distintas. Falta, sin embargo, la referencia clara a esas marcas sintácticas diferenciadoras.

Pero sucede que, además, tampoco puede afirmarse que sea una clasificación semántica o lógicamente válida; porque, si bien es verdad que en la mayoría de los casos las interrogativas generales recaen sobre todo el enunciado o sobre el predicado, sin embargo, este análisis no puede extenderse ni siquiera a la totalidad de las preguntas.

Kiefer (1980) señala que hay un tipo de interrogativas generales, a las que él llama "focalizadas", que en realidad se centran en otro constituyente diferente del predicado. Así la oración:

9)a- ¿Se marcha Juan a Estocolmo mañana?,

pronunciada con una entonación interrogativa que no ponga de relieve a ninguno de sus elementos, es una de las llamadas preguntas generales. Pero si se marca con énfasis alguno de los constituyentes

9)b- ¿Se marcha Juan a Estocolmo *mañana*?

c- ¿Se marcha Juan *a Estocolmo* mañana?

d- ¿Se marcha *Juan* a Estocolmo mañana?

su significado está más cerca de una de las llamadas interrogativas parciales, es decir, de aquellas que preguntan sobre otro constituyente diferente del predicado. Ob-



sérvese que una respuesta como

10)- No, se marcha pasado mañana

sólo es adecuada para la primera de las oraciones focalizadas, y no para las otras.

Dos son, pues, las razones que nos mueven a considerar insuficiente la caracterización que se hace de estas interrogativas. La primera de ellas es la inadecuación de la equiparación entre oraciones interrogativas y preguntas, por los motivos ya señalados; la segunda, la imposibilidad de extender el análisis propuesto incluso a todas las preguntas.

Sin embargo, la realidad y la experiencia de hablantes siguen indicándonos que se trata de dos tipos bien diferenciados formalmente. Veamos ahora cómo tratan este tema otras perspectivas metodológicas.

### 1.5.1. La definición de Jespersen

Jespersen se situaba dentro de esta misma línea, aunque tal vez haya un intento más explícito de dar una caracterización formal. Tras señalar que se han dado muchos nombres diferentes a las dos clases fundamentales de interrogativas, propone una solución propia (Jespersen 1924:366):

"Podemos encontrar una terminología inequívoca si recordamos que en la primera clase [interr. general] el objeto de la cuestión es siempre un nexos: el hablante quiere que se elimine su duda sobre si es correcto conectar ese determinado sujeto con determinado predicado. Por tanto, podemos llamar a éstas *preguntas sobre el nexos*. En la otra clase, la interrogación se refiere a una cantidad desconocida en el sentido en que se entiende en las ecuaciones algebraicas; por tanto, podemos usar el conocido símbolo  $x$  para referirnos a lo desconocido, y llamar *pregunta sobre  $x$*  la que tiene por objeto descubrir qué representa  $x$ ."

A pesar de que equipara interrogación y pregunta, la visión de Jespersen es el antecedente más claro de otras concepciones de carácter estructural que se desarrollaron con posterioridad a su obra.

### 1.5.2. La caracterización de Tesnière

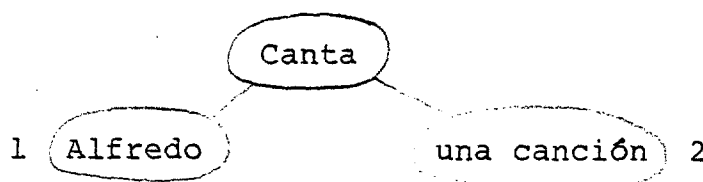
Dentro del estructuralismo europeo la obra de Tesnière es quizá la única que fundamenta y desarrolla una sintaxis estructural más o menos completa. Además, hay que señalar la notable coherencia con que presenta su teoría gramatical (7).

Para Tesnière (1959:191), la interrogación es una actitud intelectual que trata de resolver una duda sobre la exactitud de algo.

"Muchas veces el sujeto hablante ignora si la proposición avanzada es exacta o incluso sabe pertinentemente que no lo es. En el primer caso, su pensamiento no está en reposo y está llevado a preguntarse si la proposición en cuestión es exacta o no. Este estado de suspensión entre los dos términos de una alternativa, y la necesidad que experimenta el espíritu de salir de ella y saber a qué atenerse, constituyen la actitud intelectual de la *interrogación*. Sea interna (...) o sea externa (...) la interrogación se formula en las lenguas por inflexiones tonales particulares llamadas interrogativas."

La enunciación de una idea se constituye por medio de varios elementos denominados *núcleos* en la terminología de Tesnière, como en la oración *Alfredo canta una canción*, representada

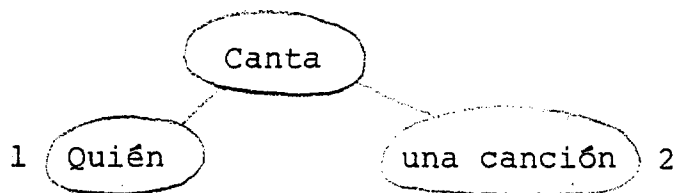
11)- Alfredo canta una canción



Cada uno de esos núcleos puede ponerse en duda, dando

lugar a una interrogación *nuclear*. Esta interrogación se realiza por medio de una palabra vacía -la palabra interrogativa- que será actancial o circunstancial según el tipo de núcleo a que sustituya. Así:

12)- ¿Quién canta una canción?



13)- ¿Qué canta Alfredo?



Cuando la interrogación ha de recaer sobre el predicado, se utiliza un verbo vacío (*hacer*), que toma como segundo actante el interrogativo *qué*.

14)- ¿Qué hace Alfredo?



En muchas lenguas (inglés, ruso, latín, griego, español, ...) pueden aparecer dos núcleos vacíos, y se habla, entonces, de interrogación binuclear:

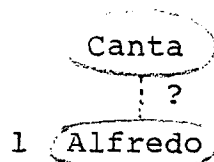
15)a- Who is who?

b- Quis quem veberat?

En cambio, cuando no hay un núcleo vacío sobre el que se interroga, sino que están todos llenos y lo que interesa saber es si hay relación entre ellos, estamos ante una interrogación *conexional* (en español sería tal vez mejor hablar de interrogación conectiva). La representación en "stemmata" es la siguiente:

16)- Alfredo canta

¿Alfredo canta?



La interrogación conectiva se puede marcar por la entonación, la inversión del orden sujeto-verbo, la presencia de partículas destinadas a ello e, incluso, la existencia de algunas lenguas de verbos en forma interrogativa (8).

Hay, pues, un intento de caracterización estructural a partir de una idéntica configuración sintáctica de las oraciones, pero son diferentes el tipo de llenado

de los núcleos o la conexión entre ellos. Debemos precisar que el hecho de que los términos *nuclear* y *conexional* vengan a denotar la misma realidad que las designaciones tradicionales no quiere decir que sean equivalentes: distinto ha de ser su valor ya que distinto es el marco teórico y el sistema conceptual en que se inscriben.

Pero este análisis tiene el inconveniente de identificar también forma interrogativa con petición de información, aunque incluye la llamada interrogación deliberativa que el hablante se formula a sí mismo. Sin embargo, para Tesnière la interrogación es una actitud intelectual de necesidad de salir de una duda, mientras que para nosotros se trata de un tipo de estructura oracional metodológicamente independiente de su significado.

### 1.5.3. La interrogación en la gramática generativo-transformacional

Aunque no pueda hablarse de un solo tipo de corriente generativo-transformacional -como tampoco puede hablarse de un solo estructuralismo-, sin embargo, quienes se han ocupado, dentro del modelo generativo, de la descripción y explicación de las relaciones formales en los enunciados, coinciden en señalar también la existencia de dos tipos de interrogativas, equivalentes a las de la Gramática tradicional (9). Se habla entonces en la Lingüística anglosajona de *Yes/No Questions* (pregun-

tas de sí/no) y de *Wh-Questions* (preguntas encabezadas por uno de los pronombres interrogativos que en inglés se caracterizan por comenzar por *wh-*).

Estas dos denominaciones no responden al mismo criterio: la primera se basa en el tipo de respuesta esperada; la segunda, en la presencia de un determinado morfema en la frase interrogativa. Para unas se utiliza una caracterización distribucional de todo el enunciado con respecto a su respuesta; para las otras se emplea un rasgo formal del propio enunciado.

Si bien es verdad que esta clasificación se funda en consideraciones de tipo formal, y no de tipo semántico, sin embargo, presenta también algunos inconvenientes. El primero de ellos puede ser el hecho de que utilicen dos criterios diferentes. Si la clasificación resultase válida, lo que acabamos de apuntar no tendría interés más que como una anecdótica observación de purista metodológico. Sin embargo, la realidad es que surgen una serie de problemas a la hora de poner a prueba la operatividad de esta distinción. De un lado, no puede afirmarse que las interrogativas del primer tipo se contesten necesariamente con *sí* o *no*. Como señalaba Pottier (1970:104), a una pregunta como

17)- ¿Come?

se puede responder permaneciendo en el dominio de la formulación -o sea, con *sí* o *no-*, o situándose en el de la designación -diciendo, por ejemplo, *bebe-*.

Más grave, sin embargo, es la objeción de los pragmatistas. Hemos señalado la existencia de lo que Kiefer (1980) llama interrogativas generales focalizadas. También apuntábamos que no pueden responderse con un simple *sí* o *no*, sino que lo adecuado conversacionalmente es añadir algo más de información sobre lo que, en realidad, pretendía averiguarse con la pregunta.

Pero sucede, además, que hay interrogativas que no buscan una respuesta verbal, sino una acción del oyente. Un *sí* o un *no*, si no van acompañados de la conducta que el hablante pretendía obtener, pueden resultar inadecuados y poco corteses. Esto es lo que ocurre con algunas de las interrogativas que son peticiones indirectas o mandatos:

- 18)a- ¿Puedes pasarme la sal?
- b- ¿Tienes cambio de mil?
- c- ¿Quieres callarte de una vez?

Todas ellas piden una acción, no una respuesta verbal. El mismo fenómeno se da cuando se pretende obtener no tanto ya una conducta determinada, sino una información detallada, pero la petición se formula como interrogativa general. Es el caso de oraciones como:

- 19)a- ¿Puedes describirnoslo?
- b- ¿Puedes decirme a qué hora sale el último tren?

Responder sólo con un *sí* resulta inadecuado porque no se



proporciona la información que se pedía en realidad; responder con un *no* es más bien grosero y sólo puede entenderse como signo evidente de una clara voluntad de no colaborar: una respuesta negativa estricta parece indicar que el hablante sí podría dar esa información pero no quiere hacerlo.

De lo anterior puede, pues, sacarse la conclusión de que hay que utilizar el criterio distribucional fundado en la respuesta con enorme cautela. Hemos visto que en no pocos casos responder con *sí* o *no* puede resultar inadecuado. No por ello deberemos decir que se trata de un tipo de interrogativa diferente, al menos en cuanto a la forma sintáctica. Habrá que buscar, entonces, una clasificación que se base en características formales de las propias oraciones.

### *1.6. Hacia una caracterización formal del concepto de interrogación*

El repaso de las clasificaciones más extendidas no parece habernos conducido a encontrar una caracterización de las oraciones interrogativas que fuera suficientemente convincente. Parece evidente que la raíz de esta dificultad se halla -como ya hemos apuntado más arriba- en el hecho de que en español, al igual que en otros muchos idiomas -pero no en todos (10)-, no hay un único rasgo formal que pueda oponerlas en su conjunto a los otros tipos de oración. Sin embargo, y frente a esto,

desde el punto de vista del significado sí parece poder encontrarse ese carácter unitario y diferenciado (11).

Ahora bien, el recurrir a nociones de naturaleza semántica para fundamentar una diferenciación o una semejanza sintáctica no es metodológicamente admisible. Pero es que, además, resulta que se confunden los términos: cuando se habla de ese significado común a todas las oraciones interrogativas, a lo que se hace referencia, en realidad, es a una de las posibilidades de uso de un enunciado interrogativo, y no a los elementos significativos característicos de la oración interrogativa como unidad de naturaleza gramatical.

Por tanto, si lo que queremos es encontrar una definición estrictamente gramatical, debemos, necesariamente, construirla sobre unidades y rasgos de orden formal, y no sobre alusiones, más o menos acertadas, a uno de sus posibles usos pragmáticos.

Para ello, hemos de partir de la ya clásica distinción metodológica entre las reglas que constituyen el sistema abstracto y formal de la lengua, de un lado, y la realización concreta que de ellas hagan los hablantes en su uso del lenguaje, del otro. Ello nos remite a dicotomías tan conocidas como la de Saussure (*langue/pa-rola*), o la de Chomsky (*competencia/actuación*) (12).

Pues bien, las oraciones son entidades pertenecientes al dominio de la *langue* o la *competencia*; es decir, son un tipo de unidad abstracta formada según las reglas

de la Gramática. Puesto que no están actualizadas, no puede hablarse de que en el uso tengan uno u otro significado porque, como hemos visto, éste depende, en una gran medida, del contexto de emisión, y ello nos situaría, por tanto, en el terreno de la *parole* o la *actuación*. Los únicos criterios posibles para una caracterización sintáctica son aquellos que se refieren al tipo de constituyentes empleados, a las relaciones entre ellos, al orden de palabras o a los rasgos prosódicos imprescindibles (13). Las fronteras entre una oración y otra vienen determinadas por las propias reglas gramaticales de acuerdo con sus propios criterios también gramaticales.

De otro lado, denominamos *enunciado*, siguiendo a la mayoría de los pragmatistas, a la actualización de una oración (14). Se trata ya, por tanto, de una unidad de discurso, empleada por un hablante concreto en una situación concreta. Cada aparición de una misma oración constituye un enunciado diferente porque han sido también diferentes las condiciones de enunciación. De los enunciados sí podemos decir que en aquella ocasión se usaron con tal o cual significado: así, de un determinado enunciado interrogativo, por ejemplo, podemos decir que fue una petición de información, porque el serlo, o no, está en una estrecha relación de dependencia con respecto al contexto.

Aceptemos, pues, que sólo es metodológicamente correcto emplear criterios formales, del tipo de los que hemos hablado más arriba. Hemos visto también que no hay un único rasgo. Sin embargo, nuestra intuición como hablantes se resiste a aceptar que las llamadas *interro-*

*gativas generales* y las *parciales* no constituyan una misma clase a pesar de no compartir ningún rasgo. Surge, entonces, inmediatamente la siguiente cuestión: si admitimos que existe efectivamente una identidad básica en el plano semántico, parece igualmente necesario admitir que ese significado compartido no debe ser más que el resultado de cierta marca formal también compartida; y, sin embargo, hemos comprobado que esa marca común no existe.

El razonamiento anterior, tal y como está planteado, nos conduce, evidentemente, a un callejón sin salida. El error debe situarse en la pretensión de establecer una relación biúnívoca entre un rasgo formal y un significado. Porque los hechos demuestran que el contenido semántico interrogativo no se expresa por medio de un solo tipo de marca formal, sino por una peculiar conjunción de rasgos que afectan a los diversos componentes de la Gramática.

En efecto, dentro del nivel fonológico hay que considerar la aportación de determinados esquemas entonativos, en particular, la presencia o ausencia de un tonema final ascendente, y, en algunos casos, de dos grupos fónicos, el primero de los cuales es ascendente y el segundo, descendente; desde el punto de vista morfológico es también la presencia o ausencia de ciertas palabras, que suelen conocerse con el nombre de adjetivos, pronombres y adverbios interrogativos; y, finalmente, en el plano sintáctico es importante la posición preverbal o postverbal de esas palabras interrogativas. Las

distintas estructuras interrogativas son el resultado de hacer diferentes combinaciones de estos elementos. Pero, sin duda, lo más destacable es que tales elementos no funcionan aisladamente, sino de manera conjunta y sistemática (15): el papel del patrón entonativo es fundamental cuando no aparece ninguna palabra interrogativa delante del verbo, es decir, cuando no hay una suficiente caracterización morfológica (16). En los capítulos que siguen hablaremos de la contribución de cada uno de los rasgos formales al significado de la oración de la que forman parte.

## Notas

- 1- Son palabras de Gili Gaya (1961:39-40). Puede verse también RAE (1973:353).
- 2- El texto procede de RAE (1973:353). Compárese con el ejemplo paralelo de Gili Gaya (1961:39-40).
- 3- La lista de citas semejantes podría hacerse interminable. Esta misma opinión está en Tesnière (1959) y Py (1977), entre otros. Lo que nos interesa es dejar constancia de la extensión de esta idea.
- 4- Sobre la interrogación indirecta en español véase Bosque (1982).
- 5- En ocasiones se relaciona el problema de las interpretaciones *de re* y *de dicto* con el de la *opacidad referencial* en el sentido en que habla de ella Donnellan. La oración

Smith está buscando *al decano*

puede interpretarse de dos maneras, según Smith busque a una determinada persona, de la que sabe es decano (interpretación referencial); o busque al que ostenta tal cargo sin conocer su identidad (interpretación opaca). De modo análogo, al reproducir palabras de otros o al hablar de sus creencias o intenciones, no necesariamente se emplean las palabras exactas (interpretación opaca), sino que se construye una expresión referencialmente equivalente. De

ahí puede surgir gran número de malentendidos.

- 6- Pueden verse ejemplos en Ultan (1969).
- 7- No podemos detenernos en exponer los fundamentos y la metodología de este autor, cuyas teorías son, por otra parte, suficientemente conocidas. Véase, sin embargo, su sistema en Tesnière (1959).
- 8- No quiere decir que deban existir estas cuatro marcas en todas las lenguas. El finlandés, por ejemplo, carece de entonación interrogativa; el español no tiene inversión obligatoria en las interrogativas generales, mientras que el alemán sí; el latín y el ruso suelen utilizar -al menos casi siempre en la lengua escrita- una partícula; finalmente muy pocas lenguas, como el groenlandés, tienen una forma verbal específicamente interrogativa.
- 9- No puede citarse un autor como claro exponente de esta posición porque aparece en casi todos ellos. Puede verse, por ejemplo, la historia de los estudios generativistas sobre la interrogación que hace Malone (1978).
- 10- Véase Greenberg (1963).
- 11- No vamos a entrar en este punto a discutir cuál es esa identidad semántica, ya que sobre ella habremos de volver con más detalle en los capítulos siguientes.
- 12- Los conceptos de *langue/parole* y *competencia/actuación* no pueden considerarse idénticos porque cada uno de ellos pertenece a un marco teórico diferente, que le asigna un papel también diferente dentro

de su teoría. Lo que es importante, a este respecto, es señalar la coincidencia -parcial, pero de enorme relevancia- entre las corrientes estructuralistas y las generativistas. Dentro de las primeras habría que reseñar igualmente la propuesta de Coseriu *lengua/norma/habla*.

- 13- La entonación, como veremos más adelante, no es exclusivamente un elemento de la actuación, sino que es uno de los constituyentes del sistema gramatical.
- 14- Más adelante abordaremos con mayor precisión el concepto de *enunciado*. Para el presente propósito, valga lo dicho hasta aquí, sin la pretensión de que sea una definición formal.
- 15- Puede verse idéntica idea en Hölker (1981).
- 16- Puesto que en el presente estudio no vamos a hablar de los aspectos formales de la interrogación, no insistiremos más en este asunto. En nuestra Memoria de Licenciatura presentamos con detalle todas las cuestiones relacionadas con la caracterización estructural de la interrogación. La bibliografía es amplísima, y en dicho trabajo pueden hallarse los títulos más relevantes.



Capítulo 2

# LA ENTONACIÓN INTERROGATIVA

## *2.1. Estatuto gramatical de la entonación contrastiva*

Aunque algunos autores contemplan con cierto escepticismo la posibilidad de un estudio de la entonación dentro del sistema lingüístico -Martinet, por ejemplo, es uno de ellos (1)-, sin embargo, todos reconocen que las marcas fónicas suprasegmentales tiene un papel decisivo, y son capaces, por sí solas, de producir diferencias muy notables entre cadenas de constituyentes semejantes, especialmente el cambio de oración declarativa en interrogativa.

Casi todas las gramáticas dedican un capítulo importante a la descripción de la entonación interrogativa (2). En realidad, no se habla de un solo tipo de modulación, sino de varios. Esta diversidad suele explicarse diciendo que la entonación es el rasgo lingüístico que se encuentra más cerca de los "estados psicológicos" (3), y, por tanto, es el componente que más acusa sus variaciones. Y sucede, además, que la interrogación,

como ya hemos visto, recubre diferentes actos ilocutivos, cada uno de los cuales se puede diferenciar de los demás por un esquema melódico peculiar.

Merece la pena destacar, sin embargo, las ideas de Lyons, que viene manteniendo desde hace tiempo una opinión clara y firme en contra de la consideración de la entonación como un rasgo distintivo en el nivel de la oración. Así, en Lyons (1981:141-142), tras haber señalado los otros medios léxicos (la presencia de determinados constituyentes) y sintácticos (cierto orden de palabras) que pueden utilizar las distintas lenguas para establecer la oposición entre interrogativas y declarativas, afirma:

"Se dice a veces que hay otra forma de distinguir las declarativas de las interrogativas: por medio de la entonación. Seguramente, sin embargo, este tipo de diferencia de entonación, que en muchas lenguas distingue las preguntas de las aseveraciones, habría de atribuirse no a la estructura oracional en sí misma, sino al proceso y a los resultados del enunciado. Esta es la consideración adoptada aquí. Esto significa que existen lenguas (español, italiano, griego moderno,... por citar sólo algunas de las lenguas europeas más familiares) en que no hay diferencia en el nivel de la oración entre declarativas e interrogativas del tipo ejemplificado por 'La puerta está abierta' o 'Está abierta la puer-

ta' y '¿Está abierta la puerta?' o '¿La puerta está abierta?'.

Las oraciones que son gramaticalmente neutras con respecto a la distinción entre declarativas e interrogativas (pero que se pueden usar adecuadamente en el enunciado de aseveraciones o preguntas de un modo indistinto) son las únicas oraciones cuyo significado se agota en su contenido proposicional."

En primer lugar, se diría que es difícil aceptar que un cambio tan importante desde el punto de vista de la estructura semántica de la oración no se deba a ninguno de sus elementos sino a la simple contextualización con uno u otro esquema entonativo. Es decir, no se entiende bien que una interrogativa y una declarativa, por ejemplo, no se diferencien *formalmente* en nada y, sin embargo, puedan dar lugar a representaciones semánticas tan diferentes como las que cualquier hablante nativo es capaz de reconocer intuitivamente, y sobre las que hablaremos con más detalle en el capítulo correspondiente.

Pero parece claro que la diferencia entre ambos tipos no es de la misma naturaleza que aquella otra que se establece entre los diferentes actos ilocutivos que pueden realizarse con una misma estructura gramatical. Y por ello, tampoco se entendería que las oraciones interrogativas puedan funcionar pragmáticamente como aserciones de signo contrario al que expresan (es el caso, por ejemplo, de las interrogativas retóricas) *a pesar de* conservar lo que, según Lyons, sólo sería un rasgo prosó-

dico de la enunciación, con una interpretación opuesta a la de la declarativa correspondiente. Parece, pues, que conviene matizar.

Hay que reconocer que el recelo de algunos lingüistas, entre ellos Lyons, con relación a estas cuestiones es comprensible si se piensa que habitualmente se incluyen en un sólo término *-entonación-* realidades muy distintas, pero no siempre fácilmente separables.

De un lado, habría que colocar todas aquellas inflexiones particulares que pueda hacer un hablante concreto en una situación de habla concreta, y que no contribuyen más que a precisar el uso pragmático de una oración. Estos rasgos sí deben situarse en el nivel del enunciado y no han de ser incluidos en la gramática.

Ahora bien, lo dicho anteriormente no implica que haya que negar un estatuto fonológico a la entonación. En efecto, las peculiaridades de cada enunciación no deben hacernos olvidar el hecho de que pueden distinguirse fácilmente ciertos patrones entonativos abstractos que están *indisociablemente* unidos a los diferentes tipos oracionales, de tal modo que un cambio en ellos produce automáticamente, y sin posibilidad ni de elección ni de gradación por parte del emisor, un cambio en la consideración gramatical de la estructura.

En este sentido, es necesario advertir que el hecho de recurrir a un planteamiento basado en la abstracción de determinados rasgos para formar, a partir de

ellos, una entidad de naturaleza ideal no es, en modo alguno, un procedimiento extraño en los estudios lingüísticos en general y en especial en los fónicos: así, al igual que la Gramática defiende la existencia de los fonemas como unidades ideales formadas por un conjunto de rasgos fonológicos pertinentes, independientemente de las realizaciones concretas de tipo expresivo o dialectal que puedan hacer los hablantes, del mismo modo debe admitirse la existencia de patrones entonativos abstractos con función contrastiva. Lehiste (1970:83) así lo señala al decir

"El término *entonación* se refiere a la función lingüísticamente significativa de la frecuencia fundamental en el nivel de la oración"

Nos situamos también, por ello, en la línea de Crystal (1969:254), quien afirmaba que

"Una estructura gramatical dada tiene una correlación regular con un modelo determinado de entonación; un cambio en la entonación produce una nueva interpretación de la estructura sintáctica, sin que sea necesario ningún elemento morfológico."

Las curvas de la entonación -entre ellas las de la entonación interrogativa- son lo suficientemente características como para evitar, en la inmensa mayoría de los casos, las confusiones. Esta diferenciación es la que pone de manifiesto Halliday (1973:31):

"... en las lenguas no tonales la entonación no produce contrastes léxicos, sino gramaticales. La entonación no forma un sistema de naturaleza diferente, sino que tiene una clara función contrastiva." (4)

## *2.2. Rasgos fonológicos, rasgos morfológicos y rasgos sintácticos*

De otra parte, parece existir una ley lingüística que establece que los rasgos morfosintácticos y los fonológicos deben aparecer en la oración en razón inversa: en efecto, cuanto mayor es la caracterización segmental o combinatoria de una oración, menor suele ser su caracterización entonativa, y viceversa (5).

Ya Romportl (1955:87) afirma que el uso de palabras interrogativas puede excluir la presencia de la entonación en muchas lenguas, aunque no siempre. Como señala Siebrtsema (1962), es más fuerte la situación de los rasgos de tipo morfológico y su ordenación sintáctica que la entonación: ello explica que una afirmación pueda convertirse en pregunta por un cambio de entonación, mientras que las interrogativas que lo son por la presencia de rasgos morfosintácticos no admiten tal cambio.

Quilis (1981:382) apoya esta idea al apuntar que

"... podemos decir que si el significado de un

enunciado está indicado de un modo suficientemente claro por el texto (palabras y estructura gramatical), la entonación no desempeña prácticamente ningún papel; pero si el sentido no está suficientemente indicado en el texto, la entonación funciona a pleno rendimiento."

Flydal (1964) estudia precisamente esta relación entre rasgos léxicos, sintácticos y entonativos. En muchas lenguas, como en polaco (aunque no en español), existe la posibilidad de elegir entre dos flexivos diferentes:

- a) temático, es decir, manifestado en la sustancia fonémica por la partícula *czy*; o
- b) extratemático, manifestado en la sustancia prosódica.

Cuando aparece la partícula, la entonación resulta redundante y puede prescindirse de ella.

La expresión de la afectividad del hablante, la posibilidad de dar cabida a actos ilocutivos diversos, y ese principio de equilibrio de recursos que acabamos de señalar, son tres importantes factores que complican la naturaleza de la entonación interrogativa. Ello, sin duda, dificulta las generalizaciones, pero no las impide.



### *2.3. Patrones interrogativos básicos*

Los trabajos que consideran que es posible incluir en la Gramática el análisis de la entonación contrastiva -es decir, de aquella que produce diferencias estructurales-, suelen señalar la existencia de dos patrones interrogativos básicos: uno, para las interrogativas generales; y otro, para las parciales (6).

El primero es el que caracteriza a las oraciones interrogativas que no se diferencian por otros medios -léxicos o sintácticos- de las declarativas correspondientes. Así, frente a las oraciones

- 1)a- Hoy empiezan las vacaciones
- b- Juan ha llegado tarde

que, según el análisis de niveles (7), responden al esquema

/ 1 2 1 1 ↓ /,

con una juntura terminal descendente precedida de dos niveles bajos, las oraciones

- 2)a- ¿Hoy empiezan las vacaciones?
- b- ¿Juan ha llegado esta tarde?

se caracterizan por un patrón entonativo

/ 1 2 1 2 ↑ /,

con una juntura terminal ascendente precedida de un nivel medio.

El segundo de esos patrones -suele decirse- caracteriza a las interrogativas parciales, que ya llevan una marca específica, como son los pronombres y adverbios interrogativos, en oraciones como

3)a- ¿Quién ha venido?

b- ¿De dónde lo has sacado?,

que responden al esquema

/ (1) 2 1 1 ↓ /,

con juntura final descendente precedida de dos niveles bajos (8).

Este patrón no difiere del descrito para las oraciones declarativas. La razón de que esto sea así resulta evidente si se piensa que, como dijimos más arriba, los rasgos de tipo léxico, morfológico o sintáctico tienen en la lengua una situación jerárquicamente superior a la entonación. Por ello, cuando una oración está ya suficientemente caracterizada por alguno de estos otros medios, el papel de la entonación se limita al de ser mero soporte físico del enunciado.

Parece, entonces, que, en lo que a la interrogación

se refiere, hay un único patrón entonativo de función auténticamente contrastiva, capaz de producir por sí solo un cambio gramatical.

## *2.4. El significado de la entonación interrogativa*

No son pocos los lingüistas que tratan de relacionar este final ascendente de las interrogativas con la entonación suspensiva. Dicha similitud se explicaría atendiendo a que en ambos tipos de estructura se expresa algo incompleto en lo que al significado se refiere. Bolinger (1975:49) señala que

"... lo que está incompleto va hacia arriba y lo que completa, hacia abajo. La alternancia de tensión y relajación es básicamente gestual (...) como levantar las cejas."

Esta opinión la comparte Quilis (1981:396), quien dice que son razones psicológicas las que justifican que

"... en la mayoría de las lenguas se realice un descenso del fundamental en los enunciados declarativos, en las órdenes, etc., que son enunciados finitos, y que el fundamental sea ascendente en la frase implicativa, interrogativa, etc., que son enunciados no finitos. Ahí lo universal y lo motivado de la

entonación." (9)

El problema que puede plantear esta concepción radica en que está claro por qué no aparecen estos mismos rasgos en la interrogación parcial, que comparte también ese carácter incompleto o no finito. No es nuestro propósito entrar en la discusión de esta idea, sino simplemente dejar constancia de la existencia de una zona oscura sobre la que convendría que nuevos estudios proyectasen más luz.

## *2.5. Los 'universales' entonativos*

El análisis comparado de diferentes lenguas pone de manifiesto la existencia de algunas tendencias generales en lo que la papel de la entonación se refiere. A estos rasgos, comunes a un número muy elevado de lenguas emparentadas, y que provienen de una estructuración similar de la materia lingüística, suele dárseles el nombre de *universales*.

Resumiremos aquí los resultados de los estudios de Greenberg (1963) y Ultan (1969).

- 1- Las lenguas con preposiciones siempre presentan un esquema de entonación especial -generalmente ascendente- que diferencia las oraciones interrogativas de las decla-

rativas correspondientes.

- 2- Las lenguas con posposiciones *suelen* tener también ese patrón entonativo característico, aunque algunas lo sustituyen por el uso de partículas (finlandés *ki*, árabe *ha*).
- 3- En las lenguas con entonación interrogativa distintiva, ésta se perfila sobre todo al final y nunca exclusivamente al principio.
- 4- Todas las lenguas con entonación interrogativa descendente son posposicionales.

De todo ello puede deducirse, por ejemplo, que las lenguas posposicionales aparecen como un grupo bien diferenciado en lo que a su comportamiento con respecto a la entonación interrogativa se refiere. En efecto, todas las lenguas que no marcan entonacionalmente las estructuras interrogativas son siempre posposicionales -aunque ello no implica que todas las lenguas posposicionales hayan de carecer de esos tonemas diferenciadores-. Además, las lenguas con posposiciones son las únicas que pueden caracterizar las interrogativas por medio de un esquema melódico descendente.

## *2.6. Conclusión*

La entonación tiene una función sistemática dentro del código lingüístico. De ello no ha de inferirse que deba ser necesariamente descriptible por medio de oposiciones binarias y de rasgos distintivos. Al ser una marca suprasegmental, sólo admite diferencias de grado, de intensidad, de elevación. De ahí que toda una serie de factores psico-pragmáticos pueda interferirse y alterar los patrones que hemos señalado. La descripción de las diversas posibilidades, además de resultar siempre incompleta, nos obligaría a caer en un puro casuismo y quedaría fuera de nuestros objetivos (10). Podemos resumir lo dicho anteriormente señalando que la entonación tiene un papel subsidiario: no es específica cuando hay otras marcas léxicas o sintácticas, pero sí es característica en los casos en que, por no haber otros rasgos, se podría producir alguna confusión.

## Notas

1- Martinet (1960:106) dice:

"La melodía del discurso es, pues, automática en cierto sentido, es decir, que el hablante no elige entre su presencia y su ausencia. (...). Los hablantes pueden utilizar este movimiento con determinados fines diferenciativos, según principios que parecen comunes al conjunto de la humanidad, aunque bajo formas que pueden variar de una comunidad a otra. No se puede, pues, negar valor lingüístico a la entonación. Pero su juego no entra en el cuadro de la doble articulación, puesto que el signo que puede representar la elevación melódica no se integra en la sucesión de monemas y no representa un significante analizable en una serie de fonemas. Las variaciones de la curva de entonación ejercen funciones, la directamente significativa como en

il pleut?,

pero con más frecuencia, funciones del tipo que hemos venido llamando expresivas."

2- Pueden verse todas las gramáticas que citamos en la Bibliografía, y, especialmente, RAE (1973), Gili Ga-

ya (1961) y, también, Fernández Ramírez (1959).

- 3- Véase Parret (1979).
- 4- Decir que la entonación tiene una clara función contrastiva significa que produce cambios estructurales; pero ello no implica que deba ser descriptible por medio de oposiciones binarias.
- 5- Así lo señalan, entre otros, Gili Gaya (1961) y Quilis (1977).
- 6- Véase Quilis (1981), Sag y Lieberman (1975) y RAE (1973).
- 7- El análisis de niveles no es la única forma de representar la entonación, pero sí la más extendida. Se vale de números y flechas. El /1/ es un nivel tonal bajo; el /2/ es medio; y el /3/, alto. En cuanto a las flechas, representan las junturas terminales, de función delimitadora, y pueden ser: /↓/, descendente; /↑/, ascendente; y /→/ suspensiva. Para más detalles, véase Quilis (1981:364 y ss.).
- 8- Pueden verse ejemplos en Quilis (1981:418).
- 9- De forma parecida opina Pike (1945), que relaciona la entonación interrogativa con la de duda; o Hultzen, según recogen Rossi et al. (1981) para el cual se trata siempre de textos "no finitivos" caracterizados por una entonación "progrediente".
- 10- Véanse otros patrones entonativos en Quilis (1977) y (1981), Fernández Ramírez (1959), Alcina y Blecua (1975), Alarcos (1950).



Capítulo 3

# LAS PALABRAS INTERROGATIVAS

### *3.1. Introducción*

De entre todos los elementos que pueden servir para una caracterización estrictamente formal de una configuración oracional cualquiera, los rasgos de tipo morfológico o léxico -la aparición de determinados constituyentes- son, sin duda, los de más fácil localización en la secuencia.

En efecto, todas las gramáticas mencionan siempre la existencia de una serie de *pronombres* -sustantivos y adjetivos (1)- y *adverbios interrogativos*, que se usan característicamente en oraciones como las siguientes:

- 1)a- *¿Quién* ha venido?
- b- *¿Qué* libro quieres?
- c- *¿Cuándo* llegará Juan?
- d- *¿Cómo* lo has conseguido?

Estas formas constituyen un repertorio cerrado y

reducido. Según la Real Academia Española (1973:224), los pronombres interrogativos son los siguientes:

"... qué; quién, quiénes; cuál, cuáles; cuánto, cuánta, cuántos, cuántas y el neutro cuánto; cuyo, cuya, cuyos y cuyas"

De esta relación, podemos hoy eliminar las formas de la familia *cuyo*, que están en desuso en el español de nuestros días (2); y a ella hay que añadir los adverbios interrogativos *cómo*, *cuándo* y *dónde* (3).

### *3.2. Necesidad de un análisis unificado*

La separación tradicionalmente establecida entre pronombres y adverbios interrogativos puede ser, en cierto modo, comprensible, si se piensa de acuerdo con criterios de naturaleza funcional. Sin embargo, en este capítulo vamos a intentar encontrar un método que nos permita analizarlos conjuntamente.

Las razones para ello son de varios tipos. La primera es metodológica: parece que un estudio que se dedique a la interrogación debe poner más énfasis en lo que une a estas palabras -su carácter interrogativo (4)-, que en lo que las separa. Uno de nuestros objetivos será, por tanto, describir en qué consiste este carácter común y qué rasgos lo integran.

El segundo argumento es semántico: además de las notas puramente interrogativas, estas palabras comparten también un particular tipo de estructuración léxica interna, es decir, tienen un mismo modo de significar, sobre el que volveremos más adelante.

Finalmente, hay también una razón de tipo sintáctico y se refiere al hecho de que los pronombres y adverbios interrogativos demuestran un mismo comportamiento: su aparición en posición inicial da origen a una serie de cambios obligatorios en la estructura de la oración, independientemente de cual sea la función por ellos realizada.

Pero antes de avanzar más en este sentido, conviene recordar que han sido ya numerosos, y provenientes de tendencias metodológicas muy diversas, los gramáticos que se han declarado a favor de buscar un tratamiento unitario, en vez de la dispersión tradicional en categorías funcionales. Vamos a revisar ahora algunas de las más importantes propuestas hechas en este sentido.

Jespersen, por ejemplo, se valía de un instrumento lógico-matemático -la noción de *variable*- para dar cuenta de la identidad semántica que hay en la base de todos los interrogativos. Cuando éstos aparecen

"... la oración interrogativa se refiere a una cantidad desconocida, en el sentido en que se entiende en las ecuaciones algebraicas; por tanto, podemos usar el conocido símbolo  $x$  pa-

ra referirnos a lo desconocido..." (1924:366)

Tesnière (1959:194 y ss) sigue adelante con esta idea, y utiliza una única denominación, la de *palabras interrogativas*, para referirse a la clase de los pronombres y adverbios. Para él, se trata de vocablos generales, vacíos de contenido léxico pero llenos de contenido gramatical. Hay tantos tipos de palabras interrogativas como núcleos puede haber en una frase: de acuerdo con su terminología, reciben el nombre de *actanciales* cuando desempeñan la función de un nombre; *circunstanciales*, si ocupan el lugar de un adverbio; y *adjetivas*, si sustituyen a un epíteto. En este punto, Tesnière introduce otra novedad: el verbo puede también ser objeto de interrogación. No hay, entonces, una única palabra, sino que

"... el verbo particular es reemplazado por el verbo *hacer* que desempeña el oficio de palabra general y al que se da como segundo actante el interrogativo actancial *qué*: *¿Qué hace Alfredo? Alfredo canta*" (1959:195)

Como es sabido el generativismo propone un análisis del léxico en rasgos de subcategorización, que proporcionan una descripción del contenido semántico. Para algunos teóricos también se incluyen en estos rasgos ciertas informaciones sobre las posibilidades sintácticas de dicha pieza léxica (5). Pues bien, existe un subconjunto de formas sólo caracterizadas por muy pocos de estos rasgos. A estas unidades se les da el nombre de

*proformas*, y en ellas se incluyen las palabras interrogativas.

Con esta explicación, el ciclo parece cerrado: desde la idea de pronombres y adverbios separados, a la necesidad de integrarlos en una única descripción, hasta llegar, finalmente, a propugnar la existencia de una categoría general de la cual las *proformas* interrogativas no serían más que un caso particular. Además de las ventajas antes señaladas, se consigue así tener una visión más amplia que permita poner en relación todo tipo de *proformas* para poder comprender mejor sus semejanzas y diferencias.

La descripción de los interrogativos que vamos a presentar tiene sus raíces en el principio de composicionalidad, habitual también en el generativismo, aunque no corresponde exactamente con ninguna de las propuestas presentadas (6). Por nuestra parte, queremos poner especial énfasis en tres aspectos concretos: en primer lugar, en la consideración del tradicional *pronombre adjetivo* como uno más de los determinantes; en segundo lugar, en el hecho de que es posible caracterizar unitariamente a los *pronombres sustantivos* y a los *adverbios*; y, finalmente, en la relación semántica existente entre interrogativos e indefinidos, de una parte, e interrogativos y relativos, de la otra.

### 3.3. *Los determinantes interrogativos*

#### 3.3.1. "Qué"

Comencemos, pues, examinando el llamado *pronombre adjetivo interrogativo*. Bastan criterios puramente formales para mostrar bien claramente que aparece con la misma distribución que otras palabras generalmente consideradas como *determinantes*:

2)a- ¿en qué lugar...?

b- en *el* lugar...

c- en *mi* lugar...

d- en *un* lugar...

e- en *este* lugar...

La aparición de uno de estos *determinantes* impide la presencia conjunta de cualquiera de las otras formas (7). Todas pertenecen, pues, a la misma clase. Obsérvese también que los ejemplos 2)b-e pueden utilizarse perfectamente como respuestas a una interrogativa encabezada por 2)a. Desde el punto de vista distribucional parece claro, pues, que se trata de un determinante.

Recordemos que una de las notas que caracterizan semánticamente a los determinantes es la presencia o ausencia del rasgo [+definido]. Pues bien, el determinante interrogativo se describe como [-definido], puesto que necesariamente no puede referirse a ninguna realidad prefijada anteriormente, lo que lo sitúa junto a otros indefinidos del español como:

3)a- en *un* lugar...

b- en *algún* lugar...

Su relación con el interrogativo está clara si se piensa que, al decir 2)a, estamos suponiendo la existencia de ese lugar, aunque no podamos identificarlo referencialmente. Los interrogativos conllevan, pues, una *presuposición existencial*, que puede parafrasearse con los indefinidos de 3)a-b (8). Esto explica también que 3)a-b no puedan por sí solas -es decir, sin más precisiones que las complementen- ser respuestas aceptables, desde el punto de vista lógico, a 2)a, puesto que la información que proporcionan ya está contenida en el interrogativo.

Hay que pensar, entonces, que debe existir al menos otro rasgo que individualice a los interrogativos entre los otros indefinidos. Más adelante nos ocuparemos con más extensión de ello. Por el momento vamos a valernos simplemente de la noción intuitiva, y a ese rasgo característico lo llamaremos convencionalmente [+cu].

El rasgo de indeterminación asociado a *qué* se refiere específicamente a algún tipo de *cualidad* necesaria para que pueda producirse la identificación de esa realidad que se supone existente. Por ello, son respuestas aceptables:

- 1) las que identifican directamente el referente, como 4)b; y
- 2) las que atribuyen una propiedad característica



a través de la cual puede identificarse dicho referente, como 4)c

4)a- ¿Qué libros quieres?

b- Estos

c- Los de Geografía

### 3.3.2. "Cuánto"

Lo dicho anteriormente puede extenderse al adjetivo interrogativo *cuánto*. Comparte con el determinante *qué* los rasgos [-definido] y [+cu] y la presuposición existencial. Pero en este caso el rasgo de indefinición está asociado no a la cualidad, sino a la *cantidad*. Entra, pues, dentro de la categoría de los cuantitativos (9):

5)a- ¿Cuántas galletas te has comido?

b- Cinco

Hay otra nota característica de estos cuantitativos, y consiste en el hecho de que por sí mismos no individualizan referentes, sino que sólo se precisa su cantidad. Quiere ello decir que la determinación que aporta la respuesta continúa siendo de naturaleza inespecífica y deben usarse otros determinantes para conseguir la identificación referencial:

6)a- ¿Cuántas galletas te has comido?

b- Las cinco que quedaban en el paquete

### *3.4. Pronombres y adverbios: las proformas interrogativas*

Pasemos ahora a las otras palabras interrogativas, que suelen conocerse como *pronombres sustantivos y adverbios* interrogativos. Sobre el concepto de pronombre (10) podemos afirmar que, aunque ya nadie defiende abiertamente su carácter "vicario", o de sustituto del nombre, sin embargo, quedan todavía huellas de esa concepción en algunas de las ideas que hoy se sustentan sobre dicha categoría.

Una de ellas -defendida, entre otros, por la RAE (1973:224)- consiste en considerar que la nota distintiva del pronombre radica en desempeñar funciones nominales, bien de sustantivo, bien de adjetivo. De este modo, se origina la idea del pronombre como "categoría transversal" entre ambas (11).

De otro lado, y al ser observadas las semejanzas significativas entre algunos pronombres y adverbios, se acuñó la denominación -más bien vaga o, incluso, contradictoria- de *pronombres adverbiales* o *adverbios pronominales*, con lo que el pronombre quedaba constituido como una categoría "a caballo" entre tres clases diferentes.

Junto a esto, suele decirse que el pronombre es una

categoría sin un llenado léxico completo o, dicho de otro modo, con escaso sentido descriptivo. En nuestra opinión esto es decir bien poco. ¿Cómo puede medirse ese "llenado léxico"? ¿Lo importante es el número de rasgos? ¿A partir de cuántos se podría decir que una palabra tiene su contenido completo? ¿Es, acaso, la naturaleza de los rasgos la nota distintiva?

Lo que realmente ocurre es que sus rasgos léxicos definen clases muy extensas, lo suficientemente amplias como para que sean la situación o el discurso precedente los que interpreten la *deíxis* y asignen una *referencia* concreta en cada caso de acuerdo con las otras informaciones que ya se posean (12). Pero el *significado* de los pronombres en el sistema está perfectamente establecido por los rasgos que caracterizan a cada una de las formas.

Tras estas reflexiones parece, pues, que uno debe resistirse a admitir la idea de que los pronombres sean, en cierto modo, palabras semánticamente deficitarias.

En el apartado anterior argumentamos a favor de la idea de que el adjetivo interrogativo debe incluirse en la clase de los determinantes, y lo hicimos de acuerdo con sus rasgos semánticos y su distribución en la secuencia. Pues bien, vamos a tratar de utilizar estos mismos criterios para caracterizar la clase de los pronombres, independientemente de la naturaleza de la palabra a la que pretendidamente sustituyen.

En efecto, la especificidad de los pronombres radica, a nuestro entender, en su modo de significar o, mejor dicho, en su peculiar estructura semántica, que condiciona, como es lógico, sus posibilidades sintácticas.

Recordemos, en primer lugar, que a veces se ha dicho -la idea puede verse, por ejemplo, en Culicover (1982)- que los pronombres no son *pro-nombres*, sino, en todo caso, *pro-sintagmas nominales*. Pues bien, dejando al margen la idea de sustitución que sigue presente en esta afirmación, hay en ella un aspecto de la mayor importancia y es el hecho de que los pronombres, además de tener un contenido propiamente "léxico", comportan también algunos rasgos de naturaleza "gramatical", es decir, cierto tipo de información que suele encomendarse a otras piezas, especialmente determinantes y preposiciones.

Examinemos, por ejemplo, el pronombre *quién*. Además del rasgo [+humano], que es una nota característicamente "léxica", contiene también los rasgos [-definido] y [+cu], que eran los que caracterizaban al determinante interrogativo. El pronombre se presenta, así, como una categoría -la única- que amalgama y "lexicaliza" estos dos tipos diferentes de significado que aquí hemos llamado "léxicos" y "gramaticales". No se trata, por tanto, de una clase "a caballo" entre las de adjetivo y sustantivo, sino que aparece con unas marcas distintas propias, que la diferencian de cualquiera de las dos.

Además, en muchos casos, algunos pronombres conlle-

van también información referida a la función que pueden realizar, y que en el resto de los casos, suele indicarse por medio de preposiciones. Es el caso, por ejemplo, de formas como los llamados "dativos de pronombres personales": *me, te, etc.*

De todo lo dicho parece deducirse, por tanto, que los pronombres constituyen una categoría especial, en virtud de su estructura semántica, que convierte en rasgos "léxicos" ciertos contenidos que en los otros casos se introducen por medios gramaticales.

Y si el anterior es un análisis correcto, resulta que dicha descripción es también aplicable a los adverbios como *cuándo, dónde y cómo*, puesto que, además de los rasgos léxicos [+tiempo], [+lugar], [+modo] respectivamente, contienen también el rasgo del Determinante [-definido] y el interrogativo [+cu], y alguna información, por así decirlo, preposicional (13). Piénsese, por ejemplo, en

7)a- *¿Dónde has estado?*

- *En tu casa*

b- *¿Cuándo llegará Pedro?*

- *A las siete*

c- *¿Cómo lo has cortado?*

- *Con unas tijeras*

Quedan, pues, perfiladas las notas diferenciadoras

de la clase de las *proformas*. Estas se definen en función de la peculiar estructuración de su contenido semántico, formado por rasgos "léxicos" pero también por la "lexicalización" de ciertas informaciones gramaticales que, en los demás casos, se expresan por otros medios sintácticos. De esta manera, se engloba en una sola categoría a los tradicionales pronombres sustantivos y adverbios pronominales, poniendo, así, de relieve que las estrechas conexiones entre ambos se deben a una identidad de base.

### *3.5. Interrogativos, indefinidos y relativos*

#### *3.5.1. Relación lógica*

Volvamos ahora a retomar la cuestión, que dejamos abierta más arriba, acerca de la relación entre interrogativos, indefinidos y relativos.

En cuanto a la forma, suele indicarse repetidamente la similitud de los interrogativos, con los pronombres relativos (RAE 1973:223-225):

"En lo esencial los pronombres interrogativos no son diferentes por su forma de los relativos."

"Lo que distingue a los interrogativos frente a los relativos y frente a los restantes pronombres es el hecho de que sirven primordial-

mente como instrumentos a la función apelativa del lenguaje. La naturaleza de su señalamiento no es propiamente textual sino apelativa. Apuntan al nombre de la persona o cosa inquirida mediante la pregunta, y, en este sentido, entre el concepto implicado en el interrogativo y el nombre o pronombre con que es contestado en la respuesta, se da una relación de identidad, semejante a la que existe entre relativo y antecedente, semejanza que se explica por el origen común a una y otra clase de pronombres. (...). No es extraño, por otra parte, a los interrogativos el señalamiento textual. Especialmente *cuál(es)* exige la presencia en el campo sintáctico de un nombre al que referirse anafóricamente."(14)

Bello (1891) señala también esta estrecha relación, añadiéndole además una diferencia prosódica y ortográfica de la mayor importancia. Así, tras haber dicho (1891: 125):

"Hay una especie de pronombres demostrativos cuya demostración recae siempre sobre el significado de alguna palabra o frase vecina, y que sirve al mismo tiempo para ligar más estrechamente una proposición con otra: llámanse pronombres relativos."

señala (1891:128):

"... los pronombres relativos se vuelven interrogativos o exclamativos acentuándose."

Amado Alonso y Henríquez Ureña (1967:98) insisten también en estas peculiaridades fónicas:

"Son los mismos pronombres relativos con acento. Todos los interrogativos llevan acento prosódico y ortográfico."

Otros autores, sin embargo, prefieren subrayar su papel semántico, que los relaciona más directamente con los indefinidos. Así, Hernández Alonso (1970:287) indica que

"El interrogativo es un pronombre que marca indeterminación con tendencia a la determinación."

Téngase presente que, para nosotros, la noción de *determinación* es de naturaleza gramatical, y se refiere a un tipo de modificación gramatical del sustantivo. Para esta otra noción de naturaleza semántica preferimos usar los términos *definido* e *indefinido* (15), que es a la que hace referencia este autor.

Roca Pons (1970:197) señala también este carácter indefinido:

"La significación de los pronombres interrogativos no queda aclarada por la situación



concreta. Por el contrario, subsiste la indeterminación que les es esencial: en el caso concreto de la interrogación es la respuesta, naturalmente, lo que nos permite saber quién es *quién* o qué es *qué*."

### 3.5.2. Relación etimológica

En las caracterizaciones anteriores se ha aludido repetidas veces a las relaciones etimológicas existentes entre interrogativos, indefinidos y relativos. La Gramática histórica puede, en este punto, proporcionarnos algunos datos que pueden ayudarnos a proyectar un poco de luz sobre ello.

En efecto, las lenguas clásicas conocen una única forma para el indefinido y el interrogativo, y, a veces también para el relativo. Recordemos que el griego posee la forma  $\tau\iota\varsigma$  como indefinido;  $\tau\acute{\iota}\varsigma$ , interrogativo; y el compuesto  $\delta\omicron\tau\iota\varsigma$ , relativo. El latín, por su parte, establece todavía menos diferencias y utiliza sólo la forma *qui* -también como interrogativo e indefinido *quis*- con las tres funciones. Parece, pues, que las diferencias en principio sólo se establecerían contextualmente. Ello no impide que existieran otras palabras exclusivas para cada uno de estos significados; pero lo que nos interesa ahora es resaltar su identidad básica, bien patente en el hecho de que la misma palabra pueda aparecer

en los tres tipos de estructura mencionados.

Hemos dicho que la distinción era contextual y esto no es completamente exacto. Entre el indefinido y el interrogativo hay siempre una diferencia de tipo prosódico: el interrogativo va acentuado en griego y también en latín. Aunque en esta lengua el acento no está marcado gráficamente, los resultados en nuestro idioma muestran que *quēm* tuvo, como señala Corominas (1980:s.v.*que*), un doble tratamiento prosódico:

$$\begin{array}{l} \text{quēm} \begin{cases} \text{[tratamiento átono]} > \text{que} \\ \text{[tratamiento tónico]} > \text{quién} \end{cases} \end{array}$$

Ahora bien, ese acento parece ser un modo de dar importancia a un constituyente; es decir, se mantiene básicamente su significado, pero se reviste de una marca formal que le confiere relevancia. El interrogativo se nos presenta, pues, como un indefinido enfatizado.

Recordemos que hay otros medios, además del acento, de enfatizar un constituyente: especialmente, el uso de determinadas partículas y el ocupar una posición prominente dentro de la oración. Pues bien, estos dos medios concurren también a centrar la atención en la palabra interrogativa. Y esto ocurre no sólo en las lenguas clásicas, sino que se trata de un comportamiento general, tal como han puesto de relieve los estudios de Greenberg (1963:73-113) y de Ultan (1969:45-63). Lenguas no emparentadas utilizan los mismos recursos para marcar la importancia de estos constituyentes: en japonés, la misma

partícula *ka* que se usa para interrogar, sirve también como partícula focalizadora; de otro lado, todas las lenguas con preposiciones asignan al interrogativo la posición inicial, mientras que aquéllas con posposiciones le reservan la final.

El relativo, por su parte, recibe la interpretación anafórica que le caracteriza gracias también a medios formales, como son el tratamiento átono, y la concordancia que establece por medio de sus morfemas de género y número con una entidad similar del discurso precedente (16).

En principio, relativo e indefinido no son básicamente muy distintos. Lo que los diferencia precisamente es el establecimiento o no de *deixis* textual. Pero puesto que esa entidad a la que se refiere el relativo ya ha aparecido previamente, los morfemas de concordancia son los que hacen posible la interpretación con el rasgo [+definido] que caracteriza a la anáfora. El griego, sin embargo, marca este carácter añadiendo al indefinido una forma específicamente definida como es el demostrativo *ὅς*, que da lugar al relativo. Pero incluso esta forma puede también aparecer con funciones de interrogativo. Por otro lado, los llamados *relativos libres* son el resultado de un uso de los indefinidos que hoy se ha perdido.

En efecto, como indefinidos, las lenguas románicas han preferido otras formas diferentes al *quis* original, pero, a veces, relacionadas morfológicamente con él. En

español tenemos *alguno* y *alguien*. Señala Corominas (1980: s.v.*alguno*) que *alguien* no viene directamente de *aliquēm* porque aparece muy tardíamente (hacia el s. XV), y porque el resultado debería haber sido *\*alque*. La explicación que ha de buscarse es de tipo analógico, y, precisamente, está en la semejanza con la forma del interrogativo *quién*. Este resultado también se da en portugués, mientras que los otros romances mantienen el masculino con este valor. En un principio no se pronunciaba *alguien*, sino *alguién*, como en portugués *alguém*, y como queda demostrado por la rima y el ritmo (17). Sin embargo, ya en Calderón se registra esta forma tal y como hoy la conocemos, por adaptación del esquema prosódico de *nada/nadie* al de *algo/alguien*. También existió la forma *ninguién*, que no ha subsistido, aunque sí se conserva en el portugués *ninguém*.

Mención aparte merece la forma interrogativa *quiénes* que no existe en otras lenguas y que en español aparece también muy tardíamente (18): los primeros ejemplos son del s.XVI, y cuenta con muchas resistencias en el XVII, siendo considerado como uso poco elegante. El *Diccionario de Autoridades* [1737:s.v.*quién*] no da el plural *quiénes*. La razón de esta aparente irregularidad parece que debe buscarse en la disimetría que origina esta nueva forma:

quién / quiénes  
alguien/\*álguienes

Si decíamos que *quién* presupone *alguien*, sin embargo,

no podemos decir que *quiénes* presuponga *\*álguienes*. Este plural, en cierto modo, "rompe" la lectura del cuantificador existencial, del que hablaremos más adelante (19).

En el caso del relativo, la existencia del plural puede ser explicable si se piensa en que los morfemas de concordancia pueden ser útiles para realizar mejor la función de señalamiento textual que le es característica. Ello podría explicar, de igual manera, la extrañeza que producía en un principio el plural del interrogativo, ya que el número no parece que deba ser relevante cuando la forma no es anafórica.

Resta mencionar, finalmente, la identidad de interrogativos y exclamativos desde el punto de vista formal. Sintácticamente, sin embargo, demuestran un comportamiento bastante diferente, como pone de manifiesto Elliot (1974).

De todo lo dicho anteriormente se deduce, pues, que la relación existente entre interrogativos, indefinidos y relativos depende de unos orígenes comunes. Las formas distintas que conocemos hoy en las diferentes lenguas románicas son el resultado de la progresiva especialización para cada una de las funciones.

### *3.6. El significado de las proformas interrogativas*

#### 3.6.1. La selección de la forma adecuada

Este análisis parece extraordinariamente sencillo y eficaz. A primera vista, se diría que no puede haber problemas a la hora de seleccionar la proforma interrogativa con el rasgo adecuado a cada caso. Sin embargo, los hechos demuestran que la realidad no siempre es tan simple: se hace necesario, por tanto, hacer algunas observaciones y ciertas precisiones sobre este aspecto.

Gross (1975:36) señala que en francés hay estructuras aparentemente paralelas que dan lugar a una selección de interrogativos diferentes. Para ello, aporta los siguientes ejemplos:

- 8)a- Paul mange *le sorbet*
- b- Paul mange *le soir*

- 9)a- *Que* mange-t-il?
- b- Le sorbet
- c- \*Le soir

- 10)a- *Quand* mange-t-il?
- b- \*Le sorbet
- c- Le soir

Estos usos anómalos quedan automáticamente excluidos por varias razones: la primera, que debe seleccionarse el interrogativo de acuerdo no con la forma superficial de la respuesta, sino con el rasgo de subcategorización correspondiente al constituyente que se quiere interrogar; la segunda, que es nuestro conocimiento del mundo, y no exclusivamente el de la gramática, el que nos hace elegir el rasgo adecuado a cada ocasión (20).

Podría encontrarse otra solución al problema planteado por Gross tomando el camino contrario: no se trata de ir de la declarativa a la interrogativa, sino, en todo caso, de la interrogativa a la declarativa. Bosque (21) propone comenzar examinando casos muy simples, como las oraciones copulativas en las que entra en juego un nombre de persona.

### 3.6.2. Tipos de expresiones referidoras

Pero antes de seguir adelante, conviene introducir, aunque sea de manera muy breve y esquemática, algunos conceptos que pueden resultar útiles a la hora de estudiar cuál es la base significativa de cada uno de los términos que vamos a analizar (22).

Comenzaremos por la *referencia*. Kempson (1977:13)

la entiende como la relación entre palabra y objeto. Lyons (1981:221) es más preciso; afirma que

"... la relación que se establece entre las expresiones lingüísticas y lo que representan en el mundo o universo del discurso."

Dentro de un sistema lógico que analice las proposiciones en nombres y predicados, el término *referencia* tiene un sentido más estricto. Son los nombres los que

"... sirven para seleccionar entidades, o conjuntos de entidades en determinado mundo posible, para *referirse* a ellas y hacer aseveraciones sobre tales entidades." Lyons (1981: 222)

La referencia se establece por medio de la *expresión referidora*. El objeto recibe el nombre de *referente*. Entre estas expresiones hay unas que se refieren a individuos, o clases de individuos, específicos: reciben, entonces, el nombre de *expresiones definidas*. Aquellas que, aun teniendo referente, no se refieren -valga la redundancia- a ningún individuo particular o clase específica, suelen denominarse *expresiones indefinidas*.

En las lenguas naturales son expresiones definidas los *nombres propios*, los *pronombres*, y las *descripciones definidas*, es decir, los sintagmas nominales con un determinante definido.



De los objetos del mundo seleccionados por las expresiones referidoras se predicán cosas, estableciendo relaciones y atribuyendo propiedades. Hay un tipo especial de oraciones copulativas en las que las dos expresiones referidoras que se enlazan tienen el mismo referente y son intercambiables, como los términos de una igualdad matemática: se habla, entonces, de oraciones *ecuativas*. Cuando la cópula asigna propiedades, la oración es *atributiva*. Sin embargo, consideramos que, entre las oraciones copulativas, hay un tipo "intermedio", a las que llamaremos *identificativas*, que lo que permiten precisamente es identificar referencialmente un referente hasta entonces no específico.

Las oraciones ecuativas son siempre identificativas, pero no al contrario, puesto que en éstas no pueden intercambiarse los términos. Ambos tipos identifican o individualizan referentes, por lo que las ecuativas resultan ser una clase especial de las identificativas.

Moreau (1978) habla también de tres posibilidades:

- a) petición de enumeración;
- b) petición de clasificación o cualificación; y
- c) petición de identificación.

En cierto modo, se corresponden con las denominaciones que hemos propuesto más arriba.

Volviendo a las descripciones definidas, Lyons (1977:186) recuerda que Donnellan ya señalaba la posibilidad de usarlas de modo no referencial, y lo ejemplifica con la siguiente oración: *El asesino de Smith está loco*. Además de la interpretación en que *el asesino de Smith* identifica a un individuo específico, admite otra lectura atributiva, parafraseable como *El asesino de Smith, quienquiera que sea, está loco*. (23)

### 3.6.3. Los interrogativos referidos a personas

Introducidas estas precisiones sobre la terminología que vamos a emplear, regresemos a la cuestión que nos ocupaba, es decir, al estudio del significado de las proformas interrogativas referidas a personas en oraciones de estructura copulativa muy simple. Las posibilidades son:

- 11)a- ¿Quién es Juan?
- b- ¿Cuál es Juan?
- c- ¿Qué es Juan?
- d- ¿Cómo es Juan?

Examinemos ahora un conjunto de respuestas posibles:

- 12)a- Juan es médico
- b- Juan es un médico
- c- Juan es un médico excelente
- d- Juan es el médico
- e- Juan es aquél
- f- Juan es alto
- g- Juan es el alto
- h- Juan es egoísta

De estas respuestas, ninguna es apropiada para todas las interrogativas, porque ofrecen informaciones diferentes o tratadas de modo distinto. Por ejemplo para

- 11)a- ¿Quién es Juan?

son adecuadas

- 12)b- Juan es un médico
- c- Juan es un médico excelente
- d- Juan es el médico
- e- Juan es aquél
- g- Juan es el alto

pero son inadecuadas

- 12)a- #Juan es médico
- f- #Juan es alto
- h- #Juan es egoísta

La razón de que esto sea así estriba en que 11)a no pide la asignación de características ni la atribución de

propiedades, sino la identificación de un referente.

Ahora bien, este referente puede ser pragmáticamente tratado de dos modos distintos, que tienen, lógicamente, su reflejo sintáctico. Nos referimos a los casos en que la información ofrecida es procesada como información ya conocida y, por consiguiente, aparece con rasgos característicos como, por ejemplo, el artículo definido; contrariamente, cuando la referencia se considera como información nueva, se presenta con determinante indefinido (24).

Examinemos ahora las respuestas posibles para

11)b- ¿Cuál es Juan?

12)d- Juan es el médico

e- Juan es aquél

g- Juan es el alto

Hay que señalar que estas respuestas constituyen un subconjunto de las apropiadas para 11)a. Ello indica que *cuál* exige una mayor precisión. Nótese, además, que estas respuestas son precisamente las referenciales definidas. Por ello, *cuál* excluye aquellas oraciones que no cumplen esta condición, como

12)b- #Juan es un médico

c- #Juan es un médico excelente

Recordemos que, en el caso de *quién*, el hecho de

que aparezca una descripción definida no es una exigencia del interrogativo, sino, más bien, consecuencia de la aplicación de un principio pragmático de tratamiento de la información ya conocida.

En cambio, el uso de *cuál* está siempre ligado a la existencia de un grupo de referentes necesariamente presentes en el discurso previo, y de entre los que se quiere individualizar e identificar a uno o varios de sus miembros.

Sabemos ya en dónde estriba la diferencia entre estos dos interrogativos que pueden compartir el rasgo [+humano] y que buscan una identificación de un referente: a la descripción de *cuál* hay que añadir el rasgo [+anafórico].

Prestemos ahora atención a

11)c- ¿Qué es Juan?

Las respuestas posibles son

12)a- Juan es médico

d- Juan es el médico

Por medio del interrogativo *qué* se está solicitando información sobre la clase a que pertenece un individuo, sobre el "papel" que desempeña, concebido como atribución de un conjunto de propiedades. No se trata de identificar un referente, sino de predicar algo de él, en

particular, su función.

Podría pensarse, en principio, que 12)d facilita una información diferente de la deseada; pero piénsese que no sólo admite la interpretación identificativa, sino también otra atributiva, condicionada por la concurrencia de determinadas circunstancias pragmáticas (25).

Antes de pasar adelante, hay que recordar que los nombres propios sirven para identificar referentes y no para atribuir propiedades, de tal modo que sólo pueden ser respuesta adecuada a interrogativos que exijan o admitan identificaciones, es decir, *cuál* y *quién*; y por la misma razón queda excluido *qué*, atribuidor de propiedades:

13) - ¿Cuál es (el) médico?

- Juan

14) - ¿Quién es (el) médico?

- Juan

15) - ¿Qué es (el) médico?

- #Juan

Volvamos de nuevo a los ejemplos que nos ocupaban anteriormente:

11)d- ¿Cómo es Juan?

- 12)f- Juan es alto  
 h- Juan es egoísta

Las respuestas proporcionan una descripción física o moral, es decir, la atribución de una propiedad. También sería posible

- 12)c- Juan es un médico excelente,

que contiene un adjetivo valorativo (26). En cuanto a la posibilidad real de usar

- 12)e- Juan es aquél

hay que señalar que es pragmáticamente aceptable, pero en realidad no es una respuesta a 11)d, aunque su función comunicativa puede ser idéntica a la de una buena descripción y sus resultados, presumiblemente, mejores.

Por lo que hemos visto hasta aquí, y resumiendo lo anterior, puede decirse que nuestro sistema de interrogativos referidos a personas parece funcionar de la manera siguiente: contamos con cuatro posibilidades: *quién*, *cuál*, *qué* y *cómo*; de ellas, *quién* y *cuál* sirven para identificar referentes, mientras *qué* y *cómo* se utilizan para atribuirles ciertas propiedades; además, *quién* se emplea para cualquier tipo de identificación, y *cuál* es exclusivamente anafórico; con *qué* se atribuyen funciones y con *cómo*, características físicas o morales.

### 3.6.4. Los interrogativos referidos a cosas

Intentaremos ver ahora si hay posibilidades de extender este análisis a los interrogativos que se refieren a cosas. En primer lugar, hay que señalar que dispondremos de un elemento menos, ya que *quién* comporta necesariamente el rasgo [+humano]. Al faltar un elemento, el "reparto de papeles", por así decirlo, no puede ser el mismo. *Cómo* atribuye propiedades a referentes o a clases genéricas:

16)a- *¿Cómo* son tus pantalones?

b- *¿Cómo* son los platillos volantes?

*Qué* mantiene su empleo como asignador de características funcionales, dando origen a lo que normalmente se conoce como definición:

17) - *¿Qué* son los puntos cardinales?

La función identificativa, tanto puramente referencial como anafórica, corresponde a la forma *cuál*. Son -una vez más- las condiciones del entorno comunicativo las que precisan el uso concreto que se hace en un enunciado:

18)a- *¿Cuáles* son tus libros?



- b- ¿Cuáles son tus libros, éstos o aquéllos?
- c- ¿Cuáles son tus intenciones?
- d- #¿Cuáles son tus intenciones, éstas o aquéllas?
- e- ¿Cuáles son los puntos cardinales?
- f- #¿Cuáles son los puntos cardinales, éstos o aquéllos?
- g- De entre todos los nombres que te he dicho, ¿cuáles son los puntos cardinales?

Los anteriores ejemplos pueden ayudarnos a comprender cuáles son las condiciones pragmáticas que determinan que la interpretación sea una u otra. En 18)a hay un claro señalamiento a una serie de objetos que están necesariamente presentes en el entorno *físico* -en el sentido de Coseriu (1967)-; por eso, es posible añadir otros elementos que contribuyan a marcar ese carácter deíctico, como los pronombres demostrativos.

En cambio, en 18)c-d la situación es muy diferente. 18)d establece un señalamiento físico hacia un referente que no puede situarse en ese tipo de entorno, y por ello es rechazada. 18)c sólo puede interpretarse como identificadora. Podría, entonces, pensarse que el que aparezca una u otra interpretación depende del carácter "físico" o "material" de dicho referente.

Sin embargo, 18)e-g demuestran que ello no es exactamente así. 18)f es similar a 18)d; en cambio, 18)g se caracteriza por una contextualización distinta, en la que se ha hecho mención, en el discurso inmediatamente

precedente de una serie de nombres. En este caso, la deixis es verbal, textual, es decir, anafórica en sentido estricto.

Por tanto, *cuál* se interpreta como deíctico sólo cuando su referente puede situarse en el contexto verbal inmediato o en el entorno físico. En los otros casos, su función es simplemente identificadora.

De todo lo dicho anteriormente puede deducirse que no existe una relación biunívoca entre forma de la interrogación y forma de la respuesta. No hay más que recordar, por ejemplo, que una misma oración puede funcionar como respuesta adecuada a diferentes interrogativos. La razón de que esto sea así no es, ni mucho menos, que haya asimetría en la distribución, o ambigüedad. Lo que ocurre es que una cosa es la estructura semántica interna de los interrogativos y otra muy distinta la naturaleza de los sintagmas nominales que, en virtud de la concurrencia de ciertas condiciones de orden pragmático, pueden servir de respuestas apropiadas a esas preguntas. En cuanto se contempla la relación *oración interrogativa-respuesta*, se está abandonando el nivel de la descripción gramatical y entrando en el de la adecuación pragmática. Mezclar, por tanto, ambos niveles no puede sino oscurecer las cosas. Sólo las respuestas gramaticalmente predeterminadas -aquellas que sean aceptables en cualquier caso, sin necesidad de recurrir a condiciones comunicativas especiales que suplan las deficiencias existentes-, podrán contribuir a proyectar cierta luz sobre esta cuestión.

### 3.6.5. Extensión del análisis propuesto

Los resultados de este análisis, hecho en estructuras gramaticales muy simples, pueden fácilmente extenderse a otras más complejas. Examinaremos ahora el caso de ciertos verbos que admiten como complemento nombres con función a veces simplemente caracterizadora y atributiva, y a veces, identificadora. De este modo pondremos a prueba la validez de las distinciones que hemos establecido (27).

Se trata de verbos como *buscar*, *necesitar* o *querer*:

- 19)a- ¿A *quién* busca Juan?
- b- ¿A *quién* necesita Andrés?
- c- ¿A *quién* quiere Pedro?

Según los resultados de nuestro análisis anterior, las oraciones 19)a-c solicitan la identificación de un referente, ya sea definido o no. Por ello, puede predecirse que serán gramaticalmente adecuadas las siguientes respuestas:

- 20)a- A tu mayordomo
- b- A una secretaria (= a una cierta secretaria)
- c- A María

Los ejemplos 20)a y 20)c proporcionan identificaciones

definidas, mientras que 20)b la da indefinida, de acuerdo con las condiciones de proceso de información de las que hablamos más arriba.

De modo análogo, si el interrogativo fuese

- 21)a- *¿A cuál busca Juan?*
- b- *¿A cuál necesita Andrés?*
- c- *¿A cuál quiere Pedro?*

sólo serían posibles respuestas con identificaciones definidas como 20)a y c.

Observemos ahora qué ocurre en estas oraciones declarativas

- 22)a- *Juan busca a su secretario*
- b- *\*Juan busca su secretario*
  
- 23)a- *\*Juan busca a secretario*
- b- *Juan busca secretario*
  
- 24)a- *\*Juan busca a un secretario que sea eficiente*
- b- *Juan busca un secretario que sea eficiente*
  
- 25)a- *Juan busca a un secretario que era muy eficiente*
- b- *\*Juan busca un secretario que era muy eficiente*

En los ejemplos anteriores tenemos varias muestras de las dos posibles construcciones con *buscar*. Cuando el complemento es referencial tiene carácter específico, es decir,

de la inexistencia del referente se sigue la falsedad de la proposición: así

26) -Juan busca a su secretario

es verdadera si, y sólo si, Juan efectivamente tiene un secretario. Por ello,

27) -Juan busca a su secretario pero Juan no tiene ningún secretario

es un enunciado contradictorio. En estos casos, va precedido por la preposición  $\alpha$ , admite determinantes definidos, aunque puede llevar también el indefinido pero siempre con valor referencial (= "un cierto secretario"), y puede ir seguido de una oración de relativo especificativa con el verbo en indicativo (28).

Por el contrario, si el complemento no es referencial sino atributivo, tiene carácter inespecífico, es decir, de la inexistencia de referente no se sigue la falsedad de la proposición. De este modo, la oración

28) -Juan busca secretario, pero no va a encontrarlo porque el tipo de secretario que él busca ya no existe

no es contradictoria. Formalmente, estos complementos se caracterizan por no admitir la preposición  $\alpha$ , ni tampoco un determinante ni definido, ni indefinido con valor referencial, y sólo pueden ir con una oración de relati-

vo con el verbo en subjuntivo.

El análisis de los interrogativos que hemos presentado más arriba nos permite predecir que al primer caso le corresponderá un interrogativo identificativo (*quién* o *cuál*), mientras que el segundo sólo admitirá el interrogativo atributivo *qué*:

29)a- ¿A *quién* busca Juan?

b- \*(A) su secretario

30)a- ¿*Qué* busca Juan?

b- (\*A)  $\left\{ \begin{array}{c} \emptyset \\ \text{un} \end{array} \right\}$  secretario

Podría objetarse a lo anterior diciendo que al formular la interrogación, se ignora realmente qué es lo que busca Juan, y por tanto, quien la formula no quiere comprometerse seleccionando un rasgo demasiado específico como es el [+humano] que caracteriza a *quién*. Nótese, sin embargo, que en los siguientes ejemplos el que plantea la interrogación sí conoce efectivamente el carácter humano de la posible referencia y, sin embargo, el interrogativo seleccionado es *qué* y no *quién*:

31)a- ¿*Qué* busca Juan, *secretario o cocinera*?

b- \*¿(A) *quién* busca Juan, (a) *secretario*  
o (a) *cocinera*?;

mientras que ésta es la única forma posible cuando la referencia es específica

- 32)a- *¿A quién busca Juan, a su secretario o a su cocinera?*  
 b- *\*¿Qué busca Juan, a su secretario o a su cocinera?*

En el mismo caso se encuentran verbos como *querer* o *necesitar*:

- 33)a- Juan quiere una secretaria  
 b- *¿Qué quiere Juan?*  
 c- *#¿A quién quiere Juan?*

- 34)a- Juan quiere a su secretaria  
 b- *#¿Qué quiere Juan?*  
 c- *¿A quién quiere Juan?*

- 35)a- Se necesita dependiente  
 b- *¿Qué se necesita?*  
 c- *#¿A quién se necesita?*

- 36)a- Hoy necesitaría al otro dependiente  
 b- *#¿Qué necesitarías hoy?*  
 c- *¿A quién necesitarías hoy?*

Con lo que hemos visto hasta ahora parece que puede decirse que las distinciones que establecimos más arriba tienen operatividad. Los verbos que pueden seleccionar los dos tipos de construcción (con complemento identificativo referencial y con complemento atributivo inespecífico) mantienen sintácticamente esta oposición también en las oraciones interrogativas. Ahora bien, el

estudio pormenorizado de cuáles son estos verbos y de otros casos particulares queda fuera de los límites de nuestro trabajo (29). Baste, pues, para nuestro propósito, lo apuntado hasta aquí.

### *3.7. Recapitulación*

Hemos querido presentar un análisis unificado de las palabras interrogativas, fundamentado en la idea de que todas ellas comparten una base significativa común sobre la que se establecen luego los rasgos que caracterizan a cada una de las formas: vamos a recapitular ahora los principales rasgos semánticos.

La *base significativa común* a que acabamos de hacer referencia está constituida por dos rasgos:

- 1) [-definido]
- 2) [+enfático]

El primero de ellos se asocia a su sentido de variable -como veremos más adelante-; el segundo, es el resultado semántico de un rasgo complejo, al que la gramática generativa denomina [+cu], y que tiene también importantes repercusiones sintácticas.

Los *determinantes interrogativos* comparten estos dos rasgos, pero su proyección se realiza en direcciones



diferentes: en el determinante *qué*, la indefinición enfatizada se asocia a la *cualidad*; en *cuánto*, a la *cantidad*.

De entre las *proformas* hemos centrado nuestra atención en las que se refieren a personas y a cosas.

	Identificación		Atribución
	Ref. a personas	Ref. a cosas	
Quién	+anafórica	-	-
Cuál	+anafórica	+anafórica	-
Qué	-	-	de funciones
Cómo	-	-	de características

El sistema obtenido es el siguiente. La indefinición enfatizada propia de la forma interrogativa puede ir asociada a la *identificación* de referentes (*quién*, *cuál*) o a la *atribución* de propiedades a esos referentes (*qué*, *cómo*). *Quién* debe referirse a *personas* y puede ser o no *anafórico*; *cuál* es necesariamente *anafórico* cuando alude a *personas*, pero no cuando se refiere a *cosas*. *Qué* y *cómo* se utilizan para *personas* y para *cosas*; pero *qué* se asocia a la atribución de *funciones* a los referentes, y *cómo*, a la de *características*.

## Notas

- 1- Acerca de esta concepción transversal de la categoría de *pronombre*, habremos de volver más adelante.
- 2- Para ejemplos de *cúyo*, ver Keniston (1937).
- 3- Puede verse idéntica relación en otras gramáticas.
- 4- Algunas gramáticas dicen que "son los que sirven para preguntar".
- 5- La polémica arranca del deseo de declarar agramaticales ciertas oraciones del tipo de la que hizo famosa Chomsky en

Incoloras ideas verdes duermen furiosamente

No podemos entrar aquí en esa polémica. La extrañeza que produce esta oración no se debe a razones puramente gramaticales, sino más bien a nuestro conocimiento del mundo en que vivimos.

- 6- Sobre el principio de composicionalidad véase lo que diremos más abajo en el capítulo referido al significado. Puede compararse nuestro análisis con los trabajos de Klima (1962) y (1964), Katz y Postal (1964), Baker (1970), cuyas ideas sobre formación del léxico no se han modificado sustancialmente en los modelos posteriores.
- 7- Damos por excluidos los usos dialectales como "la mi casa" y, por supuesto, los usos opacos metalingüísticos.

cos: "Dijo aquel *mi* con mucho retintín".

- 8- Sobre la presuposición existencial, véase lo dicho en el capítulo 6.
- 9- La relación entre indefinidos y cuantitativos puede verse en RAE (1973:226 y ss.). La noción de determinante cuantitativo no debe confundirse con la de cuantificador tal y como se emplea en Lógica -véase, por ejemplo, Allwood et al. (1977)-, aunque es frecuente dentro del marco de la Gramática generativa el utilizar ese término con el otro sentido apuntado.
- 10- Pueden consultarse las secciones que todas las gramáticas dedican a éste tema. Especialmente véase el estudio de Alarcos (1973) sobre los pronombres.
- 11- Sobre la noción transversal de *pronombre*, véase la crítica de Lázaro (1980:154).
- 12- Véase Webber (1979), especialmente los capítulos 1 y 2.
- 13- Esta es una explicación para entender por qué estas formas no admiten combinarse con todas las preposiciones.
- 14- Esta última afirmación, como veremos más adelante, no es exacta, porque hay casos en que no hace falta la presencia de tal nombre.
- 15- Véase este concepto en Lyons (1977:178). Sobre algunas cuestiones conexas volvemos más adelante.
- 16- Véase Webber (1979:cap.1 y 2).
- 17- Hay muchos ejemplos en RAE *Diccionario de Autoridades* (1737:s.v.*alguien*).

- 18- No aparece en la Edad Media, según se desprende del estudio de Elvira [1984]. Menéndez Pidal (1904) es quien da como primera fecha el siglo XVI.
- 19- Véase lo referido a la cuantificación existencial y universal en el capítulo 6.
- 20- N. Gross (1975) da largas listas de verbos y el interrogativo que seleccionan.
- 21- Esta propuesta la hace en una conferencia pronunciada en Oviedo, en septiembre de 1983, dentro del *Curso Superior de Lingüística funcional*, y que llevó por título "La selección de las palabras interrogativas". Apareció en *Verba* (1984).
- 22- La bibliografía es extensísima. Puede verse, como primera aproximación Lyons (1977) y (1981), Kempson (1977), Allwood et al. (1971) y Webber (1979).
- 23- Compárese con lo dicho a este respecto en el capítulo primero.
- 24- Se trata de la distinción ya clásica entre información nueva e información conocida, que ha sido ampliamente estudiada. Véase, por ejemplo, Lázaro (1975).
- 25- Por ejemplo, Juan es el único médico de una zona rural: con el artículo se da a entender tanto la propiedad asignada como su carácter unitario. Si hay varios médicos, la respuesta resulta inadecuada. De modo análogo, en una obra teatral *Juan es el médico* significa que representa el papel del único médico existente.

- 26- Los adjetivos valorativos son aquellos que pueden graduarse o cuantificarse. Así, tenemos *muy bueno* o *muy alto* frente a *\*muy hexagonal*. Véase también esta distinción en Bosque (1984).
- 27- Pueden verse los ejemplos paralelos que da Bosque (1984).
- 28- Rivero (1977) argumenta en contra de la relación *específico-indicativo/inespecífico-subjuntivo*, pero no podemos estar de acuerdo con ella porque las oraciones que propone como contraejemplos nos parecen agramaticales.
- 29- Gross (1975) estudia muchas otras situaciones y elabora listas de verbos de acuerdo con el tipo de complemento(s) que seleccionan. Bosque (1984) también analiza otros ejemplos. Por nuestra parte en Escandell Vidal (1981:cap.6) tratamos de la compatibilidad entre adverbios interrogativos y preposiciones.

*SEGUNDA PARTE*

*SEMÁNTICA DE LA INTERROGACIÓN*

Capítulo 4

# LA SEMÁNTICA ORACIONAL

## *4.1. Introducción*

Ya hemos aludido más arriba a las relaciones que han existido en el pasado entre las diversas partes en que suele dividirse hoy el estudio del lenguaje (1). Recordemos que la corriente positivista y formalista que impulsó el gran desarrollo de la Lingüística desde fines del siglo pasado y, especialmente, en la primera mitad del nuestro, abandonó programáticamente el estudio del significado, como reacción frente al idealismo entonces imperante. Con este rechazo de todo cuanto se refiere a la significación se pretendía convertir a la Lingüística en una ciencia exacta, al estilo, por ejemplo, de la Física, que sólo atendiera a fenómenos empíricamente observables y formalizables. Para los filósofos quedaba, en todo caso, el seguir preocupándose por el significado.

Este radicalismo anti-semántico tuvo, como es lógico, sus ventajas y sus inconvenientes. Entre los últimos



hay que señalar que la visión de la realidad lingüística que proporcionaba era, evidentemente, parcial, y distaba bastante de ser un reflejo fiel del funcionamiento efectivo del lenguaje en los propios términos de su complejidad. Ahora bien, lo que no puede negarse es que esta postura un tanto extremista sirvió, a la vez, como un revulsivo y una poderosa llamada de atención ante el hecho demostrado de que no sólo posible, sino incluso conveniente y necesario, estudiar los niveles sintáctico y semántico separadamente: responden a mecanismos bien distintos y precisan, por tanto, para su análisis, de instrumentos metodológicos diferentes.

Poco a poco, pues, y desde diversas perspectivas, se han ido incorporando los estudios semánticos a los sistemas de descripción sintáctica (2). Ya nadie rechaza la necesidad de elaborar una teoría capaz de dar cuenta del fenómeno del significado en las lenguas naturales. El problema radica ahora en la elección de un modelo adecuado, en la determinación de los elementos que deben tenerse presentes para construirlo.

#### *4.2. Los objetivos de una teoría semántica*

Parece oportuno plantearse en este momento -y antes de pasar a tratar todo lo referido a las distintas propuestas metodológicas-, cuáles son las condiciones que ha de reunir *a priori* para ser satisfactoria una teoría

general que se ocupe del significado.

Kempson (1975:1) afirma que existe una coincidencia casi absoluta entre los diferentes estudiosos en lo que se refiere a los objetivos que debe perseguir la Semántica de una lengua natural. Dichos objetivos, a nuestro parecer, son los siguientes:

- a) predecir el significado de cualquier oración de esa lengua e incluso, si una oración puede tener más de una interpretación;
- y
- b) predecir las relaciones que puedan establecerse entre los significados de oraciones diversas.

Por nuestra parte, compartimos los objetivos arriba señalados; la cuestión es ahora encontrar los medios oportunos para alcanzarlos. Pero antes conviene que maticemos algunos aspectos, con el fin de poder perfilar formalmente los límites de la teoría.

En primer lugar, es necesario recordar que entre los lingüistas se acepta comúnmente para el significado el *principio de composicionalidad* que Frege (1971 [1891]) postulaba para las fórmulas algebraicas. En esencia, Frege indica que la expresión de cálculo está integrada por la expresión de la función y el signo del argumento. Las expresiones functoriales son incompletas y designan tipos de relaciones; las expresiones nominales son completas y designan objetos, que actúan como argumentos de

las funciones. Pues bien, siguiendo este principio parece que la predicción del significado de una oración cualquiera debe ser el resultado de conjugar dos tipos de "significado" diferentes: de un lado, el de cada una de las piezas léxicas que integran la oración; del otro, el que aportan las relaciones sintácticas que se establecen entre esas piezas léxicas. Admitir esto equivale a decir que la Semántica descriptiva debe contar, al menos, con dos componentes separados: el léxico y la estructura semántica.

Esta afirmación tiene una consecuencia de tal interés, que va a ser una parte central del análisis que más abajo presentaremos. En efecto, lo dicho nos conduce a afirmar que existe algún tipo de relación sistemática entre la estructura sintáctica y la estructura semántica de una oración. Y, al igual que ocurre con el componente sintáctico, se podrá dar un conjunto finito de reglas semánticas, capaces de explicar y predecir el significado del conjunto infinito de oraciones posibles. Los problemas de ambigüedad semántica podrán referirse a uno de los dos subcomponentes -o, incluso, a los dos a la vez-, si la posibilidad de que haya más de una interpretación depende exclusivamente de una pieza léxica; o, por el contrario, si ocurre que la manifestación superficial es el resultado de dos estructuras profundas diferentes (3).

Hasta el momento hemos tratado cuestiones relacionadas con los diversos aspectos del significado de unidades léxicas y oraciones, pero sin traspasar la fron-

tera de lo que los clásicos llamaron *Logica minor*. Pero, de acuerdo con el segundo de los objetivos, la Semántica también va a tratar de las conexiones que, en virtud de su significado, puedan establecerse entre oraciones diferentes. Se trata de relaciones como las de sinonimia, implicación, presuposición, contradicción,...etc. Aunque su relevancia semántica pueda, en principio, no parecer muy destacada, sin embargo, como veremos más adelante, la comunicación efectiva muchas veces está basada en el juego de estas relaciones. Llevar al interlocutor a deducir ciertas inferencias puede ser, para el que habla, más interesante que transmitir directamente un determinado contenido significativo. Pero entramos, entonces, en un ámbito diferente, en el que las estrategias comunicativas consisten en utilizar ciertas estructuras como signos de segundo orden, con determinadas intenciones expresivas.

Kempson (1975) añade que hay otro objetivo que debe tratar de alcanzar la Semántica. Es el de ser capaz de separar el conjunto de las oraciones semánticamente bien formadas de aquellas otras que resulten anómalas. La buena formación semántica dependerá del tipo de combinación que se establezca entre las piezas léxicas. Ahora bien, esta propuesta parece más discutible, no porque teóricamente no esté bien formulada, sino porque las soluciones que se presentan para encontrar criterios que ayuden a discernir lo semánticamente correcto de lo incorrecto, no resultan siempre satisfactorias. En efecto, cuando se afirma que el conocido ejemplo

1) -El niño asustó a la sinceridad

es una oración semánticamente mal formada porque *la sinceridad* no tiene el rasgo [+animado] necesario para poder combinarse con *asustarse*, no se usa un criterio lingüístico sino que se está apelando al conocimiento que tenemos del mundo. Por otro lado, resulta que no es difícil encontrar un contexto en que esa oración sea perfectamente adecuada (4). ¿Con qué hay que relacionar, pues, la buena formación semántica? ¿Es éste un concepto necesario y operativo dentro de la teoría general?

Todos estos problemas surgen porque ahora, e intencionadamente, no hemos abordado la cuestión de qué es el significado y con qué debe relacionarse.

### 4.3. *El objeto de la Semántica*

Resulta obvio afirmar que el objeto de la Semántica lingüística es el estudio del significado en las lenguas naturales. Lo que ya no está tan claro es qué debe entenderse por *significado*. No podemos discutir aquí pormenorizadamente cada una de las aproximaciones sugeridas, sobre todas las cuales la bibliografía es abundantísima (5).

A modo de resumen podemos recoger la selección que hace Lyons (1981:38), quien señala que éstas son las

principales teorías:

- 1- *referencial*: el significado de una expresión es aquello a lo que se refiere o representa
- 2- *ideacional*: el significado de una expresión es la idea o concepto asociados con ella en la mente de cualquiera que la conozca
- 3- *conductista*: el significado de una expresión es tanto el estímulo que lo evoca como la respuesta evocada, o la combinación de ambos en ocasiones particulares
- 4- "*el significado es el uso*": el significado de una expresión, si no es idéntico a su uso en la lengua, está determinado por él
- 5- *verificacionalista*: el significado de una expresión, si tiene alguno, viene determinado por la verificabilidad de las oraciones o proposiciones que lo contienen
- 6- "*de las condiciones de verdad*": el significado de una expresión consiste en su contribución a las condiciones de verdad que contienen dicho significado.

A nuestro juicio, estas diferentes teorías podrían, a su vez, enmarcarse dentro de dos grandes tendencias de análisis del significado. Las teorías referencial, verificacionista y de condiciones de verdad, de un lado,

tienen en común el hecho de que relacionan el significado con el mundo exterior, con los objetos existentes. La verificación no es más que la comprobación de la existencia de lo significado. Y de la verificación nace la verdad.

Del otro lado pueden situarse las teorías que ponen el énfasis más bien en el aspecto dinámico o, -por así decirlo- comunicativo de la significación. Ya no se entiende como una relación estática entre dos conjuntos de realidades, sino como la conexión entre el significado y el usuario (teoría ideacional y conductista), o el significado y el uso (teoría de "el significado es el uso").

Mención aparte merece, sin duda, el análisis propuesto por Frege (1971 [1892]). Este autor, al que ha seguido luego gran parte de la Semántica moderna (6), señala que

"Es natural considerar entonces que a un signo (nombre, unión de palabras, signo escrito), además de lo designado, que podría llamarse referencia ["Bedeutung"] del signo, va unido lo que yo quisiera denominar el sentido ["Sinn"] del signo, en el cual se halla contenido el modo de darse. (...). La referencia de "lucero matutino" y de "lucero vespertino" sería la misma, pero el sentido no sería el mismo." (Frege 1971:51) (7).

Ello explica que una oración como

2) -No sabía que el *lucero matutino* fuera el  
*lucero vespertino*

no sea contradictoria, como lo sería si sólo tomáramos en consideración el objeto a que se refieren ambas expresiones. Por tanto, aunque la referencia es la misma, no lo es el modo de presentarse. Conocer una referencia no implica conocer e identificar entre sí todos los modos posibles en que ésta puede aparecer.

La distinción entre referencia y sentido ya está en los clásicos. Para ejemplificarla, los estoicos planteaban la conocida *paradoja de Electra*: Orestes, hermano de Electra, se presenta en su casa, pero ella no le reconoce

Premisas: -Electra sabe que Orestes es su hermano  
-Electra no sabe que el hombre que está frente a ella es su hermano  
-El hombre que está frente a ella es Orestes

Conclusión: Electra sabe y no sabe que el mismo hombre es su hermano.

La solución a la paradoja es del mismo tipo que la del ejemplo propuesto anteriormente: *el hombre que está frente a ella* y *Orestes* tienen la misma referencia, pe-



ro no el mismo sentido, y por ello la conclusión no es válida.

El significado se relaciona, efectivamente, con el mundo externo, como decían las teorías referenciales; pero no se agota en él, sino que el propio sistema lingüístico le confiere un modo particular de presentarse. Además, al contenido significativo objetivo, hay que añadirle también otro de naturaleza subjetiva:

"De la referencia y del sentido de un signo hay que distinguir la representación ["Vorstellung"] a él asociada. Si la referencia de un signo es un objeto sensiblemente perceptible, la representación que yo tengo de él es entonces una imagen interna formada a partir de recuerdos de impresiones sensibles que he tenido (...). La representación es subjetiva. (...). Por eso se diferencia la representación esencialmente del sentido de un signo, el cual puede ser propiedad común de muchos y que, por tanto, no es parte o modo de la mente individual." Frege(1971:54)

El aspecto más importante de la contribución de Frege es, pues, su caracterización del sentido como algo diferente tanto del objeto designado (la referencia), como de la impresión individual que dicho objeto nos produce. El sentido es la parte del contenido significativo que es de naturaleza social, y se relaciona con la manera que cada uno de los sistemas lingüísticos pre-

sentan dicho contenido.

Las teorías que acabamos de resumir se refieren fundamentalmente al significado de las unidades léxicas, pero pueden extenderse también al de las oraciones. En la línea de las tesis referencialistas, el significado de una oración se describirá como la relación entre ella y el estado de cosas real dentro del mundo que describe: la oración será, entonces, verdadera o falsa. En la línea de las teorías del uso, será relevante la relación entre las oraciones y su utilización por los hablantes. Ambas interpretaciones tienen en común el hecho de que interpretan el significado como la conexión entre el lenguaje y algo exterior a él. La primera de ellas se ocupa de las condiciones de verdad; la segunda, de las condiciones de uso. Para Frege, el valor veritativo de un enunciado, puesto que se "refiere" al mundo externo, es la referencia de dicho enunciado; por ello, el valor veritativo no puede identificarse con el sentido, sino que éste es el pensamiento objetivo "Gedanke" que expresa.

Veamos ahora, pues, cómo se ha llevado a cabo la tarea, no siempre sencilla, de incluir en las diferentes teorías un modelo para el análisis de las oraciones interrogativas. Hay incluso quienes, como Prior & Prior (1955), sostienen que la elaboración de una lógica de las preguntas es empresa punto menos que imposible. Sin embargo, nos centraremos en aquellas propuestas que tratan de buscar una solución a los problemas y dificultades que ello plantea.

## Notas

- 1- Puede verse un buen resumen de la historia de la Semántica en Fernández González y otros (1977:13-24).
- 2- La evolución del generativismo puede ser buena muestra del nuevo y creciente papel que tiene reservado la Semántica: los primeros modelos la excluían; luego se introdujo un componente lexicológico; más tarde, algunos generativistas postulan la existencia de una base no sintáctica, sino semántica; finalmente, hoy el semántico es un componente de naturaleza interpretativa.
- 3- Hay numerosos ejemplos de ambigüedad sintáctica, como "Vi a tu hermano paseando por el parque", en que no se sabe si quien paseaba era hermano del interlocutor o el propio emisor. La ambigüedad léxica es resultado del fenómeno conocido como *polisemia*.
- 4- Por ejemplo, metafóricamente puede decirse "El niño fue tan sincero que asustó a la propia sinceridad". Acerca de estas cuestiones, Mc Cawley señalaba humorísticamente que si alguien dice: "Mi cepillo de dientes me lanza miradas furibundas", se pensará en enviarlo a un psiquiatra y no a un curso de gramática. Véase especialmente Coseriu (1977:185-209).
- 5- Enumerar aunque sólo fuera los títulos más significativos ocuparía páginas y páginas. Citaremos sólo algunas obras generales que aportan a su vez mucha bibliografía: Chafe (1970), Dubois-Charlier y Galmiche

(1972), Coseriu (1977), Lyons (1977), Kempson (1977), Lyons (1981), Leech (1983), Trujillo (1983). Cada uno de estos títulos viene, más o menos, a representar una línea metodológica diferente.

- 6- Pueden verse estas mismas ideas, por ejemplo, en Coseriu (1977:cap.V), donde recoge tanto las raíces clásicas de esta distinción, como las opiniones de otros autores posteriores que apoyan esta concepción. También en Trujillo (1983).
- 7- Muchos autores emplean los términos *extensión* e *intensión* con el mismo alcance que empleamos aquí *referencia* y *sentido*.

Capítulo 5

# TEORÍAS SEMÁNTICAS SOBRE LA INTERROGACIÓN

### *5.1. Introducción*

Hechas unas primeras aproximaciones a los dos elementos gramaticales -entonación y proformas- que caracterizan la estructura de las oraciones interrogativas, y habiendo tratado ya del papel semántico de cada uno de ellos, vamos ahora a abordar el problema de cuál puede ser el significado global de dichas oraciones en cuanto tales, es decir, el significado que va anejo a su carácter interrogativo.

Para ello, comenzaremos revisando seguidamente las principales teorías semánticas y sus respectivos análisis sobre las oraciones que aquí nos ocupan, para poder valorar sus ventajas e inconvenientes.

## 5.2. *La interrogación en la Semántica de las condiciones de verdad*

Para la *Semántica de las condiciones de verdad* (1) la oración es el "nombre" de la proposición que contiene. Dar cuenta y explicar el significado de una oración consiste en especificar las condiciones en que dicha oración es verdadera. La noción de *significado* aparece, pues, ligada a la de *verdad*.

Según el conocido ejemplo de Tarski (1956) (2) una oración es verdadera, y, por tanto, significativa si, y sólo si, se refiere a un estado de cosas que realmente existe en el mundo que dicha oración pretende describir. Así, afirmar que *la nieve es blanca* significa 'la nieve es blanca', equivale a decir que *la nieve es blanca* es verdadera necesariamente sólo en el caso de que la nieve sea realmente blanca. Dentro de esta teoría, la ambigüedad de una oración, por ejemplo, es la posibilidad de que esa oración sea verdadera en una interpretación y falsa en otra. Pero también ocurre muchas veces que la verdad de una proposición varía de acuerdo con el cambio en las circunstancias de tiempo o lugar que la acompañan; entonces, y para dar cabida a estas posibilidades, hay que introducir lo que se llama *punto de referencia*.

Dentro de esta misma línea hay que situar el *verificacionalismo* nacido del Círculo de Viena (3). Para Ayer (1946:35), por ejemplo,

"Una oración es auténticamente significativa para determinado hablante si, y sólo si, sabe cómo verificar la proposición que dicha oración pretende expresar"

El significado así descrito es de naturaleza factual. Con esta condición impuesta sobre el valor significativo de una oración lo que realmente se pretendía era eliminar todos los juicios teológicos y metafísicos, aunque, de hecho, esta perspectiva contaba con la desventaja de que quedaban también excluidos los juicios éticos y estéticos.

En este sentido, no es de extrañar que una de las principales tareas que emprende este tipo de Semántica sea precisamente cumplir el objetivo antes mencionado de explicar las relaciones entre los significados de las oraciones, pero siempre de acuerdo con sus condiciones de verdad. Según esto, la *implicación* es la relación que existe entre dos oraciones si de la verdad de una se sigue necesariamente la verdad de la otra; la *presuposición* se da si la verdad de una oración es necesaria para la verdad de otra; y la *sinonimia*, si dos oraciones satisfacen las mismas condiciones de verdad; etc. (4).

Ahora bien, las oraciones interrogativas (5) plantean inmediatamente un grave problema: ¿cuál puede ser su valor veritativo y, por tanto, su significado, de acuerdo con los postulados generales de esta teoría?



Examinemos algunos ejemplos

- 1)a- ¿Has visto a Pedro?
- b- ¿Está abierta la puerta?

De las oraciones interrogativas anteriores podría decirse que son apropiadas o inapropiadas, pertinentes o irrelevantes; pero no que sean verdaderas o falsas. Sólo se puede asignar un valor veritativo a los enunciados descriptivos, es decir, a las *proposiciones*. Al admitir esta noción de proposición seguimos, entre otros, a Allwood et al. (1977:32) y a Lyons (1977:141), quien afirma que

"Una proposición es lo expresado por una oración declarativa cuando dicha oración se emite para hacer una aserción." (6)

Si aceptamos que esto es así, resulta, entonces, que las oraciones interrogativas, que no son proposiciones, quedarían excluidas de esta Semántica.

Y, sin embargo, muchos autores han tratado de buscar una solución a este problema. La inclusión de las interrogaciones se justifica por varios motivos. En primer lugar, hay que explicar la relación sistemática entre una oración interrogativa y la declarativa correspondiente -a la que sí pueden asignársele un valor veritativo-, para entender mejor sus semejanzas y diferencias. Pero es que, además, las interrogaciones admiten algunas relaciones de inferencia lógica con otras pro-

posiciones, especialmente la relación que hemos llamado presuposición (7). Observemos los siguientes ejemplos:

- 2)a- Juan sigue pegando a su mujer
- b- Juan solía pegar a su mujer
- c- ¿Sigue Juan pegando a su mujer?

La aserción 2)a, para poder tener un valor veritativo, necesita de la verdad de 2)b, es decir, 2)a presupone 2)b; del mismo modo, 2)c para poder ser relevante necesita de 2)b.

Ante este estado de cosas, las soluciones propuestas dentro de esta misma línea de Semántica de condiciones de verdad son varias. Trataremos en primer lugar de la teoría que conecta las interrogaciones con el conjunto de las repuestas lógicamente bien formadas.

### 5.2.1. La teoría del conjunto de respuestas

Esta teoría en esencia sostiene que toda pregunta se identifica con el conjunto de sus respuestas, que son ya oraciones declarativas y que pueden, por tanto, tener un valor veritativo.

Stahl (1955) desarrolla su teoría en el marco de sistemas lógicos altamente formalizados, como es la lógica cuantificacional superior. Se basa en la idea de

que una pregunta no es un elemento único, sino que define una clase, en la que se incluyen todas sus respuestas suficientes. Por *respuestas suficientes* entiende aquellas cuya forma está lógicamente predeterminada por la de la pregunta. Más tarde, Hirschbühler (1979) señalará también que una pregunta y su respuesta, cuando ésta no es redundante, forman una oración a la que puede asignarse un valor veritativo.

Más cerca del lenguaje natural se hallan las propuestas de otros filósofos como Belnap (1966). Para él, el punto central de la Lógica erotética es precisamente la relación entre pregunta y respuesta.

Para poder asignar un valor veritativo a las preguntas, Belnap (1966:611) afirma que

"... una pregunta es verdadera sólo cuando una respuesta a ella sea verdadera".

Coincide con Stahl en que ambos afirman la predeterminación lógica de la forma de la respuesta. La relación entre ésta y la pregunta es descriptible en términos de *expresión matriz y sustitución*. Así, por ejemplo, para responder a la pregunta

¿Qué es un A?

se recupera la matriz, que tiene la forma

$x$  es un A

y seguidamente se sustituye  $x$  por el valor que corres-  
ponda.

Este autor contempla las relaciones que se estable-  
cen entre las oraciones interrogativas y otros tipos de  
proposiciones, y lo hace también desde el punto de vis-  
ta de su relación con las respuestas. Así una oración  
 $O$  es una presuposición de una pregunta  $Q$ , si la verdad  
de  $O$  es una condición necesaria para que  $Q$  tenga algu-  
na respuesta verdadera; o, dicho de otro modo, si toda  
interpretación que convierte en verdadera a la pregunta  
hace lo mismo con la oración presupuesta. Recuérdense  
los ejemplos que adujimos anteriormente: la pregunta  
2)c que presupone 2)b puede responderse afirmativa o ne-  
gativamente (3)a-b), pero ambas formas siguen presupo-  
niendo 2)b:

2)b- Juan solía pegar a su mujer

c- ¿Sigue Juan pegando a su mujer?

3)a- Sí, *sigue* pegándole

b- No, *ya no* le pega

Belnap, según señala en su artículo de (1983), si-  
gue trabajando actualmente en una teoría de las pregun-  
tas relacionada con las respuestas que obtienen, pero  
tal vez matizando un poco su postura anterior: ahora  
afirma que las respuestas son *parte* del significado de  
las preguntas. Falta ahora saber en qué consiste esa  
otra parte de su significado que no puede relacionarse  
con ellas.

Por su parte, Bromberger (1966) se ocupa también de las presuposiciones. Al afirmar la importancia de incluir a las preguntas dentro de un modelo que formalice las relaciones de inferencia, se basa en la enorme contribución de este tipo de oraciones al avance de las ciencias.

Otros autores, como Harrah (1966), recuerdan que al igual que se reconoce una relación entre pregunta y respuesta, hay que señalar el hecho de que cualquier enunciado, pero especialmente las afirmaciones, evoca un conjunto casi ilimitado de preguntas. La relación, por tanto, es bilateral.

Todos los autores anteriormente citados tienen en común el hecho de ser antes filósofos que lingüistas. En efecto, los argumentos que utilizan están más cerca de referirse a las condiciones de elaboración de la teoría que a los hechos mismos. Sin embargo, estos puntos de vista han sido adoptados también por estudiosos que se hallan ya más directamente involucrados en el terreno de la Gramática.

Bäuerle (1979) subraya que el análisis de las preguntas debe incluir el de las respuestas porque éstas son necesarias para poder comprender mejor los aspectos significativos. Pregunta y respuesta forman, pues, una unidad semántica. Analizando las relaciones entre las formas lingüísticas que presentan los diferentes tipos de interrogación y las respuestas que obtienen, llega a la conclusión de que hay estructuras formalmente no

emparentadas, que sí lo están, en cambio, semánticamente. Y para demostrarlo -Bäuerle (1979:62)-, propone los siguientes diálogos:

4) A:-¿A quién te encontraste?

B:-A tu hermana

5) A:-¿Te encontraste a mi hermana o a mi hermano?

B:-A tu hermana

6) A:-¿Te encontraste a mi hermana?

B:-Sí

Sintácticamente suele decirse que las interrogativas pueden clasificarse de acuerdo con la presencia o ausencia de las proformas interrogativas. Según este criterio, las interrogativas disyuntivas se hallan más próximas a las generales que a las parciales. Semánticamente, sin embargo, y a juzgar por el tipo de respuestas que obtienen, la situación es la inversa.

Wunderlich (1981) estudia otros casos de equivalencia semántica entre estructuras sintácticamente muy diferentes, basándose también en el tipo de respuestas que obtienen. Así, hay ciertas preguntas parciales que son asimilables a las preguntas generales, como demuestra con los siguientes ejemplos:

7) A:-¿Cuál es el tipo más simple de pregunta, la general?

B:-Sí

8) A:-¿Es la general el tipo más simple de pregunta?

B:-Sí

A esta clase de interrogativas parciales, Wunderlich las llama *focalizadas* (8), porque centran la atención en una de las posibles respuestas, que pasa, así, a ser una parte de la formulación de la pregunta.

En las páginas anteriores hemos tratado de presentar la evolución de la Teoría del conjunto de respuestas posibles hasta sus más recientes formulaciones. Los sucesivos trabajos han ido ampliando progresivamente el mismo de aspectos relacionados con estas cuestiones: se han puesto de manifiesto equivalencias semánticas entre estructuras oracionales diferentes que de otro modo pasaban inadvertidas. Además, de este modo, es posible explicar las inferencias que pueden extraerse de ellas.

Una pregunta no denota, por tanto, una proposición, sino el conjunto de las proposiciones expresadas por el conjunto de respuestas suficientes, o directas, posibles. A modo de resumen puede trazarse el siguiente esquema, adaptado de Wunderlich (1981):

I. general: ¿O? denota  $p$  y  $\neg p$ , donde O=oración  
p=proposición

I. parcial: ¿Q<sub>A</sub> O? denota  $(a_1, a_2, \dots, a_n) \in A$ , que  
denotan respectivamente  
 $p_1, p_2, \dots, p_n$

I. disyuntiva:  $\{O_1 \text{ o } O_2\}$  denota  $p_1, \neg p_1, p_2, \neg p_2$

### 5.2.2. Valoración

La Semántica de condiciones de verdad se ha revelado como un buen procedimiento para analizar la estructura lógica de las proposiciones expresadas por medio de oraciones declarativas, y para formalizar las relaciones de significado que pueden establecerse entre ellas. Sin embargo, el hecho de aplicar a las lenguas naturales sistemas de análisis creados en principio para estudiar lenguajes artificiales altamente formalizados, tiene consecuencias no siempre deseables: son conocidas las críticas que pueden hacerse a la identificación entre los conectivos del cálculo proposicional y las conjunciones como *y* o *pero*; de igual modo, la negación en las lenguas naturales no tiene una exacta correspondencia con el operador lógico (9).

Centrándonos ya en el problema de la interrogación, la primera objeción que puede hacerse a este tipo de análisis es que identifica *oración interrogativa* y *pregunta*, y se basa, por tanto, en la idea de que toda interrogativa tiene una respuesta. Sin embargo, y como ya hemos indicado más arriba, no todas las oraciones interrogativas son preguntas, y por tanto, no todas buscan una respuesta verbal. Sólo por citar algunos ejemplos, recordemos que las peticiones corteses del tipo



9)a- ¿Puedes pasarme la sal?

b- ¿Me acercas el cuchillo?

lo que quieren es el cumplimiento de una acción; y resulta inapropiado dar respuesta a interrogaciones retóricas como

10)a- ¿Qué hombre razonable puede desear la guerra?

b- ¿Hay algo más importante que la libertad?

Como señalan Anscombe y Ducrot (1981), lo que es común a toda interrogación no es la petición de respuesta informativa, sino la petición de una reacción por parte del destinatario. Entendemos que, dentro de esta perspectiva, el silencio es también una forma de reacción posible, tanto si supone una aceptación tácita de lo dicho por el interlocutor, como si indica su negativa a colaborar con él (10).

Pero, incluso considerando sólo aquellas interrogativas que requieren una respuesta verbal, se observan comportamientos aparentemente anómalos. Recordemos que Ajdukiewicz señala que preguntar es dar la forma lógica de la respuesta, pero sin dar la materia, que es lo que se ignora; en la misma línea, Jacques (1981:72) afirma que

"Una pregunta no es más que el "doble" neutralizado de una respuesta que se supone preexistente";

Y Wunderlich (1977) dice que se espera que el oyente elija una respuesta verdadera de entre el conjunto de proposiciones tematizadas en la pregunta. De acuerdo con el esquema de Wunderlich (1981), que hemos reproducido más arriba, para 11)a pueden ser apropiadas 11)b y 11)c

- 11)a- ¿Está durmiendo Pablo?
- b- Pablo está durmiendo
- c- Pablo no está durmiendo

Sin embargo, podemos observar que sus resultados no tienen la misma aplicación en el caso de las interrogaciones disyuntivas. A una oración como 12)a puede contestarse con 12)b o 12)c, pero no con 12)d o 12)e:

- 12)a- ¿Pablo está durmiendo o ha salido?
- b- Pablo está durmiendo
- c- Pablo ha salido
- d- #Pablo no está durmiendo
- e- #Pablo no ha salido

Se diría, entonces, que la realidad falsea el análisis de Wunderlich (1981), según el cual una interrogación disyuntiva denota el conjunto de proposiciones positivas y negativas que le sirven como respuesta suficiente. 12)d y 12)e no lo son porque no son suficientemente informativas. Para solucionar este problema sería preciso añadir que sólo las respuestas afirmativas son suficientes, mientras que las negativas necesitan ser proposiciones complejas de la forma  $\sim p_1 \& p_2$ , como en

- 13)a- Pablo no está durmiendo, sino que ha salido  
 b- Pablo no ha salido, sino que está durmiendo

De otro lado, resulta que es bastante habitual responder a una pregunta con una respuesta no formalmente predeterminada. El siguiente diálogo es perfectamente aceptable, sin que cumpla dicha condición:

- 14) A:-¿Tenemos tiempo?  
 B:-Son las siete menos diez

El hablante B no está proporcionando una respuesta directa a A, sino los datos necesarios para que A por inferencia extraiga sus propias conclusiones, entre las cuales está el contenido de la respuesta directa.

A las dos objeciones anteriores -que, por otro lado, son bastante frecuentes en muchos de los trabajos actuales sobre Semántica-, y respondiendo a favor de la teoría del conjunto de respuestas, habría que decir que parten de una mala interpretación, por parte de muchos lingüistas, de la naturaleza y los objetivos de dicha teoría. Esta no es, ni intenta ser, un modelo para describir y explicar el uso real de los enunciados interrogativos o, en particular, de los tipos de enunciados que pueden funcionar como respuestas adecuadas a ellos en una situación concreta de intercambio comunicativo; su pretensión es más modesta: la de analizar el significado de las oraciones interrogativas, de tal modo que

éstas puedan incluirse sin problemas en una lógica de cálculo de predicados. Por tanto, el hecho de hablar de respuestas no debe, pues, inducirnos al error de creer que se trata de respuestas reales. Lo que esta teoría trata de decir es que cada uno de los valores que puedan darse a la incógnita o variable que aparece en la formulación interrogativa, da lugar a una proposición. A esa proposición ya puede asignársele un valor veritativo, y de ella pueden extraerse inferencias válidas.

Más grave es, sin embargo, la crítica que puede hacerse desde una perspectiva fregeana. Al considerar que el significado de una oración viene determinado por su valor veritativo, se está teniendo en cuenta exclusivamente la referencia de esa oración. Y Frege (1892) indicaba que el contenido significativo de una expresión no se agota en su referencia, sino que hay que tomar también en consideración su sentido, es decir, el modo de presentar esa referencia. Pues bien, reducir el estudio del significado al de la referencia supone dejar fuera una parte -tal vez la más importante- del contenido significativo.

De otro lado, pero en estrecha conexión con lo anterior, no hay que olvidar que el conocimiento de la referencia -sea de las expresiones nominales o de las oraciones- no es una condición indispensable para captar el sentido: de igual manera que puede interpretarse una oración que contenga la expresión *el lucero matutino* sin saber exactamente que se refiere a Venus, así también es posible entender el sentido de una oración sin cono-

cer su valor veritativo.

La teoría del conjunto de respuestas posibles puede ser, por tanto, un buen instrumento para el análisis de la estructura del contenido proposicional de una oración interrogativa; pero no resulta operativa si no se complementa con el estudio de las otras partes del contenido significativo -entre ellas, por ejemplo, la correspondiente al significado temático-, que no son de naturaleza estrictamente referencial.

### *5.3. La interrogación en la Semántica de las condiciones de uso*

La segunda línea principal de análisis a la que podríamos llamar *Semántica de las condiciones de uso*, es aquella que se centra en la relación que se establece entre la oración y el hablante (11). Se utiliza fundamentalmente para intentar asignar un significado constante a cada una de las modalidades gramaticales con que puede "revestirse" una proposición. Toma como punto de referencia los usos característicos de las oraciones y los actos que hacen los hablantes por medio de ellas. De este modo, se dice que el significado de una oración como *La puerta está abierta* es 'yo afirmo que la puerta está abierta'; y, análogamente, el significado de *¿Está abierta la puerta?* será 'Yo te pregunto si la puerta está abierta'.

### 5.3.1. La teoría del imperativo epistémico

La Teoría del imperativo, u optativo, epistémico se sitúa, en cierto sentido, entre las dos grandes líneas que apuntábamos al principio: la de las condiciones de verdad, y esta última de las condiciones de uso. Decimos que está a medio camino entre ellas porque analiza los significados de las oraciones interrogativas desde ambos puntos de vista; o, mejor dicho, porque utiliza el análisis de las relaciones entre las oraciones interrogativas y los hablantes que las emplean como un paso previo para poder integrar a este tipo de oraciones dentro de una lógica de condiciones de verdad.

Los más destacados exponentes de esta teoría son Åqvist (1965) y Hintikka (1974), (1974b), (1975) y (1981) (12). Los objetivos perseguidos no están lejos de aquellos que trataba de alcanzar la Semántica de condiciones de verdad. Åqvist (1965:1-2) los resume de la siguiente manera:

- I- La teoría debe proporcionar algún tipo de explicación (...) del "significado" o "contenido lógico" de las oraciones interrogativas como aparecen en el discurso ordinario. Paralelamente a esta tarea interpretativa o semántica, hay obviamente otra de naturaleza sintáctica: la de elucidar el modo en que las interrogativas están, o deben estar construidas sintácticamente (hay preguntas que están formadas de modo cuantificacional, mientras que otras se enmarcan de otra manera).

II- Algunas preguntas parecen ser *consecuencia lógica* de otras; dos preguntas pueden ser *lógicamente equivalentes*; un conjunto de preguntas puede ser *consecuente* o no, etc. La teoría debe explicar estas relaciones lógicas entre interrogativas, y también debe proporcionarnos medios para establecerlos. La teoría debe explicar también las nociones de *verdad* y *falsedad* con respecto a las preguntas.(...).

III- La teoría debe clarificar el concepto de *presuposición interrogativa*. (...).

IV- La teoría debe, finalmente, explicar las diferentes relaciones *pregunta-respuesta*, por ejemplo, las de ser una *respuesta directa*, *suficiente*, *correctora*, y otras.

Åqvist (1965:42-43) precisa bien claramente cuál es el alcance de su teoría. Se va a referir exclusivamente a las preguntas:

"... para distinguir las preguntas del discurso ordinario de otros tipos de locuciones, debemos tomar en consideración no sólo la diferencia gramatical de la modalidad interrogativa con respecto a otras, sino también la distinción entre los que pueden llamarse *usos primarios* y *secundarios* ("parasitarios") de las modalidades diferentes del lenguaje

natural. Consideremos que el uso primario de las oraciones interrogativas es "grosso modo" el de servir como medio de obtener una información por medio de una respuesta."

Para ello hace falta emplear otros tipos de lógica que admitan más de un mundo posible. La teoría aquí presentada es la intersección de dos lógicas:

- a) la *lógica deóntica*, que contempla lo obligatorio -es el operador imperativo de Hintikka- y lo permitido;
- b) la *lógica epistémica*, que se ocupa de los conocimientos -es el operador epistémico- y las creencias.

Para el contenido proposicional se emplea una *lógica de predicados*.

El análisis propuesto se basa explícitamente en aquellas oraciones interrogativas que funcionan como preguntas. Ahora bien, es necesario hacer algunas precisiones al respecto. De un lado, al hablar de preguntas, se está introduciendo en la Lógica el componente referido al uso real de las oraciones que hacen los hablantes. El propio Åqvist se da cuenta de que tal posición deja fuera un gran número de oraciones interrogativas (13). De otro lado, se está edificando, más o menos explícitamente, la noción de *uso característico*, que va a ser utilizada por muchos otros semánticos posteriores (14).



Hintikka (1981:56), resumiendo su teoría, indica que éste es también su punto de partida:

"¿Cuál es, pues, la función semántica y pragmática de las preguntas (directas)? Casi todo el mundo está de acuerdo en ver en una pregunta una petición de información. Hay, por tanto, buenas razones para encontrar en una pregunta el doble aspecto siguiente:

- 1) la especificación de una cierta información (de un cierto estado epistémico); y
- 2) una petición para que la información así especificada sea dada al emisor (es decir, para que este estado sea llevado al conocimiento del que preguntó)."

El sistema propuesto por Hintikka se basa esencialmente en la existencia de los dos operadores, imperativo-optativo y epistémico, que traducen al lenguaje lógico ese doble aspecto de las preguntas. El significado de las preguntas no queda ya reducido a su contenido proposicional, como ocurría con el modelo propuesto por la Semántica de condiciones de verdad. Los operadores imperativo y epistémico de Hintikka recogen esa otra parte del contenido significativo.

Este análisis se basa, en cierto modo, en un principio de composicionalidad del significado. Una pregunta puede descomponerse en 4 partes diferentes:

- 1) *desideratum*, que es el estado epistémico que el hablante pretende lograr;
- 2) *operador imperativo-optativo*, que refleja la petición -en este caso, de información-;
- 3) *presuposición*, que es la parte del contenido proposicional que se afirma implícitamente al preguntar; y
- 4) *matriz*, la forma del contenido de la pregunta.

Sin formar parte de la forma lógica de la pregunta, pero íntimamente ligados a ella, hay otros conceptos más que se refieren a la respuesta: uno es la *respuesta misma*; y otro la *condición de conclusividad*, que define las circunstancias en que una respuesta es conclusiva, es decir, aquéllas en que dicha respuesta facilita a quién preguntó toda la información que deseaba: cuál es esa información viene predeterminado por el *desideratum* de la pregunta.

Para entender más claramente esta distinción, Hintikka (1981:62) analiza algunos ejemplos, de los cuales vamos a comentar aquí uno. Dada la pregunta

*¿Quién Z?*

donde *Z* denota cualquier predicado,

el modelo desarrollado por Hintikka formaliza la expre-

sión de la pregunta de la manera siguiente

$$O[(\exists x)K_{yo}(xZ)]$$

donde  $O$ =operador impera-  
tivo-optativo

$\exists$ =cuantificador  
existencial

$x$ =variable de in-  
dividuo

$K_{yo}$ =operador episté-  
mico referido al  
que habla

La fórmula anterior se analiza a su vez en otros subcom-  
ponentes. El operador imperativo-optativo puede parafra-  
searse por algo parecido a

$O$ ="Haz de manera que..."

De este modo, el operador afecta a la parte de la fór-  
mula situada a su derecha, que constituye su objeto y  
que es precisamente el *desideratum*

$$(\exists x)K_{yo}(xZ),$$

que se lee más o menos como

Existe al menos un  $x$ , tal que yo sé que ese  $xZ$

La presuposición se obtiene eliminando el operador epis-  
témico:

$$(\exists x)(xZ)$$

es decir,

Existe al menos un  $x$ , tal que  $xZ$

Esta presuposición se formaliza por medio del llamado *cuantificador existencial*  $\exists$ , una constante lógica que liga a una *variable de individuo*, es decir, al símbolo  $x$  que representa a un individuo cualquiera. La lectura de  $(\exists x)$ , como ya hemos visto, es

Existe al menos un  $x$

y significa que hay, como mínimo, un individuo dentro del universo del discurso (15) que satisface el enunciado abierto -en nuestro caso  $(xZ)$ - que sigue al cuantificador.

Esta *presuposición existencial* es común a todas las interrogativas parciales, y depende de los rasgos significativos que las palabras interrogativas comparten con las indefinidas (16). Es, por tanto, la parte del contenido proposicional que se afirma implícitamente al plantear la pregunta. Al decir 15)a se presupone 15)b:

15)a- ¿Quién ha venido?

b- Alguien ha venido

Por supuesto, la presuposición puede ser falsa. En este caso, ninguna de las respuestas posibles a la pregunta puede tener valor veritativo; es decir, no pueden ser ni verdaderas ni falsas porque parten de un supuesto

equivocado. Entonces, la respuesta adecuada consiste, precisamente, en corregir la presuposición negándola:

16)- No ha venido nadie,

es decir,

$$\neg(\exists x)(xZ)$$

que se lee como

No existe ningún individuo  $x$ , tal que  $xZ$ .

La matriz, al igual que ocurría en la Teoría del conjunto de respuestas, proporciona la forma de la contestación, pero sin dar su contenido:

$$xZ$$

A la pregunta anterior puede responderse, por ejemplo, sustituyendo la variable  $x$  por la constante de individuo  $b$ . Pero para que  $b$  cuente como una respuesta conclusiva, es necesario que cumpla la siguiente condición:

$$(\exists x)K_{yo}(b=x)$$

Esto supone afirmar que el  $yo$  debe saber quién es  $b$ , puesto que el resultado real de la respuesta ha de ser el cumplimiento del *desideratum*, en el que está presente el operador epistémico bajo cuyo ámbito queda incluida también la parte de información facilitada por la

respuesta. Por eso, si el que preguntó no conoce de alguna manera la identidad de  $b$ , la respuesta no es conclusiva y así inmediatamente surge la pregunta "¿Quién es  $b$ ?", hasta que se obtiene la fórmula propuesta para conseguir que la respuesta sea conclusiva.

En Hintikka (1974b) la que se plantea es una cuestión algo diferente, pero íntimamente relacionada con el análisis anterior y, en particular, con la interpretación semántica. Hasta entonces era un hecho generalmente aceptado que las palabras interrogativas se comportaban efectivamente como cuantificadores existenciales. Sin embargo, él observa que en muchas ocasiones el que pregunta quiere otro tipo de información; es decir, no le basta con que se le dé la identificación de *un* individuo que, al sustituir a la variable  $x$ , convierta en verdadera la fórmula abierta que se le presentaba, sino que quiere saber cuáles son *todos* los individuos que satisfacen las condiciones veritativas de la proposición. Aunque Hintikka tal vez desconoce el dato, el plural español *quiénes*, que no tiene correspondencia al menos en ninguna otra lengua europea, no sólo permite esta interpretación sino que la impone (17). Para hacerla posible hay que emplear no un cuantificador existencial sino el *cuantificador universal*, representado por  $\forall$ :

$$(\forall x)$$

y que se lee como

Para todo  $x$ ...

Para explicarlo con más claridad, Hintikka (1981: 62-63) utiliza el siguiente ejemplo. La pregunta 17)a (en español más verosimilmente sería 17)b)

17)a- ¿Quién asesinó a César?

b- ¿Quiénes asesinaron a César?

necesita formularse de la siguiente manera (damos sólo la presuposición):

$$(\forall x)(xZ) \rightarrow (\exists y)(y=x.(yZ))$$

que se interpreta más o menos como

Para todo  $x$ ,  $xZ$ , si, y sólo si, existe al menos un  $y$  idéntico a  $x$ , tal que  $yZ$ .

Todo lo dicho anteriormente para las interrogativas parciales es fácilmente aplicable tanto a la interrogación general como a la disyuntiva: estos otros no son, desde el punto de vista lógico, más que casos particulares del primero. En efecto, la interrogación parcial presenta un número no finito de posibilidades para reemplazar la variable, mientras que, en los otros casos, la propia formulación de la pregunta plantea una alternativa finita, bien entre los términos de la disyunción, o bien entre la respuesta positiva y negativa (18).

También para Åqvist (1965) la distinción entre interrogativas parciales y generales, que está bien fundamentada desde el punto de vista sintáctico, desaparece

cuando las interrogaciones se traducen al lenguaje formalizado. Ambos tipos pueden, pues, analizarse dentro de la lógica imperativo-epistémica cuantificada (19).

Una de las conclusiones más notables de esta teoría es que las preguntas resultan ser sinónimas de las oraciones imperativo-epistémicas. La asignación de valor veritativo a las interrogativas se establece a través de la noción de presuposición. Åqvist (1965:130-131) afirma

"... si Q [pregunta] tiene una presuposición falsa, entonces Q es una pregunta falsa (...). La verdad de todas las presuposiciones de una pregunta es condición suficiente para la verdad de la propia pregunta."

Dentro de esta misma línea de análisis hay que mencionar también el clásico trabajo de Karttunen (1977), que se basa fundamentalmente en la lógica de Montague (20). Lo incluimos dentro de esta teoría porque, aunque él no se sirve explícitamente de los operadores de Hintikka, sin embargo, también se se preocupa por buscar un modelo basado en el uso de las preguntas para poder asignarles un valor veritativo. De todos modos, su propuesta tiene muchos puntos de conexión -como podrá comprobarse más adelante- con los análisis de tipo realizativo. Le separa de ellos, sin embargo, el hecho de preocuparse todavía por las condiciones de verdad de las preguntas.



Un análisis de las preguntas debe relacionar las preguntas directas con las indirectas (21). Según él, una pregunta directa puede considerarse semánticamente equivalente a un cierto tipo de oración declarativa que haga depender a la pregunta indirecta correspondiente de un verbo adecuado, que se refiera al tipo de acto ilocutivo que se realiza al formular dicha pregunta. De este modo, el análisis de las preguntas directas queda reducido al de las indirectas. Y al formar éstas parte de una oración daclarativa, ya se les puede asignar valor veritativo:

"Si las preguntas directas son semánticamente equivalentes a un cierto tipo de oraciones declarativas, entonces las preguntas directas pueden tener un valor veritativo. ¿Cómo puede esto reconciliarse con el hecho de que es estúpido, si no carente de sentido, el preguntarse por la verdad de *¿Está lloviendo??* Un modo de contraatacar a esta objeción es éste: las convenciones de nuestra lengua son tales que cualquier emisión apropiada de 1) *¿Está lloviendo?* es una petición de decir si está lloviendo. En cualquier ocasión en que esta oración se enuncie, 2) *Yo te pido que me digas si está lloviendo* expresa una proposición verdadera. En consecuencia, el hecho de que carece de sentido preguntarse por el valor veritativo de 1) puede explicarse por el hecho de que 1) es, por así decirlo, pragmáticamente auto--verificativa. Siem-

pre que se emite, es verdadera."

No se ocupa, sin embargo, del problema de si las preguntas directas son una reducción de las indirectas, o si, por el contrario, éstas son una interpretación de aquéllas. A esta cuestión sí responderá, por ejemplo, el análisis realizativo.

### 5.3.2. Valoración

La Teoría del imperativo epistémico supone un paso hacia adelante en la consideración del significado de las preguntas, porque no se limita sólo al contenido proposicional, como ocurría con la Teoría del conjunto de respuestas.

La interesantísima interpretación de las palabras interrogativas como cuantificadores ambidextros proporciona un nuevo instrumento para analizar convenientemente un tipo de imprecisión significativa para la que hasta entonces no se había encontrado una interpretación satisfactoria.

Además, las condiciones impuestas por Hintikka para poder considerar que una respuesta tiene carácter plenamente conclusivo proporcionan una visión mucho más real de los mecanismos que rigen el intercambio de la información. Ya no basta, pues, con que la respuesta

sea verdadera y con que su forma esté estructuralmente predeterminada por la pregunta; es necesario también que esa respuesta esté de alguna manera relacionada con el conocimiento anterior del hablante, es decir, con cierto estado epistémico.

Sin embargo, el admitir por completo esta teoría como una formalización adecuada del significado de un cierto tipo de expresiones plantea diversos problemas. El más serio es, a nuestro juicio, el de aceptar como tal un modelo que sólo se ocupa de analizar aquellas interrogativas que funcionan como preguntas, es decir, como demandas de información. Podría contraargumentarse a nuestra objeción diciendo que dicha teoría no pretende estudiar más que esa clase particular y que, por tanto, ése no es un motivo de crítica.

De todos modos, parece que es necesario complementar la línea de trabajo hasta ahora seguida con otros estudios que indiquen, al menos, cómo y en qué condiciones se "destruye" la parte del significado correspondiente a los operadores imperativo y epistémico en todas aquellas interrogativas que no soliciten una información sino, por ejemplo, una acción; o en las que afirman enfáticamente, como las retóricas. Tanto Hintikka como Åqvist (22) son conscientes de estas limitaciones, pero no proponen ninguna solución para remediarlas.

El anterior no es sólo un problema de naturaleza -por así decirlo- práctica, sino que tiene también una enorme relevancia teórica. Supongamos que admitimos la

utilidad de una lógica epistémica para analizar las oraciones de modalidad declarativa cuyo uso primario es hacer aserciones; admitamos también una lógica imperativa para las oraciones formalmente imperativas que se usan característicamente para hacer mandatos; y admitamos, finalmente, la intersección de ambas como modelo adecuado para describir el significado de las oraciones interrogativas cuando se utilizan para hacer preguntas. Pues bien, ¿qué ocurre, entonces, con los usos secundarios de todas estas estructuras gramaticales? Porque es claro que una lógica epistémica no admite, por definición, enunciados formalmente interrogativos, al igual que la lógica de las preguntas tampoco permite la inclusión en su ámbito de estudio de otras modalidades oracionales cuando se utilizan para hacer peticiones de información. Queda, por tanto, un número ingente de estructuras para las que no hay lógica posible dentro de este enfoque.

Pero es que, además, lo anterior nos conduce a una paradoja: si la lógica de las preguntas se basa en el reconocimiento de que al pedir una información se está conjugando un operador imperativo ("haz de manera que...") con otro epistémico ("yo sé que..."), parece razonable pensar que tal lógica debería admitir oraciones (imperativas) como 18)a o, menos formalistamente expresado, 18)b:

18)a- Haz de manera que yo sepa quién ha venido

b- Dime quién ha venido;

o (declarativas) como 19)a-b

19)a- Quiero saber quién ha venido (23)

b- Quiero que me digas quién ha venido

Tales enunciados, a pesar de ser la traducción en lengua natural del significado de los operadores de que se sirve el metalenguaje lógico utilizado, sin embargo, no sólo no se incluyen en la teoría, sino que ni siquiera hay al menos un mecanismo que las relacione semánticamente con estructuras como 20) cuando se usan para pedir información:

20) ¿Quién ha venido?

Karttunen sí se ocupa de la relación entre declarativas que llevan como complemento una interrogativa indirecta pero no de las imperativas. De lo que tampoco trata, como ya vimos, es de cuál debe ser la relación entre la interrogativa directa y la indirecta.

De otro lado, Apostel (1981) señala también que el aceptar el operador imperativo como una parte del significado de las preguntas impide teóricamente la aparición de respuestas como *No sé*, que son incompatibles con el imperativo. (Llevando un poco *ad absurdum* la objeción de Apostel podría decirse que la réplica que habría que esperar es, en todo caso, *No quiero*.) Sin embargo, pensamos que hay que matizar esta afirmación.

Cuando emplea esta respuesta, el hablante no la re-

fiere directamente al operador imperativo ni al epistémico de su interlocutor, sino a su propio estado epistémico. Ello quiere decir, como ponen de manifiesto los estudios de Pragmática, que quién formula la pregunta *supone* efectivamente que su interlocutor conoce la respuesta, puesto que le dirige un imperativo para que le proporcione esa información. Recordemos las palabras de Åqvist (1965:6):

"El que pregunta está interesado en ampliar su conocimiento, en "librarse" de su ignorancia acerca de los aspectos mencionados. Pues bien, para satisfacer este interés, dirige a *un receptor adecuado* [el subrayado es nuestro] oraciones que expresan peticiones de que se elimine su ignorancia en los aspectos mencionados."

O, dicho de otro modo, sería contradictorio también dentro del modelo imperativo-epistémico pensar que un hablante *H* plantea a un interlocutor *O* una pregunta para solicitarle una información a sabiendas de que *O* desconoce dicha información:

21) #¿Quién ha venido? Te lo pregunto para que me informes, aunque sé que tú no sabes quién ha venido.

Ahora bien, no hay que olvidar que el comportamiento humano en general, y el lingüístico en particular, no están libres de errores, y de este modo se explica

que muchas intenciones fracasasen (24). Recordemos, por ejemplo, que un hablante puede formular una pregunta con una presuposición que cree verdadera pero que, sin embargo, es falsa. Su interlocutor, entonces, no puede dar una respuesta directa verdadera, sino que "debe" corregir la presuposición falsa (25). De modo análogo, puede plantearse una pregunta con una *suposición* que resulta ser falsa, la de que el destinatario *conoce* la respuesta. También en este caso, el interlocutor "debe" corregir la suposición errónea. Esta es la interpretación que proponemos a la respuesta *No sé*, y que no resulta incompatible con los fundamentos en que se basa la teoría imperativo-epistémica.

Pero es que, además, esta respuesta *sí* puede aparecer también con imperativos, con un sentido semejante al que acabamos de describir. Las frases afirmativas también tienen suposiciones. Si el emisor pide al destinatario que haga una determinada acción es porque supone que sabe hacerla:

22) A: -Mientras yo izo la vela, ata tú esos  
cabos con un "as de guía"

B: -No sé

Al imperativo de A sería conversacionalmente contradictorio añadirle una continuación como en

23) A: -#Mientras yo izo la vela, ata tú esos  
cabos con un "as de guía". Te lo pido  
aunque ya sé que no sabes hacerlo

Todos los problemas anteriores surgen en realidad por una razón: se está describiendo el significado de determinadas estructuras oracionales en términos de uno de los usos que hacen los hablantes de enunciados que realizan dichas estructuras. El significado resulta ser, según este enfoque, una relación triádica *referencia-expresión-hablante* (26), incluyendo en el término *hablante* sus conocimientos y sus deseos. Defender la importancia de esta perspectiva de análisis es no sólo legítimo, sino incluso -a nuestro juicio- imprescindible. Ahora bien, entendemos que esta tarea es diferente, e independiente, de aquella otra que trata de la relación diádica *expresión-contenido significativo*. La teoría del imperativo se revela, pues, más útil como modelo pragmático de un tipo específico de comportamiento lingüístico (la petición de información formulada por medio de una oración interrogativa directa), que como sistema de analizar las relaciones entre la forma de las expresiones y su sentido.

Por ello, no es extraño que muchas de las propuestas de análisis pragmático adopten algunos de los instrumentos que ha desarrollado esta clase de lógica. Es interesante destacar, por ejemplo, que no se puede dar cuenta del funcionamiento real de los enunciados interrogativos sin hacer algún tipo de referencia al estado cognitivo de las personas que intervienen en el diálogo, tal y como pone de manifiesto, por ejemplo Kiefer (1981). Esto supone tener que recurrir, en cierto modo, a algunos conceptos de los que suele emplear la lógica epistémica.



Y de igual modo, cuando hay que adentrarse en el estudio de los enunciados interrogativos con fuerza illocutiva cercana a la de las peticiones o mandatos, puede resultar de gran utilidad tener en cuenta las observaciones hechas por los cultivadores de la lógica imperativa.

En la parte dedicada al análisis pragmático habremos de retomar con más profundidad algunas de las cuestiones que aquí están simplemente esbozadas. Lo dicho anteriormente habrá servido, sin embargo, para entender los presupuestos y las implicaciones de una de las líneas de análisis filosófico que más repercusión ha tenido, y tiene, dentro de los trabajos sobre la Semántica de las lenguas naturales.

#### *5.4. Los análisis realizativos*

Si la Teoría del imperativo epistémico se sitúa, como hemos visto, en una zona intermedia entre la Semántica de condiciones de verdad y la Semántica de condición de uso, los *Análisis realizativos* ya se integran por completo dentro de este último ámbito. Suelen conocerse con este nombre precisamente porque se fundan en la identificación del significado no proposicional de la oración con el acto que el que habla *realiza* al emitirla (27). La frontera que separa esta teoría de la anterior debe situarse en el hecho de que ya no se va a re-

currir a ningún tipo de noción de *verdad* para explicar y dar cuenta del significado en las lenguas naturales. Ambos modelos de análisis comparten, sin embargo, su interés por el significado ligado al empleo de las estructuras oracionales en la comunicación efectiva.

Hablamos de *análisis realizativos* y quizá habría sido mejor decir *análisis realizativistas*: en esta sección vamos a incluir la *Hipótesis realizativa* tal y como aparece, por ejemplo, en Ross (1970), Gordon & Lakoff (1971) o Sadock (1974), y que se integra dentro de un marco teórico como la Semántica generativa, que no independiza el nivel sintáctico del semántico; pero también incluiremos algunos trabajos como los de Katz y Postal (1964) que, aunque no comparten el modelo teórico en lo que respecta al estatuto metodológico que ha de tener el componente semántico dentro de la Gramática, sin embargo, sí defienden un tipo de análisis extraordinariamente similar, y pueden servir como punto de partida para comprender los presupuestos en que se basaron las elaboraciones de la teoría.

La hipótesis de Klima (1962) y (1964) buscaba una solución a los problemas que planteaban los primeros análisis transformacionales (28). Para ello postula, de un lado, la aparición de un elemento o morfema interrogativo subyacente, al que llama *WH*, y que funciona como "disparador" o, mejor, inductor de las transformaciones: gracias a él se explica la puesta en marcha del mecanismo transformacional y también la diferencia de significado de las interrogativas con respecto a las asertivas.

De otro lado, propone derivar los constituyentes interrogados de formas subyacentes indefinidas, como *algo*, *alguien...*etc., que son las únicas recuperaciones semánticas posibles.

Pero, sin duda, el paso decisivo en esta línea es el trabajo de Katz y Postal (1964), que inaugura -como señala Malone (1978)- una nueva etapa en la Gramática generativa: es el primer gran intento de elaboración de una teoría de la Semántica dentro del modelo chomskiano. El fundamento de su teoría es la *hipótesis de la inmunidad*, que postula que las transformaciones deben preservar los significados de las estructuras de la base; o, dicho de otro modo, toda diferencia en el significado de dos oraciones debe estar motivada por la propia estructura profunda y no por las transformaciones.

Las interrogativas directas -Katz y Postal (1964: 79-137)- se caracterizan por llevar en la base un morfema abstracto *Q*, muy semejante al elemento *WH* de Klima. Sin embargo, estos autores postulan innovaciones importantes (29).

Para justificar la existencia del morfema *Q*, Katz y Postal proponen una serie de argumentos. Desde el punto de vista semántico, la existencia de *Q* se explica porque da lugar al cambio de significado de la interrogativa directa con respecto a la declarativa correspondiente. Esta es la interpretación que hacen -Katz y Postal (1964:85-86)- del significado de las interrogaciones:

"Un hecho importante sobre las preguntas es que, semánticamente, se parecen a los imperativos en que las preguntas son peticiones de un tipo especial. Pero, al contrario que los imperativos, que, en general, piden algún tipo de conducta no verbal, o de acción, las preguntas se relacionan principalmente con las respuestas de tipo lingüístico. Así, mientras el imperativo

¡Vete a casa!

tiene una paráfrasis aproximadamente como

Yo te pido que te vayas a casa,

la pregunta

¿Te irás a casa?

tiene como paráfrasis algo parecido a (...)

Yo te pido que contestes *sí*, *iré a casa* o *no*, *no iré a casa*."

De este modo, se identifica el significado de estas estructuras con su fuerza ilocutiva. Esto supone asignar una misma interpretación a todas las oraciones interrogativas directas.

Como puede verse, el punto de partida y el resulta-

do son semejantes a los de autores como Hintikka, Åqvist o Kattunen. Sin embargo, la diferencia esencial que los separa es el hecho de que Katz y Postal no lo hacen para poder asignar un valor veritativo a la interrogación, sino como un medio de explicar su significado a través del uso.

La *Hipótesis realizativa*, como adelantábamos más arriba, se desarrolla dentro del marco teórico de la Semántica Generativa (30): basa el significado en la fuerza ilocutiva que según Sadock (1974:19)

"... es aquella parte del significado de una oración que corresponde a la cláusula más alta en su representación semántica."

De acuerdo con esto, esta oración realizativa que domina a toda la oración está compuesta de la siguiente manera: un sujeto en primera persona; un verbo realizativo abstracto, formado por rasgos como [+V], [+realizativo], [+comunicativo], [+lingüístico], [+interrogativo], que es la representación semántica de la fuerza ilocutiva de la oración; un objeto directo, que es la oración analizada; y un objeto indirecto referido a una segunda persona, es decir, al destinatario. Toda esta estructura puede ser elidida opcionalmente. Así, la oración 24)a tiene una estructura como 24)b:

24)a- ¿Bajan los precios?

b- Yo te pregunto si bajan los precios

La consecuencia más importante de este tipo de análisis es que la fuerza ilocutiva 1) se considera una parte del significado profundo de la oración; y 2) está asimilada a su estructura formal. Queda, de este modo, establecida, una relación constante entre ambos tipos de construcción. Ahora bien, esta relación se define como de exacta correspondencia, ya que se parte de la hipótesis de la inmunidad.

Los argumentos en que se esgrimen para defender este análisis son de naturaleza gramatical y se basan, fundamentalmente, en fenómenos de pronominalización y en ciertas restricciones de coaparición de algunas expresiones adverbiales (31).

Para dar cabida a todos aquellos actos ilocutivos realizados por medio de oraciones interrogativas pero que no son preguntas sino, por ejemplo, peticiones, Sadock (1974:cap.6) indica que tales enunciados (a pesar de su apariencia), están gobernados por un verbo realizativo imperativo. Este es el que permite la aparición de formas como *por favor* al comienzo o al final de las interrogativas que funcionan como peticiones -sean de acción como 25)a-b, o de información como 26)a-b-, mientras que es posible en aquellos que funcionan como afirmaciones (como 27)a-b):

25)a- Por favor ¿puedes abrir la ventana?

b- ¿Puedes abrir la ventana, por favor?

- 26)a- Por favor ¿cómo se llama Vd.?  
 b- ¿Cómo se llama Vd., por favor?

- 27)a- #Por favor, ¿quién ha movido un dedo  
 por mí?  
 b- #¿Quién ha movido un dedo por mí,  
 por favor?

Los ejemplos 25) y 27) proceden de Gordon & Lakoff (1971:98-99), que estudian estas cuestiones con gran detalle (32).

#### 5.4.1. Valoración

Muchos de los argumentos que hemos utilizado para mostrar que la Teoría del imperativo epistémico no siempre resulta plenamente satisfactoria pueden utilizarse también para poner de manifiesto algunas inadecuaciones de los análisis realizativos y no vamos a volver sobre ellas. Habremos de añadir, sin embargo, algunas otras objeciones.

En primer término, hay que admitir que el análisis realizativo interpretativista que proponen Katz y Postal no difiere en lo esencial de la noción clásica que identifica interrogación y pregunta, sobre la cual ya hemos hablado anteriormente (33). En lo que sí se aparta efectivamente de ella es en su mayor grado de explicitud

con que presenta la descripción.

Las críticas a esta concepción no se hicieron esperar. Recogeremos, en rápido apunte, las más importantes, para mostrar cuál es la línea principal de las contraargumentaciones que siguieron a la publicación de la teoría.

Langacker (1974) argumenta contra la existencia de este tipo de morfemas porque considera que las pruebas en que se fundan los autores que los propusieron no son concluyentes. Señala, por ejemplo, que una lectura de tipo realizativo de *Q*, que puede ser válida para las interrogativas directas como especificador de la fuerza ilocutiva, no sirve, en cambio, para las indirectas. Y si se considera entonces que el morfema sólo aparece en oraciones independientes, quedan en cambio sin explicar todas las transformaciones que se operan también en las dependientes.

También Wachowicz (1978) se opone al morfema abstracto *Q*. Contra Katz y Postal señala que es difícil y poco consistente el utilizar ciertas restricciones de coocurrencia para fundamentar una hipótesis. Además, como operador, *Q* no puede explicar satisfactoriamente los casos en que hay o no inversión y movimiento. Tampoco tiene justificación semántica, ya que no todas las interrogativas buscan una respuesta, como es el caso, por ejemplo, de las interrogativas retóricas.

Wachowicz propone, entonces, una solución alterna-



tiva. Su hipótesis se basa en Searle (1969) y, sobre todo, en Hintikka (1974). De este último autor toma la idea de que la clave de la lógica de las interrogativas es la petición de información. La pérdida de la fuerza ilocutiva en las indirectas se explica precisamente por un predominio del operador epistémico. Y es, entonces, el operador imperativo el que permite explicar las restricciones de coaparición que señalaban Katz y Postal.

A pesar del gran número de problemas que plantea, y de las deficiencias que pueda tener esta hipótesis, no sería justo olvidar que se trata del primer gran intento de elaborar una teoría semántica coherente dentro del modelo sintáctico chomskyano.

De otro lado, la idea básica de que existe una relación sistemática entre estructuración sintáctica y configuración semántica es, a nuestro juicio, el punto central de una Semántica lingüística. El error está en la manera de describir y explicar en qué consiste esa relación; cuál es la parte del significado atribuible a la forma de la expresión y cuál la que depende de las circunstancias en que se emite; y, por último, cómo pueden "traducirse" esos resultados en un metalenguaje adecuado.

Más graves son, sin duda, las críticas hechas a la Hipótesis realizativa, hasta el punto de que ésta ha sido ya abandonada. Lyons (1977:778 y ss.) señala algunos de estos puntos conflictivos. Por una parte, no acaba de estar suficientemente claro cuáles son las condicio-

nes que determinan que se elijan como sujeto y como objeto indirecto determinadas expresiones y no otras: uno puede, por ejemplo, referirse a sí mismo y no emplea un objeto indirecto de segunda persona:

28) *Yo me dije que...*

Además, hay muchos casos en que es convencionalmente inadecuado utilizar la forma *yo* para referirse a uno mismo, en el caso en que se esté hablando no a título individual, sino como persona con determinado cargo. Por ello, lo único aceptable es 29)a y no 29)b:

29)a- La presidencia (=yo) ordena levantar la sesión

b- #Yo ordeno levantar la sesión

Sin embargo, la hipótesis realizativa no admite la emisión de 29)a como uno de los casos en que no se elimina la oración realizativa gobernante. La única posibilidad que resta es considerar que 29)a se corresponde, en realidad, con 30)

30) Yo afirmo que la presidencia (=yo) ordena levantar la sesión

lo cual es, evidentemente, ilógico y falso.

Igualmente se ha criticado la circularidad a que conduce el análisis realizativo. En efecto, para explicar el significado del verbo realizativo subyacente, se

utiliza el significado de estos mismos verbos tal y como se usan en el lenguaje cotidiano. Y se interpretan de esa manera en el lenguaje corriente porque son la manifestación superficial del realizativo que hay en la estructura profunda.

Leech (1981:cap.8), por su parte, pone de manifiesto la inadecuación de la propuesta de Sadock (1974) de incluir también en la hipótesis aquellos usos de enunciados interrogativos con fuerzas ilocutivas diferentes a la petición de información. La oración

31) ¿Puedes correrte un poco a la derecha?

puede interpretarse como una petición de información o de acción. Según estos autores, esta doble interpretación procede del hecho de que 31) es una oración estructuralmente ambigua, es decir, que procede de dos estructuras diferentes 32)a y 32)b:

32)a- Yo te pregunto si puedes correrte un poco a la derecha

b- Yo te pido que te corras un poco a la derecha (34)

Prosiguiendo adelante con el argumento, resulta que una oración con tres posibles lecturas realizativas remitiría a tres estructuras profundas, y así hasta un número  $n$  de interpretaciones diferentes y de estructuras diferentes.

No basta en estos casos con afirmar el carácter abstracto del predicado realizativo; o con acudir al recurso de indicar que no hay más que dos o tres nociones realizativas primarias como *afirmar* o *pedir*, según las cuales, por cierto, *preguntar* se descompondría como *Yo te pido que me digas* (35). La razón parece clara: si las oraciones que presentan un verbo realizativo explícito en la estructura superficial son el resultado de no haber aplicado la transformación opcional de elisión de ese constituyente; y si el número de verbos que pueden describir tales acciones está, digamos, alrededor del millar, resulta que debe admitirse la existencia de otras tantas estructuras profundas.

Además, e independientemente de estas dificultades, Lyons (1977:755) señala la necesidad de establecer una distinción, que ya se ha hecho clásica, entre *hacer una pregunta* ("asking a question of someone") y *exponer o plantear una interrogación* ("posing the question") (36).

"Parece que lo que se requiere, de hecho, es una distinción entre hacer una pregunta a alguien y simplemente exponer una interrogación (sin dirigirla necesariamente a alguien). Cuando exponemos una interrogación, no hacemos más que dar expresión, o exteriorizar, nuestra duda; y podemos exponer interrogaciones que no sólo esperamos que queden sin respuesta, sino que incluso sabemos o creemos que no pueden tenerla. Hacer una pregunta a alguien es ambas cosas: exponer la in-

terrogación y, al hacerlo, dar alguna indicación al destinatario de que se espera que reaccione respondiendo la pregunta que se expone. Pero la indicación de que se espera que el destinatario proporcione una respuesta no es parte de la pregunta."

Esta diferencia es clave para interpretar correctamente el valor semántico de las oraciones interrogativas. Y resulta también una prueba concluyente en contra de este tipo de análisis.

Finalmente, apuntaremos que, a nuestro entender, la objeción más grave que puede hacerse a la hipótesis es la de que se base en tratar de lexicalizar la fuerza ilocutiva. Podría decirse que la Teoría del imperativo epistémico también lo hacía. Sin embargo, la situación es bien distinta en uno y en otro caso. Porque en el modelo de Hintikka la interpretación del significado pragmático no se sitúa directamente en la propia oración, sino que se deriva de su traducción a un metalenguaje de naturaleza lógica. O, dicho de otro modo, la posible "lexicalización" del componente ilocutivo se da sólo en el nivel descriptivo o interpretativo, y no en el plano "real". Lo que hace inaceptable a la Hipótesis realizativa es, precisamente, el hecho de convertir a la fuerza ilocutiva en un componente constitutivo de la propia estructura formal de la oración.

## Notas

- 1- Sobre este aspecto puede verse Tarsky (1956), Kempson (1977), Lyons (1977) y (1983).
- 2- Sobre la Lógica de Teoría de modelos de Tarsky puede verse, además de los títulos citados en la nota anterior, la parte correspondiente a Allwood et al. (1977).
- 3- Véase también Lyons (1983).
- 4- Hay muchos ejemplos en Kempson (1975) y (1977), Lyons (1977) y (1983), por lo que no nos detendremos aquí con ellos.
- 5- El problema surge también en otros tipos, como las imperativas, pero no vamos a entrar en la discusión de otras modalidades.
- 6- Compárese con Lyons (1981:110 y ss.).
- 7- Sobre la presuposición es fundamental Kempson (1975).
- 8- Compárese con lo dicho por Kiefer (1980) de lo que ya hablamos en el primer capítulo.
- 9- No vamos a entrar en la discusión de estas cuestiones porque se alejan del propósito de nuestro trabajo. Puede verse, sin embargo, lo apuntado por Ducrot (1966), Lyons (1977:cap.6), Kempson (1977:cap.7-9), Allwood et al. (1977:cap.6). Sobre la negación, sin

embargo, volveremos más adelante en un capítulo siguiente, porque su análisis tiene consecuencias muy significativas para el estudio del sentido de algunas interrogaciones.

- 10- Compárese con lo dicho más adelante, sobre esta misma cuestión, en la parte dedicada a la Pragmática.
- 11- En cierto modo esta es la perspectiva de las gramáticas tradicionales que, al hablar de *modalidad*, decían que es el reflejo de la actitud del que habla con respecto al contenido proposicional que expresa. Véase el capítulo 1.
- 12- A pesar de lo que las fechas de las obras de estos autores pudieran sugerir, las ideas arrancan de una serie de trabajos de Hintikka iniciados en 1953, pero que, por haber aparecido en publicaciones escandinavas resultan de difícil acceso para nosotros. Es el propio Åqvist [1965] quién reconoce la deuda de su trabajo para las formulaciones sobre lógica y operadores epistémicos de Hintikka.
- 13- Puede verse en Åqvist (1965:42-43) cómo trata el problema de todos esos otros tipos de enunciados que resultan excluidos por su teoría.
- 14- Este concepto puede verse reflejado en Lyons (1981: 141), y es la idea básica de Hudson (1975), y de Dascalu y Eretescu (1977).
- 15- Sobre universo de discurso, véase Allwood (1977:15).

- 16- Compárese con lo dicho más arriba acerca de esta relación.
- 17- Recuértese el análisis de *quiénes* presentado anteriormente.
- 18- Puede verse un resumen de la teoría de Hintikka, aunque enfocada desde un punto de vista más bien filosófico, en Acero (1977). También lo tratan Leonardi y Santambrogio (1979).
- 19- Puesto que no difiere en lo esencial del análisis presentado por Hintikka, no vamos aquí a resumirla.
- 20- Es una lógica intensional. No vamos, sin embargo, a entrar en sus formulaciones, que pueden verse en R. MONTAGUE: *Formal Philosophy. Selected Papers of Richard Montague*. Ed. por R. Thomason, New Haven, Yale Univ. Press, 1974. El artículo de Karttunen, cuya versión preliminar fue presentada en una reunión de la Linguistic Society of America en diciembre de 1975, dió origen a una respuesta de Bennett (1977) que aparece recogida en el mismo número de *Linguistics and Philosophy*.
- 21- Véase lo dicho en el capítulo 1.
- 22- Véase por ejemplo Åqvist (1965:sección 7)
- 23- "Quiero saber" no es exactamente un imperativo, sino más bien la expresión de un deseo. Recordemos, sin embargo, que Hintikka dice que el operador está entre imperativo y optativo. Este ejemplo sería una



muestra de la traducción optativa del operador.

- 24- La noción de *fracaso* es uno de los temas clásicos dentro de la filosofía del lenguaje corriente de Austin (1962) y en la teoría de actos de habla de Searle (1969).
- 25- Usamos aquí el verbo "deber" con un significado más bien informal. De todos modos, puede también entenderse como una interpretación del *Principio de Cooperación* de Grice (1975). Sobre la respuesta que corrige la presuposición existencial, véase lo dicho a este respecto.
- 26- Véase Leech (1983:5-6).
- 27- Sobre la teoría general de los actos de habla trataremos más adelante en el lugar que, creemos, le corresponde dentro de una Teoría general del lenguaje, es decir, incluida en la Pragmática y no en la Semántica. De momento, sin embargo, presentamos los análisis tal y como aparecieron en principio.
- 28- El análisis de N. Chomsky (1957) tenía dos grandes defectos: 1) no explicaba claramente por qué se desencadenaban las transformaciones; y 2) si las oraciones interrogativas se derivaban de estructuras que contenían toda la información, no se entendía muy bien por qué proceso quedaba borrada la parte correspondiente al constituyente interrogado. Sobre estos aspectos tratamos con más detalle en Escandell Vidal (1981:cap.4).

- 29- Por tratarse de una cuestión de naturaleza sintáctica -fuera, por tanto, de los objetivos que nos hemos propuesto en este trabajo- no vamos a discutir las ventajas e inconvenientes de este elemento desde el punto de vista transformacional, que se justifica por ciertas restricciones de coaparición de determinados adverbios. Las principales críticas, en lo que a la interrogación se refiere, pueden verse en Baker (1970), Langacker (1974) y Wachowicz (1978).
- 30- Puede verse una buena introducción a su evolución y presupuestos metodológicos en Dubois-Charlier y Galmiche (1972).
- 31- Estos argumentos pueden verse en Ross (1970) y en Sadock (1974:cap.2).
- 32- Pueden verse los otros trabajos de Sadock (1971) y (1972) con muchos ejemplos.
- 33- Véase lo dicho al hablar del concepto de interrogación.
- 34- Otro punto que queda sin resolver es el referido a cómo operan las transformaciones que originan las estructuras superficiales, para dar lugar a secuencias tan diferentes cuando se utiliza el realizativo explícito y cuando no se utiliza.
- 35- Este tipo de análisis puede verse con gran detalle en Gordon & Lakoff (1971).

- 36- Traducimos el inglés "question" en el segundo caso no como "pregunta", sino como "oración interrogativa" para evitar posibles malentendidos. Parece evidente que Lyons aquí no quiere decir "plantear una petición de información". En español podríamos también haber traducido "plantear una cuestión", pero tal vez esto supone complicar la terminología sin que ello reporte ninguna ventaja.

Capítulo 6

EL SENTIDO DE LAS ORACIONES

INTERROGATIVAS

## *6.1. Introducción*

En las páginas anteriores hemos tratado de presentar las líneas más importantes por las que discurren las investigaciones sobre el significado de las oraciones interrogativas. Lo dicho puede, tal vez, haber producido una cierta desazón: a la vista de los resultados obtenidos por las diferentes propuestas metodológicas, y considerando los problemas que plantea el aceptarlas, se diría que no parece posible elaborar una teoría semántica que dé cuenta adecuadamente del significado de las oraciones interrogativas. Y también se podría decir que la lógica ha fracasado.

En efecto, la teoría del conjunto de respuestas -ya lo hemos dicho- podría ser útil para analizar la estructura del significado directamente relacionada con la referencia; pero el contenido significativo no puede reducirse exclusivamente a eso. La teoría del imperativo epistémico, por su parte, proporciona una buena des-

cripción de las interrogativas que se usan como peticiones de información, pero es incapaz de explicar las otras. Y la hipótesis realizativa conduce inexorablemente a la dispersión de los diferentes usos de cada oración en una multitud de estructuras profundas.

Llegados a este punto, y así las cosas, habrá que preguntarse si todas las dificultades que surgen no procederán, en último término, del hecho de estar manejando un concepto poco preciso de significado. O, dicho de otro modo, es necesario volverse a plantear la cuestión de cuál es la noción de significado que conviene a la Semántica lingüística.

## *6.2. La noción fregeana de 'sentido'*

Regresemos para ello a las propuestas de Frege (1971 [1892]). Según él, los signos como expresión se asocian no sólo a la referencia, o sea, a la realidad que designan, sino también al sentido, esto es, al peculiar modo de presentar esta realidad. Podría pensarse, en principio, que hablar del "peculiar modo de presentar la realidad" es poco explícito, y no constituye en modo alguno una base suficientemente firme como para poder construir sobre ella una teoría del significado.

La propuesta de Frege, sin embargo, no es, en modo alguno impresionista, sino bastante precisa:

"Sean  $a$ ,  $b$ ,  $c$  las rectas que unen los ángulos de un triángulo con el punto medio de los lados opuestos. El punto de intersección de  $a$  y  $b$  es entonces el mismo que el de  $b$  y  $c$ . Tenemos, pues, denominaciones distintas para el mismo punto, y estos nombres ("intersección de  $a$  y  $b$ ", "intersección de  $b$  y  $c$ ") indican al mismo tiempo el modo de darse el punto, y de ahí que en el enunciado esté contenido auténtico conocimiento." (Frege (1971: 50-51))

Puesto que el sentido está determinado por la forma de la expresión, y dado que la gramática puede entenderse como un sistema formal para la producción e interpretación de expresiones, parece adecuado pensar que el significado puramente gramatical (el sentido) será precisamente aquél que se define a partir de la propia forma de los signos.

Coseriu (1977:187) postula la necesidad de establecer una distinción análoga en el estudio del léxico. Para él, el significado

"es el contenido de un signo o de una construcción en cuanto dado por la lengua misma"

Por ello

"... puede estar estructurado en las lenguas (1) y ser estructurado por la Lingüística"

La designación, por el contrario,

"... es la referencia a un objeto o a un "estado de cosas" extralingüístico"

Contemplada desde esta perspectiva, la Semántica lingüística se convierte, entonces, en el estudio de la relación diádica entre *expresión* y *sentido*, en las acepciones fregeanas arriba descritas. Las conexiones entre *expresión* y *referencia* o entre ésta y el *sentido* no atañen directamente a la gramática sino, en todo caso, a la Filosofía del lenguaje.

Para poder realizar este cometido satisfactoriamente, la Semántica deberá abordar la tarea previa de definir cuáles son los elementos de la configuración sintáctica que resultan relevantes para poder determinar el significado lingüístico tal y como lo venimos entendiendo.

De este modo, el sentido se convierte en un concepto analizable en términos de estructura oracional -de ahí que también pueda denominarse significado gramatical-, sin necesidad de recurrir ni a la realidad extralingüística que se refleja por medio del lenguaje, ni al uso de los enunciados que puedan hacer los hablantes en situaciones más o menos características. Ello no quiere decir, ni mucho menos, que estas otras tareas carezcan de interés, sino todo lo contrario: precisamente porque se reconoce la validez de todos estos estudios, resulta conveniente encontrar el método de análisis más



adecuado a cada caso.

Y tampoco es posible tachar de "idealista" o "mentalista" a nuestra propuesta porque se funda en criterios de naturaleza formal. La noción de *forma interior del lenguaje* de Humboldt es, en cierto modo, semejante a la de *sentido*; pero no son en absoluto identificables, puesto que se basan en concepciones muy diferentes acerca de lo que debe ser la explicación en Lingüística (2).

Por todo ello, una teoría del sentido oracional como la que proponemos parece eliminar los inconvenientes que habíamos encontrado en los otros tipos de aproximación. Sin embargo, antes de seguir adelante debemos hacer algunas precisiones sobre el modo en que debe formalizarse este análisis y sobre las condiciones que debe satisfacer la representación semántica de las oraciones interrogativas.

### *6.3. Semántica y Lógica*

#### *6.3.1. El metalenguaje de la Semántica*

El principal problema con que se enfrenta la Lingüística en general, y especialmente la Semántica, no es, como podría pensarse, el del significado, sino el del metalenguaje que ha de emplear. En cualquier otra disciplina el objeto que se estudia es una cosa, y el lenguaje que se emplea como instrumento para analizarlo, otra. En el caso de la Lingüística, como es bien sabido,

objeto e instrumento coinciden. Allwood et al. (1977: 173) señalan muy certeramente que

"... la Semántica no describe directamente cosas del mundo, sino que trata más bien de los instrumentos que habitualmente se utilizan para describir cosas del mundo. El problema entonces es que, o bien utilizamos esos instrumentos para describirse a sí mismos -es decir, utilizamos el lenguaje ordinario para describir el lenguaje ordinario-, o encontramos instrumentos enteramente nuevos -es decir, inventamos un nuevo lenguaje para usarlo como metalenguaje-. Sin embargo, en el segundo caso, necesitamos el lenguaje ordinario como punto de partida para explicar el lenguaje que estamos construyendo."

Lo que esta afirmación supone es lo siguiente: el el lenguaje natural ordinario o, mejor dicho, los significados que éste puede transmitir, son en innumerables casos -diríamos que por suerte- imprecisos, vagos, ambiguos y dependientes muchas veces de los contextos y las situaciones. Todas las disciplinas científicas necesitan crear una terminología inequívoca para analizar su objeto de estudio. En todos los casos, este lenguaje preciso debe construirse a partir de algún tipo de proceso de selección realizado dentro del lenguaje corriente.

Pues bien, de igual modo, la Semántica ha de valer-

se de una terminología adecuada y no anbigua, que le permita lograr satisfactoriamente el grado de explicitud adecuado. Por ello, quienes consideran que no es pertinente la utilización de modelos lógicos para el análisis de las lenguas naturales, no son conscientes, tal vez, de cuál es la función auxiliar e instrumental que aquéllos tienen, o deben tener, en el análisis del lenguaje. Si hemos convenido en la necesidad de una terminología inequívoca como instrumento metodológico en todas las disciplinas, no hay razón para no adaptar, con los reajustes que pudieran resultar necesarios, un lenguaje formal tan extendido como el que se desarrolló a partir de la lógica simbólica, y que tan buenos resultados obtiene en otros campos no precisamente sospechosos de "idealismo".

Quienes, del otro lado, afirman la insuficiencia de la lógica como sistema de categorías precisas, y, por tanto, "rígidas" para dar cuenta de todas las sutilezas significativas que existen en el lenguaje natural, no toman en consideración dos hechos de capital importancia:

- a) no todos los contenidos significativos necesitan del mismo tipo de instrumento de análisis; o, dicho de otro modo, no todas las lógicas sirven de igual manera para describir todos los tipos de significado; pero, además,
- b) la lógica no pretende proporcionar una

"traducción literal" de los contenidos semánticos, sino una representación de su estructura.

Como dicen Allwood et al. (1977:181)

"Una representación semántica es un modo de hacer, por así decirlo, una disección de lo que un enunciado [nosotros diríamos "oración"] significa, pero no es el significado mismo."

La Semántica gramatical, así entendida (3), puede encontrar en el lenguaje creado por la Lógica un instrumento extraordinariamente eficaz para hacer representaciones de la estructura semántica. Ahora bien, ¿qué tipo de elementos lógicos son necesarios para llevar a cabo la tarea propuesta de explicar el sentido como el contenido significativo que resulta de la forma de la expresión?

### 6.3.2. La representación del sentido oracional

Antes de tratar de responder a esta pregunta, recordemos cuál es el camino seguido por los modelos de análisis que hemos revisado en el capítulo precedente. Todos ellos tienen en común el intentar, de un modo u otro, reducir el significado de las oraciones interrogativas al de las declarativas, encontrar en qué se pa-

recen. En la Teoría del conjunto de respuestas, las que se consideran suficientes y formalmente predeterminadas, son oraciones declarativas. También lo es el *desideratum* de las preguntas en la Teoría del imperativo epistémico. Podría objetarse que la representación propuesta no se limita al *desideratum*, que está, a su vez, dominado por el operador imperativo. Sin embargo, éste no es una parte esencial del sentido de las interrogativas, como demuestra el hecho de que no todas ellas admiten semejante análisis. Finalmente, la reducción del significado de la interrogación al de la declarativa con el verbo abstracto en la Hipótesis realizativa es innegable. Ninguna de estas propuestas resultaba satisfactoria.

El modelo que vamos a defender en el presente trabajo consiste exactamente en hacer lo contrario: no se trata de ver en qué se parecen las oraciones interrogativas a las declarativas, qué tienen en común y qué posibilidades hay de derivar las primeras de las últimas, sino de analizar precisamente en qué se diferencian desde el punto de vista semántico sin practicar el reduccionismo habitual.

Y si el sentido se relaciona directamente de la forma de la expresión y no con su referencia -digamos, valor veritativo-, ni con el uso que de ella se haga, el aspecto relevante será considerar cómo contribuyen al sentido los rasgos de naturaleza estrictamente formal que sirven para distinguir gramaticalmente las oraciones interrogativas de otros tipos y, en particular, de las declarativas correspondientes.

Esta no pretende ser -ya lo hemos dicho- una investigación del nivel sintáctico. En el capítulo primero repasamos algunas aproximaciones al concepto general de interrogación y concluimos que sólo hay dos tipos de rasgos cuya presencia inequívocamente indique que se trata de una oración interrogativa directa:

- a) la aparición en la secuencia de determinadas piezas léxicas y
- b) la utilización obligatoria de un determinado esquema entonativo.

Pues bien, en ellos, en el significado que aportan como elementos conformadores de la expresión, vamos a basarnos para desarrollar una hipótesis sobre el sentido de las estructuras oracionales en que aparecen.

¿Cuál es la finalidad que se persigue proponiendo un análisis de esta naturaleza? A nuestro juicio, una teoría del significado gramatical (es decir, del sentido) de las oraciones interrogativas, para ser adecuada, debe conseguir el siguiente objetivo principal:

- a) Asignar una representación semántica común a todas las oraciones interrogativas, y sólo a ellas, basada en sus características formales

Como consecuencia de esto, se podrán alcanzar también otros objetivos secundarios:

- b) Permitir explicar las relaciones de inferencia lógica que pueden establecerse entre las oraciones interrogativas y cualquier otro tipo de oración (incluidas las propias interrogativas).
- c) Permitir explicar los diferentes usos que pueden hacerse de esta reestructura gramatical

Hay que dejar bien sentado que los dos objetivos anteriores no deben confundirse con los de "explicar las relaciones de inferencia..." y "explicar los diferentes usos...". Estos corresponden, respectivamente, a la Lógica de la argumentación y a la Pragmática. Lo que es importante es el hecho de que ambas disciplinas deben basarse necesariamente en las propiedades semánticas de las oraciones y los enunciados que analizan.

Para formalizar estas relaciones podemos valernos de una adaptación de un concepto bien conocido dentro del ámbito de la Lógica deductiva: el de *forma lógica*. Mediante este término se entiende el conjunto de propiedades relevantes de un argumento que hacen posible que se extraigan de él inferencias válidas por un procedimiento automático. O, dicho de otra manera, la validez de dicho argumento depende exclusivamente de su forma, sin necesidad de interpretar todos sus elementos (4). Pongamos un ejemplo muy simple

Si  $a \supseteq b$   
 y  $b \supseteq c$ ,  
 entonces  $a \supseteq c$

La conclusión anterior es correcta -siempre, claro está, que lo sean las premisas- para cualquier valor que pueda asignarse a los términos  $a$ ,  $b$  y  $c$ . La validez, por tanto, depende exclusivamente de la interpretación del símbolo " $\supseteq$ ".

Pues bien, de modo análogo, podemos decir que, para nuestros propósitos, es suficiente con interpretar sólo algunos elementos de la representación semántica de una oración interrogativa -precisamente aquellos que la diferencian de una declarativa- para poder determinar el sentido. Por ello, no hace falta postular la necesidad de un sistema lógico diferente del que se emplee para el análisis interno de las relaciones entre predicados y argumentos; basta simplemente con examinar la presencia de los términos relevantes e interpretarlos.

#### *6.4. El sentido de la interrogación*

Hemos convenido en que no es la Semántica lingüística la disciplina que debe ocuparse de la verdad de las oraciones o de sus condiciones de uso. Su único objetivo ha de ser el de estudiar el contenido significativo derivado de la forma de la expresión. Un buen sis-



tema para intentar buscar cuál es el sentido de las oraciones interrogativas puede ser el de examinar de nuevo los análisis propuestos y eliminar de ellos las referencias a la verdad o al uso, que conducen a conclusiones no satisfactorias. Adelantemos que el resultado de esta operación demuestra que dichas teorías no están tan alejadas, ni entre sí, ni de los planteamientos que defenderemos, como habitualmente se piensa. Repasemos muy brevemente las formalizaciones de Belnap y de Hintikka como representantes respectivos de las teorías del conjunto de respuestas y del imperativo epistémico.

El primero de estos autores decía que una respuesta -mejor dicho, su estructura- se puede analizar en dos partes: la *expresión matriz* y la *sustitución*:

¿Qué es un A?

$x$  es un A            (expresión matriz)

$b$  es un A            (sustitución)

Hintikka, por su parte, concibe las preguntas como una presuposición existencial dominada por un operador epistémico, regido a su vez por el operador imperativo. Pero existe otro elemento, la *matriz* que también proporciona la forma de las respuestas y que es el resultado de eliminar el cuantificador:

$xZ$         donde  $x$  es una variable de individuo  
             $Z$  es el predicado

Para ambos hay un componente llamado *matriz* que

forma parte de su análisis: en Belnap es la forma de la respuesta; en Hintikka es lo que queda tras haber eliminado los componentes interpretativos (los operadores imperativo y epistémico, y la presuposición). Y precisamente este elemento es lo que queda tras haber eliminado todos aquellos otros que se han revelado no operativos en el análisis de la interrogación como estructura gramatical, bien por referirse a la respuesta y a sus condiciones de verdad, o bien por hacer alusión a un determinado uso pragmático de esa estructura.

Por tanto, y desde el punto de vista del sentido, una interrogación se representa como un *enunciado abierto* (5). Con este término se denominan aquellas funciones que tienen al menos una incógnita o "cantidad desconocida", es decir, una *variable libre*. Los enunciados abiertos no expresan proposiciones: ello explica, pues, que no puedan ser ni verdaderos ni falsos. La manera de convertirlo en enunciado cerrado -capaz de expresar, por tanto, una proposición- es asignándole un valor a la variable: en la interrogación equivale a dar respuesta. Pero nótese que no hay nada en la propia fórmula que obligue a hacerlo.

Acabamos de decir que la representación de las oraciones interrogativas parciales se caracteriza por tener una variable. Esta puede referirse a un individuo (en el sentido lógico del término) no especificado, es decir, uno cualquiera. Ahora bien, si

¿Quién ha venido?



"La variable libre es en este caso el argumento no especificado representado por la palabra interrogativa" (6).

Este análisis puede extenderse también a las interrogativas generales. Lyons (1977:757) señala

"No sólo las preguntas-*x* [parciales], sino también las de *sí* o *no* (7), pueden ser tratadas como funciones que contienen una variable"

Leech (1983:116) precisa esta idea con mayor claridad:

"La variable libre es en efecto un vacío en el sentido de una proposición; y así una pregunta (8) de *sí/no* [interrogativa general] puede caracterizarse como una proposición defectiva, en la que falta una especificación, a saber, el signo de polaridad *positiva/negativa*."

Esto produce una representación como

$?(P)$

donde ? es la variable de  
polaridad

$P$  es la estructura  
proposicional

La variable ? representa la contribución semántica de la entonación interrogativa (como tonema final ascen-

dente) al sentido de la oración, y contiene sólo los valores positivo y negativo.

Kiefer (1981:161-162) sostiene esta misma tesis, pero propone una representación diferente:

"Para nuestro propósito basta con asumir que cada pregunta (9) puede ser caracterizada por el contenido proposicional  $P$  y el operador interrogativo  $Q$ . Cada pregunta sería aproximadamente de la forma  $Q(P)$ . Lo que falta ahora es asignar una interpretación apropiada a  $Q$ . Como se dijo más arriba,  $Q$  no puede ser interpretado como *Quiero saber* o *Pido información*."

La interpretación adecuada de  $Q$  es la siguiente:

"El hablante  $H$  plantea  $P$  como una estructura abierta que demanda solución." (10)

Kiefer (1981:162) puntualiza en este sentido:

"Nótese, además, que la interpretación de  $Q$  no presupone un destinatario para las preguntas (11). Ni tampoco implica que se les deba dar una solución o que la solución deba ser proporcionada por el destinatario: puede dejarse la pregunta sin respuesta; o puede tener una solución ya conocida por el hablante cuando la emite, etc."

Searle (1969), aunque propone un análisis en algunos aspectos formalmente idéntico, sin embargo, lo integra dentro de una concepción general bastante diferente, ya que para él no debe haber diferencia entre el estudio del sentido oracional y el de los actos de habla realizados. Señala, por ejemplo -Searle (1969:39-40)-, que

"... podemos identificar en la estructura profunda aquellos elementos que corresponden al indicador de fuerza ilocucionaria, de manera completamente separada de aquellos que corresponden al contenido proposicional. (...). Podemos entonces simbolizar de las formas siguientes los diferentes géneros de actos ilocucionarios:

- (p) para aserciones
- Pr (p) para promesas
- ! (p) para peticiones
- A (p) para advertencias
- ¿ (p) para preguntas del tipo *sí/no*."

La diferencia fundamental, además de la ya indicada, es que él sigue puntualizando:

"... el simbolismo para las preguntas debe representar funciones proposicionales [=enunciados abiertos] y no proposiciones completas, pues, excepto en el caso de preguntas del tipo *sí/no*, un hablante que plantea una

pregunta no expresa una proposición completa. Así, "¿Cuántas personas había en la reunión?" se representa:

¿(Había X número de personas en la reunión

"¿Por qué lo hizo?" se representa:

¿(Lo hizo porque...)

Pero "¿Lo hiciste?", una pregunta del tipo *sí/no*, se representa

¿(Lo hiciste)."(Searle 1969:40-41)

Esta concepción está muy cerca de la hipótesis de los morfemas como *WH* y *Q* (12), ya que Searle postula la aparición del mismo indicador de fuerza ilocucionaria para las interrogativas generales y para las parciales. Este elemento abstracto es el que da unidad a ambos tipos, aunque no explica por qué razón aparece.

Nuestra consideración de todas las oraciones interrogativas como enunciados abiertos, y no sólo las parciales, se apoya, como hemos visto, en la idea de que toda proposición lleva un signo de polaridad: éste suele omitirse en el caso de las positivas, al igual que sucede con el signo "+" en matemáticas; pero se expresa siempre en las negativas, representado como  $\sim$  para las proposiciones, y como "-" en el álgebra. La variable in-

terrogativa es una forma de notación semejante, por ejemplo, a " $\perp$ ". De este modo, también la proposición es "defectiva", ya que carece de esta especificación.

En conclusión puede decirse que este análisis resuelve los inconvenientes de los presentados desde las perspectivas referencialista y realizativista, ya que no se vale de nociones como las de *verdad* y *uso*, que resultan innecesarias para proporcionar una representación del *sentido* de las oraciones interrogativas.

Además, se obtienen otras ventajas:

- a) la representación semántica, como tal, no exige la aparición de la respuesta;
- b) la representación tampoco precisa de la existencia de un destinatario;
- c) la representación, finalmente, no hace referencia a ningún tipo de actividad ni epistémica ni optativa (bulomaica) por parte del hablante.

Lo anterior no implica, sin embargo, que no deba darse una respuesta en determinadas condiciones; ni que no sea habitual, y estadísticamente mucho más frecuente, la presencia de un destinatario; ni que los conocimientos y los deseos del emisor y del destinatario sean irrelevantes en la interpretación. Responder a la pregunta de cuáles son las condiciones en que "deba" darse



una respuesta, o a la de en qué medida determinan el uso los estados cognitivos, es, sin duda, importante. Pero lo que la formulación presentada nos dice es que tales hechos quedan fuera del ámbito de la Semántica tal y como la estamos aquí planteando. Sobre ellas volveremos en el lugar pertinente.

Finalmente, al caracterizar las oraciones interrogativas como enunciados abiertos -es decir, con al menos una variable libre-, hemos conseguido proporcionar una descripción común para todas ellas, de acuerdo con el objetivo principal que debía perseguir, para ser satisfactoria, una representación semántica de estas estructuras.

## Notas

- 1- Sobre los problemas que puede plantear el estudio del significado léxico puede verse el resto de los capítulos de Coseriu (1977). De otro lado, son sobradamente conocidos los estudios sobre campos semánticos desarrollados a partir de la idea de J. Trier. Recordemos las diferentes organizaciones que imponen las lenguas al continuo del espectro cromático; o las decenas de palabras que utilizan los esquimales para los tipos de "nieve", o los orientales para los de "arroz".
- 2- Utilizando la terminología propuesta podría decirse que, si hay alguna semejanza, ésta se da sólo en el plano de la referencia (es decir, el del objeto que se trata), y no en el del sentido (el modo de presentarlo).
- 3- Véase la opinión de Leech (1983:cap.1 y 2) sobre el lugar que debe darse a la Semántica dentro de los estudios lingüísticos, opinión sobre la que volveremos y que, evidentemente, compartimos.
- 4- Esta idea puede verse, por ejemplo, en Kempson (1977: 34 y ss.) y Allwood et al. (1977:28 y ss.).
- 5- Recuértese que el término *enunciado* tiene para los lógicos un sentido diferente del que propusimos en el primer capítulo, hablando desde un punto de vista estrictamente lingüístico.

- 6- Puede verse una idea semejante en Hiz (1962) y (1978).
- 7- Recordemos que la expresión "pregunta de *sí/no*" es muy habitual dentro de toda la lingüística anglosajona para referirse a lo que nosotros preferimos llamar "interrogativa general" (Cfr. cap. 1). Por el contexto y, especialmente, por el modelo teórico propuesto por Lyons, es evidente que no utiliza "pregunta" con el significado de "petición de información", sino con el de "oración interrogativa". Se trata, nuevamente, de una imprecisión terminológica que podría crear confusiones.
- 8- El uso del término "pregunta" en Leech es diferente del que pueden hacer otros autores. El suyo no debe, pues, atribuirse a inadvertencia, sino que para él -Leech (1983:114-115)-:

"... los sentidos de una oración declarativa, interrogativa e imperativa son, respectivamente, proposición, pregunta ("question") y mandato ("mand")."

Estos sentidos deben, a su vez, ser distinguidos de las fuerzas ilocucionarias de los diferentes enunciados de estas oraciones. Para ellas no hay un nombre específico. Leech entonces, basándose en el hecho de que el inglés utiliza para el significado de "preguntar" un verbo de raíz diferente a la del sustantivo "pregunta", propone la siguiente distinción:

Nivel sintáctico	interrogativa	"interrogative"
semántico	pregunta	"question"
pragmático	preguntar	"asking"

Ahora bien, creemos que, puesto que el sentido -tal y como veníamos interpretándolo aquí- depende de la forma de la oración, no hay inconveniente en emplear el término "oración interrogativa" para referirnos a la estructura sintáctica y al sentido que va indisolublemente unido a ella. En los casos en que haya posibilidad de confusión haremos las precisiones oportunas.

Pero sucede, además, que el significado utilizado por Leech no es precisamente, como él mismo reconoce, el más extendido. El tener esto en cuenta no es mero purismo terminológico, sino que resulta indispensable para entender claramente el alcance de las palabras de Leech.

- 9- Nosotros diríamos "oración interrogativa". Cfr. nota 6 y nota 34 del capítulo anterior.
- 10- Como ya señalábamos más arriba, el hecho de construir un enunciado abierto no implica *necesariamente* que dicha fórmula exija un destinatario o una respuesta verbal.
- 11- Hay que precisar que mal podría entenderse que una "pregunta", es decir, una "petición de información" no tuviera un destinatario. Una vez más -creemos- hay que interpretar que "pregunta" ("question") significa aquí simplemente "oración interrogativa".

- 12- Véase lo dicho anteriormente sobre los análisis presentados por Klima (1962), Katz y Postal (1964) y Baker (1970).

Capítulo 7

LA NEGACIÓN EN LAS ORACIONES  
INTERROGATIVAS

## *7.1. Introducción*

Hemos dicho anteriormente que, en el análisis que aquí presentamos, el signo de interrogación funciona como una variable libre que sólo puede tomar los valores positivo y negativo. Sin embargo, hay que hacer algunas precisiones, puesto que existen interrogativas que a la vez son negativas.

- 1)a- ¿No te parece precioso?
- b- ¿No ha llegado todavía?
- c- ¿No eres de mi opinión?

¿Cómo puede hacerse esto compatible con el análisis anterior? Y, en tal caso, ¿qué sentido tiene especificar uno de los dos signos de la polaridad dentro de una estructura cuya característica es, precisamente, el no especificarla?

Para tratar de clarificar algo las cuestiones an-

teriores, puede ser conveniente recordar primero cuál es el valor de la negación en las oraciones declarativas, es decir, en aquellas no afectadas por ninguna otra modalidad, para ver en qué medida los resultados pueden extenderse a las interrogativas negativas (1).

## *7.2. Tipos de negación*

### *7.2.1. Negación interna y negación externa*

Es preciso decir que los hechos demuestran que no siempre puede establecerse una relación simétrica entre una proposición positiva y la negativa correspondiente. Incluso desde un punto de vista puramente intuitivo, es fácil comprobar que, en la mayoría de los casos, la descripción de un estado de cosas es más informativa sobre el mundo que la negación de ese estado de cosas (2). Dejando al margen esta cuestión, hay que señalar que los lógicos, al crear un lenguaje no ambiguo, se dieron cuenta de que la negación en las lenguas naturales no se comporta en modo alguno con la precisión que ellos buscaban en el operador lógico. Pronto se admitió, entonces, la existencia de varios tipos diferentes de negación. La opinión más generalizada, aunque no la única (3), sostiene que hay dos clases diferentes: interna y externa.

Una negación es *interna*, *proposicional* o *descriptiva* cuando se interpreta como una parte del predicado, es decir, cuando la proposición que la contiene funcio-



na como aserción de una cualidad negativa. La negación es *externa* o *modal* cuando tiene como objeto a toda la proposición, esto es, cuando supone el rechazo de la proposición positiva correspondiente.

Sobre esta doble función de la negación habla también Díaz Tejera (1973:102) cuando afirma que, en ocasiones, la negación

"... no dice que se produzca una ruptura entre sujeto y verbo como en una oración predicativa normal, sino que niega la voluntad del hablante. No es sorprendente al respecto el que muchas lenguas dispongan de dos negaciones, caso, por ejemplo, del griego y del latín, y que, en esa situación, repartan una para negar la modalidad, *un* , *ne*, y otra, para negar lo enunciativo, *ou* , *non*."

Discrepamos, sin embargo, de Díaz Tejera con respecto a su afirmación posterior de que en las lenguas que poseen una sola negación -es el caso del español-, dicha oposición entre los dos tipos de negación se marque exclusivamente con su presencia o ausencia.

Efectivamente, como señalan Ducrot y Todorov (1975: 394 y ss.) las oraciones negativas pueden ser ambiguas entre dos significados bien diferentes. Para demostrarlo, sugieren el siguiente ejemplo:

2) Pedro no es servicial

Esta oración puede interpretarse, de un lado, como la aserción de *No ser servicial*, que es el predicado, aplicado a *Pedro*, que es el sujeto. Estamos, entonces, empleando una negación interna, porque predicamos una cualidad negativa.

Pero también puede interpretarse, de otro lado, como la negación de la proposición *Pedro es servicial*. La negación afecta a una proposición positiva anterior, y es, por tanto, externa.

Llegados a este punto es preciso plantearse el problema de si esta concepción de la negación responde realmente a los hechos, y, en tal caso, qué ventajas reporta; o si no es más que una distinción artificialmente establecido y sin base empírica. Las pruebas sobre las que se apoya la consideración del doble papel de la negación resultan, sin embargo, concluyentes.

En primer lugar, parece que, como señalan Ducrot y Todorv (1975), es un contrasentido decir que

3) No he leído ciertas obras de X

es el resultado de aplicar la negación a la proposición entera

4) He leído ciertas obras de X

De otro lado, resulta que la negación se comporta

de manera diferente cuando se aplica a expresiones graduables o no graduables. Cuando dos términos establecen una oposición binaria no graduable, constituyen conjuntos complementarios: la predicación de uno de los términos implica la negación del otro y viceversa. Así, como señala Lyons (1977:271 y ss.), decir 5)a implica 5)b; y 5)c, 5)d:

- 5)a- X es macho
- b- X no es hembra
- c- X no es macho
- d- X es hembra

Sin embargo, la situación no es análoga cuando se trata de expresiones graduables: mientras que 6)a implica 6)b, sin embargo 7)a no implica *necesariamente* (4) 7)b:

- 6)a- X es alto
- b- X no es bajo
  
- 7)a- X no es bajo
- b- X es alto

En estos casos, parece claro que la negación recae principalmente sobre el predicado, al que confiere una significación opuesta, contraria, pero no contradictoria. (5).

Por ello, la interpretación interna de la negación no es siempre la adecuada. Bosque (1980:12) recoge, por ejemplo, la opinión de Bergson para quien, mien-

tras una proposición afirmativa representa un juicio sobre un objeto, una proposición negativa representa un juicio sobre otro juicio. Esto implica que la aserción que deniega la proposición negativa debe estar presente en el contexto verbal o extraverbal. Ducrot y Todorov (1975:395) señalan al respecto, que no tiene mucho sentido decirle a alguien

8) No puedo ir a París

si no se cree que el interlocutor pensaba que podía ir. Aunque es el entorno pragmático el que determina el uso de estas oraciones, hay que subrayar, sin embargo, que es el *sentido*, tal y como aparece en las diferentes representaciones semánticas, el que condiciona, a su vez, las posibilidades funcionales.

Otra prueba más de que las dos negaciones no tienen las mismas propiedades se encuentra en el hecho de que no se comportan igual con respecto a la presuposición. Recordemos que, cuando decimos que  $p$  presupone  $q$ , estamos afirmando que la verdad de  $q$  es necesaria tanto para  $p$  como para  $\sim p$ . Pues bien, esto es cierto sólo para la negación interna pero no para la externa. Tomemos el clásico ejemplo de la polémica entre Russell y Strawson. Tanto 9)a como (con negación interna) 9)b presuponen, entre otras cosas, 9)c:

- 9)a- El rey de Francia es calvo
- b- El rey de Francia no es calvo
- c- Hay un rey de Francia.

Por ello, sería igual de contradictorio afirmar 10)a que 10)b:

10)a- El rey de Francia es calvo, pero el rey de Francia no existe

b- El rey de Francia no es calvo, pero el rey de Francia no existe

Sin embargo, si la negación toma como objeto no el predicado, sino toda la proposición, entonces, la presuposición ya no es válida. Si alguien afirma

11) El actual rey de Francia es calvo,

la proposición que lo deniega (con negación externa) ya no presupone la existencia del rey de Francia, y, por tanto, no es contradictorio replicar

12) El actual rey de Francia no es calvo porque Francia actualmente no tiene rey

Existen, finalmente, algunas pruebas de tipo estrictamente sintáctico, que ayudan a poner de manifiesto el diferente comportamiento de la negación en los dos casos que hemos contemplado. Una de estas pruebas se basa en la existencia de los *términos de polaridad*. Según Bosque (1980:20), los *términos de polaridad negativa* son

"... aquellas construcciones cuyo funcionamiento está condicionado a que en la oración

aparezca una negación; sin ella, la secuencia resulta a todas luces agramatical."

Como muestra de este comportamiento, aduce algunos ejemplos como:

13)a- Juan *no ha movido un dedo* por mi

b- \*Juan *ha movido un dedo* por mi

14)a- No hay *la más mínima* relación entre esto y aquello

b- \*Hay *la más mínima* relación entre esto y aquello

De forma análoga, hay también *términos de polaridad positiva*, que no admiten la presencia de la negación:

15)a- Nos conocemos *desde que* teníamos cinco años

b- \*No nos conocemos *desde que* teníamos cinco años

16)a- Tiene Vd. *toda la razón del mundo*

b- \*No tiene Vd. *toda la razón del mundo*

Ahora bien, los ejemplos 15)b y 16)b pueden ser aceptables siempre que no se interpreten como negaciones internas o predicativas, sino externas o proposicionales. Por ello, son perfectamente adecuadas como réplicas a afirmaciones anteriores como 15)a y 16)a, cuando éstas no son compartidas por el interlocutor (6).

Los términos de polaridad negativa parecen estar relacionados no sólo con la negación sino con toda una serie de contextos no factuales, es decir, aquellos que no se refieren a hechos o estados de cosas realmente existentes, como son, además de la negación, los condicionales, futuros, deseos..., es decir, los contextos modales. Por ello son aceptables oraciones como

- 17)a- *Si hubiera la más mínima relación entre lo que dices y lo que haces, te daría la razón*
- b- *Cuando haya la más mínima relación entre lo que dices y lo que haces, te daré la razón*
- c- *¡Ojalá hubiera la más mínima relación...!*
- d- *Si hubieses movido un dedo por mi en aquella ocasión, las cosas no habrían llegado a este extremo*
- e- *El día en que le veas mover un dedo por mí, me avisas (7).*
- f- *Es posible que haya movido un dedo por ti, pero no lo parece.*

Bosque (1980:2.4), al tratar de la regla de *transporte de la negación* hace algunas observaciones que sirven como una prueba sintáctica más a favor de la distinción entre los tipos de negaciones de los que venimos hablando. En efecto, de acuerdo con los estudios de Kleiman, las oraciones como

- 18)a- No me dijo que Pedro llegó
- b- No me dijo que Pedro llegara

pueden servir de ejemplo para ilustrar esta diferencia: 18)a, con el verbo de la subordinada en indicativo, contiene una negación interna, que afecta al verbo *decir*, y niega la acción del sujeto; 18)b, por el contrario, niega una proposición preexistente como

19) Te dijo que Pedro llegó,

y funciona, entonces, como negación externa.

Esto queda patente con mayor claridad, como dice Bosque (1980:61 y ss.), en el caso del transporte de la negación: así, 20)a es sinónima de 20)b, pero no de 20)c

20)a- Juan no dice saber matemáticas

b- Juan no dice que sepa matemáticas

c- Juan no dice que sabe matemáticas

Las negaciones de 20)a y 20)b son externas, y se refieren a proposiciones; la de 20)c es interna y se centra en el verbo.

### 7.2.2. La formalización de la negación

De acuerdo con todo lo que acabamos de señalar, parece confirmarse la existencia de esos dos tipos diferentes de negación. Resta preguntarse ahora cómo pueden formalizarse.



La lógica de predicados no admite que puedan negarse constituyentes menores que las proposiciones, pero el lenguaje natural sí. Para dar cabida a este fenómeno hay varias soluciones. Una de ellas consiste en incluir entre los predicados las predicaciones negativas. Tal solución tiene, sin embargo, el inconveniente de que no respondería a la estructura exterior de la oración. Hay otra solución que resulta más conveniente para los lingüistas que se valen de un aparato lógico como instrumento de representación semántica, y es la de aceptar el principio escolástico de que "la negación del verbo equivale a la negación de la proposición", pero en sentido inverso. Podemos, entonces, convenir en que la representación de la negación proposicional

$$\sim p \text{ o } \text{neg.}p$$

equivale a la representación de la negación interna.

En lo que se refiere a la externa, puesto que funciona como el rechazo de una proposición afirmativa, puede representarse como una estructura compuesta en la que la negación toma como objeto a la proposición positiva con todas sus características formales, tales como las piezas de polaridad. De este modo, la representación sería

$$\sim (\text{pos.}p)$$

Incluimos en el paréntesis el rasgo *pos.* (positivo) porque, aunque realmente no hace falta, conviene recordar-

lo para distinguir mejor las dos estructuras semánticas (8).

La existencia de los términos de polaridad, tanto positivos como negativos, justifica desde el punto de vista formal el reconocimiento de estos dos tipos de negación. A ello contribuye también la naturaleza graduable o no del predicado, y el énfasis prosódico: una vez más, son elementos de niveles diferentes que se alían para dar una única representación semántica.

### *7.3. Negación y términos de polaridad en las oraciones interrogativas*

Visto ya -aunque de manera necesariamente breve- el comportamiento de la negación en las oraciones declarativas, llega ahora el momento de volver a plantearse el problema de cómo se compagina nuestra propuesta de análisis de la interrogación, y, en particular, de la interrogación llamada polar o general, con el hecho evidente de que existen oraciones interrogativas negativas. Asimismo, habrá que explicar también cuál es el papel desempeñado por la negación en este tipo de estructuras.

La existencia de los términos de polaridad, tanto positiva como negativa, nos obliga a hacer un nuevo planteamiento del enfoque que ha de darse a los problemas que nos ocupan. Entre otras cosas, es necesario considerar y estudiar si las oraciones interrogativas son sen-

sibles a la polaridad, y, en caso de que así sea, de qué manera y en qué medida. Comencemos observando algunos ejemplos:

- 21)a- Juan ha llegado *ya*
- b- ¿Ha llegado *ya* Juan?
- c- (\*)Juan no ha llegado *ya*
- d- \*Juan *ya* no ha llegado
- e- ¿No ha llegado *ya* Juan?
- f- \*¿*Ya* no ha llegado Juan?

21)a es un caso de oración declarativa afirmativa que contiene un término de polaridad positiva. 21)c lleva el asterisco entre paréntesis porque es sólo aceptable como negación de una oración afirmativa como 21)a (negación externa), pero no como atribución a Juan del hecho de no-llegar, como queda puesto de manifiesto en 21)d.

En lo que a las interrogaciones se refiere, la cuestión es más compleja. Hemos dicho que las interrogaciones se caracterizan por no especificar la polaridad positiva o negativa. Sin embargo, en 21)b tenemos un ejemplo de interrogación con un término de polaridad positiva; y en 21)e tenemos una interrogación con negación y ese mismo término: a pesar de todo ello, la oración es perfectamente aceptable.

Examinemos ahora qué sucede con los ejemplos 15)a-b y 16)a-b cuando se combinan con la interrogación:

15)a- Nos conocemos *desde que* teníamos cinco años

b- \*No nos conocemos *desde que* teníamos cinco años

16)a- Tiene Vd. *toda la razón del mundo*

b- \*No tiene Vd. *toda la razón del mundo*

22)a- ¿Nos conocemos *desde que* teníamos cinco años?

b- ¿No nos conocemos *desde que* teníamos cinco años?

23)a- ¿Tiene Juan *toda la razón del mundo*?

b- ¿No tiene Juan *toda la razón del mundo*?

De nuevo nos encontramos con que es posible combinar los términos de polaridad positiva con la interrogación, y con ésta y la negación.

Antes de intentar avanzar una explicación, veamos cuál es el comportamiento de las piezas de polaridad negativa. Recordemos los ejemplos 13)a-b y 14)a-b:

13)a- Juan *no ha movido un dedo* por mí

b- \*Juan *ha movido un dedo* por mí

14)a- No hay *la más mínima* relación entre esto y aquello

b- \*Hay *la más mínima* relación entre esto y aquello

24)a- *¿Ha movido Juan (alguna vez) un dedo por ti?*

b- *?¿Juan no ha movido un dedo por ti?*

25)a- *¿Hay la más mínima relación entre esto y aquéllo?*

b- *?¿No hay la más mínima relación entre esto y aquéllo?*

Los términos de polaridad negativa parecen comportarse de manera todavía más sorprendente que los positivos. En efecto, admiten perfectamente la interrogación sin negación, y, sin embargo, cuando ésta aparece, la oración casi sólo puede considerarse como una interrogación de "segundo grado", es decir, como un "eco" (9) lleno de sorpresa de una afirmación anterior, como 13)a y 14)a, que corresponderían a 24)b y 25)b respectivamente.

Las cosas parecen complicarse aún más a la vista de nuevos ejemplos:

26)a- *Juan no ha llegado todavía*

b- *\*Juan ha llegado todavía*

c- *\*¿Ha llegado todavía Juan?*

d- *¿No ha llegado todavía Juan?*

e- *¿Todavía no ha llegado Juan?*

*Todavía*, empleado, como en este caso, con un verbo no durativo, es también un término de polaridad negativa, pero no admite el mismo tipo de combinaciones con la negación y la interrogación que observábamos en los dos

ejemplos anteriores: la interrogación no basta para hacer gramatical una oración con *todavía* y sin negación. Un comportamiento análogo es el que demuestra la preposición *hasta* también con verbos no durativos:

- 27)a- Juan *no* llegará *hasta* las cuatro
- b- \*Juan llegará *hasta* las cuatro
- c- \*¿Llegará Juan *hasta* las cuatro?
- d- ¿*No* llegará Juan *hasta* las cuatro?
- e- ¿*Hasta* las cuatro *no* llegará Juan?

Las únicas posibilidades, por tanto, son las mostradas en los ejemplos 26)d y e y 27)d y e.

Tratemos, pues, de recapitular, y organicemos un poco los datos con que contamos. En primer lugar, resulta que las oraciones que contienen algún término de polaridad positiva (ejemplos 15), 16) y 21)a-b) pueden combinarse perfectamente con la interrogación, tanto con negación (ejemplos 21)e, 22)b y 23)b), como sin ella (ejemplos 21)b, 22)a y 23)a).

- 15)a- Nos conocemos *desde que* teníamos cinco años
- b- \**No* nos conocemos *desde que* teníamos cinco años
- 16)a- Tiene Vd. *toda la razón del mundo*
- b- \**No* tiene Vd. *toda la razón del mundo*
- 21)a- Juan ha llegado *ya*
- b- ¿Ha llegado *ya* Juan?

21)e- ¿No ha llegado *ya* Juan?

22)b- ¿No nos conocemos *desde que* teníamos cinco años?

23)b- ¿No tiene Juan *toda la razón del mundo*?

21)b- ¿Ha llegado *ya* Juan?

22)a- ¿Nos conocemos *desde que* teníamos cinco años?

23)a- ¿Tiene Juan *toda la razón del mundo*?

Dejemos, por el momento, el caso de 21)f.

21)f- \*¿*Ya* no ha llegado Juan?

De este modo, los términos de polaridad positiva no sólo son compatibles con la interrogación, sino que incluso admiten la presencia de la negación en la oración interrogativa.

En lo que a los términos de polaridad negativa se refiere, los hechos parecen, en principio, más confusos. Hay oraciones (como 13)a y 14)a) que admiten ser interrogadas manteniendo la negación (ejemplos 24)b y 25)b) (10), pero también sin ella (como 24)a y 25)a).

13)a- Juan *no ha movido un dedo* por mí

14)a- No hay *la más mínima* relación entre esto y aquello

24)b- ¿Juan *no ha movido un dedo* por ti?

25)b- ¿*No* hay *la más mínima* relación entre esto y aquéllo?

24)a- ¿*Ha movido* Juan (alguna vez) *un dedo* por ti?

25)a- ¿Hay *la más mínima* relación entre esto y aquéllo?

No obstante, hay otros términos como *todavía* y *hasta* que no pueden prescindir de la negación.

### 7.3.1. Los términos de polaridad positiva

La interrogación que contiene términos de polaridad positiva es la que menos problemas plantea, puesto que presenta un comportamiento uniforme. Vamos, pues, a comenzar analizando estos casos. Lo dicho anteriormente parece que nos conduce a interpretar que las oraciones interrogativas conllevan una superestructuración: el mecanismo interrogativo deja formalmente abierta la asignación de una polaridad específica, pero se aplica no sobre estructuras simples, sino sobre configuraciones complejas que pueden tener internamente algunas asignaciones de polaridad. Recuérdese al respecto que hemos formalizado la negación externa también como una forma de superestructuración proposicional, puesto que su objeto es una proposición con su correspondiente rasgo de



polaridad. Pues bien, de modo análogo, la interrogación es un operador de otro nivel, que actúa sobre proposiciones con sus especificaciones. La variable se refiere y afecta a la totalidad del conjunto proposicional que tiene como objeto. De este modo, puede comprenderse mejor el funcionamiento de la negación y de los términos de polaridad con respecto a la interrogación.

Vamos a llamar  $p^+$  a una proposición que contiene un término de polaridad positiva. Una interrogación como la ejemplificada en 21)b puede representarse como

$?(pos.p^+)$

Esta estructura es también la que tienen 22)a y 23)a.

22)a- ¿Nos conocemos *desde que* teníamos cinco años?

23)a- ¿Tiene Juan *toda la razón del mundo*?

Recordemos que incluimos el rasgo *pos.* delante de la proposición, aunque es redundante, para poder diferenciar mejor los tipos de negación.

De esta representación es interesante destacar el hecho de que la presencia del término de polaridad positiva hace necesario el considerar que la interrogación tiene como objeto una proposición previa, es decir, se trata, en cierto modo, de una interrogación "externa", muy diferente también en su funcionamiento pragmático de aquellas otras que pueden representarse como

?p

y que, al no incluir a otras proposiciones, son formalmente neutras en cuanto a las suposiciones del que la emite.

Es importante destacar que muchos fenómenos que se creían de naturaleza exclusivamente pragmática tienen su raíz y su explicación en el componente semántico, es decir, se apoyan en la presencia de determinados elementos de naturaleza formal. De este modo, por ejemplo, el problema de la *orientación* de las interrogativas, esto es, el hecho de que muchas de ellas sean emitidas con un juicio previo o con una cierta expectativa, está predeterminado ya por la estructura semántica de la oración.

Por lo que a la negación se refiere, hay que recordar que las oraciones que contienen alguno de estos términos de polaridad positiva no admiten, como ya hemos visto, más negación que la externa. La única representación semántica aceptable de ejemplos como 15)b, 16)b y 21)c

15)b- \*No nos conocemos desde que teníamos  
cinco años

16)b- \*No tiene Vd. toda la razón del mundo

21)c- (\*)Juan no ha llegado ya

es

$\sim (pos.p^+)$

y no

$$*\sim p^+$$

que combina de manera agramatical la negación interna con la polaridad positiva.

Pues bien, las interrogaciones como 21)e, 22)b y 23)b

21)e- ¿No ha llegado *ya* Juan?

22)b- ¿No nos conocemos *desde que* teníamos cinco años?

23)b- ¿No tiene Juan *toda la razón del mundo*?

se construyen de acuerdo con este mismo mecanismo:

$$? [\sim (pos.p^+)]$$

Esta representación trae aparejada, como es lógico, una interpretación del sentido de la oración que describe. La fórmula anterior nos indica, efectivamente, que existe una proposición positiva (11), sobre la que opera la negación externa (la única posible en estos contextos); y, a su vez, todo el conjunto proposicional así obtenido se presenta como una proposición sin especificación de polaridad. Estos son, pues, los elementos determinantes del sentido: la variable interrogativa, la negación externa y la proposición con polaridad positiva.

Es importante subrayar que esa negación externa queda dentro del alcance de la interrogación. Y, por ello, se explica el hecho de que lo que se pone en tela de juicio no es la proposición positiva directamente, sino la negación externa de esa proposición. Lo que se cuestiona es la aplicación de la negación externa. En estos casos, los pragmatistas suelen hablar de lo que llaman *orientación positiva de la pregunta negativa*. Aunque sobre el uso de las oraciones en el discurso volveremos más adelante, los datos nos han ayudado a poner, de nuevo, de manifiesto el hecho de que la expectativa de una respuesta confirmativa positiva no es *exclusivamente* el resultado de la interacción de ciertos factores pragmáticos, sino que ya viene predeterminada por la estructura de la representación semántica de la propia oración. De este modo, se reduce el número de implicaturas conversacionales (12) necesarias para la interpretación adecuada de este tipo de oraciones: de poner en duda un juicio negativo sobre una proposición positiva a negar la validez de dicho juicio negativo y afirmar, por tanto, la primera proposición positiva hay sólo un paso, que es precisa y exclusivamente, el que debe cubrir la implicatura.

Hemos encontrado, pues, una caracterización unitaria que explica el sentido de las oraciones interrogativas que contienen un término de polaridad positiva y el papel de la negación en esas estructuras. Hemos adelantado, también, algunas observaciones sobre el modo en que la representación de la organización semántica de estas oraciones determina su empleo en el discurso.

Veamos ahora, pues, si este tipo de análisis puede extenderse al resto de las oraciones interrogativas que contienen elementos de polaridad.

### 7.3.2. Los términos de polaridad negativa y negativo-modal

Recordemos, en primer lugar, los términos en que estaba planteado el problema de la presencia de términos de polaridad negativa en las oraciones interrogativas. Ninguno de estos términos podría aparecer en oraciones declarativas afirmativas, como demostraba la agramaticalidad de ejemplos como 13)b, 14)b, 26)b y 27)b.

- 13)b- \*Juan *ha movido un dedo* por mi
- 14)b- \*Hay *la más mínima* relación entre esto y aquéllo
- 26)b- \*Juan ha llegado *todavía*
- 27)b- \*Juan llegará *hasta* las cuatro

Pero, mientras que 24)a y 25)a, ejemplos de interrogación con pieza de polaridad negativa pero sin negación, resultan agramaticales, no lo son, sin embargo, 26)c y 27)c que parecen hallarse en el mismo caso y que deberían responder al mismo esquema.

- 24)a- ¿Ha movido Juan (alguna vez) *un dedo* por ti?
- 25)a- ¿Hay *la más mínima* relación entre esto y aquéllo?

26)c- \*¿Ha llegado *todavía* Juan?

27)c- \*¿Llegará Juan *hasta* las cuatro?

De acuerdo con este resultado parece lógico pensar que los términos de polaridad negativa de las oraciones anteriores no pertenecen todos a una misma clase, ya que funcionan de manera tan diferente. Pero hará falta que otras pruebas confirmen la existencia de dos conjuntos separados. Bosque (1980:26) llama *activadores negativos*

"... a todas aquellas unidades que pueden producir los efectos sintácticos del adverbio negativo *no* posibilitando la aparición de un término de polaridad negativa. Estos elementos impulsan o inducen los mismos mecanismos sintácticos que la negación explícita sin que ello lleve consigo necesariamente la adquisición de sus propiedades sintácticas."

De este modo, y de acuerdo con Bosque (1980:26 y ss.), se comportan como activadores negativos

- a) algunos predicados como *dudar, rechazar, negar, oponerse, prohibir, indignar, ser sorprendente, ser una locura;*
- b) preposiciones y conjunciones como *antes de, en vez de, sin o si* condicional;
- c) construcciones comparativas;

- d) cuantificadores, como *poco*, *raramente*, *demasiado para*; y finalmente,
- e) la interrogación, en oraciones como *¿Cuándo me ha regalado nada?* o *¿Cuándo has tenido el menor detalle con Paula?*

Sin embargo, y como señala más abajo Bosque (1980: 65 y ss.),

"... no podemos deducir (...) que cualquier activador negativo admita en cualquier contexto cualquier término de polaridad negativa. En la gramática generativa se suele hablar de activadores negativos y términos de polaridad negativa "fuertes y débiles". Los términos de polaridad negativa débiles requieren un activador negativo fuerte, mientras que los activadores negativos débiles no admiten términos de polaridad negativa fuertes."

Establece, entonces -Bosque (1980:67)-, que hay una jerarquía de términos de polaridad negativa:

"... constituyentes oracionales (pronombres, adverbios negativos, superlativos cuantificativos, modismos) > *hasta* > *ni* > *sino* > *tampoco* > *en absoluto*..."

y otra de activadores negativos:

"... *no* > *sin* > negación afijal > interrogación retórica > predicados de duda y oposición > cuantificadores negativos > comparativos > condicionales > factivos emotivos..."

Según esto, hay que pensar que el problema que se nos planteaba con respecto a la compatibilidad entre términos de polaridad negativa e interrogación puede resolverse diciendo que la interrogación funciona como un activador negativo lo suficientemente "débil" para que pueda prescindirse del adverbio *no* en oraciones como 24)a y 25)a,

24)a- ¿Ha movido Juan (alguna vez) *un dedo* por ti?

25)a- ¿Hay *la más mínima* relación entre esto y aquéllo?

que contienen un término "fuerte"; pero no lo suficientemente "fuerte" para que resulten gramaticales las secuencias con un término "débil" como *todavía* o *hasta*.

La solución, con todo, no acaba de explicar en qué radica el carácter "fuerte" o "débil" de estos términos. Parece que es necesario encontrar algún dato que pudiera indicarnos con más precisión al menos dónde hay que establecer la frontera entre esos dos tipos de comportamiento diferentes en lo que a la interrogación se refiere. Para lograrlo, habría que estudiar con más detenimiento en qué se asemejan todos aquellos términos de polaridad negativa que tienen igual funcionamiento; o



bien, habría que investigar cuáles son las características relevantes de los contextos en que éstos aparecen.

Más arriba relacionábamos los términos de polaridad negativa con ciertos entornos lingüísticos de tipo modal -es decir, no referidos a estados de cosas realmente existentes-, tales como los periodos condicionales, la expresión de deseos, los futuros... En los ejemplos 17)a-f

17)a- *Si* hubiera *la más mínima* relación entre lo que dices y lo que haces, te daría la razón

f- *Es posible* que haya movido un dedo por ti, pero no lo parece

vemos que tales contextos permiten la presencia de términos de polaridad negativa sin necesidad de que aparezca la negación: basta con el carácter contrafactual expresado por estas construcciones. En cambio, no ocurre lo mismo con *todavía*:

28)a- \*Si Juan hubiera llegado *todavía*, habríamos podido empezar

b- \*¡Ojalá Juan hubiera llegado *todavía*!

c- \*Es posible que Juan haya llegado *todavía*

En estos contextos sólo puede emplearse el término *ya*, al que, hasta ahora, y a la vista de la agramaticalidad

de los ejemplos 15)b y 16)b,

15)b- \*No nos conocemos *desde que* teníamos  
cinco años

16)b- \*No tiene Vd. *toda la razón del mundo*

si se interpretan con negación interna, habíamos considerado de polaridad positiva:

29)a- Si Juan hubiera llegado *ya*, habríamos  
podido empezar

b- ¡Ojalá Juan hubiera llegado *ya*!

c- Es posible que Juan haya llegado *ya*

Téngase en cuenta que el significado de 29)a y b presupone necesariamente

30) Juan no ha llegado *todavía*

pero no el de 29)c.

Algo parecido es lo que ocurre con *hasta*: no se admite su presencia en oraciones afirmativas, como demuestra el rechazo de 27)b, ni en interrogativas como 27)c;

27)b- \*Juan llegará *hasta* las cuatro

c- \*¿Llegará Juan *hasta* las cuatro?

y tampoco es compatible con estos otros entornos contrafactuales:

- 31)a- \*Si Juan hubiera llegado *hasta* las cuatro, habríamos comido antes
- b- \*¡Ojalá Juan hubiera llegado *hasta* las cuatro!
- c- \*Es posible que Juan haya llegado *hasta* las cuatro

Puede pensarse, entonces, que la interrogación funciona también como un operador modal y produce, por tanto, una clase particular de contexto contrafactual, puesto que explícitamente indica una actitud de no-compromiso, al sustituir el signo de polaridad que corresponde a la proposición emitida por una variable libre. La negación, por su parte, representa un tipo de factualidad, aunque sea de signo negativo. Piénsese a este respecto, y a título de ejemplo, que la lógica de predicados puede asignar un valor veritativo a las proposiciones positivas y negativas, pero no a las contrafactuales ni a las interrogativas.

Pero esto, con ser cierto, no explica por qué ciertos términos de polaridad negativa son admitidos en contextos contrafactuales mientras que otros no; ni delimita tampoco la frontera entre unos y otros.

Parece, pues, que, aunque hay efectivamente algunas relaciones entre el tipo de entorno lingüístico y el funcionamiento de los términos de polaridad, sin embargo, no puede encontrarse una solución definitiva estudiando sólo esos contextos.

Los problemas podrían tratar de resolverse, entonces, analizando mejor la relación tanto de los términos de polaridad que no pueden prescindir de la negación en ningún caso entre sí, como de éstos con su contexto. Para calibrar mejor cuál es el grado de cohesión entre términos (como *todavía* y *hasta*) y la negación, vamos a realizar otra prueba de naturaleza puramente formal. Recordemos, al respecto, que hemos hablado de una negación externa, que toma como objeto una proposición anterior. Pues bien, de igual modo puede hablarse de la existencia de una *afirmación externa*, que también es un juicio -en este caso positivo-, sobre una proposición negativa: esto es, se trata del rechazo de una aseveración anterior. Formalmente se marca por la presencia de elementos como *sí (que)* o *claro que* precediendo inmediatamente al verbo. Así, la afirmación externa de 32)a es 32)b; y la de 33)a, aunque, tal vez, menos habitual, 33)b:

32)a- No has movido un dedo por mí

b- ¡ { *Sí (que)* } he movido un dedo por ti!  
           { *Claro que* }

33)a- No hay la más mínima relación entre esto y aquéllo

b- ¡Claro que hay la más mínima relación!

Pero, nuevamente, este no es el caso de *todavía* y *hasta*, como pone de manifiesto la agramaticalidad de 34)b y 35)b:

34)a- Juan no ha llegado *todavía*

b- \*¡ { *Sí (que)* } ha llegado *todavía*!  
           { *Claro que* }

35)a- Juan no llegó *hasta* las cuatro

b- \*i { Claro que  
SÍ (que) } Juan llegó *hasta* las  
cuatro!

Este es el mismo comportamiento con respecto a estas pruebas que muestran otros términos como *aún*. Veamos algunos ejemplos:

36)a- No ha venido *aún*

b- \*Ha venido *aún*

c- \*¿Ha venido *aún*?

d- \*Sí que ha venido *aún*;

o conjunciones como *ni*:

37)a- No ha comido *ni* cenado

b- \*Ha comido *ni* cenado

c- \*¿Ha comido *ni* cenado?

d- \*Sí que ha comido *ni* cenado

Todos estos términos pueden utilizarse exclusivamente en contextos formalmente negativos, es decir, precedidos por el adverbio *no* o la preposición *sin*. Habrá que concluir, por tanto, que, como dice Bosque (1980: 24-25):

"... es necesario tener en cuenta un tipo de polaridad estrictamente formal, mero producto de una alteración léxica: un elemento A debe ser sustituido por un elemento B si apa-

rece dentro de un contexto negativo. (...). El tratamiento de estas oraciones no ofrece, en principio, dificultad si marcamos las unidades léxicas con un rasgo sensible a la presencia de una negación. Tal rasgo no hace más que posibilitar una transformación para la que la pieza léxica aparece específicamente marcada (nótese la similitud con las reglas fonológicas, que producen alteraciones basadas exclusivamente en el entorno en que aparecen los fenómenos indicados)."

Estos elementos forman, pues, una clase aparte y son términos de polaridad negativa en sentido estricto. Podemos representar estas estructuras como  $\sim p^-$ , donde el signo "-" indica el término de polaridad negativa.

Por lo que respecta a los demás términos, puede considerarse que constituyen otro conjunto diferenciado que, aunque habitualmente aparece con negación, sin embargo puede prescindir de ella en contextos modalizados o contrafactuales: interrogación, oraciones condicionales, deseos, hipótesis, y "afirmaciones externas".

Un poco diferente puede parecer el caso de formas como *nada* o *nadie*. Sin embargo, como se ha dicho tradicionalmente y como recoge Bosque (1980:24),

"... es bien sabido que *nadie* en "No ha venido nadie" no expresa propiamente una negación y así lo han señalado varios autores.

En esta oración *nadie* -al igual que *nunca*, *nada*, o *ningún(ó)* cuando siguen a un verbo precedido por el adverbio *no-* tiene un claro sentido positivo, y su forma negativa es el resultado de una concordancia meramente formal."

Por ello, las incluimos también en esta clase. Para simbolizarla emplearemos  $p^0$ , donde " $^0$ " se refiere a este término de polaridad "negativo-modal".

#### *7.4. El análisis propuesto*

Señalemos, en primer lugar, que una de las consecuencias más importantes de la hipótesis que acabamos de proponer es la de que los términos de polaridad negativa en sentido estricto obligatoriamente sólo pueden aparecer en una proposición con negación interna, es decir, en una estructura como

$\sim p^-$

pero nunca en fórmulas afirmativas como

$*pos.p^-$

que corresponde a oraciones agramaticales como:

26)b- \*Juan ha llegado *todavía*

27)b- \*Juan llegará *hasta* las cuatro;

ni tampoco en representaciones en que el símbolo correspondiente a la negación interna esté sustituido por la variable interrogativa, como

\*?( $p^-$ )

que se interpreta realmente como

\*?(*pos.* $p^-$ )

y que corresponde, por tanto, a oraciones agramaticales como

26)c- \*¿Ha llegado *todavía* Juan?

27)c- \*¿Llegará Juan *hasta* las cuatro?

La única fórmula que admite la interrogación es, pues, aquella en que se mantiene el operador negativo dentro de la proposición interrogada que, como conjunto, es el objeto de la interrogación. De este modo la representación correcta de la única oración interrogativa posible con este tipo de término es

?( $\sim p^-$ )

que refleja la estructura significativa de oraciones como 26)d y e y 27)d y e:



26)d- *¿No ha llegado todavía Juan?*

e- *¿Todavía no ha llegado Juan?*

27)d- *¿No llegará Juan hasta las cuatro?*

e- *¿Hasta las cuatro no llegará Juan?*

Nótese que, en el fondo, no hay una diferencia esencial entre esta representación y la que caracterizaba a las oraciones positivas, ya que, como hemos dicho más arriba, la negación interna afecta al predicado y equivale a la aserción de una predicación negativa. Esto explica también que ambos tipos tengan una orientación muy semejante, lo cual no sucede en las otras clases de interrogación, como ahora veremos.

En efecto, en lo que a las oraciones interrogativas que contienen un término de polaridad negativo-modal se refiere, la cuestión es bastante diferente. En primer lugar, el análisis propuesto sólo impide la aparición conjunta dentro del mismo límite proposicional del signo positivo.

*\*pos.p°*

es, por tanto, agramatical y corresponde a oraciones como 13)b y 14)b:

13)b- *\*Juan ha movido un dedo por mí*

14)b- *\*Hay la más mínima relación entre esto y aquello*

Pero sí se admite, en cambio, en entornos modales y contrafactuales como los de 17)a-f

17)a- *Si hubiera la más mínima relación entre lo que dices y lo que haces, te daría la razón*

f- *Es posible que haya movido un dedo por ti, pero no lo parece*

formalizados como

$V^{\circ}p^{\circ}$  donde  $V^{\circ}$  representa una variable de operador modalizado;

y también cuando la afirmación es externa, como en 32)b y 33)b,

32)b- ¡  $\left\{ \begin{array}{l} \text{Sí (que)} \\ \text{Claro que} \end{array} \right\}$  he movido un dedo por ti!

33)b- ¡Claro que hay la más mínima relación!

representadas, más o menos, como

$pos.(p^{\circ})$

Pues bien, en tales circunstancias, y puesto que el operador interrogativo se incluye semánticamente por su propia naturaleza dentro de la clase de los no factuales, es posible tener una estructura como

$?p^{\circ}$

que es la que corresponde a oraciones gramaticales como 24)a y 25)a:

24)a- *¿Ha movido Juan (alguna vez) un dedo por ti?*

25)a- *¿Hay la más mínima relación entre esto y aquéllo?*

El carácter modal de la interrogación permite la aparición de este tipo de términos sin necesidad de una negación.

Ahora bien, se trata siempre de una interrogación orientada por razones estrictamente formales. Si hemos convenido en que el operador interrogativo es una variable libre que puede tomar los valores positivo y negativo, teóricamente sería posible tanto

$pos.p^{\circ}$

como

$\sim p^{\circ}$

Pero como los términos de polaridad negativo-modal no pueden encontrarse en el mismo ámbito proposicional que  $pos.$ , la primera de las fórmulas es agramatical, como ya hemos visto.

Por tanto, y hablando desde el punto de vista exclusivamente formal, resulta que, en la fórmula abierta

$?p^\circ$ , sólo puede sustituirse ? por uno de los dos valores -el negativo-, que es el único admitido por el contexto  $p^\circ$ . Así, cuando se plantea  $?p^\circ$  ya se sabe  $\sim p^\circ$ , de modo que la posible respuesta está semánticamente (formalmente) predeterminada.

Aunque no es éste el lugar oportuno para tratar extensamente de ello, adelantemos que, por esa razón, plantear  $?p^\circ$  equivale pragmáticamente a una afirmación de  $\sim p^\circ$ , pero sin la responsabilidad directa de haber hecho una aseveración. Y, de modo análogo, puesto que  $\sim p^\circ$  es formalmente la única respuesta posible, su emisión es -siempre desde el punto de vista pragmático- del todo innecesaria.

Podría objetarse que de hecho es posible responder afirmativamente. Nótese, sin embargo, que para ello se utilizaría una oración como, por ejemplo, 32)b

32)b- ;  $\left\{ \begin{array}{l} \text{Sí (que)} \\ \text{Claro que} \end{array} \right\}$  he movido un dedo por ti!

que es realmente una réplica, puesto que funciona como un juicio sobre una proposición negativa preexistente. Queda esto aquí simplemente apuntado; sobre ello volveremos más abajo.

Finalmente, hay que proponer una representación semántica para oraciones interrogativas negativas como 24)b y 25)b:

24)b- ¿Juan *no ha movido un dedo* por ti?

25)b- ¿*No* hay *la más mínima* relación entre esto y aquéllo?

En ellas aparecen conjuntamente el término de polaridad negativo-modal y la negación. Se trata, entonces, de una interrogación formada sobre una proposición negativa, y se representa, por tanto, como

$$?(\sim p^\circ)$$

Lo que se plantea es, entonces, el asignar un valor positivo o negativo al conjunto proposicional  $(\sim p^\circ)$ . Las respuestas posibles son

$$\sim p^\circ,$$

como aserción, es decir, más o menos,

$$pos.(\sim p^\circ)$$

o bien

$$pos.(p^\circ)$$

como afirmación externa. Y, de este modo, al tratarse de una interrogación con negación interna, su interpretación es semejante a las oraciones del mismo tipo que hemos descrito más arriba. Pero no hay que olvidar que, mientras la negación  $\sim p^\circ$  constituye una respuesta de "primer grado" y, por tanto, más directa (en el sentido

formal del término), sin embargo  $pos.(p^o)$  es una proposición sobre otra proposición, una respuesta de "segundo grado", y, por tanto, más alejada estructuralmente de la fórmula inicial. Hay, pues, cierta orientación que favorece la primera de ellas. Pero hace falta también que esta tendencia esté respaldada por una serie de factores pragmáticos en los que ahora no entraremos.

### *7.5. Interrogaciones negativas sin término de polaridad*

La anterior parece ser una hipótesis correcta sobre el funcionamiento de las oraciones interrogativas que contienen un término de polaridad. Ahora bien, los hechos nos dicen que hay oraciones interrogativas negativas que no llevan ninguno de los términos antes descritos: veamos ahora, pues, si es posible extender a estos otros casos el análisis propuesto.

Comencemos examinando algunos ejemplos. Las oraciones

- 38)a- ¿No ha venido?
- b- ¿No eres de mi opinión?
- c- ¿No quieres probarlo?
- d- ¿No te ha hecho gracia?

pueden relacionarse con otras estructuras que son gramaticales tanto con negación como sin ella:

- 39)a- No ha venido
- b- No soy de tu opinión
- c- No quiero probarlo
- d- No me ha hecho gracia

- 40)a- Ha venido
- b- Soy de tu opinión
- c- Quiero probarlo
- d- Me ha hecho gracia

¿Qué sentido puede tener, pues, la presencia de la negación en estas oraciones?

Para responder a esta cuestión, recordemos primero lo dicho más arriba sobre el doble valor de la negación en oraciones declarativas: las pruebas realizadas señalan que puede hablarse de una negación interna, referida al verbo, con el que forma una predicación negativa; y otra externa, que constituye un juicio sobre una proposición, esto es, una proposición que toma como objeto a otra proposición. De este modo, oraciones como 39)a-d son, fuera de su entorno, ambiguas entre los dos tipos de significado.

Pues bien, de la misma manera, las oraciones 38)a-d

- 38)a- ¿No ha venido?
- b- ¿No eres de mi opinión?
- c- ¿No quieres probarlo?
- d- ¿No te ha hecho gracia?

resultan ambiguas, en la escritura, entre dos representaciones semánticas diferentes, que corresponden a la negación interna y a la externa. Para el primer caso, hay que utilizar una fórmula como

$$?(\sim p)$$

donde la interrogación actúa sobre una proposición con un predicado negativo. Para el segundo caso (negación externa), es preciso considerar que la representación es

$$?[\sim(\text{pos. } p)]$$

y la interrogación actúa sobre la negación externa de una proposición positiva.

De este modo se explica la diferencia en la interpretación, según se elija una u otra fórmula de representación. Queda también predeterminado, en cierto sentido, el uso pragmático que se haga de estas estructuras, ya que, mientras en el segundo caso se cuestiona la validez de un juicio preexistente (que, a su vez, era la negación de otra proposición), en el primero no hay tal aserción previa. Las dos estructuras no son intercambiables. Veamos algunos diálogos a título de ejemplo:

41) A: -Mira este cuadro ¿No es bonito?

B: -Sí, me gusta mucho



La interrogativa pronunciada por A responde a la forma

?~[(pos.p)]

En ella se cuestiona la validez de la negación externa, lo que, pragmáticamente, equivale a la aserción de la proposición positiva sobre la que se pide el acuerdo del interlocutor. Por ello, diálogos como el 41) admiten paráfrasis como 42):

42) A:-Mira este cuadro. Es bonito, {¿verdad?  
¿no?}

B:-Sí, me gusta mucho

El hablante A en 41) no pretende hacer sólo una aseveración sino que le interesa "obligar" al interlocutor a tomar partido a favor suyo. Por eso, el diálogo 43), aunque no es contradictorio, no expresa lo mismo:

43) A:-Mira este cuadro. Es bonito

B:-Sí, me gusta mucho

A pesar de lo dicho, el hablante B puede no estar de acuerdo y su respuesta se convierte en una réplica, más o menos como

44) B:-¡Qué mal gusto tienes! A mí me parece horrible

Al hacerla, B es consciente de que no es esto lo que se esperaba. Pero dejemos de momento esta cuestión porque

es de naturaleza pragmática.

La interrogación con negación no puede, por supuesto, sustituirse por la interrogación sin ella -como hacemos en 45)-, sin destruir el sentido de 41):

- 45) A:-Mira este cuadro. #¿Es bonito?  
B:-Sí, me gusta mucho

De otra parte, la representación

$?( \sim p )$

se encuentra en contextos como el ejemplificado en 46):

- 46) A:-¿Por qué pones esa cara de asco? ¿No es bonito?  
B:-No me gusta nada

En 46), la segunda interrogativa funciona pragmáticamente como una hipótesis de respuesta a la primera. El carácter diferencial entre ambos tipos queda claramente manifestado por el hecho de que la interrogación de 46) no admite la paráfrasis de 42), como demuestra la inaceptabilidad de 47), interpretado -claro está- en sentido literal, no irónico:

- 47) A:-¿Por qué pones esa cara de asco? #Es bonito, ¿verdad?

Tampoco es sustituible por la interrogación sin negación

48) A:-¿Por qué pones esa cara de asco? #¿Es bonito?

ni, por supuesto, por la aserción

49) A:-¿Por qué pones esa cara de asco? #Es bonito

La paráfrasis adecuada es la que incluye explícitamente toda la proposición negativa como objeto de otra proposición positiva

$?[pos.p(\sim p)]$

que da lugar a oraciones como

50) A:-¿Por qué pones esa cara de asco? ¿Es que no es bonito?

Si se quiere emplear una forma paralela a la de 42) hay que mantener la negación en su proposición:

51) A:-¿Por qué pones esa cara de asco? No es bonito, ¿no? (13)

Es comprensible que esto sea así, ya que la negación es interna, esto es, forma parte del predicado, y no puede separarse de su proposición.

Y, como era también previsible, esta paráfrasis no es adecuada para contextos como los de 41), a juzgar

por la inaceptabilidad de la interrogación de A a la que muy bien podría replicar B, como aparece en 52):

52) A: -Mira este cuadro. #¿Es que no es bonito?

B: ¿Por qué supones que no me gusta?

Con los ejemplos anteriores no hemos querido más que comprobar cómo se interpretan de manera diferente los dos tipos de estructura y cómo tienen también paráfrasis distintas no intercambiables.

Podría ahora objetarse a lo anterior por medio de la siguiente argumentación: parece, efectivamente, un análisis correcto, y que la ambigüedad queda deshecha cuando se integra la oración en un contexto discursivo; pero la descripción de estas diferencias no puede corresponder a la Semántica sino a la Pragmática, ya que no está basada en rasgos de naturaleza formal.

A esta posible objeción hay que responder diciendo que, como ya señalamos más arriba, la ambigüedad se da sólo en la representación gráfica de estas oraciones. En efecto, las dos estructuras están caracterizadas, desde el punto de vista fónico, por dos patrones entonativos diferentes y no intercambiables, que la escritura, sin embargo, es incapaz de reflejar. Y así, la representación de

?[~ (pos.p)]

se apoya en el mismo esquema prosódico general, aproximadamente

/ 1 2 1 2 ↑ /.

Por el contrario, cuando la fórmula ha de ser

?(¬p)

se hace imprescindible emplear un patrón entonativo más o menos como

/ 2 2 3 2 ↑ /,

caracterizado por un tono bastante alto y una terminación también ascendente. De este modo, al ejemplo 41)

41) A:-Mira este cuadro ¿No es bonito?

B:-Sí, me gusta mucho

le corresponde el primero de estos esquemas, mientras que a 46)

46) A:-¿Por qué pones esa cara de asco? ¿No es bonito?

B:-No me gusta nada,

el segundo. Pruébese a leer ambos ejemplos cambiando los patrones prosódicos y se obtendrán resultados inadecuados al contexto propuesto.

Se pone de manifiesto, una vez más, que los elementos y los rasgos formales que integran la estructura de una oración no son independientes entre sí, sino que están integrados formando un sistema de relaciones. Y son precisamente las distintas combinaciones que pueden hacerse entre estos pocos rasgos las que determinan tanto la configuración sintáctica de la oración como su interpretación semántica.

## *7.6. Conclusiones*

Llega ahora el momento de resumir lo dicho en este capítulo y de sacar de todo ello algunas conclusiones. En primer lugar, hay que decir que el análisis de la negación ha servido, entre otras cosas, para ilustrar la existencia de un tipo de estructuras, muy poco estudiadas generalmente, como son las proposiciones que tratan sobre otros juicios, y a las que podemos llamar *metaproposiciones* (14).

Lo importante para nosotros no es el mero hecho de que tengan por objeto y referencia a otras proposiciones: que describan estados de cosas existentes en el mundo, o que se refieran, por el contrario, a otras descripciones de estado de cosas es, para el estudioso del sentido, en cierto modo, secundario. Lo realmente interesante es que las proposiciones que sirven de base están formalmente incluidas en las metaproposiciones y resul-

tan, por tanto, "recuperables".

De esta manera, como hemos visto, podemos dar cuenta de algunos fenómenos de aparición conjunta de ciertos elementos, que de otra manera parecen inexplicables. En este sentido, todas las interrogaciones son un tipo de funciones metaproposicionales, ya que tienen por objeto una proposición (a veces, una metaproposición). Y, de igual modo, las respuestas son también metaproposiciones.

Pero independientemente de esto, es esencial considerar este carácter metaproposicional de algunas estructuras que caen bajo el alcance de la interrogación porque de esta manera nos envían directa y formalmente a ciertas situaciones de emisión en que están ya presentes las proposiciones incluidas. Quiere ello decir, por tanto, que toda una serie de hechos que hasta ahora se consideraban de naturaleza exclusivamente pragmática pueden ser abordados adecuadamente desde las perspectivas de la Semántica.

Examinemos el caso de algunas frases como 22)b, 23)b y 41)

22)b- ¿No nos conocemos *desde que* teníamos cinco años?

23)b- ¿No tiene Juan *toda la razón del mundo*?

41) A:-Mira este cuadro ¿No es bonito?

B:-Sí, me gusta mucho

La idea de que ciertas interrogaciones del tipo de las que aparecen en los ejemplos citados esperan una respuesta confirmativa positiva por parte del interlocutor, se entiende con mayor claridad si se toma en consideración ese carácter metaproposicional de que hablamos.

Asimismo, la combinación formal de un término de polaridad negativo-modal con la interrogación pero sin la negación -tal y como aparece, por ejemplo, en oraciones como 24)a,

24)a- *¿Ha movido Juan (alguna vez) un dedo por ti?*

proporciona una explicación formal al problema de por qué determinadas interrogaciones parecen no necesitar respuesta porque la llevan implícita. Recordemos que dichos términos en oraciones declarativas no admiten la construcción positiva: puesto que sólo es gramatical llenar la variable interrogativa con el valor negativo, la propia formulación determina la respuesta y la hace innecesaria.

Este hecho constituye una muestra más de que la orientación de algunas interrogativas no es sólo conversacional, sino que está semántica y estructuralmente predeterminada. Ello no quiere decir, ni mucho menos, que no sea siempre posible el desacuerdo y la réplica. Pero la orientación no se destruye por ello, sino que simplemente se rechaza. Y el rechazo supone, claro está, un reconocimiento previo de esa intención de imponer un



punto de vista.

De esta manera, se recuperan para la Semántica algunos aspectos que generalmente se incluían en el campo de la Pragmática, especialmente porque no se encontraba un modo adecuado para analizarlos formalmente. Así, podemos predecir, de acuerdo con criterios estrictamente gramaticales, el carácter orientado o no de muchas interrogaciones. Y si, como veremos más adelante, el significado pragmático es una función del sentido oracional más el entorno de la enunciación, será tarea de la Pragmática el dar cuenta de cómo se usan o se invalidan en el discurso los significados oracionales.

A modo de resumen, y para dejar más claras cuáles son las representaciones de los diferentes tipos de oración interrogativa, podemos trazar el siguiente cuadro:

INTERROGATIVAS  
GENERALES

INTERROGATIVAS GENERALES	Representación	Entonación	Ejemplo	Orientación estructural
Sin negación	$?p$	1 2 1 2 ↑	¿Ha venido?	NO; sólo pragmática
	$?(pos.p^+)$		¿Ha llegado ya?	
	$?p^o$		¿Ha movido un dedo por ti?	$\sim p^o$
Con negación	$?(\sim p)$	2 2 3 2 ↑	¿No está bueno?	NO; sólo pragmática
	$?(\sim p^-)$		¿No ha llegado todavía?	$\sim p^-$
	$?(\sim p^o)$	Formalmente indiferente	¿No ha movido un dedo por ti?	$\sim p^o$
	$?[\sim(pos.p)]$	1 2 1 2 ↑	¿No es agradable?	$pos.p$
	$?[\sim(pos.p^+)]$		¿No tengo toda la razón del mundo?	$pos.p^+$

Conviene que hagamos ahora algunos comentarios a ciertos aspectos del cuadro. Se observa, en primer término, que las oraciones interrogativas que contienen un término de polaridad positiva se comportan exactamente igual que aquellas que no lo contienen. Comportarse igual no quiere decir que sean idénticas, sino que sus posibilidades combinatorias formales son las mismas. Esto se explica por ser el positivo el término no marcado de la oposición. Pragmáticamente, sin embargo, existen diferencias, derivadas en parte, como es lógico, del propio significado del término de polaridad positiva.

En segundo lugar, hay que decir que el hecho de que dos oraciones tengan la misma orientación estructural -es el caso de  $?p^\circ$  y  $?(\sim p^\circ)$ - no implica, en modo alguno, que sean intercambiables en el discurso: las condiciones de emisión varían notablemente de una a otra oración. Nos referimos aquí a un tipo de orientación marcada por la organización interna de las oraciones, y no por su uso pragmático.

Por otro lado, pero en estrecha relación con lo que acabamos de apuntar, es claro que todas estas interrogativas pueden tener una orientación pragmática "sobreañadida", determinada por el entorno y el contexto del enunciado. Ahora bien, la orientación formal debe figurar como una parte constitutiva del significado conversacional.

En lo que al valor de la entonación se refiere, hemos señalado dos patrones básicos, caracterizados siem-

pre por su tonema final ascendente. El segundo de ellos parece tener por objeto el diferenciar prosódicamente la negación externa de la interna. Por ello, es necesario incluirlo como un rasgo significativo. La función contrastiva de la entonación vuelve a quedar patente una vez más. Además, su carácter subsidiario con respecto a los rasgos sintácticos o morfológicos es evidente. Si se observa que, cuando la oración está suficientemente caracterizada por otros medios -es el caso de las correspondientes a  $?( \sim p^- )$  y  $?( \sim p^0 )^-$ , el empleo de uno u otro esquema prosódico es formalmente indiferente -es decir, no tiene consecuencias en la interpretación de las relaciones internas de la estructura-, aunque, lógicamente, produce diferencias pragmáticas, fundadas, como veremos, en las expectativas.

Finalmente, conviene también recapitular sobre lo anterior y responder a la pregunta de cuál es el sentido de la presencia de la negación en las oraciones interrogativas generales. Puesto que hemos reconocido la existencia de dos clases diferentes de negación, hay que indicar que cada una tiene un valor distinto.

La negación interna, cuando aparece en una oración en la que no hay ningún término de polaridad, tiene un claro sentido de asignación positiva de una propiedad negativa. En los casos en que las predicaciones positiva y negativa establecen una oposición polar, las dos posibilidades son teóricamente intercambiables entre sí; en los otros, indican simplemente otra predicación (15).

Esto explica que las estructuras como  $?( \sim p )$  no se interpreten, a pesar de la negación, como formas orientadas. Sí hay orientación, en cambio, en  $?( \sim p^- )$  y  $?( \sim p^0 )$ ; pero ésta no se debe tanto a la presencia de la negación en sí, como a la del término de polaridad. Ello se puede ver con más claridad si se piensa en que la orientación estructural de  $?( \sim p^0 )$  es la misma que la de  $?p^0$ .

La negación externa, por su parte, tiene un papel de extraordinaria relevancia también en la interrogación, puesto que remite a la proposición sobre la que actúa. Ya hemos hablado de las consecuencias que ello tiene, y no vamos a insistir más en este asunto. Téngase presente que la orientación positiva sigue siendo evidente en la respuesta tanto si se acepta como si se rechaza.

Consideremos, por último, el sentido de la ausencia de la negación cuando en la oración aparece algún término de polaridad negativo-modal. Desde el punto de vista lógico, la interrogación, gracias a su carácter no factual -recuérdese que las oraciones interrogativas no son proposiciones, sino funciones abiertas-, puede combinarse con este tipo de términos. Ahora bien, como no es posible la elección entre los dos valores (positivo y negativo), puesto que uno de los resultados sería agramatical, la negación, aunque no aparezca, está implicada, ya que es la única recuperación posible: la afirmación externa, que es pragmáticamente aceptable, supone también -al igual que ocurría en los casos de

orientación positiva- la proposición negativa que incluye.

Las oraciones interrogativas con negación configuran, pues, una clase especial con características propias tanto desde el punto de vista de la estructuración de sus elementos constituyentes como desde el de su significado oracional. Ahora bien, su existencia no entra en contradicción con el primer análisis presentado, sino que simplemente establece algunas precisiones sobre ciertos aspectos. Por tanto, se mantiene la idea general de la interrogación como función proposicional, como estructura abierta, que es la base significativa común a todo este tipo de oraciones, y que servirá como fundamento para la construcción de una hipótesis sobre su funcionamiento pragmático.

## Notas

- 1- El de la negación es uno de los principales problemas que se plantean a la hora de analizar la estructura sintáctica y, especialmente, semántica de la oraciones. Se han realizado muchos estudios y desde perspectivas muy diversas. Véase, por ejemplo, Bosque (1980) que, además de revisar muchas de estas cuestiones, da abundante bibliografía.
- 2- Leech (1983), a propósito de oraciones como

Ivan Mazeppa no mató a Lincoln

señala que la cantidad de personas que no mataron a Lincoln es muchos millones de veces superior al de aquellos que lo hicieron. Añadamos que cuanto mayor sea el número de argumentos que lleve el predicado mayores son las posibilidades de interpretación según cuál sea aquél sobre el que recae principalmente la negación. El único caso simétrico posible se da con predicaciones que establecen entre sí una oposición binaria del tipo *hombre/mujer*.

- 3- Lyons (1977:768) describe muchos más tipos desde diferentes puntos de vista. Sin embargo, esto plantea un problema y es que muchos de esos tipos de negaciones no son exclusivamente semánticas, sino pragmáticas.

- 4- Decir que la implicación no es necesaria significa que conversacionalmente puede ser, efectivamente, frecuente el interpretar *x no es bajo* como *x es alto*. Esta identificación da lugar a la figura conocida como *litotes* o *atenuación* -véase Lázaro (1974)-, y se considera "figura de discurso" precisamente porque se basa en una implicación no estrictamente lógica.
- 5- La diferencia entre proposiciones contrarias y contradictorias está íntimamente ligada a la de la oposición que se establece con el funcionamiento de las expresiones graduables y no graduables. Una proposición y su contradictoria forman también conjuntos complementarios y no pueden ser ambas verdaderas o ambas falsas. En cambio, una proposición y su contraria no pueden ser ambas verdaderas pero sí pueden ser ambas falsas. Pueden servir los mismos ejemplos dados antes para los dos tipos de expresiones. Véase además Lyons (1977:271 y ss.).
- 6- También puede ocurrir algo parecido con respecto a los ejemplos anteriores de polaridad negativa:

*Claro* que he movido un dedo por ti  
*Sí* que hay la más mínima relación

son aceptables como réplicas a

Nunca has movido un dedo por mí  
 No hay la más mínima relación

- 7- Como veremos más adelante, la interrogación, cuando



comparte el carácter no factual por estar indeterminada en cuanto a la polaridad, admite también la presencia de este tipo de términos.

- 8- En lo que a este tipo de representación se refiere, seguimos, aunque con algunas modificaciones, la propuesta de Leech (1983:7.3).
- 9- Sobre este uso pragmático volveremos más adelante.
- 10- No entraremos en este momento a considerar ahora las restricciones que ello supone en su uso en la conversación. Como veremos más abajo, éste está determinado por la propia representación semántica de estas oraciones.
- 11- En la parte dedicada a la pragmática de la interrogación hablaremos de cómo la afirmación de esa proposición debe estar o en el contexto previo o en el entorno. Como veremos, es este hecho el que condiciona el uso pragmático de estas oraciones como petición de confirmación.
- 12- El término *implicatura conversacional* procede de Grice (1975) y no se refiere a las implicaciones de tipo lógico, sino a ciertas inferencias que es legítimo extraer dentro del marco de la conversación.
- 13- Pragmáticamente equivale a

Es feo, ¿verdad?

que se apoya en la inferencia conversatoria de la

negación interna de predicados graduables.

- 14- El término aparece en Leech (1983:162), quien a su vez lo toma de Bolinger.
- 15- Recuérdesse lo dicho más arriba a este respecto. Una oración como *¿No es macho?* es, desde el punto de vista lógico, sustituible por *¿Es hembra?* No debe olvidarse, sin embargo, que hay razones pragmáticas que pueden hacer más o menos adecuada la elección de una u otra de las posibilidades. Y recuérdese también que en la conversación es bastante frecuente dar a las negativas una interpretación de lýtotes. Así

*¿No está bueno?*

suele interpretarse pragmáticamente como

*¿Está malo?*

aunque desde un punto de vista estrictamente lógico no sean intercambiables.

*TERCERA PARTE*

*PRAGMÁTICA DE LA INTERROGACIÓN*

Capítulo 8

# LA PRAGMÁTICA

## 8.1. *Introducción*

En los capítulos que constituyen la parte dedicada a la Semántica hemos revisado las más importantes aproximaciones al estudio de las oraciones interrogativas. Los modelos que aquéllas proponen no acaban de ser del todo satisfactorios, porque, al introducirse en ellos consideraciones referidas o bien al uso, o bien a los objetos de la realidad que describe el lenguaje, ofrecen una visión parcial y orientada del problema; y, por ello, resulta imposible de extender sus resultados a otros casos distintos de los estudiados.

Por nuestra parte, hemos presentado argumentos a favor de una Semántica de corte inmanentista, que estudie exclusivamente el *sentido* en la acepción fregeana del término (esto es, el contenido significativo directamente asociado a la estructura gramatical y a las características formales de la oración). De este modo, se consigue una descripción unitaria para todas las oracio-

nes interrogativas, que deja, además, abierto el camino a las interpretaciones y usos que puedan recibir cuando se actualizan como enunciados.

Asimismo, hemos postulado la utilidad de un aparato lógico como sistema convencional e inequívoco de representación de los elementos relevantes de una configuración oracional. Han quedado perfilados, así, el concepto de Semántica y el puesto que debe ocupar dentro de una Teoría general del lenguaje.

En las páginas anteriores hemos hecho reiteradas alusiones a la Pragmática, aunque muchas de ellas lo han sido sólo por exclusión. Ello se debe a la necesidad teórica de establecer una frontera metodológica que delimite las competencias de ambas disciplinas. Hemos afirmado, por ejemplo, que los enunciados interrogativos y su interpretación no pueden analizarse adecuadamente dentro de un marco exclusivamente semántico, porque los factores de los que depende su uso no son sólo de naturaleza gramatical.

En otras ocasiones, la operación realizada ha sido la inversa. Hemos sugerido una explicación estrictamente formal (semántica) para algunos fenómenos a los que tradicionalmente se venía considerando regulados por algún vago mecanismo de naturaleza pragmática: el problema del doble papel de la negación en las oraciones interrogativas y el carácter orientado de muchas de ellas constituye uno de estos casos.

Pero antes de emprender el estudio del uso "real" de los enunciados interrogativos y de su interpretación cuando se integran en una situación de discurso, parece conveniente repasar con cierto detalle algunas cuestiones teóricas relacionadas con la Pragmática, para poder luego construir un modelo que nos permita analizar coherentemente la incidencia de los diversos factores que intervienen en la enunciación de este tipo de oraciones, y que determinan su empleo. Necesitamos, pues, en primer lugar, poder dar respuesta satisfactoria a las siguientes preguntas: ¿qué es la Pragmática? ¿cuál es su relación con la Semántica y, en particular, con el concepto de Semántica que hemos defendido? ¿de qué manera y en qué medida debe integrarse en los estudios lingüísticos?

## *8.2. La Pragmática en el pensamiento contemporáneo*

Recordemos que fue Morris quien, en 1938, introdujo el término *Pragmática* (1) para designar el estudio de los signos en relación con sus intérpretes, es decir, con sus usuarios.

Si no contáramos con otras precisiones, o con un marco de referencias más amplio, habría que convenir en que el concepto de Pragmática, tal y como se propone, resulta excesivamente amplio. En efecto, decir que la Pragmática estudia la relación entre los signos y sus

usuarios supone, de hecho, asignar a una sola disciplina un terreno prácticamente inabarcable, tanto por su extensión como por su carácter muchas veces interdisciplinar. Sin embargo, este sentido amplio del término ha sido mantenido por muchos y, por ello, no puede hablarse hoy de una sola Pragmática, sino de varias: todo depende del punto en que centre el énfasis la perspectiva de análisis adoptada.

Por un lado, la relación entre lenguaje y hablante tiene una vertiente claramente psicológica que entronca con el estudio de los mecanismos cerebrales de la producción y la descodificación de los mensajes. En este sentido, Jackendoff (1983) indica que estudiar Semántica es, de alguna manera, estudiar psicología cognoscitiva: cada lengua configura de una manera especial el *continuum* de la realidad, y lo proyecta en la mente de los hablantes en una determinada representación (2), diferente en cada lengua. Para estas perspectivas es también interesante el análisis de la "arquitectura" cerebral, y del tipo de mecanismos de proceso de información que nos permiten dar cuenta del funcionamiento y uso del lenguaje tal como es. Por todo ello, este tipo de estudio se encuentra efectivamente muy cerca de la Psicología del conocimiento.

De modo análogo, se han estudiado también las conexiones entre el lenguaje y las estructuras sociales de la colectividad que lo emplea, y las determinaciones mutuas de dichos factores. Estamos, entonces, más cerca de la Sociología.



Sin embargo, dentro de la doctrina en que se insertaba, el término Pragmática tenía un valor bien distinto. Claro está que lo realmente innovador fue su empleo con el sentido propuesto, porque el concepto no era, en sí mismo, auténticamente nuevo. Sería ocioso rastrear ahora en la teoría lingüística anterior la aparición de diversas alusiones a estos aspectos: baste aquí con recordar que, ya varias décadas antes, Saussure llamaba la atención sobre la importancia de considerar separadamente el plano sistemático de la lengua, de un lado, y el uso que de sus posibilidades se haga, del otro.

Pero lo auténticamente interesante de la doctrina de Morris no es, por supuesto, el haber encontrado una nueva designación, sino el incluir a la Pragmática como uno de los nombres que integran su clásica tricotomía de los estudios lingüísticos. La Pragmática ocupa, así, un lugar junto a la Semántica y la Sintaxis. Estos tres niveles constituyen terrenos complementarios que se deslindan por medio de sucesivas operaciones de abstracción: a la Pragmática le corresponde el grado más bajo, ya que considera el lenguaje tal y como se manifiesta -esto es, inserto en situaciones comunicativas-; le sigue luego la Semántica, que hace abstracción de los usuarios y se centra en el estudio de la relación entre los signos y los objetos que significan; finalmente -y ocupando el grado mayor de abstracción-, se coloca la Sintaxis, que atiende a las relaciones entre los signos, prescindiendo de cualquier clase de mención a usuarios o a significados (3).

La noción de Pragmática ha ido evolucionando. Hoy, como es bien sabido, suele entenderse como el estudio de los principios que regulan el uso del lenguaje en la comunicación, es decir, la enunciación de oraciones por parte de hablantes concretos en situaciones de habla también concretas.

Pero casi desde sus inicios, esta nueva disciplina ha tenido que hacer frente a los ataques que le dirigían sus detractores, para quienes no era más que un "cajón de sastre" en el que podían ser almacenados y -como dice Leech (1983:1)- "convenientemente olvidados" todos aquellos aspectos de la realidad lingüística que parecían resistirse a un análisis exclusivamente formal: de una manera más o menos despectiva, solía afirmarse que ciertos hechos no eran sino "cuestiones de pragmática" o "de habla", y no debían, por tanto, ser integrados en un estudio del lenguaje con pretensiones de poder ser calificado de "científico".

En aquellos años, el lingüista envidiaba los métodos de la Física y el grado de abstracción que caracterizaba sus explicaciones: a la Pragmática podía corresponder, en todo caso, un papel muy secundario de disciplina descriptiva, que a los ojos de los formalistas más radicales no pasaba de ser algo pintoresco.

Después, la distinción metodológica establecida por Chomsky entre *competencia* y *actuación* pudo hacer pensar, en un principio, que abría el camino a los estudios pragmáticos; pero su efectivo abandono por parte

de los primeros generativistas no hizo más que seguir abonando las mismas tendencias anteriores. Sin embargo, y casi paralelamente, la situación estaba empezando a cambiar en otro terreno.

En efecto, a partir de los años '50, las ideas desarrolladas por Austin dentro de la tradición de la filosofía del lenguaje de la Escuela de Oxford contribuyeron de manera decisiva a que fuera aumentando paulatinamente el interés por los estudios que se ocupan de analizar la relación existente entre los enunciados lingüísticos de un lado, y sus usuarios y las condiciones de enunciación, del otro. Puede decirse que a su esfuerzo se debe, sin duda, el hecho de que hoy nadie rechace ya la necesidad de abordar seriamente este estudio.

La obra de Searle continúa la línea iniciada por Austin, y constituye, a la vez, el punto de partida de los estudios pragmáticos de orientación más puramente lingüística. Desde entonces, el interés por estas cuestiones es creciente entre todos aquellos que se ocupan del uso efectivo del lenguaje. En este sentido, hay que señalar que también los estudiosos de la Literatura ven en esta nueva disciplina un valioso instrumento que les ayuda a comprender mejor los rasgos distintivos de la comunicación literaria.

### *8.3. Objeto y objetivos de la Pragmática*

Vistos ya brevemente los antecedentes históricos más inmediatos de la moderna Pragmática, vamos a abordar ahora la cuestión de cuáles son su naturaleza y objetivos.

En primer término, es preciso recordar y resaltar el hecho de que, de modo parecido a lo que ocurría en el caso de la Semántica, no puede hablarse de una única línea de investigación pragmática, sino que existen puntos de vista diferentes. La razón -o, al menos, la razón principal- de que esto sea así parece que ha de buscarse en un problema de delimitación de competencias: al ser la Pragmática un nivel de estudio implantado en época bastante reciente, impone una reorganización de los otros planos de análisis existentes con anterioridad. Y esto no se ha llevado a cabo de la misma manera. Pero, además, resulta que, a causa de la interdependencia entre cada uno de estos planos, la idea que se tenga de lo que debe ser la Pragmática está lógicamente determinada por las nociones complementarias de Semántica, Sintaxis o Fonología.

Es cierto que la propia tricotomía de Morris ya propone una solución; pero su concepto de Semántica no es el que hemos defendido en la parte correspondiente de este trabajo, por las razones que ya adujimos más arriba y que es innecesario volver a repetir. Por ello,

habremos de buscar la manera de ajustar el concepto de Pragmática al de los otros componentes de la Teoría lingüística según los hemos venido entendiendo.

Pese a lo dicho anteriormente, puede afirmarse que hay un aspecto en el que convergen todas las diferentes líneas de investigación: la Pragmática debe ocuparse de estudiar el significado de enunciados concretos emitidos por hablantes concretos en situaciones de habla también determinadas. Resulta, entonces, que hay que construir una nueva noción de *significado pragmático*, en oposición al significado gramatical -el sentido- estudiado por la Semántica. Que ambos tipos de significado deban oponerse metodológicamente no implica, en modo alguno, que sean independientes o contradictorios: el significado de un enunciado concreto emitido en una situación de habla concreta necesariamente ha de tener como una de sus bases el sentido que aporta la estructura gramatical de la oración utilizada.

Lo que marca la diferencia y hace que las líneas de investigación sean divergentes es precisamente la decisión sobre cuál debe ser la otra base sobre la que se asiente el significado pragmático: mientras que, para algunos, es la Pragmática la que debe estudiar la relación del significado lingüístico con el hablante y los hechos y objetos del mundo que se intentan describir -tomando, así, a su cargo el terreno que había dejado abandonado la Semántica formal-, para otros se trata más bien de analizar la relación entre el sentido y las actitudes y comportamientos de los usuarios del

lenguaje.

Algo parecido ocurre con los objetivos que tratan de alcanzarse: se diría que hay una total unanimidad a la hora de considerar que, en general, la Pragmática debe explicar cómo se usa el lenguaje para hacer posible la comunicación entre un hablante y un oyente. Ahora bien, son diferentes los puntos de referencia a los que se recurre para explicar dicho empleo, ya que son diferentes también los conceptos de significado que los fundamentan.

Una teoría pragmática debe, pues, explicar el significado de los enunciados en relación con situaciones de habla concretas. No hay acuerdo, sin embargo, con respecto a qué hay que entender por *significado pragmático*, o qué elementos de la situación son los auténticamente relevantes para dar cuenta de las interpretaciones. Vamos ahora a examinar con más detalle las orientaciones más importantes.

## *8.4. Principales orientaciones de estudio*

### 8.4.1. La Pragmática "de las condiciones de verdad"

A la primera de estas corrientes le damos el nombre de Pragmática "de las condiciones de verdad" en recuerdo de la Semántica del mismo nombre, de la que es heredera directa. El punto de partida de esta teoría es, en esencia, el siguiente: la verdad de una oración no

puede ser el objeto de la Semántica, porque aquélla está determinada por las condiciones de la emisión; por tanto, la Pragmática, que se ocupa precisamente de analizar enunciados concretos en situaciones concretas, sí debe atender a cuáles son las condiciones de la situación comunicativa que determinan la verdad o falsedad de las emisiones.

Esta concepción arranca de Bar-Hillel, quien en 1954 reformuló la tricotomía de Morris y definió a la Pragmática como la "interpretación de las expresiones indicadoras" (4). Todos los problemas sobre la referencia que hemos mencionado en capítulos anteriores pasan a constituir ahora el dominio de la Pragmática.

Es cierto, como ya vimos, que hay algunos aspectos del significado de las expresiones en general, incluidas las oraciones, que se derivan y dependen del entorno en que se usa el lenguaje. Feldman (1974:152) afirma que

"Para la mayoría de las oraciones es crucial conocer quién es el hablante para poder saber su significado. Las expresiones referenciales son más simples que las oraciones y son los aspectos más obvios del significado de dichas oraciones. Russell creía que el significado de esas expresiones está en su referente. Strawson se opone a ello diciendo que referir no es una propiedad de las expresiones sino del uso que hacemos de ellas:

El rey de Francia es calvo

dicho hoy no se refiere a nadie; en 1650 se refería a una persona y en 1750 a otra diferente.

Por ello, referir no es una propiedad de las expresiones, sino más bien algo que se puede hacer con ellas; y los referentes de las expresiones referenciales no pueden ser su significado."

Travis (1981:2) mantiene actualmente esta misma tesis:

"Las palabras, expresiones y oraciones significan cosas y forman, por ello, el dominio de la Semántica. Pero, en cambio, no tienen las propiedades necesarias para decir que las cosas son así o no; no llevan en sí la verdad o la falsedad, ni siquiera, las condiciones de verdad."

Todos estos puntos de vista están apoyando las ideas que defendimos más arriba sobre el objeto de la Semántica: puesto que *verdad* no es una noción formal (gramatical), el establecimiento de las condiciones en que una expresión es verdadera no puede ser una parte del establecimiento del tipo de significado estudiado por la Semántica.

Es obvio, entonces, que para emprender un estudio



de esta naturaleza es necesario saber antes algo sobre las cosas, y así poder analizar de qué manera se relacionan con el lenguaje que las describe.

Esta concepción es aplicable también al significado de oraciones enteras. No puede decirse que éstas establezcan por sí mismas proposiciones verdaderas o falsas, porque la verdad o la falsedad, en la inmensa mayoría de los casos -excepción hecha, claro está, de las proposiciones analíticas que son verdaderas por definición, y que constituyen una clase especial de metalenguaje-, dependen de las condiciones de la situación en que se emiten. Dice entonces Travis que el único marco en que puede tener sentido el referirse a las condiciones veritativas de una oración es aquél que estudie el contenido concreto de los enunciados concretos, esto es, el de la Pragmática.

Ahora bien, para comunicarse con éxito, no basta con tener muy clara la relación entre el lenguaje y los objetos del mundo, sino que hay que adaptar también las expresiones utilizadas al destinatario. Entra así en juego un nuevo factor que hay que tener en cuenta. Como señala Mainguenau (1981), parece claro que la referencia y las descripciones definidas, para ser entendidas con éxito, presumen que el interlocutor es capaz de identificar, de alguna manera, el objeto que dichas expresiones designan. Para que el oyente pueda interpretar adecuadamente nuestro enunciado acerca de alguien llamado Andrés, es imprescindible o bien que conozca a Andrés, o bien que sepa algo sobre él que le permita

situarlo en un marco de referencia más amplio al que poder ligar la posible nueva información que le estemos proporcionando.

Esto implica, pues, que no puede estudiarse el significado de un enunciado sin tener en cuenta además las relaciones entre emisor y destinatario, que son cruciales tanto para la elección de las formas referidoras por parte del primero, como para la correcta interpretación del mensaje por parte del segundo.

El acto de referir se realiza, pues, en función del destinatario y del conocimiento que se supone que posee: la que puede ser una buena descripción identificativa para un destinatario concreto en un momento dado, puede no haberlo sido para ese mismo destinatario en un tiempo anterior; o puede ser inadecuada para que otro interlocutor identifique correctamente el objeto a que se hace referencia.

Todas las opiniones que hemos reproducido hasta ahora parecen correctas. Sin embargo, de ellas se extraen conclusiones no siempre legítimas o apropiadas. Decir, por ejemplo, como hace Travis, que el único marco en que es pertinente hablar de la verdad o falsedad de los enunciados es el de las situaciones concretas, resulta indiscutible; pero lo que ya no puede admitirse es que de tal afirmación se deduzca que el objeto de la Pragmática sea *solamente* el tratar de lo verdadero y lo falso (5).

Si se entiende que las cosas son así, se está trasladando a la Pragmática el antiguo verificacionalismo, de muchas de cuyas desventajas hemos hablado anteriormente. No vamos a insistir más en las dificultades que origina esta concepción. Baste lo dicho a este respecto al tratar del sentido oracional. Recordemos aquí simplemente, y en lo que al objeto de nuestro trabajo se refiere, que ni las oraciones ni los enunciados interrogativos pueden ser verdaderos o falsos, sino, en todo caso, adecuados o inadecuados, relevantes o absurdos... y algo parecido ocurre también con las oraciones que contienen un imperativo. Las soluciones propuestas para intentar incluir a las interrogaciones dentro de una Semántica de condiciones de verdad no resultaron del todo satisfactorias, y no parece que un tratamiento pragmático del mismo problema pueda proporcionar mejores resultados.

La conclusión parece clara: no puede limitarse el análisis pragmático a un modelo que *sólo* pretenda establecer las condiciones de verdad de los enunciados e identificar referencialmente las expresiones que contengan; puede constituir una parte de la teoría, pero no su finalidad última.

### 8.4.2. Austin y los predicados realizativos

La segunda gran perspectiva de análisis que consideramos aquí es la iniciada por Austin (6). Sus ideas arrancan casi de los mismos años en que Morris difundía su famosa tripartición. La hemos colocado en segundo lugar simplemente para poder tener presente cuál era la idea verificacionalista del significado -no podía haberse entonces de una división clara entre Semántica y Pragmática- imperante en aquellos momentos y contra la que reacciona Austin.

Pero antes de exponer sus puntos de vista hay que hacer otras dos precisiones:

- 1) Aunque Austin no habla expresamente de *Pragmática*, sin embargo, podemos incluir sus investigaciones en lo que hoy consideramos como tal; y
- 2) Austin no es propiamente un lingüista, sino un filósofo del lenguaje: no hay que extrañarse, por tanto, ante el hecho de que su contribución no siga, en principio, los caminos habituales en el terreno de la Lingüística, aunque haya servido como punto de partida (especialmente a través de Searle) de toda una corriente lingüística de enorme éxito.

Intentar extraer los puntos más relevantes de las

doctrinas que Austin expuso y que están recogidas sobre todo en sus obras de (1962) y (1970), y resumirlos fielmente en unos pocos párrafos no es en absoluto una tarea fácil. Hay que tener en cuenta que sólo la complejidad y sutileza de muchos de sus razonamientos, sino también el enorme eco que han tenido sus doctrinas dentro de la Filosofía del lenguaje como de la Lingüística. Así, para la primera de estas disciplinas es particularmente importante la revalorización que propone Austin del lenguaje corriente frente a los lenguajes filosóficos y científicos. No se trata de sustituirlos, sino, principalmente, de reconocer que el que empleamos en nuestra comunicación ordinaria es un instrumento pulido por el paso de generaciones y generaciones, que permite establecer aquellas distinciones que resultan necesarias para la sociedad que lo emplea, y que está adaptado a los fines a los que sirve. Así aparece claramente expresado en Austin (1970:177):

"Ciertamente, el lenguaje ordinario no puede tener la pretensión de ser la última palabra, si es que existe tal cosa. Incorpora, realmente, algo mejor que la Metafísica de la Edad de Piedra, a saber, y como se dijo: la experiencia y la agudeza heredada de muchas generaciones de hombres. Ahora bien, esa agudeza se ha centrado primariamente en las ocupaciones prácticas de la vida. Si una distinción funciona bien para los propósitos prácticos de la vida ordinaria (lo cual no deja de ser una hazaña, pues incluso la vida ordi-

naria está llena de cosas difíciles), entonces es seguro que algo tiene que haber en ella; aunque es de esperar que no sea la mejor forma de ordenar las cosas si nuestros intereses son más amplios o más intelectuales que los ordinarios. (...). Ciertamente, pues, el lenguaje ordinario *no* es la última palabra: en principio, en todo lugar puede ser complementado, mejorado y suplantado. Pero, recordemos, *es* la *primera* palabra."

De otro lado, es especialmente interesante para la Lingüística en general, y para la Teoría del significado en particular, el hecho de que Austin se sitúe fuera de la línea en que solían colocarse los filósofos con respecto a la verdad o la falsedad:

"No tenemos que retroceder muy lejos en la historia de la Filosofía para encontrar filósofos dando por sentado, como algo más o menos natural, que la única ocupación interesante, de cualquier emisión -es decir, de cualquier cosa que decimos- es ser verdadera o al menos falsa. Naturalmente siempre han sabido que hay otros tipos de cosas que decimos -cosas como imperativos, las expresiones de deseos, exclamaciones-, algunas de las cuales han sido incluso clasificadas por los gramáticos (...). Pero, con todo, los filósofos han dado por sentado que las únicas cosas en que están interesados son las emi-

siones que registran hechos o que describen situaciones con verdad o con falsedad. En los tiempos recientes este tipo de postura ha sido puesta en duda." (Austin, 1970: 217-218)

El de la verdad, como decían los representantes de la teoría anterior, no es un problema del sentido oracional, sino del uso particular de una oración determinada por un hablante concreto y en determinadas circunstancias. Esta idea está muy claramente expuesta por Austin (1970:120-121):

"Las palabras, tal como son discutidas por filólogos o por lexicógrafos, gramáticos, lingüistas, fonetistas, impresores, críticos (estilísticos o textuales), etc., no son verdaderas o falsas; son formadas incorrectamente, o ambiguas, o defectuosas, o intraducibles, o impronunciables, o mal pronunciadas, o arcaicas, o corruptas, o cosas por el estilo. Las oraciones con contextos similares son elípticas, o compuestas, o aliterativas o agramaticales. Podemos, sin embargo, decir genuinamente 'Sus palabras finales eran muy verdaderas' o 'La tercera oración de la página 5 de su discurso es totalmente falsa'; pero aquí 'palabra' y 'oración' se refieren, como se demuestra por los demostrativos (pronombres posesivos, verbos temporales, descripciones definidas, etc.) que las acompa-

ñan constantemente en este uso, a las palabras o a la oración *en cuanto usadas por una determinada persona en una determinada ocasión*. Es decir, se refieren (como lo hace 'Muchas palabras verdaderas dichas en broma') a *enunciados*.

Un enunciado se hace, y el hacerlo es un evento histórico: la emisión, por parte de un determinado hablante o escritor, de determinadas palabras (una oración) a una audiencia, con referencia a una situación, evento, o lo que sea, históricos."

En nota a pie de página, Austin precisa más el significado de algunos de los términos usados en el texto que hemos reproducido:

"'Histórico' no significa, por cierto, que no podamos hablar de enunciados futuros o posibles. Un 'determinado' hablante no necesita ser un hablante definido. 'Emisión' no necesita ser una emisión pública -la audiencia puede ser el hablante mismo."

De lo anterior se desprende que la oración constituye una parte del enunciado, pero no es idéntica a él. La oración es un elemento de la gramática y un enunciado es cada uno de los usos particulares de la oración. Por ello, Austin (1970:121) sigue señalando:

"Una oración está hecha *de* palabras; un enun-



ciado se hace *con* palabras. Una oración es no castellana o no de buen castellano; un enunciado no está en castellano o en buen castellano. Los enunciados se hacen; las palabras o las oraciones se usan. Hablamos de *mi* enunciado, pero de *las* oraciones *castellanas*. La *misma* oración puede usarse para hacer *diferentes* enunciados (yo digo 'Es mío'; tú dices 'Es mío'); puede usarse en dos ocasiones o por dos personas para hacer el mismo enunciado, pero para eso la emisión debe hacerse con referencia a la misma situación o evento."

La diferencia entre oración y enunciado queda así puesta de manifiesto: la oración es un tipo de estructura gramatical, abstracta, no realizada; el enunciado es la realización de una determinada oración por parte de un determinado hablante en unas determinadas condiciones y circunstancias.

Ya vimos en el capítulo dedicado a la Semántica que era imposible considerar que la verdad pueda constituir una oración de naturaleza gramatical, puesto que depende directamente de la situación extralingüística. Por ello, no es extraño que sí puedan utilizarse los conceptos de *verdadero* o *falso* al hablar de enunciados, tal y como ponían de manifiesto los "neo-verificacionistas". A ello se refiere Austin (1970:122) cuando dice que "un enunciado es lo que es verdadero...". Parece, sin embargo, que no hay que interpretar literalmen-

te estas palabras, en el sentido de que 'sólo son enunciados las emisiones verdaderas de las oraciones', sino, más bien, como 'sólo los enunciados -y no las oraciones-, pueden ser verdaderos'. Ello no implica, claro está, que *deban* serlo.

El patrón normal para decidir si un enunciado es verdadero es el de su correspondencia con los hechos (7). Ahora bien, como señala el propio Austin (1970:128, nota 24)

"Ser falso no es, por cierto, corresponder a un *no hecho*, sino corresponder incorrectamente a un hecho. Algunos no han visto, entonces, cómo, dado que el enunciado que el enunciado que es falso no corresponde al hecho que describe incorrectamente, sabemos con qué hecho corresponde."

Austin propone una respuesta a este dilema: para él no debemos considerar sólo una caracterización bi-polar de los enunciados cuando se trata de evaluar su relación a los hechos:

"Decimos, por ejemplo, que un determinado enunciado es exagerado, o vago, o árido; una descripción un tanto tosca, o desorientada, o no muy buena; un relato, más bien general o demasiado conciso. En casos como estos es inútil insistir en decidir en términos simples si el enunciado es 'verdadero o falso'.

(...). Hay diversos *grados y dimensiones* de éxito al hacer enunciados: los enunciados se ajustan a los hechos siempre más o menos laxamente, de diferentes formas en diferentes ocasiones para diferentes intentos y propósitos. Lo que puede que obtenga los máximos resultados en una prueba general de conocimiento puede que en otras circunstancias obtenga un simple aprobado (...). ¿Qué pasa, además, con la amplia clase de cosas en que un enunciado no es tanto falso (o verdadero) como fuera de lugar, *inadecuado* (...)?" (Austin 1970:129)

Queda, así, perfilado uno de los conceptos que resultarán fundamentales en la teoría pragmática: nos referimos a la idea de *adecuación* del enunciado a las condiciones de la situación en que se emite. Esta noción hace que entre en juego toda una larga serie de variables que resultan necesarias para poder evaluar convenientemente no sólo la propia adecuación del enunciado, sino incluso también el enlace de su significado (8).

Intimamente ligada a la convicción de que los enunciados no son sólo verdaderos o falsos, nace una idea que es, tal vez, la más importante de las aportadas por Austin y, sin duda, la más fructífera en sus desarrollos posteriores: el lenguaje no es exclusivamente descriptivo, sino que desempeña a la vez, otras misiones, una de las cuales -no la única- es precisamente ser parte importante del cumplimiento de una oración:

"Suponer que 'Yo sé' es una frase descriptiva es sólo un ejemplo de la *falacia descriptiva*, tan común en filosofía. (...). La emisión de expresiones rituales obvias, en las circunstancias apropiadas, no es *describir* la acción que estamos haciendo, sino *hacerla*. (...). Tales expresiones no pueden, estrictamente, *ser mentiras*." (Austin, 1970:107-108)

A partir de esta primera intuición se va desarrollando la teoría de las *emisiones realizativas* (*performative utterances*) (9). Estas constituyen un tipo de emisión

"... que parece una oración declarativa y que gramaticalmente sería clasificada como tal, que no es carente de sentido y, sin embargo, no es verdadera o falsa. (...). Si una persona hace una emisión de este tipo, diríamos que está *haciendo* algo en vez de meramente *diciendo* algo." (Austin 1970:218-219)

Tal es el caso de "expresiones rituales" como:

Le pido disculpas

Bautizo este barco con el nombre de...

Te apuesto cinco duros a que mañana lloverá

que habitualmente usan la primera persona de singular del presente de indicativo.

Austin (1970:219-220) sigue precisando al respecto que

"Las palabras tienen que decirse en las circunstancias apropiadas."

En caso contrario, la emisión y el acto realizado "pueden fracasar de maneras especiales" si fallan de alguna manera las convenciones que regulan el cumplimiento de dichas acciones (10).

La idea de que hay acciones ligadas a la emisión de las palabras sugiere a Austin la famosísima tricotomía acto locutivo-illocutivo-perlocutivo. El *acto locutivo* es el de "decir algo":

"Esto incluye la emisión de ciertos ruidos, la de ciertas palabras en una determinada construcción y con un cierto "significado" en la acepción filosófica preferida del término, esto es, con una referencia y un sentido determinados" (Austin 1971:138)

Realizar un *acto illocutivo* es

"... llevar a cabo un acto *al* decir algo [*in saying something*], como cosa diferente de realizar el acto *de* decir algo."  
(Austin 1971:144);

porque

"Es muy diferente que estemos aconsejando, o meramente sugiriendo, o realmente ordenando, o que estemos prometiendo en sentido estricto o sólo anunciando una vaga intención. (...). Constantemente discutimos preguntando si ciertas palabras (una determinada locución) *tenían la fuerza* de una pregunta, o *debían haber sido tomadas* como una apreciación, etc." (Austin 1971:143-144)

Nótese que hay bastantes puntos de contacto entre los actos locucionarios y las emisiones realizativas, aunque es muy diferente el grado de institucionalización de unos y otros. Las emisiones realizativas resultan inequívocas en cuanto al tipo de acto ilocucionario que realizan porque se identifican con él; y esto, evidentemente, no ocurre en los otros casos.

Finalmente, el *acto perlocutivo* se refiere a los efectos producidos:

"... normalmente, decir algo producirá ciertas consecuencias o efectos sobre los sentimientos, pensamientos o acciones del auditorio, o de quien emite la expresión, o de otras personas. Y es posible que al decir algo lo hagamos con el propósito, intención o designio de producir tales efectos" (Austin 1971:146)

Por supuesto, tales actos pueden también prestarse a

infortunios: es posible no lograr producir el efecto deseado; o producir efectos no deseados.

La distinción establecida por Austin es fundamental en todos los estudios posteriores sobre el significado. En la parte dedicada a la Semántica ya hablamos de la *Hipótesis realizativa*, que supone una adaptación de estas distinciones. Pero, como puede verse, lo que hace dicha hipótesis es aplicar a todos los actos ilocucionarios un tratamiento de emisión realizativa, sugiriendo que el predicado principal se encuentra en la estructura profunda. Aunque las ideas iniciales sean de Austin, no lo es la consecuencia que de ellas han derivado los realizativistas (11).

Tres son, pues, a nuestro juicio, las más relevantes aportaciones del filósofo británico:

- 1) el apoyo a la tesis de que el lenguaje no es sólo descriptivo y, por tanto, no todos los enunciados tienen que ser necesariamente o verdaderos o falsos;
- 2) el estudio de las emisiones realizativas, que establecen un estrecho vínculo entre lenguaje y acción siguiendo unas pautas de conducta convencionalmente establecidas; y
- 3) la tricotomía locutivo/ilocutivo/perlocutivo.

Pero, por encima de todo ello, hay que señalar que las

ideas de Austin constituyen, sin duda, el fundamento de la moderna Pragmática, y el punto de origen al que necesariamente hay que retornar si se quiere tener una visión completa de lo que representa la incorporación a la Teoría general del lenguaje de los principios que rigen las acciones.

### 8.4.3. Searle y la teoría de los actos de habla

Como discípulo de Austin, Searle continúa y amplía la línea de investigación cultivada por su maestro. Aunque él sigue considerándose más filósofo que lingüista, lo cierto es que su trabajo supuso una popularización de ciertos temas filosóficos entre los estudiosos del lenguaje.

Su punto de partida se sitúa en la hipótesis de que

"... hablar un lenguaje es tomar parte en una forma de conducta gobernada por reglas. (...). La forma que tomará esta hipótesis es que hablar un lenguaje consiste en realizar actos de habla, actos tales como hacer enunciados [statements], dar órdenes, plantear preguntas, hacer promesas y así sucesivamente, y más abstractamente, actos tales como referir y predicar; y, en segundo lugar, que es-



tos actos son en general posibles gracias a, y se realizan de acuerdo con, ciertas reglas para el uso de los elementos lingüísticos" (Searle 1980 [1969]:25-26).

La hipótesis de Searle es, en efecto, una extensión de las ideas de Austin. Hay en ellas una cierta identificación entre acción y lenguaje o, mejor dicho, entre acto de habla y forma lingüística, que tiene importantes consecuencias en la propia estructura de la Teoría del lenguaje:

"No hay, por tanto, dos estudios semánticos distintos e irreductibles: por un lado un estudio de los significados de oraciones y por otro un estudio de las realizaciones de los actos de habla. Pues de la misma manera que forma parte de nuestra noción de significado de una oración el que una emisión literal de esa oración con ese significado en un cierto contexto constituye la realización de un acto de habla particular, así también forma parte de nuestra noción de acto de habla el que exista una oración (u oraciones) posibles, cuya emisión, en cierto contexto, constituiría en virtud de su(s) significado(s) una realización de ese acto de habla" (Searle 1980:27) (12)

Como es sabido, y como queda patente en el texto anterior, para Searle, la diferencia que suele estable-

cerse entre Semántica y Pragmática es artificial y no debe ser mantenida. Su propuesta, sin embargo, plantea algunos problemas. Nótese que para que una oración tenga lo que él llama "sentido literal" y realice un determinado acto de habla, debe emitirse en un contexto adecuado. Adaptando la teoría general al caso que nos ocupa, podríamos decir que una oración interrogativa literalmente realiza un acto de petición de información si se emite en determinadas circunstancias. En caso contrario, la fuerza ilocutiva puede quedar destruida. Es, pues, el contexto de la emisión el que determina qué acto de habla realiza una estructura oracional dada. Parece, entonces, discutible el afirmar que oración y acto de habla están indisociablemente unidos, puesto que esta unión queda siempre a merced del contexto. Por ello, la idea de Searle de que el estudio del significado de las oraciones no es distinto del estudio de los actos de habla que realizan, puede plantear un gran número de problemas. De hecho, las críticas a esta concepción no son otras que aquellas ya recogidas al hablar de las *hipótesis realizativistas*, así que no volveremos aquí sobre ellas.

Pero la parte fundamental, a nuestro juicio, de la propuesta de Searle es la que se refiere a la existencia de principios que regulan el uso del lenguaje, al igual que ocurre, por ejemplo, con los reglamentos de un juego. Junto a las reglas propiamente dichas, no hay que olvidar que deben existir determinadas actitudes por parte de los participantes. Searle (1980:43 nota 11) señala a este respecto que

"En la noción de "actuar de acuerdo con las reglas", intento incluir las reglas que hacen claro cuál es 'la meta del juego'. Además, pienso que existen algunas reglas cruciales para los juegos competitivos que no son peculiares de este o aquel juego. Por ejemplo, pienso que es una regla de los juegos competitivos el que cada parte se comprometa a intentar ganar. Obsérvese a este respecto que nuestra actitud hacia el equipo o hacia el jugador que deliberadamente pierde la partida es la misma que hacia el equipo o jugador que hace trampa. En ambos casos se violan las reglas, aunque las reglas sean de diferentes clases."

De este modo, el lenguaje o, más apropiadamente, el uso del lenguaje en la comunicación, está sometido a una serie de reglas -ello no implica que sean conscientes- que gobiernan cualquier emisión lingüística. Los infortunios de que hablaba Austin para las emisiones realizativas no son sino un caso más de diversos fallos en la correcta aplicación de las reglas. Y estos principios reguladores que utiliza el lenguaje no son en esencia diferentes de los que se siguen en cualquier otro tipo de actividad humana.

Como es sabido, para analizar cualquier tipo de acto ilocutivo, Searle (1980:cap.III) propone un modelo que recoge tanto las características formales de la oración emitida, como aquellas otras condiciones que deben

darse en las circunstancias de emisión para poder realizar con éxito un determinado tipo de acto. El modelo se compone de los siguientes elementos

1- *Condiciones de contenido proposicional*

Se refieren a las características significativas de la proposición empleada para llevar a cabo el acto de habla. Si se trata de *advertir* a alguien, el contenido proposicional debe basarse en un acontecimiento o estado futuro; para *dar las gracias*, en cambio, debe centrarse en un acto pasado hecho por el oyente.

2- *Condiciones preparatorias*

Son preparatorias todas aquellas condiciones que deben darse para que tenga sentido el realizar el acto ilocutivo. Searle lo ejemplifica diciendo que al ordenar a alguien que preste atención es preciso tener sobre esa persona algún tipo de autoridad, y además, es necesario que no estuviera prestando atención antes (13). Su cumplimiento se presupone por el mero hecho de llevar a cabo ese acto. Por supuesto, pueden cometerse errores, que hacen fracasar el intento: supongamos que el aludido rechaza la orden afirmando que efectivamente estaba prestando atención. Realizar cualquier tipo de acto implica, en principio, que las condiciones preparatorias se satisfacen.

### 3- *Condiciones de sinceridad*

Estas condiciones se centran en el estado psicológico del hablante, y expresan lo que el hablante siente, o debe sentir, al realizar el acto ilocutivo. Searle (1980:72-73) precisa, en este sentido que

"Esta ley vale independientemente de si el acto es sincero o insincero, esto es, independientemente de si el hablante tiene o no efectivamente el estado psicológico expresado. Así, aseverar, afirmar, enunciar que *p* cuenta como una *expresión* de creencia de que *p*."

### 4- *Condiciones esenciales*

Son aquellas que caracterizan tipológicamente el acto realizado. O, dicho de otro modo, la emisión de cierto contenido proposicional en las condiciones adecuadas, tal y como aparecen expresadas por los otros tipos de regla, *cuenta como* la realización del acto que se ha pretendido llevar a cabo.

De esta manera se obtiene un dispositivo único, capaz de dar cuenta de todos los actos ilocucionarios en virtud de las diferentes posibilidades de combinación de las variables que lo integran.

Es interesante señalar que el de Searle, tras los

análisis de Austin acerca de los diversos tipos de infortunios y fracasos de una emisión realizativa, es el primer gran intento de elaborar un esquema válido y eficaz que permite realizar una selección de los elementos auténticamente relevantes de entre aquellos que integran una situación comunicativa. Cuando las condiciones estipuladas no se cumplen en alguno de los aspectos, el resultado es también un cierto tipo de infortunio, que varía en su naturaleza de acuerdo con cuál sea la regla infringida: en el acto de *pedir*, el no cumplir la condición esencial -desear que el oyente realice una determinada acción, precisamente aquella que se le solicita que haga- da lugar a una emisión contradictoria. Este es, sin duda, un infortunio bastante diferente a los que se producían, por ejemplo, al fallar alguna de las condiciones preparatorias -si el oyente es incapaz de realizar la acción que se le pide-.

De acuerdo con este modelo, el acto ilocutivo de *preguntar*, que, dentro de esta doctrina, está íntimamente ligado a la estructura interrogativa, presenta el siguiente análisis, tomado de Searle (1980:74-75):

*Contenido proposicional*

Cualquier proposición o función proposicional

*Condición preparatoria*

- 1.El hablante no sabe la 'respuesta', esto es, no sabe si la proposición es verdadera o, en el caso de la función proposicional, no cono-

ce la información necesaria para completar la proposición con verdad. Esto sirve para las preguntas "reales". En las preguntas de examen, el hablante sólo desea saber si el oyente sabe la respuesta.

- 2.No es obvio para ninguno de los dos interlocutores que el oyente haya de proporcionar la información sin que se le pida.

*Condición de sinceridad*

El hablante desea esa información.

*Condición esencial*

Cuenta como un intento de obtener del oyente esa información.

Este análisis puede ser, en principio, válido para las oraciones interrogativas usadas como peticiones de información, es decir, y según la propia terminología de Searle, emitidas en "sentido literal" (14).

Ahora bien, es obvio que no todas las oraciones interrogativas se usan para preguntar. Searle, en trabajos posteriores, se ha preocupado por ofrecer una solución al problema planteado por la existencia de interrogaciones empleadas para hacer invitaciones, sugerencias, peticiones, etc. A estos otros usos los llama *actos de habla indirectos*: en ellos, el hablante quiere decir algo más de lo que realmente expresa. Pero, como indica él mismo (Searle 1975:60),

"El problema planteado por los actos de habla indirectos es el de cómo le es posible al hablante decir una cosa y querer decir esa cosa y algo más. Y puesto que el significado consiste en parte en la intención de producir comprensión en el oyente, una gran parte de ese problema es la de cómo le es posible al oyente el entender el acto de habla indirecto cuando la oración que oye y entiende significa otra cosa diferente."

Tiene que haber algún factor capaz de "destruir" la interpretación "literal" en favor de la otra, sin que se produzca por ello alguno de los infortunios señalados.

En 1969 Searle sugería como explicación que los actos de habla indirectos se producían cuando las oraciones empleadas estaban satisfaciendo las condiciones necesarias para el acto indirecto realizado. Generalmente consiste en indicar la satisfacción de la condición esencial afirmando o preguntando una de las otras condiciones. Así, y volviendo al caso de *pedir*, resulta que esta acción puede realizarse indirectamente preguntando al oyente si se cumple la condición preparatoria de "ser capaz de llevar a cabo la acción requerida". Este es el modo en que funciona el clásico ejemplo

¿Puedes pasarme la sal?

El camino es muy similar al que sugieren Gordon & Lakoff (1971), adaptando algunas de las ideas de Grice,



e incluyéndolo todo en un modelo semántico-generativista.

Más tarde, el propio Searle (1975:60-61) modifica su teoría y rechaza la de Gordon & Lakoff (1971), proponiendo la siguiente explicación:

"El hablante comunica al oyente más de lo que dice basándose en la información de fondo compartida, tanto lingüística como no lingüística, juntamente con los poderes generales de raciocinio e inferencia por parte del oyente. (...). No hace falta asumir la existencia de cualquier tipo de postulado conversacional (...), ni cualquier imperativo oculto u otras ambigüedades similares."

De esta manera, Searle se propone evitar la multiplicidad de estructuras que se producen cuando una misma oración se usa para realizar actos ilocutivos diferentes.

En cuanto a las dificultades que supone la elaboración de una clasificación de los diferentes actos ilocutivos, Searle (1979:29) propone una reducción de todos ellos a cinco categorías principales, de acuerdo con los siguientes argumentos:

"No hay (...) un número definido o indefinido de "juegos" o usos del lenguaje. Más bien, la ilusión de un número ilimitado de usos es engendrada por una enorme falta de claridad

acerca de lo que constituye los criterios para delimitar un "juego" o uso lingüístico de otro. Si usamos el fin ilocutivo [illocutionary point] como noción básica, entonces hay un número más bien limitado de cosas que se hacen con el lenguaje: decimos a la gente cómo son las cosas (*actos asertivos*); tratamos de conseguir que hagan cosas (*directivos*); nos comprometemos a hacer cosas (*compromisivos*); expresamos nuestros sentimientos y actitudes (*expresivos*); y producimos cambios a través de nuestras emisiones (*declarativos*). A menudo, hacemos más de una de estas cosas a la vez."

No vamos a detenernos ahora en los resultados de aplicar esta hipótesis al estudio de las interrogaciones, sino que en este momento lo que nos interesa es la construcción general de la teoría. Y aunque tampoco es nuestra intención entrar aquí en una discusión global acerca de los "puntos débiles" de la propuesta de Searle, sin embargo, nos parece conveniente señalar, de momento, que la identificación entre estructura oracional y acto de habla tal y como la presenta este autor reincide, a nuestro juicio, en el mismo tipo de imprecisión que caracteriza a muchos de los estudios anteriores, para los cuales las oraciones interrogativas son aquellas que sirven para preguntar, con los consiguientes problemas que esta concepción puede originar.

Hay que destacar, además, que el hecho de estable-

cer una distinción entre actos directos e indirectos, -es decir, entre "significados literales" y "significados no literales" (15)- no hace sino agravar los problemas planteados por la teoría. En efecto, la fuerza ilocutiva se concibe como una propiedad constitutiva de la oración en sí misma, independientemente de sus posibles actualizaciones en forma de enunciados. Por ello es más grave el tener que construir un mecanismo que, en determinados contextos, "destruya" la fuerza ilocutiva de la oración. Téngase en cuenta que esto es bien diferente a postular que las oraciones, como unidades abstractas, tienen un sentido constante, mientras que solamente los enunciados, como unidades actualizadas, pueden tener fuerza ilocutiva, y ésta depende innegablemente del contexto. Todo ello hace que la Teoría de los actos de habla de Searle se convierta en una versión renovada y modernizada de la vieja idea de que el significado es el uso.

#### 8.4.4. El Principio de Cooperación de Grice

Si las doctrinas de Searle se podían situar en un terreno entre la Semántica y la Pragmática -él mismo es quien propone no hacer distinción entre lo que solemos llamar el significado de una oración y su fuerza ilocutiva-, las de Grice, en cambio, podrían incluirse en la parcela de la Pragmática, puesto que ya no se ocupa tanto de las relaciones entre estructura gramatical y fuer-

za ilocutiva, sino que se centra precisamente en el estudio de los principios que regulan el intercambio comunicativo.

La Pragmática, como ya hemos recordado, es una disciplina en constante evolución. Pues bien, las ideas de Grice (1975) -que fueron expuestas, por cierto, en 1967 en las William James Lectures de la Universidad de Harvard, esto es, en el mismo marco en que Austin dictó en 1952 las conferencias que hoy constituyen su libro *How To Things With Words*- constituyen el punto de partida de la concepción más extendida actualmente de lo que deben ser los estudios pragmáticos.

En efecto, Grice no se ocupa de las características formales o significativas de tal o cual clase de oración, o de determinados enunciados, sino que propone un análisis y una clasificación de los principios que actúan en la conversación. Recordemos que el de Searle, al proponer sus cuatro tipos de condiciones, es también un paso importante en este sentido; pero recordemos también que establece en principio una correlación entre clase de oración y fuerza ilocutiva que plantea no pocos problemas de orden teórico.

Grice, por el contrario, propone una serie de principios, no normativos, pero que se supone que son aceptados tácitamente por todos aquellos que participan de buen grado en una conversación. Todos ellos se incluyen en lo que Grice (1975:45) llama el *Principio de Cooperación*:

"Nuestros intercambios comunicativos no consisten normalmente en una sucesión de observaciones inconexas, y no sería racional si lo fueran. Por el contrario, son característicamente -al menos, en cierta medida- esfuerzos de cooperación; y cada participante reconoce en ellos, de algún modo, un propósito o conjunto de propósitos comunes o, al menos, una dirección aceptada por todos.

(...). En cada situación, *algunos* de los posibles "movimientos" conversacionales serían rechazados por inapropiados conversacionalmente. Podríamos, entonces, formular un principio general, que es el que se supone que observan los participantes: Haga que su contribución a la conversación sea, en cada momento, la requerida por el propósito o la dirección del intercambio comunicativo en el que está usted involucrado."

El *Principio de Cooperación* de Grice es, en el fondo, un cierto tipo de "condición preparatoria" que se espera que los participantes observan. A pesar de lo que su formulación en forma de imperativo pudiera hacer pensar, nos parece que no se trata de un principio prescriptivo, en el sentido estricto del término, sino que es más bien descriptivo: es la condición básica para que el discurso resulte inteligible y tenga sentido; en caso contrario, es decir, cuando los participantes no se ajustan a él, la conversación no tiene un tema concreto y resulta inconexa y absurda (16).

Ahora bien, que tal Principio no sea prescriptivo no implica que su incumplimiento no pueda merecer algún tipo de sanción social: si uno de los interlocutores deliberada y malintencionadamente trata, de alguna manera, de "boicotear" la conversación por medio de violaciones ocasionales o constantes de dicho principio, se expone primero a las protestas y advertencias de los otros participantes e incluso a ser excluido del diálogo por ellos.

Este principio se desarrolla luego en otras normas de menor rango, a las que Grice, siguiendo a Kant, da el nombre de *categorías de Cantidad, Calidad, Relación y Modalidad*. Cada una de ellas, a su vez, se subdivide en máximas más específicas. Vamos a recordarlas muy brevemente de acuerdo con Grice (1975:45-47).

- 1 -*Cantidad*: Se relaciona obviamente con la cantidad de información que debe darse. Comprende las siguientes máximas:

- a -Que su contribución sea todo lo informativa que requiera el propósito del diálogo; pero
- b -Que su contribución no sea más informativa de lo necesario

Grice es consciente de los problemas que puede plantear esta segunda máxima: dar más información no parecería, en principio, una razón para pensar que se está transgredien-

do el Principio de Cooperación. Sin embargo, como apunta el propio Grice, una "sobreinformación" puede producir la confusión entre los interlocutores, que seguirán la tendencia "natural" de interpretarla como si estuviera siguiendo la máxima *a*).

2 -*Cualidad*: Esta categoría comprende una supermáxima: "Intente que su contribución sea verdadera". Además, se especifica de la siguiente manera:

- a) -No diga algo que sea falso .
- b) -No diga algo de lo que no tenga las evidencias pertinentes

3 -*Relación*: Contiene una única máxima: "Diga cosas relevantes". Efectivamente, se espera de los participantes en la conversación que sus intervenciones se relacionen con aquello de lo que se está hablando.

4 -*Modalidad*: Se relaciona con el modo de decir las cosas, más que con el tipo de cosas que hay que decir. La máxima general es "Sea claro". Se complementa con estas otras:

- a) Evite la oscuridad de expresión
- b) Evite la ambigüedad

c) Sea breve (no sea innecesariamente prolijo)

d) Sea ordenado

A pesar de que ya señalamos que estas máximas no son de cumplimiento obligado -faltar a la verdad no produce, evidentemente, el mismo tipo de desajuste lingüístico que hacer una concordancia incorrecta-, sin embargo, se espera que sean observadas durante la conversación, y su incumplimiento produce ciertas sanciones sociales, ajustadas a la gravedad de la transgresión. Como Grice señala, no merece la misma consideración el infractor de la máxima "Sea breve" que aquél que no observa la que dice "No diga algo que crea falso".

Esta serie de principios no afecta exclusivamente a las conversaciones, sino que rigen la conducta humana en general. El propio Grice pone ejemplos de su aplicación a otras actividades, del estilo de arreglar un coche o hacer un pastel. Lo auténticamente significativo de este hecho es que la actividad lingüística no se presenta como algo separado, distinto, del conjunto de las acciones que el hombre realiza. La Pragmática, disciplina dedicada al uso del lenguaje en la comunicación, queda plenamente justificada también como una parte de una teoría más amplia sobre la acción y el comportamiento humanos.

Antes mencionamos la posibilidad de incumplir alguna de las máximas comprendidas dentro del Principio de Cooperación. El incumplimiento puede ser de varios



tipos diferentes, que a su vez dan lugar a resultados diversos. Grice (1975:49) recoge los siguientes:

- 1 -*Violación encubierta*, discreta y sin ostentación, de una máxima. Puede inducir a error a los interlocutores y, por tanto, el hablante es responsable de engañar o, al menos, de correr el riesgo de hacerlo.
- 2 -*Supresión abierta* de las máximas y del principio. El interlocutor claramente se niega a colaborar por no poder hacerlo en la forma requerida: "No puedo decir más". El diálogo queda roto. Sin embargo, a nuestro juicio, también de esta negativa a colaborar pueden extraerse implicaturas como las que propone Grice para el caso nº4. En efecto, el no poder decir más implica conversacionalmente que hay importantes razones para ocultar algo que se sabe.
- 3 -*Conflicto o colisión* entre el cumplimiento de las diferentes máximas, que obliga a elegir una de ellas en detrimento de otras. Es el caso, por ejemplo, de las situaciones en que no se pueda dar toda la información requerida porque no se tienen suficientes evidencias de su veracidad.
- 4 -*Incumplimiento abierto* (Grice emplea el término *flout*, burla, desdén, desprecio)

de una de las máximas, pero sujeción a las demás. En vista de las circunstancias, todo hace suponer que no estamos ante el caso n°1, dado el carácter abierto de la transgresión; ni tampoco hay una supresión de la totalidad de las máximas, que es la situación característica del caso n°2; ni, finalmente, se dan las condiciones para que haya un conflicto (n°3). Si alguien parece querer cooperar, pero se diría que desprecia abiertamente una de las máximas, los interlocutores están inclinados a pensar que ese hablante está queriendo decir algo diferente de lo que en realidad está diciendo. En tal caso, la máxima ha sido utilizada abusivamente, y nos hallamos ante lo que Grice llama una *implicatura conversacional*, que es el camino necesario para "reconstruir" el auténtico contenido que se ha tratado de comunicar, y restaurar, así, la vigencia de la máxima. Grice lo ilustra con numerosos ejemplos. Uno de ellos es el siguiente: a alguien le piden un informe sobre uno de sus discípulos que ha solicitado un trabajo relacionado con la filosofía; en su carta, el profesor no menciona en absoluto esta disciplina, sino que da otro tipo de información. Ha incumplido claramente la máxima de cantidad. Y, sin embargo, ha escrito respondiendo, lo cual elimina la posibilidad de pensar que

no quiera colaborar. Hay que concluir, entonces, que si no escribe nada sobre las dotes como filósofo del candidato es, tal vez, porque no tiene nada bueno que decir. Y esto es, precisamente, lo que puede estar *implicando conversacionalmente* su carta.

Es interesante destacar, aunque sólo sea de modo marginal, que los diversos tipos de incumplimiento de las máximas proporcionan también una explicación de figuras tales como la ironía, la metáfora, la hipérbole, etc... que no abordaremos aquí por alejarse de nuestro propósito (17).

El Principio de Cooperación postulado por Grice y las máximas que lo complementan suponen hoy una referencia obligada para todos aquellos que realicen estudios relacionados con la Pragmática. De acuerdo con su formulación no es difícil observar que las normas que regulan el intercambio comunicativo no son distintas de aquellas que operan en todos los otros tipos de actitud cooperativa: la de hablar se configura, por tanto, como una más de las *acciones* del hombre.

Por ello, se considera que, mientras no se demuestre *claramente* lo contrario, el Principio y las máximas están siendo observados por todos los participantes en el diálogo. Y cuando aparentemente esto no es así con respecto sólo a una de las máximas, opera otro principio que trata de restituir su cumplimiento, reinterpretando lo dicho, de tal manera que se obtiene, por medio

de una *implicatura conversacional*, un nuevo contenido significativo no contradictorio con el *Principio*.

Grice ya señala que puede haber otras máximas que complementen el modelo por él propuesto:

"Hay, por supuesto, otras clases de máximas (estéticas, sociales, morales,...) tales como "sea cortés", que normalmente son observadas por los participantes en el intercambio comunicativo, y que también pueden generar implicaturas no convencionales. (...). He establecido mis máximas como si este propósito [el del intercambio comunicativo] fuera un intercambio de información lo más efectivo posible; esta especificación es, por supuesto, demasiado estricta, y el esquema necesita ser generalizado para introducir propósitos generales como influir u organizar las acciones de otros." Grice (1975:47)

A esta tarea se van a dedicar precisamente algunos de los estudios posteriores (18).

## Notas

- 1- La Pragmática cobra cada día mayor desarrollo. Actualmente, existen varios manuales de Pragmática, entre los que podemos citar el de Leech (1983), Bach y Harnisch (1979), Mey (1979), Recanati (1979), Dijk (1981). También hay revistas especializadas como *Journal of Pragmatics*.
- 2- En el sentido en que usa el término Frege.
- 3- Pueden verse más detalles en Allwood (1981).
- 4- Véase Kempson (1975), especialmente el capítulo VII.
- 5- Recuérdesse que el título del libro de Travis (1981) es precisamente: *Lo verdadero y lo falso: el dominio de la Pragmática*.
- 6- Aunque ya aludimos a su aportación en las páginas iniciales de este trabajo, conviene ahora volver con más detalle sobre lo que supusieron las doctrinas de Austin en el desarrollo posterior de la Pragmática.
- 7- Austin (1970:119-132) se ocupa con bastante amplitud de los problemas filosóficos que acarrea esta afirmación.
- 8- Sobre esta importante cuestión, volveremos -como es lógico- más adelante.
- 9- El traductor español traduce *utterance* como *emisión* y usa *enunciado* como correspondiente al inglés *statement*. Para evitar confusiones en cuanto a la terminología que venimos utilizando habría que tra-

ducir *utterance* como *enunciado*, siguiendo en parte la tradición francesa; y *statement* como *oración declarativa*, tal y como hemos hecho en la cita siguiente.

- 10- No podemos entrar con más detalle en los diferentes tipos de *infortunios* (*infelicities*) que pueden producirse. Véase para ello Austin (1970) y las conferencias I-VII de Austin (1971), donde se estudian con más profundidad estas cuestiones.
- 11- En su lugar ya expusimos los inconvenientes de la hipótesis realizativa, así que no vamos a volver aquí sobre ellos.
- 12- Del concepto de Semántica que hemos presentado en la parte anterior, puede el lector deducir que no compartimos en modo alguno la opinión de Searle en lo que a esta diferencia se refiere.
- 13- Las condiciones preparatorias son la base de ciertos chistes, como aquél en que se pregunta *¿Qué hace falta para encender una vela?* El interlocutor suele responder cosas tales como *una cerilla, un mechero*, etc., ante las consiguientes negativas por parte de quien le preguntó. Finalmente, obtiene la respuesta *Que esté apagada*, que no es más que una de las condiciones preparatorias.
- 14- Ya hemos visto más arriba las dificultades que comporta el aceptar esta identificación entre estructura oracional y acto ilocutivo.
- 15- Recuérdense las palabras de Searle (1980:27):

"... Forma parte de nuestra noción de significado de una oración el que una emisión literal de esa oración en un determinado contexto constituya la realización de un acto de habla particular..."

- 16- En español coloquial contamos con un término que describe con bastante plasticidad este tipo de situaciones: *diálogo de besugos*. En ellos falta el principio de cooperación entre los integrantes en la conversación.
- 17- Puede verse a este respecto Haverkate (1983), Lozano y otros (1982), y Bajtin (1982).
- 18- Algunas críticas al modelo de Grice por considerarlo insuficiente para dar cuenta de la complejidad de relaciones que se establecen en la comunicación humana irán apareciendo a lo largo de las páginas que siguen.

capítulo 9

LA "NEO-RETÓRICA":  
HACIA UNA NUEVA PRAGMÁTICA



## *9.1. Introducción*

Es sabido que una de las notas que mejor puede caracterizar a los estudios sobre el lenguaje en general (y a la Lingüística muy en particular) dentro de nuestro siglo es, precisamente, su rápida y constante evolución. Pues bien, como era de esperar, la Pragmática no podía sustraerse en modo alguno a esta tendencia, sino que va desarrollándose -se diría- a un ritmo todavía más acelerado si cabe. Cada vez es mayor el número de investigadores que orientan sus intereses hacia cuestiones de tipo pragmático. Día a día se proponen nuevas soluciones a algunos de los problemas planteados por los modelos de análisis más extendidos: hoy se continúa trabajando, como hemos visto, en aquella línea, de filiación primordialmente filosófica, que aquí hemos llamado "verificacionalista", y se analizan las relaciones entre los enunciados y sus condiciones veritativas, sus presuposiciones, implicaciones, etc.; y de igual modo, son también muchos los autores que profundizan en la

teoría de los actos de habla, ocupándose particularmente de los actos de habla indirectos.

A pesar de la vigencia de estos modelos, y como resultado de esa corriente de evolución permanente de la que hemos hablado, en los últimos años se ha venido desarrollando una nueva dirección de análisis. Esta, en principio, no supone una oposición frontal a las doctrinas de Austin, Searle o Grice, ya que puede decirse que arranca precisamente de las ideas que ellos aportaron; pero, sin embargo, se está conduciendo por derroteros algo diferentes, para tratar de eliminar así las dificultades planteadas por los otros modelos.

La base sobre la que va a asentarse esta nueva perspectiva de análisis no es otra que la Retórica. Esta disciplina se definía tradicionalmente como el *arte* o *artificio*, o *técnica* -pues tales son los sentidos del término griego τέχνη (1)- de la persuasión. Su sistema de "manipulaciones" podía ser aprendido, y por ello la Retórica se convirtió en enseñanza sistemática en Sicilia, según señala Tovar en su edición de Aristóteles. En general, solía considerarse materia propia de abogados, y se empleaba fundamentalmente en la oratoria de tipo judicial o político. Más tarde, a partir de la Edad Media, se despojó incluso de su primitivo valor utilitario para convertirse en un puro ejercicio verbal (2).

En términos más actuales podríamos decir que el objeto de la Retórica clásica es el proceso de elaboración

de un mensaje lingüístico que se dirige a un destinatario-oponente con una finalidad bien concreta: la de persuadirle.

Llegados a este punto, alguien podría preguntarse qué relación puede existir entre la Retórica y la Pragmática; y, especialmente, si es conveniente o necesario desempolvar los viejos manuales de una disciplina que se creía sobrepasada hace ya mucho tiempo, para pretender apoyar sobre sus preceptos a un estudio de tan reciente creación como es la Pragmática.

Digamos, para empezar, que no estamos aquí propugnando, en modo alguno, que haya que restablecer la vigencia de toda la rígida normativa retórica de una manera indiscriminada. Por el contrario, se trata primordialmente de volver a tomar contacto con las aportaciones que hoy pudieran resultar de interés, y valorarlas en sus justos términos. Porque si hemos convenido en que la Pragmática ha de ocuparse del uso del lenguaje por parte de hablantes concretos en situaciones también concretas, parece lógico y oportuno tomar en consideración las numerosas intuiciones sobre el uso efectivo y eficaz del lenguaje que se hallan contenidas en los tratados de Retórica.

Cuando un hablante toma la palabra y se dirige a otro, lo hace con un determinado fin. Uno de estos fines puede ser el de convencerle de algo; pero, sin duda, este no es el único fin posible. Vistas las cosas de esta manera, resulta que el tipo de actuación regulado por

la Retórica, en el fondo, no es más que un caso particular de la actividad verbal general. De donde se sigue que la Retórica, despojada de su aspecto normativo y entendida en su vertiente descriptiva y explicativa, se convierte en una parcela de la Pragmática. No es extraño, por tanto, empezar a indagar y construir en los otros terrenos utilizando todos los materiales que nos brinda una disciplina que alcanzó tanto desarrollo durante un larguísimo periodo de tiempo.

Como veremos más adelante, un enfoque de tipo retórico nos ayudará a poner de manifiesto la importancia de numerosos factores de naturaleza social y psicológica, que hasta ahora habían quedado relegados a un muy último plano por la decisiva influencia de la Teoría de la Información en el estudio de la comunicación lingüística, pero que se revelan como de extraordinaria entidad a la hora de entender la dinámica del discurso.

## *9.2. Ventajas de un enfoque retórico*

### *9.2.1. Insuficiencia de la teoría de los actos de habla*

Como vimos anteriormente, la Teoría de los actos de habla aportó soluciones muy valiosas a una gran parte de los problemas que planteaba el estudio del uso efectivo del lenguaje. La magnitud y la importancia que tal avance supuso están hoy fuera de toda controversia. Ahora bien, en determinados aspectos, la aproximación propuesta por dicho enfoque metodológico resulta, cuan-

do menos, insuficiente, y debería ser parcialmente reformada y completada con la incorporación de algunos nuevos elementos (3).

Es Franck (1979) quien mejor plantea la insuficiencia de dicho modelo. Vamos a resumir seguidamente los aspectos más importantes de su argumentación:

- 1 -La atribución de "etiquetas" como actos de habla a segmentos de comportamiento verbal parece muy arbitraria en varios aspectos:
  - la segmentación de la corriente del discurso en actos de habla: la oración gramatical no es la unidad básica del discurso, porque normalmente los actos de habla vienen realizados por más de una oración.
  - la asignación a cada emisión de una, y sólo una, denominación de acto de habla, extraída de un repertorio finito. Resulta también anti-intuitivo porque con un solo enunciado solemos realizar a la vez más de un acto de habla.
- 2 -El restringido vocabulario de la Teoría de actos de habla obliga a no tomar en consideración muchos de los factores que intervienen en los enunciados. El resultado es una categorización demasiado simplista.

- 3 -La Teoría de actos de habla es insuficiente para explicar el mecanismo de la *interacción*. La indeterminación de los actos de habla no es una imperfección de la comunicación humana, sino un requisito previo para permitir una interacción fluida y en un constante proceso de elaboración.
- 4 -El punto de vista adoptado es demasiado estático, y no pone de manifiesto la naturaleza *dinámica y estratégica* de la comunicación humana. La lógica interna del desarrollo de la conversación se pierde si se disecciona el discurso en actos de habla. Las unidades del habla no son "hechos consumados", sino unidades en construcción.
- 5 -La perspectiva es excesivamente unidimensional, y no explica suficientemente los cambios que se producen a medida que se habla. Cada intervención se convierte en la base de la reacción siguiente.
- 6 -La noción de *contexto* en la Teoría de los actos de habla es marginal: sólo se apela a él cuando las palabras "fallan" (casos de ambigüedad, actos de habla indirectos,...).
- 7 -Hay tres aspectos relacionados con el significado que no están suficientemente ex-

plicados:

- cómo se combinan el significado proposicional y el significado ilocutivo
- cómo funcionan las expresiones defécticas (fuertemente relacionadas con el contexto)
- cómo se explica la vaguedad en las lenguas naturales.

A nuestro juicio, toda la crítica expuesta por Franck está hecha con bastante ponderación y se ajusta a la realidad de los hechos. En nuestra opinión, sin embargo, el principal problema -de él se derivan todos los demás- de la Teoría de actos de habla es que utiliza un nivel de abstracción inadecuado tanto al objeto que estudia como al tipo de resultados que sería deseable obtener.

El significado pragmático no existe en abstracto, fuera de las realizaciones concretas, sino que se construye a partir de los elementos que integran cada situación comunicativa. Por ello, si se quiere realizar un análisis apropiado del uso real del lenguaje en la comunicación, no pueden despreciarse factores decisivos como, por ejemplo, el contexto y la situación de emisión, o el tipo de relación que haya entre los interlocutores.

Recordemos ahora, como punto de partida de una posible reforma, la famosa hipótesis inicial de Searle:

"... hablar un lenguaje es tomar parte en una forma de conducta gobernada por reglas."

(Searle 1980:25)

En esta formulación se asigna un papel relevante a los tres hechos más característicos de la comunicación humana, que, aunque pueden enumerarse separadamente, constituyen, sin embargo, una realidad única:

- 1) el uso del lenguaje es una actividad, un cierto tipo de acción, una forma de conducta;
- 2) precisamente por tratarse de una forma de conducta posee clarísimas implicaciones de naturaleza social; y
- 3) como forma de conducta socializada e institucionalizada debe desarrollarse de acuerdo con unas normas.

Lo que hace habitualmente la Lingüística es ocuparse sólo de una parte del tercero de estos aspectos, de todo aquello que atañe al carácter institucionalizado del lenguaje y lo configura como un código compartido que asegura la intercomunicación y la inteligibilidad: se estudia el léxico en su forma y significado, y se analizan las reglas de combinación que integran el sistema de la lengua.

La Pragmática comenzó a interesarse por la segunda parte de dicho aspecto, esto es, por los principios que



regulan el uso de las posibilidades que ofrece el sistema, pero siempre en estrechísima relación con los principios gramaticales. Lo que se ha hecho hasta ahora en este sentido es estudiar, por ejemplo, las reglas de formación de oraciones interrogativas, y explicar seguidamente su uso a través de su fuerza ilocutiva de petición de información derivada de su propia estructura formal. En los llamados actos de habla indirectos se ha buscado en el enunciado la existencia de elementos capaces de destruir esa relación entre forma gramatical y fuerza ilocutiva.

Sin embargo, durante todo este tiempo, se han descuidado aquellas otras dos implicaciones de la frase de Searle: la producción lingüística como resultado de una forma de conducta, y el carácter interpersonal de dicha actividad. Seguidamente vamos a examinar con más detalle estos aspectos, para estudiar luego de qué manera pueden incluirse dentro de un modelo pragmático de uso del lenguaje.

### 9.2.2. El uso del lenguaje, forma de conducta intencional

Hablar no es sólo desarrollar una actividad casi puramente mecánica destinada a transmitir una información objetiva de la mejor manera posible; es decir, no consiste en proporcionar sin ambigüedad la cantidad precisa de datos necesarios y verdaderos, tal como se hace,

por ejemplo, cuando se trata de introducirlos en la memoria de un ordenador.

Sin embargo, y por extraño que pudiera parecer, tal sería el resultado obtenido por una aplicación estricta de las máximas que integran el Principio de Cooperación de Grice. El propio autor se dio cuenta de que su formulación era insuficiente, pero esto no siempre ha sido considerado por algunos de sus seguidores. Merece la pena, por tanto, volver a repetir las palabras de Grice (1975:47), de cuya cita hemos subrayado las expresiones-clave:

"He establecido mis máximas *como si* el propósito fuera un *intercambio de información* lo más *efectivo* posible; esta especificación es, *por supuesto*, demasiado estricta, y el esquema *necesita* ser generalizado para introducir propósitos generales como *influir* u *organizar las acciones de otros*."

En efecto, hablar, comunicarse con los demás, significa también, y muy especialmente, establecer determinados tipos de relación con otras personas, producir en ellas determinados efectos, y conseguir, así, ciertos objetivos.

Pero, sin embargo, la Pragmática ha estado, hasta ahora, demasiado orientada hacia aquella otra vertiente -diríamos- "referencialista" de la comunicación; demasiado preocupada por la transmisión eficaz de informa-

ción objetiva. Parece necesario, entonces, dedicar una mayor atención al estudio de esas otras dimensiones más dinámicas de la actividad lingüística.

Toda actividad humana consciente y voluntaria es siempre reflejo de una determinada actitud de un sujeto ante su entorno. Por tanto, es legítimo tratar de descubrir qué actitud hay detrás de un determinado acto; o, dicho de otro modo, preguntarse cuál es la intencionalidad de los actos y decisiones.

El acto de romper el silencio y hacer uso de la palabra es el resultado de una decisión, de una elección entre hablar y no hablar. La comunicación humana tiene como finalidad fundamental el alcanzar ciertos objetivos en relación con otras personas: hablamos con una determinada intención. Por tanto, si en un momento dado utilizamos el lenguaje, es porque hemos considerado que hacerlo puede adaptarse mejor a nuestros objetivos que no hacerlo.

Claro está que el silencio -esto es, la opción de permanecer callado o de no seguir hablando-, en cuanto actividad consciente y voluntaria, puede ser también un medio indirecto para conseguir determinados objetivos. Recuérdese, por ejemplo, a este respecto, lo señalado por Grice acerca del hablante que debe interrumpir su contribución para no incurrir en la violación de algunas de las máximas. Llegados a este punto, alguien podría preguntarse qué sentido tiene el conferir al silencio alguna clase de valor comunicativo. La respuesta

a esta cuestión parece clara si pensamos en lo dicho anteriormente: cuando se elige el silencio en lugar de la comunicación, está quedando reflejada alguna actitud del sujeto ante el entorno, y, por tanto, podemos inquirir cuál es esa actitud. Ante alguien que no quiere cooperar hablando nos preguntaremos enseguida por qué lo hace: ¿es por miedo? ¿indiferencia?; ¿para ocultar alguna cosa?... El silencio, pues, tiene auténtico valor comunicativo cuando se presenta como alternativa real al uso de la palabra.

Pero volvamos a la intercomunicación verbal. Hemos convenido en que se trata de una actividad consciente y voluntaria destinada a alcanzar ciertos objetivos en relación con otras personas. En esta afirmación hay algunos aspectos que merecen ser puntualizados con mayor precisión.

En primer lugar, hemos dicho que la actividad comunicativa es resultado de la decisión de un sujeto consciente. Quedan excluidas para nuestro propósito, como es natural, las palabras vertidas en algún tipo de estado de enajenación permanente o transitoria porque no están pronunciadas por un sujeto consciente. Ello no implica, ni mucho menos, que les neguemos el valor que sin duda tienen para la Psicología o para otras ramas del conocimiento. Lo que aquí nos interesa es la comunicación establecida por los sujetos de manera plena y consciente.

En segundo lugar, hay que entender el término de-

*cisión*, que hemos empleado más arriba, en un sentido no demasiado limitativo. En efecto, no hay que interpretar que la decisión de hablar deba ser una tarea laboriosa y largamente meditada. Desde luego, puede haber casos especiales en que así sea por una determinada serie de circunstancias; pero lo cierto es que habitualmente esto se hace de manera rápida y espontánea. Dicho de otro modo, normalmente es más lenta la decisión de no hablar que la de hacerlo. Pero de todas formas, en cualquiera de los casos, y sea cual sea la opción elegida, uno siempre puede alegrarse por la oportunidad de la decisión tomada o, por el contrario, lamentarse por haberlo hecho así.

Por otra parte, tampoco debe entenderse en sentido demasiado estricto la afirmación de que se habla con una determinada intención, porque, aunque la intención existe siempre, sin embargo, no siempre puede resultar nítida para el sujeto; ni hace falta que sea concebida con antelación, ni que sea puesta en práctica con arreglo a un plan. El Psicoanálisis, precisamente a través de los datos que le proporciona la actividad lingüística, descubre los principios que fundamentan los diferentes tipos de conducta.

Por todo ello, parece que queda establecido que el uso del lenguaje como actividad consciente refleja la actitud del hablante ante el entorno y responde a una determinada intención. Resulta, por tanto, no sólo perfectamente legítimo, sino incluso necesario, el abordar el estudio de los enunciados -esto es, de las emisiones

reales-, teniendo en cuenta la intención del sujeto que los produjo.

### 9.2.3. La relación interpersonal en la actividad lingüística

Examinada ya la faceta individual de la comunicación, debemos prestar atención ahora a su vertiente social. El lenguaje es el más poderoso medio de relación interpersonal. Por ello lo utilizamos cuando pretendemos determinados objetivos, cuya consecución depende más o menos directamente de otras personas. No se trata tan sólo de que el lenguaje sirva de vehículo para las propias intenciones, sino que debe serlo también de una interacción con los demás.

Conseguir la colaboración del destinatario es tarea fundamental de la comunicación, y constituye el objetivo intermedio que hay que lograr para alcanzar el resultado final. Por ello, puede decirse que, en general, el hablante trata de actuar de alguna manera sobre su interlocutor. Pero nuevamente hay que realizar algunas precisiones.

Es fundamental interpretar correctamente la expresión *actuar sobre*, sin recargarla de un matiz peyorativo. Es habitual pensar que el que trata de actuar sobre otro por medio de la palabra sólo persigue su propio beneficio. Ciertamente es que, a veces -tal es el caso de la

sofística-, la Retórica fue orientada casi exclusivamente en este sentido, lo cual, sin duda, no hizo más que contribuir al descrédito de aquélla. A la técnica de la persuasión le ocurre lo mismo que a la Medicina: que no hay que achacarle como defecto propio el mal uso de ella que puedan hacer algunos (4).

No hay que olvidar, por tanto, la existencia de una larga serie de actos cuyo fin primordial no es específicamente favorecedor para el hablante, sino más bien para el destinatario. Piénsese, por ejemplo, en acciones como las de aconsejar, poner sobre aviso, advertir, sugerir, ofrecer, invitar, enseñar, etc. Todas ellas tienen una finalidad beneficiosa para el destinatario, y, sin embargo, han sido el resultado de que el hablante actuase sobre él de una determinada manera.

Además de estos casos, en los que podría decirse que hay una identificación entre objetivo y destinatario, en el resto de las situaciones, el hablante, por el mero hecho de dirigirse a otra persona, está entablado con ella un determinado tipo de relación, que queda también reflejado en el uso del lenguaje. La naturaleza de esta relación depende de la interacción de una compleja serie de factores sociales: la edad, el sexo, el grado de conocimiento previo, la posición social, la autoridad, la jerarquía, ..., son algunas de las variables que determinan el grado de distancia entre ambos interlocutores. Por ello, no se habla de la misma manera a un superior y a un niño; o a un amigo de siempre y a un conocido reciente.

Dentro de una comunicación presidida por un principio general de cooperación, el uso del lenguaje tiende a mantener el equilibrio entre las diferentes posiciones sociales que se relacionan en el discurso. Cada cual debe tratar al otro de acuerdo con las posiciones relativas que ambos ocupen dentro de la escala social; y, según unas normas elementales de cortesía vigentes en todas las culturas, esta situación no puede cambiarse mientras no se den las condiciones necesarias para hacerlo.

En efecto, toda modificación imprevista tiene inmediatas consecuencias sociales: en general, consideraremos que es socialmente incorrecto o descortés el hecho de que una persona se dirija con una repentina y excesiva familiaridad a otra persona de mayor rango, de la que le separa una considerable distancia social y jerárquica. Pero la inadecuación es también perfectamente perceptible en el sentido contrario: si dos personas han mantenido siempre un trato cordial y familiar, y repentinamente una de ellas adopta hacia la otra un tratamiento excesivamente formal, parece claro que ello puede representar un signo evidente de una voluntad de distanciamiento y enfriamiento de esa relación.

El hablante debe tener en cuenta, por tanto, que su enunciado se adapte no sólo a sus intenciones y a sus objetivos, sino también a la categoría y al papel social del destinatario. Y no es difícil imaginar la importancia de utilizar convenientemente todos los medios que posee el lenguaje para mantener una relación



cordial cuando el hablante debe enfrentarse a un conflicto entre sus objetivos y los del destinatario, y quiere, a la vez, no romper sus buenas relaciones con él.

Por todo ello, si convenimos en que la comunicación verbal es una actitud intencional dirigida a lograr un determinado objetivo en relación con otras personas, resulta lógico pensar que el uso adecuado del lenguaje constituye un elemento determinante para el éxito del objetivo perseguido.

#### 9.2.4. El carácter dinámico de la comunicación

De todo lo dicho anteriormente, resulta que, más allá de los criterios de corrección gramatical, el lenguaje debe ajustarse también a los fines y a las personas a las que se dirige. Esta afirmación nos conduce, de nuevo, muy cerca de la Retórica. Recordemos que sus enseñanzas trataban de mostrar cuáles eran los mejores caminos, dadas las circunstancias, para alcanzar el objetivo propuesto. Por ello, sus aportaciones pueden hoy ser extraordinariamente útiles, una vez despojadas de su valor normativo, y consideradas desde el punto de vista de una teoría de la argumentación y de los efectos.

Entonces, si pensamos en la famosa tricotomía aus-

tiniana *locutivo/illocutivo/perlocutivo*, podemos afirmar que el énfasis está puesto ahora en el efecto perlocutivo, más que en la fuerza ilocutiva, como solía hacer la Teoría de los actos de habla. De esta otra manera, el interés se centrará fundamentalmente en los participantes en la comunicación y en su relación con el lenguaje, y no tanto ya en las conexiones entre la forma gramatical y la fuerza ilocutiva, que ya se revelaron insuficientes por sí mismas para dar cuenta adecuadamente de la complejidad del fenómeno comunicativo.

Para el que habla, lo realmente importante no es tanto el realizar un determinado tipo de acto illocutivo u otro, sino, más bien, el producir un determinado efecto o reacción en su interlocutor. Otra cosa será que lo consiga o no. Es cierto que el reconocimiento de la clase de acto illocutivo realizado puede ser, efectivamente, un paso necesario para la buena marcha del intercambio comunicativo, pero en absoluto podemos pensar que sea su fin último.

Pero, además de todo ello, resulta que los enfoques hasta ahora adoptados solían presentar un planteamiento estático, monologante, del uso efectivo del lenguaje, sin tomar suficientemente en consideración el hecho innegable de que las respuestas y los comportamientos de los interlocutores no pueden nunca predecirse con absoluta seguridad, y, por tanto, quedan fuera del control del hablante. Dicho de otro modo, la interacción supone un continuo reajuste de conocimientos y

estrategias. De igual modo, las metas y los objetivos que se propone una conversación pueden matizarse o cambiar -de hecho suelen hacerlo- a lo largo de su desarrollo. En efecto, lo que podía ser un magnífico planteamiento al comienzo de una discusión o argumentación, puede convertirse en una trampa si el contrario ha modificado su estrategia; por ello, mantenerlo a ultranza, podría convertirse en un "suicidio dialéctico". Y este hecho, cuya realidad resulta fácilmente comprobable, se extiende también a esos otros casos más cotidianos, pero no por ello menos importantes: todos vamos matizando nuestras intervenciones de acuerdo con el cariz que tome la conversación en un momento determinado, y de acuerdo también con los giros que se den en el curso de los acontecimientos. El estudio pragmático no puede en modo alguno ignorar que el uso del lenguaje es primariamente dialogante, y que es precisamente a este carácter al que responde la mayoría de los mecanismos utilizados.

Por todo ello, pues, se impone la necesidad de emprender un análisis pragmático de orientación fundamentalmente dinámica, capaz de interpretar correctamente las estrategias utilizadas por los interlocutores, y los continuos reajustes que en ellas puedan producirse a medida que avanza la conversación. Y es precisamente esta dimensión estratégica del uso lingüístico la que cultivó la Retórica tradicional.

### *9.3. Antecedentes de esta perspectiva de análisis*

#### 9.3.1. Las primeras aproximaciones

La idea de que puede ser útil y conveniente emplear como base del análisis pragmático un modelo inspirado, de alguna manera, en principios análogos a aquéllos que sirvieron para fundamentar la acción de la Retórica tradicional, empieza a aparecer desde mediados de los años '70. Al principio, la propuesta no se hace en su versión más "radical" -es decir, afirmando explícita y plenamente la naturaleza retórica del modelo-, sino que se sugiere un método de trabajo, pero sin apuntar su conexión con la Retórica.

Así, por ejemplo, Stamp (1975) se refería a la existencia de una clarísima relación entre lo que se dice y lo que se espera obtener, aludiendo con ello a ese carácter intencional, dirigido a un fin, del uso del lenguaje. Y ello podría, sin duda, llevarnos a afirmar que un hablante construye su enunciado de una manera u otra, según cuáles sean sus objetivos. Queda, de este modo, puesta de manifiesto la naturaleza instrumental del lenguaje.

Dentro de una línea de pensamiento en gran medida semejante puede situarse el trabajo de Morgan (1975). En él, dicho autor comienza por establecer una relación entre Sintaxis y Semántica, que las hace oponerse a la Pragmática. En efecto, aquéllas deben ocuparse de estudiar los principios que definen el conjunto de deriva-

ciones bien formadas de una lengua. Frente a ellas, y de manera complementaria, se sitúa la Pragmática, que, a su vez, consta de dos vertientes bien diferenciadas. La primera de ellas comprende todos aquellos

"... principios y estrategias empleados para seleccionar qué hay que decir, de modo que uno pueda confiar en que el interlocutor reconozca nuestras intenciones." (Morgan 1975: 290)

En esta afirmación están presentes algunos de los elementos más característicos de un enfoque retórico de la actividad lingüística. Se habla, por ejemplo, de "principios y estrategias" para designar a los mecanismos básicos de actuación y de elección de enunciados. Además, y al referirse a esta necesidad de selección, parece que se está admitiendo que hay más de una forma de expresar un mismo contenido referencial, y que cada una de ellas puede diferir de las otras en relación a un contexto, es decir, puede ser más adecuada que las demás.

La idea de que el empleo de todas esas estrategias tiene como finalidad el lograr un reconocimiento de la intención con que se emitió el enunciado está todavía ligada a la Teoría de actos de habla en su formulación más clásica: en efecto, el hablante debe saber, por ejemplo, que existe una fuerza ilocutiva de petición de información asociada a la estructura interrogativa, y, de acuerdo con ello, debe emplear los enunciados pertinentes y que mejor reflejen sus intenciones.

Pero el problema más grave, sin duda, radica en el hecho de que, en muchas ocasiones, la intención del hablante es precisamente enmascarar, ocultar su verdadero propósito. En tales situaciones, lo que de ninguna manera se pretende es buscar la forma más adecuada de que el interlocutor reconozca nuestra intención, sino más bien todo lo contrario: encontrar la fórmula que permita que el destinatario actúe como deseábamos, pero sin descubrir nuestro objetivo real. Y lo que no puede hacer, en modo alguno, una teoría pragmática es dejar de lado un uso -si se quiere- no del todo legítimo (en cuanto que viola ese consenso tácito relativo a la vigencia del Principio de Cooperación de Grice), pero que no puede calificarse nunca de marginal. Hecha esta reserva, la definición de Morgan se aproxima bastante a una concepción retórica de la actividad lingüística.

Pero este autor considera también, como señalábamos al comienzo, que la Pragmática tiene otra dimensión, o mejor, otra dirección de estudio. Si el enfoque anterior había contemplado el empleo del lenguaje desde la perspectiva del emisor y de los mecanismos que éste debe poner en funcionamiento para lograr sus objetivos, esta otra vertiente recorre el mismo camino pero en sentido inverso: de este modo, la Pragmática ha de ocuparse asimismo de

"... los principios y estrategias para hacer inferencias acerca de la intención de nuestro interlocutor al decir lo que dijo" (Morgan 1975:289)

El punto de vista elegido es, esta vez, el que corresponde al oyente y al proceso de descodificación e interpretación del enunciado recibido.

Efectivamente, la comprensión requiere también la puesta en marcha de mecanismos y estrategias que permitan reconocer los objetivos del hablante. Según esta doctrina, en el caso de los actos de habla directos, la interpretación es relativamente sencilla: la correcta comprensión del enunciado por parte del oyente se basa en el reconocimiento del tipo de acto ilocutivo realizado, y, a su vez, el tipo de acto ilocutivo es un reflejo de la intención del hablante. Aplicado nuevamente a nuestro tema, ello querría decir que si formulamos una oración interrogativa con la intención de preguntar algo, nuestro interlocutor, para que su interpretación sea adecuada, debe reconocer la existencia de esa fuerza ilocutiva de petición de información asociada a la estructura interrogativa; y, ya reconocida, debe verla como resultado de la intención del hablante de querer saber algo. Todo reviste una mayor complejidad cuando se trata de los actos de habla indirectos, porque obliga a recurrir a la existencia de alguna clase de mecanismo de suposición e inferencia pragmáticas que destruya o anule la fuerza ilocutiva literal, y permita la interpretación indirecta. Ahora bien, si todas esas inferencias no respondieran a un sistema lógico de actuación, sería de todo punto imposible el mutuo entendimiento. Debe ser posible, por tanto, estudiar el funcionamiento de ese mecanismo.

Esta segunda vertiente de la Pragmática, pese a no ser clave en la Retórica tradicional, tampoco era desatendida del todo: interesaba conocer los mecanismos de inferencia del oyente para apoyar sobre ese conocimiento las estrategias empleadas por el orador para persuadir al auditorio, y seleccionar, en cada caso, los medios que mejor vayan a adaptarse para provocar la reacción deseada.

También Bach & Harnisch (1979:157) enfatizan este carácter intencional de la comunicación humana: lo realmente decisivo para el hablante no es ni la forma utilizada, ni el tipo de acto ilocutivo realizado, sino que cuando alguien dice algo, lo hace con determinada meta ilocutiva -¿*perlocutiva*?- en la mente. Ello implica que la razón por la que se habla es lograr un determinado propósito.

Parisi y Castelfranchi (1981) sostienen que para encontrar un marco unificado y general que comprenda toda la explicación pragmática, el análisis debe basarse en el concepto de *meta*, de objetivo de la enunciación. Según ellos,

"... para estudiar y entender mejor cualquier tipo de comportamiento, incluido el hablar humano, hay que ver cuáles son las metas que persigue ese comportamiento." (Parisi y Castelfranchi 1981:552)

La meta se define como



"... un estado que regula el comportamiento de un individuo o de un sistema. Regular el comportamiento significa que el comportamiento se selecciona y ejecuta para reducir la discrepancia entre el estado real y el que se pretende regular." (Parisi y Castelfranchi 1981:552)

Una meta puede servir como paso necesario para conseguir la meta final. Ello quiere decir que hay diferentes categorías de metas, y que éstas pueden establecer una jerarquía. La comprensión del lenguaje implica el reconocimiento de las metas y super-metas en el sentido en que han sido utilizadas.

La Pragmática es, entonces,

"... el estudio del lenguaje (o de cualquier otro sistema comunicativo) desde el punto de vista de las metas que se persiguen, del diferente modo de perseguirlas y de las condiciones en las que estas metas se persiguen y alcanzan." (Parisi y Castelfranchi 1981: 556)

### 9.3.2. Los modelos pragmáticos de carácter neo-retórico

Tras estas primeras aproximaciones entre los conte-

nidos de estas dos disciplinas, vienen ya aquellos autores que declaran de manera explícita la estrecha relación -para algunos, deuda- de la Pragmática con la Retórica tradicional. Morpurgo-Tagliabue (1981) es uno de ellos. Señala, por una parte, que hay que distinguir entre *efectos* perlocutivos e *intenciones* perlocutivas: son éstas las que determinan la emisión del hablante; es decir, el uso del lenguaje es intencional. Al hablar realizamos actos ilocutivos, pero lo hacemos siempre con fines perlocutivos.

Basándose en su profundo conocimiento de la Retórica clásica, y particularmente griega, Morpurgo-Tagliabue enfatiza la conexión entre las máximas de Grice y los principios tradicionalmente aceptados:

"Grice no propone nada más que las reglas de la Retórica clásica, adaptada a la concepción actual del discurso. Esta ya no distingue entre las variedades canónicamente diferenciadas de estilo y género, tal y como hacía la retórica antigua (epidíctico, jurídico, epistolar, dialógico, histórico)." (Morpurgo-Tagliabue 1981:505)

El Principio de Cooperación de Grice y sus máximas no son para este autor más que una refundición de los tres "momentos" clásicos reconocidos:

"... es fácil darse cuenta de que sus cuatro principios [máximas] pueden realmente redu-

cirse a tres (el primero y el tercero casi coinciden), y no es difícil reconducirlos a las tres dimensiones de la retórica clásica: *inventio*, *dispositio*, *elocutio*" (Morpurgo-Tagliabue 1981:505)

Las principales novedades de Grice, según este autor, pueden cifrarse en dos: en primer lugar, la formulación de un código conversacional, es decir, un código de transmisión económica de una información que se presupone verdadera; en segundo lugar -y, a nuestro juicio, más importante-, la propuesta de un principio no normativo, no propedéutico, sino interpretativo.

Steinmann (1982), dentro de una línea muy semejante, propone una serie de distinciones del mayor interés. Para él, como para Searle, hablar es tomar parte en un juego gobernado por reglas. Sin embargo, la actividad lingüística se desarrolla de acuerdo con dos tipos de parámetros, que dan lugar a enfoques diversos.

En primer lugar, de una expresión puede decirse que es *correcta*: ello significa que ha sido formada ajustándose a las reglas; retomando la conocida analogía de Saussure, es como efectuar un movimiento permitido dentro de una partida de ajedrez. El estudio de las expresiones correctas es el objeto de la investigación gramatical. Es un análisis de naturaleza teórica, abstracta, de lo que puede ser la competencia gramatical, o sea, el conocimiento que los hablantes tienen de las reglas y su capacidad de actuar con arreglo a ellas.

Del otro lado, de una expresión puede decirse que es *efectiva*: nos hallamos, entonces, dentro del terreno de la Retórica. La efectividad se mide de acuerdo con una serie de leyes empíricas que relacionan los discursos con los efectos por ellos producidos en los destinatarios. Volviendo al ejemplo del ajedrez, se trata de seleccionar, entre todos los movimientos posibles, aquellos que mejor contribuyan a conseguir el objetivo final de ganar la partida. Existe también, por tanto, una competencia retórica, que es el conocimiento de esas leyes y la capacidad de elegir entre un elevadísimo número de oraciones gramaticalmente correctas, aquella secuencia que cause en los interlocutores los efectos pretendidos.

Se establece, por tanto, una oposición metodológica entre Gramática y Retórica, entre corrección y efectividad, entre reglas y leyes empíricas: las reglas de la Gramática modifican, regulan y crean comportamientos; las leyes empíricas de la Retórica son simplemente regularidades naturales de comportamiento. Y así, igual que tenemos una teoría de la competencia gramatical, tendremos también una teoría de la competencia retórica, que estudiará qué deben saber los hablantes para expresarse de manera efectiva.

La comunicación es completa cuando el oyente reconoce la intención ilocucionaria, esto es, la actitud del hablante ante lo que está diciendo. Por ello, se parte siempre de la *presunción comunicativa*, esto es, de la creencia mutua de que el que habla realiza un acto ilo-

cutivo de algún tipo. El segundo paso consistirá en decidir cuál ha sido el acto realizado y cuál su contenido proposicional.

En cuanto a los efectos, Steinmann diferencia entre acto perlocutivo, intención perlocutiva y efecto perlocutivo. El *acto perlocutivo* consiste en producir un determinado efecto en los oyentes, y se realiza si y sólo si

- a) el hablante intentaba producir ese efecto (intención perlocutiva);
- b) el hablante realmente produce ese efecto (efecto perlocutivo real); y
- c) el hablante produce dicho efecto por el reconocimiento de su intención.

A nuestro modo de ver, lo que interesa a la Retórica planteada desde el punto de vista del hablante es fundamentalmente la intención perlocutiva, que es la que determina la enunciación. Cuando, a pesar de la voluntad del emisor, el acto perlocutivo no se lleva a cabo de manera completa, nos hallamos ante uno de los fracasos o infortunios de que hablaba Austin.

Corrección y efectividad aparecen, pues, como los dos parámetros de acuerdo con los cuales se evalúa la actividad lingüística; responden a mecanismos diferentes y deben estudiarse, por ello, de manera autónoma,

aunque sin olvidar que su oposición es fundamentalmente metodológica.

#### *9.4. La Pragmática retórica y su implicación psicológica*

Es interesante señalar que la necesidad de emprender un análisis pragmático de esta naturaleza no es sólo una idea atribuible a lingüistas y a filósofos; también desde terrenos que, en principio, podrían parecer más alejados de este tipo de intereses, se están potenciando estudios que siguen esta misma orientación. Como ejemplo de ello, puede servirnos la obra de Caron (1983) que aborda los problemas pragmáticos desde su punto de vista de psicólogo, pero dentro siempre de un marco de análisis neo-retórico.

En efecto, como él mismo señala (Caron 1983:147)

"... la lengua no es un simple instrumento de descripción del mundo; es también, y principalmente, un medio de comunicación, es decir, tiene por función construir y transformar las relaciones entre los sujetos y el referente que ellos construyen."

Sin embargo, y pese a ser individuales, los actos de enunciación pueden estudiarse dentro de un marco teórico pragmático puesto que

"... obedecen a un conjunto de condiciones generales, universales y necesarias. (...). Esta organización pragmática no es un componente sobreañadido a los otros niveles de análisis de la lengua, sino un tipo de determinación inherente a todo acto de enunciación e inseparable de los aspectos semánticos y sintácticos." (Caron 1983:148)

Es importante destacar que, para Caron (1983:226), el papel del lenguaje va más allá del de servir de mero soporte físico, de mero vehículo:

"... [el lenguaje] *organiza* la comunicación, construye un juego regulado de interacciones en el que se teje una red de relaciones entre los participantes. En este sentido, el discurso no sólo expresa una realidad, sino que la construye."

La Pragmática queda así constituida como el tercer nivel de análisis lingüístico. El interés de los resultados que pueden lograrse gracias a un análisis de este tipo queda puesto de manifiesto también desde un punto de vista psicológico.

### *9.5. Pragmática y Estilística*

El análisis pragmático también se ha revelado productivo como soporte de los estudios literarios. Una de las doctrinas más importantes en este sentido es la de Bajtín, que, aunque tardíamente conocida en el mundo occidental, ha tenido, y tiene hoy, una influencia creciente.

Para Bajtín, la noción capital dentro del desarrollo de la Literatura es la de género: son éstos, y no las diferentes escuelas, los que comportan la categoría estable y más permanente de la evolución literaria. Pero le interesa, además, poder incluir esta noción dentro de un marco de referencia más amplio, valedero para toda la actividad lingüística. Por ello, se ocupa de presentar una teoría general del discurso. Aunque él no utiliza nunca explícitamente el término Pragmática, sin embargo el objeto de su estudio y el enfoque empleado para analizarlo corresponden, como veremos, a lo que consideramos una Pragmática de orientación retórica.

Su punto de partida es el de una teoría general de la acción estrechamente vinculada a la actividad lingüística, y que determina la variedad de usos que todos podemos reconocer. Estas son las palabras de Bajtín (1982:248):

"Las diversas esferas de la actividad humana



están todas relacionadas con el uso de la lengua. Por eso está claro que el carácter y las formas del uso son tan multiformes como las esferas de la actividad humana, lo cual, desde luego, en nada contradice la unidad nacional de la lengua. [...]. La riqueza y diversidad de los géneros discursivos es inmensa, porque las posibilidades de la actividad humana son inagotables y porque en cada esfera de la praxis existe todo un repertorio de géneros discursivos que se diferencia y crece a medida de que se complica y desarrolla la esfera misma."

Quiere decirse, por tanto, que el lenguaje se comporta como un instrumento de una enorme versatilidad, capaz siempre de adaptarse a las situaciones, sin perder por ello su propia identidad y su esencia. Estamos, de nuevo, ante la idea de que la expresión lingüística, además de correcta, debe ser adecuada a su entorno.

La noción de *género discursivo* en Bajtín ocupa un lugar de singular importancia. Se sitúa como una realidad intermedia entre el sistema de la lengua y los enunciados particulares. La definición de Bajtín (1982:248) es la siguiente:

"... cada esfera del uso de la lengua elabora unos tipos relativamente estables de enunciados, a los que denominamos *géneros discursivos*."

Hasta ahora, se había abordado el estudio de algunos géneros discursivos -por ejemplo, los literarios, o los retóricos-, pero de manera aislada, sin poner suficientemente de manifiesto su naturaleza lingüística común, que los acerca a otros géneros discursivos tales como las respuestas cotidianas. La base que todos ellos comparten es su carácter verbal. Es necesario, por tanto, fundamentar una idea general de *enunciado*, para poder, más adelante, descubrir cuáles son las especificidades que impone cada uno de los géneros discursivos.

En efecto, el enunciado es la unidad básica del discurso y, como indica Bajtín (1982:260), tiene unas fronteras bien precisas:

"Las fronteras de cada enunciado como unidad de la comunicación discursiva se determinan por el *cambio de los sujetos discursivos*, es decir, por la alternancia de los hablantes. Todo enunciado posee, por así decirlo, un principio absoluto y un final absoluto."

Los enunciados establecen entre sí una serie de relaciones que no pueden gramaticalizarse sencillamente porque no son de naturaleza gramatical.

Es preciso, entonces, distinguir el enunciado de la oración:

"La oración como unidad de lengua carece de todos estos atributos: no se delimita por el

cambio de los sujetos discursivos, no tiene un contacto inmediato con la realidad (con la situación extraverbal), ni tampoco se relaciona de una manera directa con los enunciados ajenos; no posee una plenitud de sentido ni una capacidad de determinar directamente la postura de respuesta del *otro* hablante, es decir, no provoca una respuesta. La oración como unidad de lengua tiene una naturaleza gramatical, límites gramaticales, conclusividad y unidad gramaticales. [...]. Allí donde la oración figura como un enunciado entero, resulta ser un material muy especial." (Bajtín 1982:263)

Bajtín indica entonces que el carácter concluso del enunciado viene determinado por tres hechos:

- 1) el enunciado agota el sentido de su objeto;
- 2) está determinado por la intencionalidad discursiva del hablante; y
- 3) posee formas típicas, genéricas y estructurales de conclusión.

De ellas, Bajtín destaca especialmente la segunda, que es precisamente la que también sirve de fundamento a la Pragmática de orientación neo-retórica: en efecto, la intención es la que nos permite medir el grado de conclusividad; además, es la intención la que determina la

forma y la que selecciona el género discursivo. El objetivo del enunciado se convierte, pues, en su nota más característica y determinante. Por ello, y en lo que a la estilística se refiere, Bajtín subraya que, en principio, todo enunciado, en cuanto hecho individual y concreto, puede "absorber" el estilo de aquél que lo emite. Ahora bien, hay géneros discursivos más "proclives" a reflejar lo individual: son, evidentemente, los géneros literarios. En ellos, la voluntad de servir a un estilo individualizado se convierte en nota característica, porque es la intención determinante del autor, esto es, la que gobierna todas las selecciones efectuadas.

Junto a la intención, hay que situar otro rasgo de paralela importancia: el enunciado, además de un objetivo, tiene un destinatario, es decir, va dirigido a alguien. Este carácter orientado tiene importantes consecuencias en la selección del objeto y en la forma del enunciado mismo. Resulta, así, que podemos aplicar a la doctrina de Bajtín acerca del enunciado las mismas palabras que se usan para definir la Retórica: el arte de persuadir -"de imponer la propia intención"- al otro.

De acuerdo con todo ello, los géneros discursivos literarios, puesta de manifiesto su naturaleza lingüística, presentarán una serie de rasgos pragmáticos específicos, de los que no trataremos para no alejarnos de los problemas que nos ocupan. Baste lo dicho para comprobar cómo un modelo de análisis pragmático de tipo retórico puede resultar válido para perspectivas e intereses a veces tan diferentes, como pueden serlo los de la Lingüística, la Psicología o la Estilística.

## *9.6. El lugar de la Pragmática en una Teoría general del lenguaje*

En las páginas anteriores hemos presentado las más importantes desventajas de la Teoría de actos de habla como modelo de análisis del uso real del lenguaje en la comunicación. También hemos expuesto cuáles serían las reformas a nuestro juicio necesarias, y hemos visto cómo la nueva vía que proponemos vuelve a tomar en consideración el mismo tipo de variables que acostumbraba a utilizar la Retórica tradicional. Hemos esbozado, de este modo, los principales rasgos que deberían caracterizar a una nueva concepción de la Pragmática.

Ahora bien, al modificar en parte una de las disciplinas que constituyen el sistema del estudio del lenguaje, hemos modificado, también en parte, los contenidos de las otras. Por ello, llegados a este punto, parece conveniente delimitar con más precisión cuál es el lugar que debe ocupar la nueva Pragmática entre los estudios lingüísticos, y, más particularmente, cuál es la relación que tiene con las otras disciplinas.

Cuando decimos que la Pragmática estudia el uso real del lenguaje entendemos -recordémoslo una vez más- que analiza mensajes lingüísticos concretos, emitidos por un hablante concreto, y dirigidos a un determinado destinatario en una situación comunicativa determinada, para conseguir un objetivo concreto. Hemos establecido también la importancia de toda una serie de factores

individuales (la decisión, el efecto perseguido...), y sociales (la relación entre los interlocutores, la cortesía...). Todas estas afirmaciones ya serían suficientes, por sí mismas, para marcar una considerable diferencia con respecto a otros niveles de estudio. Pero traen consigo un problema de naturaleza teórica y metodológica que debemos resolver antes de poder ir más adelante. Nos referimos al hecho de que podría parecer que la Pragmática, así concebida, sólo se ocupa de actos lingüísticos únicos e irrepetibles; y, puesto que es evidente que el conocimiento científico no ha de estar basado en lo que siempre es individual, cabría preguntarse como puede hacerse ciencia a partir de una serie imprevisible de actos distintos. El problema, sin embargo, resulta sólo aparente, y se soluciona sin dificultad cuando se plantea la cuestión en términos más precisos.

En efecto, sabemos que las ciencias progresan por abstracción a partir del *continuum* de la realidad y la experiencia. Gracias a la utilización de este método, se pueden revelar relaciones más profundas e invariantes. Por esta razón, es perfectamente legítimo que la descripción de la estructura del sistema de una lengua trate de reducir, en la medida de lo posible, los factores de distorsión e interferencia que dependen de la actuación. Y esto no es en absoluto diferente de lo que ocurre en otras ciencias como la Química o la Física cuando estudian las propiedades de los elementos sin impurezas, o el deslizamiento de un cuerpo por un plano inclinado sin contar con los rozamientos que se originan.

Como señalan Bresnan y Kaplan (1982), la abstracción en Lingüística sólo es interesante si es capaz de conducirnos a comprobar que el comportamiento y la actuación real de los hablantes reales converge en el comportamiento ideal que predice la teoría. Y lo mismo cabría decir para las otras ciencias. Ahora bien, el grado de abstracción con que deba operar una disciplina no puede ser considerado como un *a priori* metateórico, sino que ha de venir determinado por los objetivos que aquélla persiga. Así, cuando los técnicos o los ingenieros trabajan en la construcción de un objeto, -sea una herramienta o un nuevo modelo de automóvil-, no pueden, de ninguna manera, prescindir de todas aquellas variables de las que se suele hacer abstracción en un estudio de naturaleza puramente especulativa: al calcular, por ejemplo, un nuevo tipo de motor, no debe despreciarse la existencia de los rozamientos, porque aproximadamente la tercera parte de la energía por él desarrollada se empleará precisamente en vencerlos. Hace falta, entonces, estudiar y comprobar el funcionamiento real de los prototipos en condiciones reales o, al menos, en condiciones que reproduzcan la realidad lo más fielmente posible. Por ello, si de lo que se trata es de diseñar o construir un objeto del que se intenta obtener el mejor rendimiento posible, hay que tener muy en cuenta y valorar adecuadamente todas las variables que puedan entrar a formar parte tanto del objeto en cuestión como de las condiciones y circunstancias en que deba emplearse: un error en el cálculo de alguno de estos factores conduce casi inevitablemente al fracaso del proyecto.

La Técnica y la Ingeniería, en este sentido, suponen la aplicación de los conocimientos científicos a una serie de fines concretos: en ellas, los principios que ha establecido la Física de manera abstracta son llevados al plano de la realidad. Están basadas, por tanto, en el saber especulativo que se ha obtenido por medio de la abstracción; pero no pueden nunca prescindir de todos aquellos factores que integran la realidad que les atañe y que, sin embargo, no interesaban a la ciencia pura. El grado de abstracción con que opera una disciplina depende, por tanto, de los fines que persiga.

Pues bien, creemos que ocurre algo parecido en el caso del lenguaje. Hablar es también construir un "instrumento lingüístico" para comunicar algo(5); es enunciar oraciones con una finalidad determinada. Podemos, gracias a la abstracción, estudiar la estructura de la gramática de una lengua, con las reglas que originan secuencias bien formadas. Pero cuando lo que interesa es el uso concreto y efectivo, debemos emplear un método más cercano al de la *ciencia aplicada*, es decir, al de la técnica.

Recordemos de nuevo la definición clásica de Retórica: es el arte -la *técnica*- de la persuasión. En efecto, la Retórica tradicional operaba de la misma manera que lo hace hoy una técnica moderna. Al igual que ésta, contaba con una firme base científica: la gramática del lenguaje, con sus componentes de carácter abstracto, hace las veces de la Física con respecto a las disciplinas técnicas. Partiendo, pues, de la corrección grama-



tical, enseñaba a construir un instrumento perfectamente adaptado teniendo en cuenta todas las circunstancias que condicionan o modifican la eficacia del mensaje emitido. Así, del mismo modo en que el Cálculo de estructuras en ingeniería enseña a evaluar las condiciones de uso y a utilizar la pieza o el material más conveniente para cada necesidad de acuerdo con los objetivos que se traten de alcanzar, y siempre sobre la base de sus propiedades físicas, así también la Retórica decía cómo usar formas correctas de una manera efectiva (6).

Pero no hay que olvidar que, junto a este aprendizaje práctico y creativo, existe también una dimensión de naturaleza analítica que se ocupa de valorar otras realizaciones precedentes. Los alumnos de Retórica estudiaban los recursos empleados por un orador concreto en una determinada argumentación, evaluando sus aciertos e intentando descubrir la causa de sus posibles fallos o deficiencias. Actualmente, los alumnos de ingeniería analizan también las ventajas e inconvenientes de tal o cual diseño de avión, o de la resistencia de un determinado material empleado en la construcción de un puente.

Pero es que, además, aunque es cierto que cada acto enunciativo se presenta como una realidad única y diferente a las demás, ello no debe, sin embargo, hacernos olvidar el hecho de que sus elementos constitutivos son siempre los mismos, a pesar de que puedan tomar valores diferentes en cada caso (7) . Y lo mismo podría decirse de cualquiera de las realizaciones de la técnica. Por tanto, es perfectamente posible emprender un es-

tudio de la naturaleza de estos factores, de los diferentes grados de variación que pueden experimentar, de su influencia en el resultado final... etc. Una vez establecido esto, será posible analizar cómo intervienen en un caso concreto. Hemos alcanzado, así, un grado de abstracción que ya permite establecer interesantes generalizaciones.

Es verdad que la Retórica perdió hace ya tiempo su lugar como disciplina normativa; pero no es menos cierto que sigue igualmente presente entre nosotros. En efecto, la Retórica ya no se enseña, pero sí se aprende: no se enseña porque no existe como asignatura y no forma parte de nuestros planes de estudio como ocurría antiguamente; y, sin embargo, *todos nosotros*, a la vez que aprendemos las reglas de la gramática de nuestra lengua, vamos también adquiriendo, por propia experiencia una serie de conocimientos de tipo retórico, esto es, referidos al uso efectivo del lenguaje de acuerdo con los objetivos y las situaciones. De este modo, podemos utilizar, de una manera más o menos consciente, el conjunto de estrategias comunicativas que hemos ido aprendiendo.

Por ello, si al estudio de una lengua determinada le corresponde explicar cuáles son los elementos y los mecanismos que la configuran, y de la misma manera que aceptamos la necesidad de describir el sistema gramatical, así también resulta necesario emprender el análisis de esos otros principios que aprendemos conjuntamente con las normas de la gramática y que nos sirven para

orientar y dirigir la interacción.

La Pragmática, por tanto, tiene por objeto el análisis de todos los conocimientos y estrategias que constituyen el saber -la *competencia*- retórico, y que determinan el uso efectivo del lenguaje. Dicho análisis se realiza en función de la existencia de una serie estable de factores integrantes del acto enunciativo, que toman valores diferentes en cada caso, pero que responden a una misma estructura. El grado de abstracción con que opera -mucho menor, claro está, que el utilizado por la Sintaxis- es semejante al empleado por las otras técnicas, y resulta ser una consecuencia lógica del tipo de objeto analizado y de los fines perseguidos.

Al incluir entre los estudios sobre el lenguaje a una disciplina de esta naturaleza, estamos abandonando, en cierto modo, el platonismo que había caracterizado a la Lingüística en los últimos años, en su voluntad de asemejarse a las ciencias puras. La abstracción y la idealización metodológicas van a dejar paso ahora a un estudio más cercano a los datos que aporta la realidad. Se inaugura, así, una nueva etapa de aristotelismo en Lingüística, tal y como sucede también en la Técnica: volvemos al caso concreto y a la experimentación directa. Ahora bien, en ningún momento hay que pensar que deba tratarse de dos tendencias contradictorias e irreconciliables: lo interesante es, precisamente, que cada uno de estos modos de hacer tiene su propio lugar en la Lingüística, y es el necesario complemento del otro si se quiere tener una visión completa de la realidad.

## *9.7. Semántica y Pragmática*

Cuando comenzábamos esta sección dedicada a la Pragmática, lo hacíamos refiriéndonos al hecho de que, en nuestra opinión, debe existir una oposición metodológica entre aquélla y la Semántica. Revisamos luego diferentes aproximaciones, muchas de las cuales no consideran pertinente esta dicotomía. Y, sin embargo, evaluando las ventajas e inconvenientes de esas teorías, se ha ido haciendo patente la necesidad de establecer dos estudios separados, ya que diversos son también sus objetos e intereses. Hemos perfilado los rasgos fundamentales que caracterizarían a una Pragmática de orientación retórica, dinámica, y hemos expuesto las razones que justifican la inclusión de una disciplina de esta naturaleza dentro de una Teoría general del lenguaje. Parece, pues, llegado el momento de "cerrar el círculo" y de volver de nuevo al problema de la oposición Semántica/Pragmática.

El significado -recordémoslo- puede analizarse como una propiedad constitutiva de los signos lingüísticos, es decir, de las expresiones dentro del sistema de una lengua: a una forma significante le corresponderá un significado. El código establece, por tanto, una íntima relación diádica entre ambos. Esta relación es de tipo convencional, arbitrariamente establecida, como lo es también el resto del código de la lengua. Esta es la concepción de la Semántica que ha sido tradicionalmente

defendida para descubrir el sentido de las unidades léxicas.

En la sección dedicada a la Semántica propusimos la importancia de utilizar este mismo marco de referencia para analizar el sentido de las estructuras oracionales: difícilmente podrían mantenerse a la vez la tesis de que la oración (como configuración sintagmática) es una unidad gramatical y, por tanto, un signo lingüístico, y aquella otra que defendiera que tal estructuración carece de un *sentido*, de un significado asignado por el sistema. Este será necesariamente descriptible en términos formales: de oposición entre la presencia y ausencia de determinados constituyentes, de orden de palabras, de asignación obligatoria de una curva entonativa determinada... El sentido oracional está gobernado por reglas y sólo admite explicaciones formales. Y puesto que se trata de categorías discretas, el cambio en alguna de ellas supone un cambio en la estructura completa.

Pues bien, frente a esta concepción del *sentido* como 'significado gramatical', se levanta la idea del *significado pragmático*. En primer lugar, éste ya no se define como una relación diádica, arbitraria y convencional entre un significante y un significado. Para algunos esa relación es triádica y añade al hablante. Leech (1983:6) recoge esa distinción y la ejemplifica en dos frases contrapuestas: a la Semántica le interesaría una pregunta como

"¿Qué quiere decir  $x$ ?"

mientras que la Pragmática se ocuparía de responder a

"¿Qué quieres decir *tú* cuando dices  $x$ ?"

Las cosas, sin embargo, no parecen tan sencillas, a la vista de las observaciones que hemos venido haciendo en las páginas precedentes. Se diría, entonces, que el significado pragmático establece una función multívoca entre el sentido gramatical, de un lado, y el emisor, el destinatario y la situación en que tiene lugar el intercambio comunicativo, del otro. Parafraseando los ejemplos de Leech, podríamos decir que la Pragmática se ocupa de reflexiones como las siguientes:

"Sé que  $x$  significa  $y$ . Ahora bien, ¿qué me quisiste decir *tú ayer* cuando me dijiste  $x$ ?"

El significado pragmático no es el resultado de usar y aplicar reglas convencionales pertenecientes al sistema, sino de poner en funcionamiento una serie de leyes empíricas y de principios motivados por el objetivo al que se dirige el enunciado. Por ello, las explicaciones pragmáticas no son exclusivamente formales (como ocurre en el caso de las semánticas), sino que deben ser básicamente funcionales. Y la entrada en juego de factores no estrictamente verbales, que no constituyen un sistema de oposiciones preciso, tiene como consecuencia el hecho de que las diferencias o cambios no siempre producen un cambio de categoría o de unidad, sino que

suponen una gradación de valores dentro de un *continuum* de límites indeterminados.

Podemos resumir estas características en el siguiente esquema, que es una adaptación de las ideas de Leech (1983:cap.2), a las que hemos añadido algunas pequeñas modificaciones:

#### SEMANTICA

sentido

propiedad de las expresiones en el sistema de una lengua

relación diádica

gobernado por reglas convencionales

explicaciones formales

unidades y categorías discretas

#### PRAGMATICA

significado pragmático

definido como función entre el sentido, los usuarios y la situación comunicativa

relación multívoca

controlado por principios no convencionales, motivados por los objetivos perseguidos

explicaciones funcionales

gradación de valores en un *continuum*

### *9.8. Un modelo de análisis*

A lo largo de las páginas anteriores hemos ido perfilando alguno de los rasgos y caracteres más notables de un método de análisis pragmático de orientación fundamentalmente retórica, en el sentido en que hemos venido empleando la expresión. Pues bien, parece ahora llegado el momento de reunir todas aquellas alusiones dispersas, e integrarlas en la construcción de un sistema coherente que nos pueda servir de base para explicar mejor el uso del lenguaje en la comunicación.

El modelo que aquí vamos a presentar está constituido por dos tipos diferentes de elementos: los primeros son de naturaleza "material", "física", en cuanto que son entidades "reales", objetivas y externamente descriptibles; los otros, en cambio, son de naturaleza inmaterial, ya que no se trata de entidades, sino de los diferentes tipos de relaciones que se establecen entre ellas. Se trata, en este último caso, de parámetros de referencia obligada al estudiar la actividad lingüística.

Comenzaremos hablando de los elementos materiales que configuran todo acto comunicativo. En primer lugar, consideraremos al EMISOR, el hablante o escritor que tiene el uso de la palabra en un momento determinado. El término que empleamos, como es bien sabido, procede de la Teoría de la información; el concepto, sin embargo, está aquí entendido de un modo algo diferente, no



como un mero codificador y transmisor de información y de datos, sino más bien como un sujeto hablante que establece una red de relaciones con todo aquello que le rodea.

Es importante notar también que el término *emisor* no se refiere a una categoría absoluta, sino que se trata de una posición determinada por las circunstancias. Y no lo es porque el ser emisor está en función de una situación y un tiempo determinados; es decir, no estamos constante e ininterrumpidamente emitiendo mensajes. En la comunicación en forma de diálogo, los interlocutores van intercambiando constantemente sus respectivos papeles. Incluso si pensamos en tipos de comunicación monologante, parece claro que toda actividad lingüística tiene un comienzo y un final: pensemos en un libro o una conferencia. Debemos entender, por tanto, que el término *emisor* añade algunas precisiones al término *hablante*: mientras que podemos decir que alguien es hablante de una determinada lengua, aun cuando en ese preciso momento no esté hablando, sin embargo, el ser emisor sí está en función del uso de la lengua. Por lo tanto, el primero es un concepto más abstracto, más gramatical, (perteneciente a la lengua como sistema), mientras que el segundo es más concreto, más pragmático.

Por otro lado, hay también que señalar que el emisor aporta a la comunicación -o, mejor, deja que se reflejen en ella- ciertos factores de naturaleza inmaterial como son sus actitudes, conocimientos, creencias...: sobre ellas habremos de volver más adelante.

Junto al emisor hay que situar al DESTINATARIO, la persona (o personas) a quien aquél dirige su enunciado y con quien suele intercambiar su papel en el diálogo. Es de capital importancia el dejar bien claro que ser destinatario no debe nunca confundirse con ser un receptor cualquiera o un oyente ocasional: el destinatario es el receptor elegido por el emisor, y para él está construido su mensaje. Este hecho constituye una de las características más significativas del enunciado, que lo diferencian de la oración como unidad de lengua. Está claro que el destinatario condiciona en gran medida la naturaleza y la forma del enunciado: no es lo mismo hablar a un adulto o a un niño, a un especialista en una materia o a un profano en ella, a un amigo o a alguien a quien apenas conocemos... Incluso el escritor, que ni tiene físicamente presentes a sus posibles receptores ni los conoce, prefigura una imagen ideal del tipo de personas a quien le gustaría que fuera dirigida su obra; es decir, se construye un modelo de destinatario. Por todo ello, y ya que hemos convenido en que el hablante trata de influir, de actuar, sobre su interlocutor, parece evidente que deberá primero, y en la medida de lo posible, analizar y evaluar adecuadamente las circunstancias que en él concurren.

El tercer elemento que debemos incluir en nuestro modelo es el CONTEXTO, que en su acepción más amplia comprende todo aquello que rodea -en sentido estricto o metafórico- a los interlocutores. Su importancia no se reduce a ser mero soporte físico o mero decorado en el que se realiza la acción sino que influye de manera muy deci-

siva en toda una serie de selecciones gramaticales. Entendemos el contexto como el conjunto de los *entornos* de que habla Coseriu (1967:308). Comprende, por tanto, toda una serie de realidades que este autor considera de manera separada, pero que nosotros abordaremos conjuntamente. Uno de estos tipos de entorno es la *situación*, conjunto de

"... circunstancias y relaciones espacio-temporales que se crean automáticamente por el hecho mismo de que alguien hable (con alguien y acerca de algo) en un punto del espacio y en un momento del tiempo." (Coseriu 1967:310)

Nos interesa también lo que Coseriu (1967:313 y ss.) llama propiamente *contexto*, y que se define como

"... la realidad que rodea a un signo, un acto verbal o un discurso, como presencia física, como saber de los interlocutores y como actividad."

El propio sistema de la lengua constituye el *contexto idiomático*; el discurso en su totalidad -nosotros lo llamaríamos intercambio comunicativo- configura el *contexto verbal*; finalmente, el *contexto extraverbal* comprende todo aquel conjunto de

"... circunstancias no lingüísticas que se perciben directamente o que son conocidas por el hablante."

A este último tipo de contexto pertenecen toda una serie de circunstancias que rodean física o culturalmente el acto de la enunciación. Coseriu distingue las siguientes:

- contexto *físico*: "las cosas que están a la vista o a las que un signo se adhiere";
- contexto *empírico*: "los estados de cosas objetivos que se conocen por quienes hablan en un lugar y en un momento determinados, aunque no estén a la vista";
- contexto *natural*: "totalidad de contextos empíricos posibles...";
- contexto *práctico* u *ocasional*: "la particular coyuntura subjetiva u objetiva en la que ocurre el discurso";
- contexto *histórico*: "las circunstancias históricas conocidas por los hablantes";
- contexto *cultural*: "la tradición cultural de una comunidad".

Todos estos contextos extraverbales tienen importancia en diferentes niveles de la comunicación. El contexto práctico u ocasional, por ejemplo, es de particular interés para nosotros, porque se relaciona con el tipo de destinatario y con la clase de acto lingüístico que lleve a cabo el emisor. Por su especial relevancia consideraremos separadamente estos dos aspectos, bajo las denominaciones de *distancia social* y de *intención del emisor* respectivamente. El contexto cultural, por su parte, será decisivo en algunos usos, y especialmente en la interrogación retórica.

Aunque pueda parecer una noción en exceso vaga, la idea de contexto, tal y como la entendemos, es -como diremos- completamente necesaria para poder calibrar en su justo valor el auténtico alcance significativo de los enunciados.

Finalmente, el cuarto elemento que debemos incluir es el ENUNCIADO, la unidad básica del discurso (8). Además de su propia forma exterior, el enunciado queda definido en virtud de las relaciones que establece con respecto al resto de los otros factores antes citados. Estas relaciones resultan bien patentes: con el emisor, porque es precisamente el cambio de sujeto hablante el que determina las fronteras del enunciado; con el destinatario, porque a él va orientado y dirigido y esto lo condiciona; y, finalmente, con el contexto, porque sólo en él adquiere la plenitud de significación de la que carecen las unidades de lengua.

Estos son, como decíamos, los elementos materiales que configuran el modelo de análisis propuesto. En el caso del enunciado, hemos podido comprobar que algunos de sus rasgos constitutivos provienen precisamente de los puntos de contacto que lo enlazan con los otros elementos; es decir, queda establecido un conjunto de relaciones que a su vez sirve para definir a un elemento material. En muchas otras ocasiones, sin embargo, las relaciones entre elementos no dan lugar a un elemento material, sino que generan unos principios reguladores de la conducta. Estos se objetivan en forma de leyes empíricas, es decir, de regularidades observables de na-

turalidad no prescriptiva. A ellos nos referíamos antes cuando hacíamos la alusión a los elementos de orden inmaterial. Su existencia, como veremos, queda suficientemente justificada a la vista de los resultados que produce su actuación.

Consideremos, en primer lugar, las relaciones existentes entre el entorno, de un lado, y el emisor y el destinatario, del otro. Estos últimos poseen una serie de experiencias anteriores relativas a la realidad que las rodea; tales experiencias acumuladas componen el conjunto de sus *conocimientos, opiniones y creencias*. Esto supone que hay una cierta interiorización del mundo objetivo. Pero ello no implica, por supuesto, que no haya, de hecho, enormes parcelas compartidas por ambos interlocutores, que pueden comprender desde los conocimientos más puramente científicos hasta ciertas opiniones más o menos estereotipadas, pasando por la visión del mundo que impone la pertenencia a una determinada cultura. El lenguaje es, sin duda, una de esas parcelas que se suponen comunes, y su uso también ha de basarse en ciertos conocimientos y creencias que se presumen compartidos por los interlocutores. Como señala Van der Auwera (1979), si no tuviéramos algún tipo de información previa, a la cual poder ligar lo nuevo que se nos dice, toda enunciación nos resultaría ininterpretable. El conjunto de conocimientos y creencias de los interlocutores tiene, por tanto, un papel fundamental a la hora de hacer posible la comunicación entre ellos. Pensemos, por ejemplo, en las expresiones metalingüísticas que empleamos muchas veces en el diálogo para precisar

el significado exacto que damos a nuestras palabras; o, también, en aquellas aclaraciones que pedimos a nuestro interlocutor sobre qué quiso decir exactamente con tal o cual palabra.

Pues bien, dentro de estas relaciones que unen a los hablantes y al mundo que les rodea, hay que destacar una muy especial: se establece entre un hablante (futuro emisor) y todo su entorno (incluidos los otros hablantes), y se manifiesta como una relación dinámica, de voluntad de cambio de las posiciones relativas que ocupan uno y otro dentro de esa relación: es decir, el hablante puede desear modificar su propio estado con respecto al entorno; o bien, puede tratar de alterar de alguna manera la realidad que le rodea, ya sea motivando un cambio en ella, ya sea evitando que se produzca algún cambio previsible. Lo importante en esta relación, además de su carácter dinámico, no estático, es el hecho de que el instrumento utilizado para llevar a cabo esa modificación es el lenguaje.

Cuando el hablante se convierte en emisor y hace uso de la palabra, pretende actuar de alguna forma sobre el estado de cosas existente, sea con respecto a sí mismo, o bien con respecto a su entorno (incluidos en él sus posibles interlocutores). Al principio que motiva y regula este tipo de conducta lo llamaremos INTENCION. Debemos precisar que la intención no debe entenderse aquí en su acepción más subjetiva y psicológica. Contra el peligro de hacerlo así, nos advierte Leech (1983:13), quien prefiere usar otros términos:

"Me parece preferible hablar de *meta* (*objetivo*) o *función* de un enunciado, en vez de hablar de su *significado intencional*, o de la *intención* del hablante al emitirlo. El término *meta* es más neutro, porque no compromete al usuario a tratar con problemas como el de la volición consciente o la motivación..."

Sin embargo, en nuestra opinión, el argumento no acaba de ser del todo válido, porque, en último extremo, tampoco la noción de *meta* se "libra" de esa serie de connotaciones no deseadas: no se ve muy claro cómo podría restársele carácter intencional (incluidas "volición consciente" y "motivación") al hecho de perseguir una meta o intentar alcanzar un objetivo. En *intención*, en cambio, son interesantes las ideas etimológicas de dirección, de esfuerzo por conseguir algo, de tendencia..., que ponen de manifiesto claramente su carácter orientado hacia la consecución de una determinada finalidad. La intención funciona como principio regulador de la conducta, es decir, el hablante utilizará los medios más oportunos para lograr sus fines. Por tanto, y hechas estas precisiones, no vemos inconveniente en seguir utilizando el término *intención*, considerándolo equivalente a los de *meta* u *objetivo*.

Las intenciones puestas en práctica dan lugar a ACCIONES; pero éstas no deben entenderse como exactos equivalentes de los *actos de habla*, que resultaron ser algo demasiado cerrado y estático para poder servir de base al análisis pragmático. Utilizamos el sustantivo



de origen verbal (*acción*), y no el que procede del participio perfecto (*acto*), para dejar bien claro precisamente ese carácter dinámico, abierto, "en construcción", que aquí queremos atribuirles.

De modo parecido a la intención actúa otra de las relaciones, la que existe entre el emisor y el destinatario. Leech (1983:126) la llama DISTANCIA SOCIAL. Como avanzábamos más arriba, no se habla de la misma manera a un adulto o a un niño, a un superior o a un subordinado... La relación existente entre los interlocutores "impone" una serie de selecciones que determinan la forma del enunciado y que matizan su significación. También aquí la tendencia de la relación puede manifestarse en dos direcciones: o bien se trata de mantener el equilibrio existente; o bien, de modificarlo (para mejorar la relación o para aumentar la distancia). Al principio regulador de la distancia social y su equilibrio lo llamamos CORTESÍA: gracias a ella, mantenemos o disminuimos la distancia social. Es importante entenderla despojándola de esa connotación peyorativa que, a veces, nos hace verla como algo artificial:

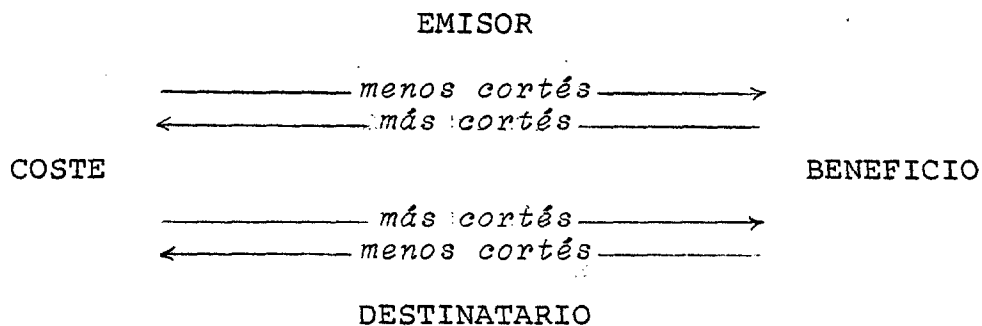
"Hay una desafortunada asociación del término [cortesía] con formas de comportamiento humano superficialmente gentiles pero en el fondo insinceras; y por ello es tentador el eliminar la cortesía (al menos en ciertos entornos) por considerarla como un factor superfluo y trivial, que no es más que un adorno del uso serio del lenguaje." (Leech 1983:83)

Por el contrario, la cortesía debe interpretarse y valorarse como el necesario punto de referencia que nos permite medir la adecuación entre el enunciado y el grado de distancia social que media entre los interlocutores. A ésta la llamaremos *cortesía relativa*.

Pero es que, además, la cortesía puede verse también como un valor *absoluto*, como una característica propia de algunos actos. Como señala Leech (1983:83):

"Algunas ilocuciones (por ejemplo, las órdenes) son inherentemente descorteses; y otras (por ejemplo, los ofrecimientos) son inherentes corteses."

Esta cortesía, entendida en sentido absoluto, depende del coste o del beneficio que suponga el cumplimiento de la acción para el destinatario o el emisor. Así, la acción es intrínsecamente más "descortés" cuanto mayor es el coste para el destinatario y menor su beneficio; y es más "cortés" en el caso contrario, es decir, cuanto mayor sea el coste para el emisor y mayor el beneficio para el destinatario:



Sobre esta valoración absoluta, funciona la cortesía relativa, aquélla de la que hablábamos al principio y que toma en cuenta además la distancia social entre los hablantes, regulando dicha relación. Así, y nuevamente en palabras de Leech (1983:84):

"La cortesía negativa consiste en minimizar la descortesía de las ilocuciones descortes, y la positiva, en maximizar la cortesía de las cortes."

Pues bien, de acuerdo con todo ello, podemos establecer, entre las intenciones, cuatro categorías principales (9):

- 1) Acciones que apoyan la cortesía, es decir, suponen un beneficio para el destinatario y un coste para el emisor, y, por tanto, mantienen o mejoran la relación social existente entre ellos. Se trata de acciones como 'agradecer', 'felicitar', 'saludar', 'ofrecer', 'invitar'...
- 2) Acciones prácticamente indiferentes a la cortesía, es decir, no hay un desequilibrio claro entre coste y beneficio para los interlocutores. El empleo de formas de cortesía relativas apoya la relación social. Es el caso de 'afirmar', 'informar', 'anunciar'...

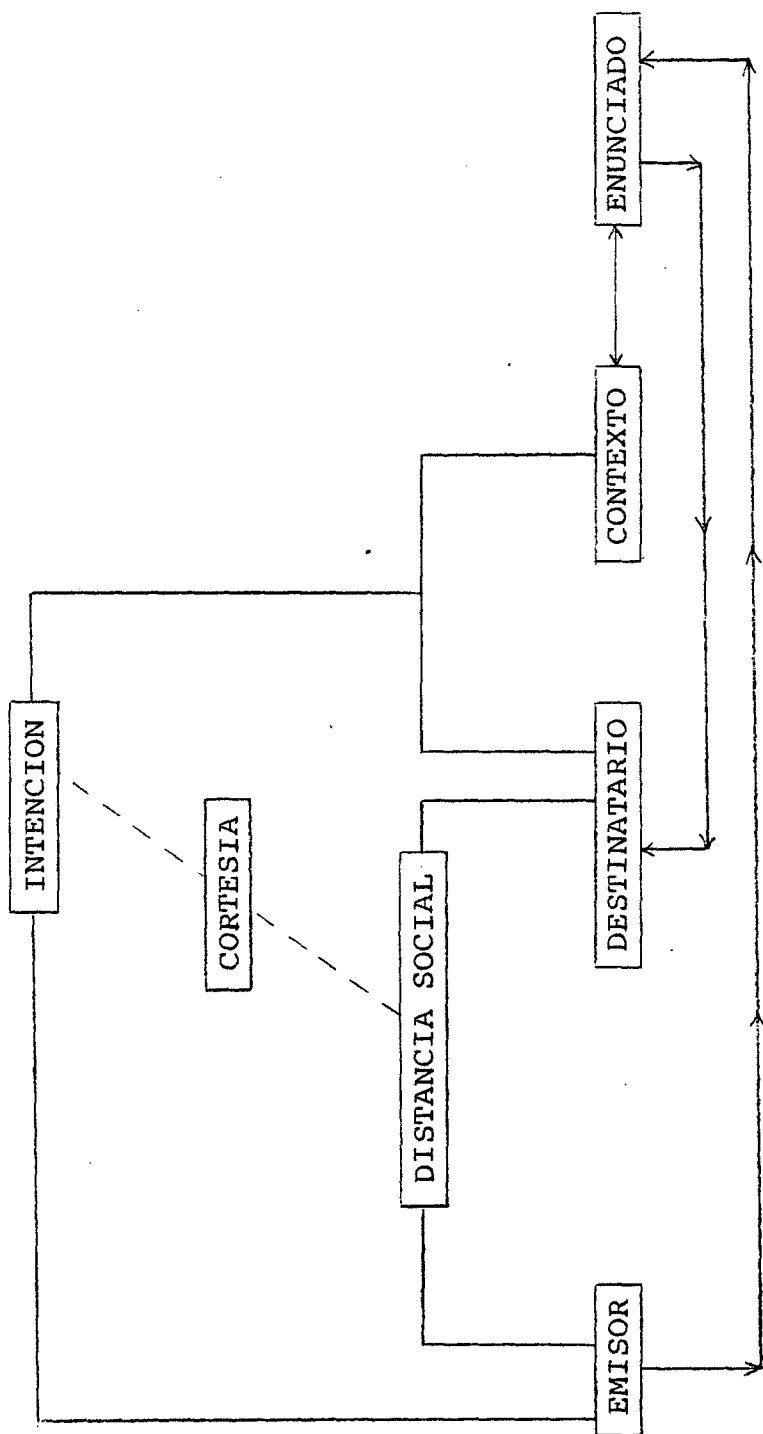
- 3) Acciones que entran en conflicto con la cortesía, esto es, que implican algún tipo de coste para el destinatario; si quiere mantenerse o mejorarse la relación con el interlocutor, es necesario compensar la "descortesía" intrínseca de estas acciones por medio de otras fórmulas de cortesía relativa que la mitiguen. En caso contrario, la relación corre el peligro de deteriorarse y aumentar la distancia entre los hablantes. No es difícil imaginar lo que ocurre cuando se pide algo sin la cortesía adecuada... Como ejemplos de estas acciones podemos citar 'preguntar', 'pedir', 'ordenar'...
- 4) Acciones dirigidas frontalmente contra el mantenimiento de la relación entre los interlocutores. En ellas, la cortesía relativa está fuera de lugar, porque pretenden acrecentar la distancia o destruir las relaciones existentes: 'amenazar', 'acusar', 'maldecir'...

Por supuesto, estas cuatro categorías no constituyen grupos cerrados, sino que son más bien los puntos-clave de un *continuum*. La segunda categoría, por ejemplo, siempre estará orientada hacia alguna de las dos limítrofes: no será lo mismo informar al destinatario dándole una buena noticia (el beneficio para él es grande), que dándole una mala noticia (en la que el coste para

él es mayor).

La cortesía es, pues, un principio regulador de la conducta que se sitúa a medio camino entre la distancia social y la intención del emisor, haciendo posible el mantenimiento del equilibrio social entre los interlocutores a pesar de que la intención del emisor esté dentro de las calificadas como "inherentemente descortes".

El conjunto de conocimientos que poseen los hablantes acerca de todo esto que hemos mencionado hasta aquí (es decir, de cómo presentar al interlocutor el objetivo que se desea alcanzar para obtenerlo y a la vez -si interesa- no deteriorar la relación con él) constituye lo que podríamos llamar COMPETENCIA RETORICA. Vamos ahora a resumir lo dicho trazando un cuadro que nos permita comprender mejor los elementos -y sus relaciones- que integran el acto comunicativo y que sirven de base al modelo de análisis pragmático de orientación retórica que hemos propuesto.



## Notas

- 1- Barthes (1970:17) precisa con bastante claridad el significado exacto del término τέχνη : "es el medio de producir una de esas cosas que pueden indiferentemente ser o no ser, y cuyo origen está en el agente creador y no en el objeto creado". La τέχνη , por tanto, es una modificación voluntaria y no necesaria de algún determinado estado de cosas. Por ello, las artes son τέχνηαι.
- 2- No podemos extendernos aquí en más detalles. Pueden verse en el prólogo de Tovar a su edición de la *Retrórica* de Aristóteles, en las obras de Cicerón y Quintiliano, y en la pequeña historia de esta disciplina que hace Barthes (1970).
- 3- Ya expusimos algunos de los aspectos problemáticos de esta Teoría cuando hablamos de ella en el capítulo anterior. Las críticas que allí hacíamos estaban más bien relacionadas con la Semántica; ahora vamos a abordar los aspectos relacionados con la Pragmática.
- 4- La frase es de Platón en el *Gorgias* (453 a) y está recogida por Tovar en su prólogo a la edición de Aristóteles.
- 5- Cuando ya estaba redactado este trabajo, encontramos una argumentación semejante en el *Cratilo* de Platón según lo recoge Combie (1979). Lo que allí se preten-

de demostrar no es exactamente la adecuación de los enunciados a las situaciones, sino la relación entre las palabras -particularmente, su forma-. El texto de dicha argumentación es, quizás, un poco largo, pero nos ha parecido que era de gran interés reproducir aquí las partes más importantes del resumen que hace Combie (1979:472-473):

"El objetivo de hacer lanzaderas es permitir hilar a las hilanderas. El objetivo de hacer palabras es capacitar a los hablantes para distinguir una cosa de otra.(...). Por consiguiente, las palabras o los nombres son una especie de herramientas, y su función es distinguir aquello de lo que se está hablando de lo que no. Un carpintero tiene que fabricar una lanzadera teniendo en cuenta su función; debe hacer el tipo de cosa apropiada naturalmente a la tarea que tiene que cumplir la lanzadera, y, más aún, el tipo particular de tarea que se exige a esa lanzadera (al parecer, había diferentes tipos de lanzaderas para tipos diferentes de tareas). Hacer herramientas es, en general, cuestión de dar al material las propiedades que necesita para ejecutar la tarea que tiene que hacer, y es el usuario de la herramienta quien juzga si se ha hecho correctamente. (...).

Hay, pues, una analogía entre las lanzade-



ras y las palabras. Ambas son un tipo de herramienta y tienen una función general, y dentro de cada tipo, hay subtipos que tienen funciones especiales dentro de la función general. En cada caso, la forma que toma la herramienta dependerá de su función."

La analogía no sirve para las palabras porque no son signos motivados; pero sí nos sirve a nosotros, porque la manera de estructurar y organizar un enunciado sí está en relación directa con el "uso" particular que se le haya de dar y para el cual fue especialmente construido: piénsese, por ejemplo, en un caso en que el objetivo de un emisor sea convencer a un determinado destinatario en un momento determinado de la veracidad de una determinada proposición; el enunciado que para ello emplee, estará diseñado teniendo en cuenta todas estas variables.

6- Esto, en el fondo, no es en absoluto diferente de lo que ocurre en el aprendizaje de las Artes -de las τέχναι-: al alumno de Pintura o de Composición se le enseñan las diferentes técnicas y estructuras que pueden usarse y el efecto de cada una de ellas, para hacer posible luego que cada cual manipule ese "lenguaje" de acuerdo con el resultado que quiera obtener; es decir, para que cada uno lo use según sus propias intenciones expresivas.

7- De la misma manera en que esto ocurre, por ejemplo, en aquellos sistemas de ecuaciones que presentan una

solución diferente para cada uno de los valores que adopten las incógnitas.

- 8- Sobre Él ya hablamos en el primer capítulo al diferenciarlo del concepto de oración. A Él dedican también una parte importante de su trabajo muchos autores. Recuérdese aquí especialmente Bajtín (1982).
- 9- Puede verse una clasificación muy semejante en Leech (1983).

Capítulo 10

PRAGMÁTICA DE LOS ENUNCIADOS  
INTERROGATIVOS

## *10.1. Introducción*

En las páginas precedentes nos hemos referido a las diversas perspectivas desde las que puede abordarse el estudio del uso de los enunciados en la comunicación; hemos valorado, también, las ventajas e inconvenientes de cada uno de estos puntos de vista; y, finalmente, hemos propuesto una noción de *Pragmática* que, además de ser coherente con el concepto de Semántica que defendimos en la primera parte de este trabajo, nos permitirá elaborar un análisis del uso de la interrogación que supere las desventajas de otros enfoques diferentes.

Vamos a ocuparnos ahora del significado de las interrogaciones cuando se usan como enunciados. Para ello, precisaremos un poco más ciertos aspectos -alguno de ellos ya ha sido tratado en páginas anteriores-, que nos ayudarán a situar los problemas en sus justos términos. Comenzaremos abundando en la noción de significado pragmático que empezamos a configurar en el capítulo anterior.

## 10.2. *El significado de los enunciados interrogativos*

Por *significado de un enunciado* podemos entender, en general, el conjunto de propiedades significativas (gramaticales, referenciales y perlocutivas) de dicho enunciado. Esta afirmación trata de condensar y de enfatizar varios hechos de particular importancia. Veámoslos detalladamente.

En primer lugar, destaquemos el hecho de que el significado, aunque se presenta de manera unitaria, constituye una realidad compleja, que supone la fusión en un único enunciado de fuerzas significativas muy diversas. En efecto, en el acto de la enunciación se ponen en marcha al menos tres tipos de mecanismos diferentes que generan valores significativos también diferentes. Estos, a su vez, interaccionan entre sí, dando como resultado ese significado global.

El primero de estos mecanismos es el gramatical. El ejercicio de nuestra capacidad lingüística pone en marcha toda una serie de procesos mentales y fisiológicos regulados por ese conocimiento que de nuestra propia lengua tenemos los hablantes nativos, y que suele conocerse con el nombre de *competencia*. A ese significado que se determina sólo en términos gramaticales -esto es, que depende exclusivamente de factores formales y de estructuración interna del sistema-, lo hemos llamado *sentido* (siguiendo a Frege), y a él dedicamos la primera

parte de este estudio.

Al segundo de estos mecanismos le hemos dado el nombre de referencial, que alude a las relaciones entre el enunciado y los objetos del mundo que describe. Recordemos que los términos *objetos* y *mundo* tienen, además de la acepción "informal" y "cotidiana", otra bien diferente, que pertenece al dominio de la Lógica y que es la que aquí empleamos. *Objeto* se refiere a cualquier entidad real o imaginaria de la que podemos hacer predicciones. Retomando un conocido ejemplo, podemos hablar sobre los unicornios o sobre el alma a pesar de que -por diversos motivos- no sean "objetos" tangibles; constituyen, sin embargo, entidades mentales o psicológicas con las que podemos operar. *Mundo*, por su parte, se refiere a un estado de cosas, caso o situación que puede ser diferente de ese otro "mundo" real en el que nos movemos, y tener su propia lógica interna distinta a la nuestra. De la relación entre estos dos mecanismos -el gramatical y el referencial- procede un tipo especial de significado, al que de manera informal, y sólo para diferenciarlo de los otros tipos, podemos darle el nombre de *significado "referencial"*. De él suelen ocuparse los investigadores más próximos a la Filosofía del lenguaje y especialmente las escuelas verificacionalistas (1).

El tercer mecanismo es el perlocutivo, que controla los efectos del enunciado, es decir, la relación entre los destinatarios y la intención con que se emitió. Recordemos que desde la perspectiva de análisis que aquí hemos adoptado -de orientación retórica y de natu-

raleza dinámica- es la intención comunicativa hacia el destinatario la que determina y gobierna las selecciones que se hagan en los otros niveles. Denominamos *significado pragmático* al que se produce como resultado de la actuación conjunta de los mecanismos gramatical y perlocutivo (retórico).

La separación efectuada entre *significado "referencial"* y *significado pragmático* es, evidentemente, artificial, del mismo modo que lo son otras distinciones metodológicas. Al igual que éstas, sin embargo, tiene una motivación y un fundamento que ya establecimos en páginas anteriores. Lo importante ahora es señalar que en ningún caso puede dejarse de lado el hecho de que estos tipos de significado constituyen, en el fondo, una única realidad compleja; y que cualquier estudio de sólo uno de ellos debe saberse parcial, y debe contar con la posibilidad de ser complementado por la otra perspectiva.

Nos encontramos, así, con que el significado pragmático es un significado "construido", que resulta de "sumar" -permítasenos la metáfora económica- el "valor facial" de una forma gramatical (es decir, el sentido que lleva aparejado) con el "valor añadido" o "plusvalía" que aporta a su uso la situación comunicativa concreta en que aparece. Queda, de este modo, introducida con claridad la noción de significado pragmático que vamos a manejar en las páginas que siguen.

### 10.2.1. La interrogación, ¿oración o enunciado?

Al hablar del significado pragmático, estamos hablando del significado de los enunciados, y pretendemos ahora estudiar el de las interrogaciones. Al lector que haya seguido las páginas anteriores le asaltará de inmediato una duda: ¿Cómo puede pretenderse estudiar el significado pragmático de las estructuras interrogativas, que son oraciones y no enunciados?

Efectivamente, el concepto de oración tal y como lo entendemos nosotros es de naturaleza gramatical: constituye una unidad del sistema de la lengua, y su configuración se efectúa de acuerdo con las reglas -fónicas, sintácticas y semánticas (2)- de ese mismo sistema.

Posible solución al problema antes planteado: las oraciones interrogativas se convierten en enunciados al actualizarse, al emplearse en el discurso. Desde este punto de vista, el enunciado no es, por tanto, más que la realización de esa forma virtual y abstracta que es la oración.

Pero ocurre que, si aceptamos lo anterior, nos hallamos en el mismo punto en que está la Teoría de actos de habla: a cada enunciado -esto es, a cada oración actualizada-, al constituirse en unidad mínima de análisis, le corresponde una de las "etiquetas" de acto de habla. Y de este modo, una intervención cualquiera de un



emisor (un saludo, un poema, este mismo trabajo...) constará de tantos enunciados y, por consiguiente, de tantos actos de habla como oraciones gramaticales contenga.

Sin embargo, ya dijimos más arriba que este enfoque da como resultado una visión deformada y en extremo atomizada de la realidad lingüística. No hablamos "en oraciones"; hablamos "con oraciones" o "por medio de oraciones", que a su vez, forman textos completos; y éstos están completos porque responden a una única intención. Cada vez que un hablante toma la palabra, lo hace movido por un objetivo, y todo su discurso (la selección léxica, la organización y estructura interna, la duración...) se desarrolla en función de la finalidad que pretende alcanzar. La oración no es una noción de naturaleza pragmática; pero tampoco lo es su simple realización, si no cumple los otros requisitos que configuran el enunciado. Dicho de otro modo: la actualización de una oración es condición necesaria, pero no suficiente, para que aquélla constituya un enunciado.

Recordemos brevemente la caracterización de *enunciado* que hemos adoptado y que es la que propone Bajtin (1982). En cuanto a su delimitación, afirma (p.260):

"Las fronteras de cada enunciado como unidad de la comunicación discursiva se determinan por el cambio de los sujetos discursivos";

y su carácter conclusivo está determinado por tres hechos:

- a) agota el sentido de su objeto
- b) está determinado por la intencionalidad discursiva del hablante; y
- c) posee formas típicas, genéricas y estructurales de conclusión.

La intención es el factor determinante de la unidad del enunciado: sólo podemos medir el grado de conclusividad de un discurso cuando hemos descubierto la intención que lo anima; determina también la forma, el objeto... La oración, como unidad de lengua, carece, evidentemente, de todas estas propiedades.

Parece que nos hallamos, entonces, en el mismo punto de partida: ¿Qué sentido tiene hablar de la Pragmática de la interrogación, si aquel término se refiere a una estructura oracional y no a un enunciado?

El problema, sin embargo, es sólo aparente, y la contradicción queda eliminada en cuanto abordamos la cuestión desde otra perspectiva. Hemos dicho que la actualización de una oración es condición necesaria para que pueda construir un enunciado, pero no condición suficiente. Pues bien, hay algunos casos en que una única oración cumple con todos los "requisitos" para ser enunciado: está delimitada por el cambio de sujeto discursivo; su significado está determinado y controlado por la intencionalidad del hablante -por lo que agota el sentido de su objeto-; y posee una forma típica de conclusión de acuerdo con su género. En estos casos -lo dice Bajtín-, nos hallamos ante "un material muy especial":

"Cualquier oración puede actuar como un enunciado completo, pero, en tal caso, según lo que se ha explicado, la oración se complementa con una serie de aspectos sumamente importantes no gramaticales, los cuales cambian su naturaleza misma" (Bajtín 1982:272).

Y, tras haber reconocido esto, el mismo autor nos da la solución al problema que aquí nos ocupa, cuando señala:

"Resulta que existen tipos de oraciones que *suelen* funcionar como enunciados enteros en determinados géneros típicos: así, las oraciones interrogativas, exclamativas y las órdenes" (Bajtín 1982:279).

Y más adelante (p.290) vuelve a afirmarse:

"Las oraciones interrogativas e imperativas *suelen* figurar como enunciados conclusos en sus géneros discursivos correspondientes."

En las dos citas anteriores hemos subrayado las dos veces la palabra *suelen*. Es fundamental no perder de vista el hecho de que se trata de una posibilidad, estadísticamente muy frecuente, pero no es nunca un requisito indispensable.

Lo que sí es cierto es que la propia estructura semántica (la forma lógica) de las oraciones interrogati-

vas las hace particularmente aptas para marcar la conclusión de un enunciado. En efecto, la existencia en ellas de una variable (sea de argumento, sea de polaridad) les confiere ese carácter de función proposicional, de proposición abierta, que *admite*, por tanto, ser cerrada, ser completada por otra intervención. El destinatario puede interpretar que, por medio de ese enunciado, su interlocutor le está "cediendo el testigo" y le propone un relevo en el uso de la palabra; en otras ocasiones -lo veremos más adelante- no se pretende una intervención verbal, sino una determinada acción. En cualquier caso, si un emisor plantea una estructura abierta que admite solución, está sugiriendo, de alguna manera, esa solución. Cuál sea esa manera depende de las circunstancias que enmarcan el acto de la enunciación.

Gracias a ese carácter conclusivo que, paradójicamente, le confiere su estructuración abierta, la interrogación puede constituir un enunciado en sí misma. Muchas veces va acompañada de otras oraciones; pero, incluso en estos casos, el "centro de gravedad" del enunciado está situado en la interrogación o, mejor dicho, nunca está situado exclusivamente en un punto diferente a ella. Ello es debido precisamente a esa capacidad de captar la atención que tiene la presentación al destinatario de una fórmula abierta. Adelantemos algunos ejemplos:

1)- ¿Puedes cerrar la ventana? Hace mucho frío

¿Cuál es la intención, el objetivo fundamental de este

enunciado? Conseguir que el destinatario cierre la ventana, que es la acción que se relaciona con la forma interrogativa. La otra oración constituye, sí, una explicación o justificación; pero lo que es importante resaltar es que ese texto no es nunca primordialmente una expresión de la sensación de frío del hablante, sino que todo él constituye una llamada de atención al oyente, la cual se centra en el contenido significativo expresado por la interrogación.

De modo análogo, en ciertos tipos de discurso, la frase interrogativa representa un clímax, un punto de máxima tensión. Ello queda claramente puesto de manifiesto en los enunciados de carácter argumentativo, en los que la interrogación recoge, con la polaridad invertida, el argumento que se considera más contundente (3):

- 2)- No vayamos por ese camino: la carretera es mala; el paisaje, monótono, y, además, ¿no es más largo?

Recapitulando lo anterior, podemos concluir que la interrogación tiene muchas posibilidades, en virtud de las especiales características semánticas que le confiere su naturaleza gramatical, de constituir por sí misma enunciados unioracionales típicos dentro de determinadas clases de discursos; y que, aun en los casos en que va acompañada de otras oraciones dentro del mismo enunciado, su papel no es nunca marginal, sino que, por el contrario, constituye el centro de gravedad o un punto de máxima tensión enunciativa.

### 10.2.2. Las bases del significado pragmático en los enunciados interrogativos

Acabamos de ver qué es el significado pragmático y cómo se opone al sentido gramatical. Hemos precisado también en qué medida puede considerarse apropiado estudiar los enunciados constituidos por estructuras interrogativas. Vamos ya, pues, a centrarnos en el análisis de los diferentes tipos de significado pragmático que puede adquirir un enunciado interrogativo; o, dicho de otro modo, nos ocuparemos ahora de los diversos objetivos que pueden perseguirse adecuadamente por medio de la emisión de un enunciado interrogativo.

Para ello es necesario responder, en primer lugar, a las siguientes cuestiones: ¿Cómo se realiza la interpretación de un enunciado? ¿Cuál es el mecanismo de toma de decisiones que permite a un oyente "descifrarlo" correctamente? Parece claro que, sea cual sea la perspectiva de análisis pragmático adoptada, el significado de un enunciado concreto depende tanto de su forma gramatical como de las condiciones que configuren el contexto de su emisión. Lo que ya resulta más difícil de precisar es hasta qué punto y en qué medida contribuye cada uno de estos factores. Moore y Carling (1982: 200-201) plantean así este problema:

"La cuestión es la siguiente: ¿qué peso tiene en la interpretación el hecho de que los lenguajes tengan formas características que co-

rresponden en un número de casos a funciones particulares? (...) ¿Se reconoce una pregunta porque la emisión tiene el orden y/o la entonación característica de una pregunta? ¿o es que uno espera una pregunta y encuentra en muchos casos que el orden y/o la entonación confirman sus expectativas?"

Para ellos, la respuesta adecuada se basa en una conjunción de ambos puntos de vista: cuenta la forma, pero cuentan también las expectativas contextuales. Ahora bien, la idea de la que parten es bastante diferente a la nuestra: para estos autores la forma gramatical interrogativa está determinando la fuerza ilocutiva de "pregunta".

En el modelo de análisis que hemos venido proponiendo, hay, en cambio, un rechazo abierto a la idea de que exista una relación *sistemática* entre forma gramatical y fuerza ilocutiva, tal como quiere la Teoría de actos de habla. No estamos negando, por tanto, la existencia de una relación intuitiva entre forma interrogativa y pregunta; lo que sí queremos señalar es que tal relación es sólo intuitiva, ocasional, y se ve afectada por condiciones externas a ella misma: no puede, por tanto, constituir una base firme para un modelo general de análisis de la interrogación.

En nuestra opinión, la única relación sistemática que puede haber es la que liga a la estructura sintáctica con el sentido que le es propio. Cualquier otra está

ya a merced de las variaciones que le impriman las circunstancias que envuelven el acto de la enunciación, y no puede considerarse, por ello, sistemática: el tipo de acto de habla que se realice al emitir un enunciado depende, sí, de su forma gramatical y del sentido a ella asociado; pero también, y en mucho mayor medida, de todos esos otros factores que configuran la enunciación. Son los enunciados, y no las oraciones, los que llevan a cabo un tipo de acto u otro.

El sentido gramatical es la base común sobre la que se construye el significado diverso de los distintos enunciados. Recordemos que en el caso de las oraciones interrogativas este sentido es el de una *estructura abierta*, incompleta, es decir, una fórmula proposicional que contiene al menos una variable. Las interrogativas no son, por tanto, proposiciones. Ello explica que no se les puedan asignar valores de verdad. Diremos, entonces, que tienen un *carácter no-factual*, como lo demuestra, además, la posibilidad de uso de ciertos elementos léxicos (4).

*Cualquier* interpretación de *cualquier* enunciado interrogativo debe partir, por consiguiente, de los rasgos de sentido que acabamos de señalar, ya que éstos constituyen la esencia misma de la estructura gramatical interrogativa. Y sobre ellos actuarán, aunque de manera diversa, todos los otros factores -ya extragramaticales- que conforman el acto de la enunciación. Una interpretación de un enunciado interrogativo no puede ser contradictoria o incoherente con respecto a los rasgos antes



indicados.

El sentido gramatical es la base, pero ¿qué otros principios debe tener en cuenta un oyente para poder interpretar de manera correcta un enunciado? O, dicho de otro modo, ¿cómo pueden integrarse adecuadamente todas las variables que forman el contexto para que pueda extraerse de ellas una interpretación? Los estudios pragmáticos de orientación clásica utilizan como mecanismo descriptivo la idea de que, mientras no se demuestre claramente lo contrario, los participantes en un intercambio comunicativo observan el Principio de Cooperación de Grice (1975:45):

"Contribuya a la conversación y como se requiera en la situación en que ocurra, por medio de la aceptación del propósito o dirección del intercambio comunicativo en el que está usted comprometido."

Este, a su vez, se desarrolla en cuatro máximas:

*Cantidad:* Haga que su contribución sea tan informativa como se requiera

*Calidad:* Que su contribución sea verdadera

*Relación:* Sea relevante

*Modalidad:* Sea claro en su expresión

Si alguna de ellas resulta transgredida, el oyente debe tratar de restablecer su vigencia por medio de una *implicatura*, que explique los motivos de esa transgresión y

que restaure el significado. Como el propio autor señala, éste no es un mecanismo peculiar de la actuación lingüística, sino que su aplicación puede fácilmente extenderse a otros tipos de acciones.

Ahora bien, como el mismo Grice reconoce, estas máximas resultan insuficientes porque olvidan todos aquellos casos en que lo importante no es exclusivamente el transmitir una información *verdadera* de un modo simple y eficaz. Parece lógico pensar, entonces, que si -como hemos convenido- las oraciones interrogativas no pueden calificarse de "verdaderas" o "falsas" en virtud de su propia estructura formal, difícilmente podremos utilizar estas máximas como marco de referencia con respecto al cual evaluar su adecuación y extraer las claves interpretativas que expliquen su significado. Deberíamos buscar otras máximas de carácter más general que convnieran a todo tipo de enunciados y no sólo a aquellos cuyo objetivo sea exclusivamente proporcionar una determinada cantidad de datos verdaderos. Y, sin embargo, el Principio de Grice parece, intuitivamente, correcto.

A nuestro juicio, el problema puede resolverse modificando el rango y el ámbito de aplicación de algunas de las máximas. El argumento es el siguiente: si la dificultad estriba en que la formulación original sólo contempla un caso concreto -el de la transmisión eficaz de información verdadera-, establezcamos que la validez de aquellas máximas que sólo controlan este tipo de intercambios, quede reducida precisamente a tales casos. ¿Cuáles son estas máximas? Obviamente las de Cantidad

y Calidad, que, como admite Grice, están directamente "relacionadas con lo que se dice". En cuanto a la máxima de Modalidad -relacionada con "cómo se dice"-, parece que puede extenderse a un mayor número de situaciones que las dos anteriores, aunque la claridad de expresión esté íntimamente ligada a ellas en la transmisión eficaz de información.

Bien diferente es, según nuestro entender, el caso de la máxima de Relación "Sea relevante". La relevancia no es una característica exclusiva de los casos que estamos comentando, sino que parece exigirse a cualquier enunciado. Podemos decir

3)a-	{ Su petición	} es irrelevante
b-	{ Su pregunta	
c-	{ Su afirmación	

y los ejemplos podrían multiplicarse. La relevancia tiene, por tanto, un rango superior al de las otras máximas, ya que es aplicable a cualquier contribución, ya sea verbal o no verbal. Por otro lado, tampoco es del todo ajena al Principio general de Grice, que indica "contribuya en la forma requerida...". Lo importante es, efectivamente, que las participaciones de cada interlocutor vayan en la dirección comúnmente compartida. En conclusión, cabría ampliar el Principio, añadiéndole como corolario este otro de *presunción de relevancia*: "Toda actuación es significativa y relevante".

El interés de tal supuesto queda claramente mani-

festado en la interpretación. Cuando aceptamos que una transgresión de la máxima de Cantidad o de Calidad es automáticamente revisada y reinterpretada por el oyente por vía de implicatura, estamos aceptando también que el que actúa es este Principio de relevancia: es precisamente el reconocimiento implícito de que tal principio existe lo que nos hace dotar de nuevo significado, "hacer relevante" esa aparente transgresión. Lo mismo sería válido también para otro tipo de transgresiones. La presunción de relevancia está, por tanto, salvaguardada por la actuación de un *mecanismo de inferencia*, que está constituido por toda una serie de procesos lógicos que hacen posible el desarrollo de las implicaturas. La dirección de funcionamiento de dicho mecanismo podría expresarse del modo siguiente: "Toda actuación que no se ajusta a alguno de los principios esperados tiende a ser reinterpretada sucesivamente, para buscar una lectura lo más relevante posible".

Decir que se rechaza un enunciado como irrelevante, significa que el mecanismo de interpretabilidad no ha encontrado datos suficientes como para poder convertirlo en relevante dentro del intercambio comunicativo que estaba teniendo lugar. Por supuesto, la interpretación puede fallar: si le decimos a alguien: "Su pregunta es irrelevante", nuestro interlocutor puede replicarnos, haciéndonos ver de qué modo era relevante dicha pregunta; es decir, proporcionándonos los datos necesarios para que, por medio de un procedimiento lógico, podamos deducir el interés de su contribución, y quede salvaguardado, así, el principio de relevancia.

Acabamos de referirnos a los datos sobre los que operan los mecanismos de inferencia para restablecer el significado. ¿Qué tipo de datos son éstos? Obviamente son los que posee el destinatario de un enunciado. Ello quiere decir que el oyente debe tener ciertos conocimientos y manejar ciertos supuestos *anteriores* a la recepción del enunciado. La interpretación se realiza con los datos que aporta el propio enunciado examinados a la luz del conocimiento previo que el oyente posee sobre su interlocutor y la situación de discurso. La interpretación es siempre *retrospectiva* con respecto al contexto.

Para que un enunciado pueda ser correctamente interpretado, el emisor debe construirlo de tal manera que prevea que el destinatario va a ser capaz de entenderlo, partiendo de los datos previos que obran en su poder. La única manera de hacer posible la intercomunicación sería utilizando sólo una base de conocimiento previamente compartido. Ahora bien, ¿cómo puede saber el emisor hasta dónde alcanza el conocimiento previo de su interlocutor? La respuesta a tal cuestión es ya más difícil. Sperber y Wilson (1986:16) señalan que

"Mientras resulta claro que los miembros de una misma comunidad lingüística convergen en el mismo lenguaje y plausiblemente también en las mismas capacidades de inferencia (5), no puede decirse lo mismo de sus supuestos con respecto al mundo. (...). Las facultades gramatical y de inferencia se estabilizan después de un periodo de aprendizaje y perma-

necen inalteradas de un enunciado o inferencia al otro. Por el contrario, cada nueva experiencia se suma al inventario de posibles contextos. Ello influye de manera decisiva en la interpretación de los enunciados, puesto que el contexto usado para interpretar un enunciado determinado generalmente contiene información obtenida de los enunciados inmediatamente precedentes."

El conocimiento previo está siempre en proceso de ampliación y reestructuración: no es en absoluto un "almacenamiento" inorgánico y estático de datos, sino que todas las ideas, creencias, supuestos y conocimientos particulares que lo componen están relacionados entre sí, aunque en constante cambio y evolución. Por ello, no puede decirse que exista un procedimiento completamente seguro y fiable que garantice siempre la perfecta intercomunicación. Sí debe existir, sin embargo, algún tipo de voluntad por parte de ambos interlocutores para tratar de buscar ese "terreno común" sobre el que fundamentar sus respectivas intervenciones.

Ahora bien, entre esos conocimientos previos que configuran el contexto hay que destacar muy especialmente la distancia social que une o separa a los interlocutores: ambos saben cuál es su situación relativa con respecto al otro, y saben también qué pueden aportar a esa relación o qué pueden esperar de ella. La comunicación pone en contacto a dos personas que inmediatamente se asignan a sí mismas una determinada posición -inferio-

ridad, igualdad o superioridad-, de acuerdo con las convenciones sociales vigentes en la sociedad a la que pertenecen. Esta relación determina toda la actividad lingüística, desde un simple saludo hasta una complicada disertación. Téngase en cuenta que el factor pertinente que mide la distancia social está también en relación con el entorno comunicativo preciso del acto de enunciación. Esto quiere decir, por ejemplo, que un muchacho no puede usar la misma fórmula de saludo para dirigirse a su padre o para hablar al comandante de su regimiento; ni siquiera en el caso de que se trate de la misma persona: son dos situaciones distintas y cada una de ellas está controlada por unas normas sociales propias, más o menos institucionalizadas, que obligan a considerar pertinentes unos rasgos y a despremiar otros, de acuerdo con la situación enunciativa. De modo análogo, no tiene ni la misma significación ni las mismas restricciones la pregunta que dirige el profesor al alumno y aquélla que dirige el alumno al profesor: cada uno de ellos ocupa un "lugar" diferente y esta circunstancia modifica decisivamente el significado pragmático incluso si ambos expresan en su enunciado la misma oración.

Muchos de los actos de habla que habitualmente se consideran distintos no lo son, en el fondo, por la naturaleza misma del objetivo que persiguen, sino que el tipo de relación que liga a los participantes que se ven involucrados:

- 4)a- Le ruego que cierre la puerta
- b- Le ordeno que cierre la puerta

La diferencia entre *rogar* y *ordenar* no radica en la finalidad del hablante (conseguir lo que expresa), sino en la distancia social y las relaciones jerárquicas que median entre los interlocutores.

La adecuada interpretación de un enunciado arranca del sentido de las estructuras gramaticales que lo componen. A partir de él, y de manera retrospectiva, su significado se analiza, intentando salvaguardar en la medida de lo posible la vigencia del Principio de Cooperación y la presunción de relevancia, a la luz del conjunto de conocimientos y creencias previas, y muy especialmente sobre la base de la relación que une a ambos interlocutores.

### 10.2.3. El valor del contexto en la interpretación

La influencia de todos estos factores extralingüísticos que acabamos de mencionar es realmente decisiva para la interpretación. Un enunciado sin contextualización no es un verdadero enunciado, sino una mera realización de una oración. Veamos ahora un ejemplo de cómo la situación comunicativa añade un gran número de valores de significado, que pueden ser muy diferentes entre sí de acuerdo con las variaciones que se establezcan en las condiciones que configuran el contexto de emisión. Se trata, en el fondo, de probar cómo una misma oración, emitida en situaciones distintas, puede servir



de vehículo a significados pragmáticos bien diferentes y, a veces, casi opuestos entre sí.

El ejemplo procede de Morgan (1975:301). Señala que un enunciado como

5)- ¿Tienes alguna idea de cuál es el valor de este jarrón?

puede interpretarse como

6)a- ¿Sabes cuál es el valor de este jarrón?

b- Dime, por favor, cuál es el valor de este jarrón

c- No tienes la menor idea del valor de este jarrón

Cada una de estas interpretaciones necesita, como es lógico, una contextualización adecuada para resultar viable. Morgan no propone ningún entorno comunicativo preciso, pero el lector puede imaginar fácilmente situaciones en que sería apropiada una interpretación, pero no las otras.

Vamos a modificar ligeramente el ejemplo de Morgan y a proporcionarle diferentes contextos. Veremos así cómo sin cambiar la oración, van modificándose los objetivos perseguidos por el emisor y los valores del significado pragmático en la interpretación del destinatario. Nuestra oración es

7)- ¿Tienes idea de lo que vale este jarrón?

Imaginemos ahora una primera situación. Dos arqueólogos realizan excavaciones en Egipto. Durante su trabajo, descubren un jarrón. Uno de ellos, el más joven, se dirige al otro, formulándole la *pregunta* de 7). Le interesa saber si su compañero tiene suficientes datos y elementos de juicio como para valorar ya la importancia de su hallazgo. La interpretación se ha realizado por medio del siguiente proceso: el emisor utiliza una oración interrogativa; ello significa estructura abierta (le falta la polaridad positiva o negativa) y, consiguientemente, carácter no factual. La relación entre los interlocutores es de igualdad; el más joven, sin embargo, valora la mayor experiencia de su compañero. El destinatario interpreta que el enunciado de su interlocutor, que no tiene asignación de polaridad, le invita a dar una respuesta sobre el estado actual de sus hipótesis sobre el valor de la pieza hallada.

Vayamos ahora con otro contexto. Dos delincuentes han perpetrado un robo; entre el botín, hay un valioso jarrón. Su objetivo es ahora deshacerse de todo lo robado vendiéndolo rápidamente. Los interlocutores están calculando cuánto dinero pueden obtener de cada pieza. La emisión de

7)- ¿Tienes idea de lo que vale este jarrón?

tiene ahora el valor de lo que Kiefer (1980) llama *pregunta focalizada*. Ya no se trata tanto de saber si el interlocutor sabe o no ese precio, sino de averiguar cuál es. Este proceso tiene lugar cuando una interroga-

ción total contiene un cuantificador indefinido: hay una marcada tendencia a desplazar el énfasis interrogativo de la polaridad hacia el indefinido -recuérdese la relación entre interrogativos e indefinidos-, tal y como ocurre en las interrogativas parciales. El procedimiento no es legítimo desde el punto de vista de la Lógica, pero se basa en el mismo principio -Fauconnier (1981:48 y ss.) lo llama *inferencia invitada* siguiendo a Geis y Zwicky- que convierte el condicional 8)a en el bicondicional 8)b, anulando la lectura 8)c que no es lógicamente contradictoria con respecto a 8)a:

- 8)a- Te castigaré si llegas después de las diez
- b- Te castigaré si, y sólo si, llegas después de las diez
- c- Te castigaré también si llegas antes de las diez;

o que asigne 9)b como única interpretación de 9)a, siendo que sería posible también 9)c:

- 9)a- Algunos delegados abandonaron la reunión
- b- Algunos delegados, pero no todos, abandonaron la reunión
- c- Todos los delegados abandonaron la reunión

Cambiamos de entorno. Se prepara una exposición de obras de arte. La pieza más importante es un valioso jarrón. El encargado de la sala en que va a tener lugar

habla con un amigo sobre las medidas de seguridad que han de tomarse para evitar que las piezas puedan ser robadas o dañadas. Este opina que las precauciones son excesivas. Su interlocutor trata de convencerle de lo contrario, argumentando que el número de visitantes va a ser muy elevado, que la compañía de seguros aumentará la cuantía de la prima si las medidas de seguridad son deficientes,... etc. Concluye su alegato con la oración

7)- ¿Tienes idea de lo que vale este jarrón?

que funciona aquí como lo que habitualmente se conoce con el nombre de *interrogación retórica*: se caracteriza por su valor argumentativo y por la inversión de polaridad que requiere su interpretación reflejada en

10)- No tienes ni idea del [enorme] valor de este jarrón

Esta idea se considera como el argumento más contundente para descalificar los del interlocutor. La superioridad de conocimientos artísticos del encargado del museo con respecto a su amigo (reconocida también por éste) hace posible esta interpretación argumentativa. Si intercambiásemos los papeles, este valor quedaría automáticamente destruido y el enunciado se interpretaría como uno de los ejemplos anteriores.

Si quienes hablan ahora son madre e hijo pequeño, la situación contextual cambia por completo. Supongamos que el niño juega despreocupadamente en el salón de la

casa, demasiado cerca del jarrón de porcelana que adorna un rincón. La madre lo descubre y exclama

11)- ¡No juegues aquí! ¿Tienes idea de lo que vale ese jarrón?

La superioridad jerárquica del emisor sobre el destinatario vuelve a estar clara, como el ejemplo anterior; pero, así como en aquél se trataba de desautorizar al destinatario por su ignorancia, en este caso el énfasis se pone en la ponderación del valor del jarrón. La interpretación es

12)- Este jarrón es muy valioso

Nuevamente la "inferencia invitada" nos hace pasar de la puesta en duda del conocimiento del oyente hasta la *afirmación* enfática de lo que aquél ignora.

Dentro de la misma línea, pero dando un paso más, puede encontrarse la interpretación a que da pie la siguiente situación: alguien se va a cambiar de casa y está embalando sus pertenencias; un amigo se ha ofrecido a ayudarlo, y, para no estar constantemente pidiendo instrucciones, va haciendo lo que piensa que puede ser útil; toma el jarrón y lo introduce sin ningún miramiento en una caja que contiene otros objetos de adorno; su amigo entonces le recrimina

13)- ¡Eh! ¿Qué haces? ¿Tienes idea de lo que vale ese jarrón?

Aunque hayamos dicho que se trata de dos amigos, el propietario de la casa adquiere en esta situación un mayor rango, puesto que es él quien puede dar instrucciones de cómo desea que se hagan las cosas al amigo que ha ofrecido su ayuda. La recriminación es análoga a la del ejemplo anterior, pero en este caso, a la idea expresada por

12)- Este jarrón es muy valioso,

se añade esta otra implicatura

14)- Trata con cuidado ese jarrón

que aparece expresada en forma de *mandato* porque deriva de la acción que estaba realizando el destinatario en los momentos inmediatamente anteriores a la emisión del enunciado.

Imaginemos ahora que un anticuario recibe en su tienda a un amigo no especialista en antigüedades. Le va mostrando las piezas más destacadas y, deteniéndose ante un hermoso jarrón chino, le dice

7)- ¿Tienes idea de lo que vale este jarrón?

El experto -recordémoslo- es el emisor, no el destinatario: puede estar proponiéndole una "adivinanza" a su interlocutor; pero más plausiblemente -y puesto que tiene datos suficientes para suponer que el oyente no tiene la más mínima idea-, lo que pretende es no pedir sino

*introducir una información.*

Incluso, y modificando ligeramente la oración, podemos encontrar otro valor pragmático diferente. El enunciado constituido por

15)- ¿Sabes lo que vale el jarrón?

puede constituir también una *interrogación hipotética* por medio de la cual, y como su nombre indica, el emisor avanza una hipótesis para explicar algún hecho o situación. En este caso el enunciado debe estar caracterizado por una línea melódica peculiar:

"... casi uniformemente horizontal, desde el primer acento de intensidad, uno o dos semitonos por encima de la nota normal, hasta la última sílaba acentuada, en donde la voz alcanza el tono agudo, para continuar su inflexión ascendente en las sílabas finales inacentuadas o dentro de la misma sílaba acentuada final." (RAE 1973:1.7.4 d)

Para hacer posible esta lectura supongamos que dos personas han encontrado un jarrón. Como no son especialistas, deciden llevarlo a un experto para que lo tase, pero éste va demorando la solución. Finalmente, una de las dos personas va a hablar con él, y regresa con el semblante alegre. Su amigo emite 15) con la entonación descrita, lo cual equivale a avanzar una hipótesis sobre la causa de la alegría de su interlocutor.

Es sorprendente ver cómo una misma estructura sintáctica se interpreta con valores significativos tan diversos -a veces, casi contradictorios- como los que acabamos de presentar; y ello, además, tiene lugar gracias a variaciones en ocasiones mínimas del contexto y de la propia enunciación. Hemos querido, con ello, demostrar que no hay un único valor ilocutivo ligado a una forma sintáctica, sino que éste depende de la situación enunciativa. La base común es semántica y subyace a todas las interpretaciones. Pero es el entorno el que *añade* esos otros valores que conforman el significado final. No hemos pretendido aquí presentar explicación, sino simplemente examinar cuál es el estado de la cuestión (6).

### *10.3. Modelos de análisis pragmático de los enunciados interrogativos*

En este apartado recordaremos muy brevemente las principales propuestas que se han sucedido en los últimos años para el análisis de los enunciados interrogativos. Lo haremos sólo en su vertiente teórica -esto es, en aquella que se refiere a los principios metodológicos generales y a los criterios de clasificación-, puesto que los ejemplos concretos que tratan estos autores serán objeto de un estudio más detallado dentro de la clasificación que propondremos nosotros.



La tesis más comúnmente aceptada es la que sostiene que el significado primario de la interrogación es, más o menos, la petición de información: ésta es la idea tradicional, la de muchos lógicos -lo vimos ya en el capítulo correspondiente-, y también la de muchos lingüistas desde Katz y Postal (1964) y las hipótesis de los morfemas realizativos abstractos. Esta concepción hace aproximarse, por tanto, las posiciones de estudiosos cuyas perspectivas de análisis y horizontes teóricos son bien distintos.

Así opina, por ejemplo, Chafe (1970:338) cuando dice:

"El significado de la estructura interrogativa es que el hablante pide al oyente que le suministre información nueva (y verdadera) de una clase hecha explícita por el resto de la oración."

Cuando se usan, estas formas

"... inducen al que escucha a dar una respuesta lingüística, y esto se hace sin usar la forma imperativa de un verbo como *decir* o *contar*, ...etc." (Chafe 1970:335)

El resto de las interpretaciones posibles se obtienen por una serie de mecanismos que anulan el valor primario y lo sustituyen por otro. Esta es la idea promovida por la Teoría de actos de habla, cuando distingue en-

tre *actos directos e indirectos*. Los actos indirectos son convencionales y se reconocen porque no se ajustan a las condiciones requeridas para el cumplimiento del acto directo que correspondería a la forma sintáctica presentada. Por lo que a las interrogativas se refiere, Searle (1975) señala que se realizan actos indirectos formulando preguntas sobre las condiciones preparatorias, de sinceridad o esenciales necesarias para llevar a cabo el acto realizado. Así, para realizar peticiones, sugerencias o críticas se hacen preguntas referidas:

- a) a la capacidad del oyente de hacer un acto A:
  - ¿Puedes pasarme la sal?
  - ¿Tienes cambio de mil?
  - ¿Podrías hacer menos ruido?
- b) al hecho de hacer A el oyente:
  - ¿Van a dejar de hacer ese ruido pronto?
  - ¿Vienes con nosotros?
- c) al deseo del oyente de hacer A:
  - ¿Quieres darme ese martillo?
  - ¿Te importaría no hacer tanto ruido?
  - ¿Sería mucha molestia para ti acompañarla?
- d) a las razones del oyente para hacer A:
  - ¿Es necesario que sigas haciendo ese ruido?
  - ¿Por qué no te paras aquí?

Sobre una base parecida se asientan trabajos tan conocidos como los de Sadock (1974) que propone su famosa terminología híbrida para referirse a los actos indirectos realizados mediante formas interrogativas:

Whimperatives = *Wh* (morfema común a las proformas interrogativas inglesas) + *imperativos*.

Queclaratives = *Questions* + *Declaratives* (Preguntas + Aserciones)

Requestions = *Requests* + *Questions* (Peticiones + Preguntas)

De modo análogo, un marco de análisis similar al que surge de la Teoría de actos de habla es el que emplea Crisari (1975) al referirse a los usos de la interrogación. Tras haber afirmado:

"La naturaleza realizativa del enunciado depende exclusivamente de la intención del hablante." (Crisari 1975:30),

-lo cual podía hacer pensar en una postura metodológica desligada de aquellas nociones-, Crisari (1975:31) continúa diciendo:

"Partimos del supuesto de que las interrogativas tienen un valor "no marcado", que llamaremos "institucional" (ligado a un tipo de forma lingüística), y que los otros valores pragmáticos manifestados por ellas son recon-

ducibles a la presencia de varias presuposiciones que, combinadas con las convenciones usuales del discurso, dan lugar a determinados efectos."

El valor "institucional" -ligado a una forma lingüística, al igual que sostiene la Teoría de actos de habla- al que dicho autor hace referencia es el de pregunta. En ella

"... se pide al oyente que informe sobre la verdad o falsedad de lo que se afirma hipotéticamente en la pregunta." (Crisari 1975:31),

la cual está caracterizada "por una serie de presuposiciones necesarias y fijas", que son:

- que el oyente puede responder: tiene suficiente conocimiento de los hechos...etc.;
- que el hablante no sabe la respuesta;
- que el hablante no tiene ninguna suposición con respecto a la proposición planteada.

El resto de las fuerzas pragmáticas que puede adquirir una interrogación se apoya en una serie de presuposiciones adicionales, o en la necesidad de recurrir al conocimiento del mundo o de la situación para poder alcanzar la interpretación adecuada. Estas presuposiciones suplementarias son de naturaleza diversa. Señalemos algunas de ellas:

- para peticiones y sugerencias:  
"El hablante quiere que el oyente haga x";
- para interrogaciones retóricas:  
"El hablante sabe x. El hablante niega x";
- para preguntas de examen:  
"El hablante sabe la respuesta, pero no sabe si el oyente la sabe";
- para peticiones de instrucción:  
"El hablante pregunta al oyente si es oportuno hacer x".

Crisari (1975:53) concluye

"El juego de tales presuposiciones, y en particular sus combinaciones recíprocas o con los conocimientos del mundo y de la situación, dan lugar a numerosos efectos pragmáticos con una vasta serie de matices. Por ello puede parecer imposible individualizar y analizar todos los posibles usos pragmáticos del lenguaje; pero tal impresión está desmentida por el hecho de que estas operaciones son realizadas continuamente por cualquier hablante competente, aunque no sea consciente de ello, en el curso de la vida cotidiana."

Wierzbicka (1980) presenta una postura muy radical. Parte de la equiparación entre oración interrogativa y pregunta. Sin embargo, expone sus objeciones a la idea

de que el significado interrogativo sea el de petición de información representado por *Quiero que me digas*, como han sostenido muchos. Su argumentación se basa en el hecho de que las preguntas y las peticiones de información difieren en que ni es adecuado el mismo tipo de réplica, ni se reproducen de la misma manera cuando se pasan a estilo indirecto real. Pongamos unos ejemplos:

16)a- Dime quién es el novio de María

b- ¿Quién es el novio de María?

17)a- No lo sé

b- No quiero

c- No lo haré

18)a- Me pidió que le dijera quién era el novio de María

b- Me preguntó quién era el novio de María

La réplica 17)a es adecuada tanto para 16)a como para 16)b; en cambio 17)b y 17)c sólo pueden replicar a 16)a y no a ambos. Por otro lado, la manera de referir el acto verbal también varía: puede usarse 18)a para 16)a-b, pero 18)b es adecuado exclusivamente para 16)b. De todo ello, deduce Wierzbicka (1980:315)

"El propósito de la *pregunta* es el componente *Quiero saber*, y no el componente *Quiero que me digas*: éste lo comparten las preguntas y las peticiones de información y, como hemos visto antes, ambas son relatadas [reported]

de modo diferente, así que no puede ser ese el propósito, ya que lo que se relata es precisamente el propósito."

Esta idea deja fuera a los enunciados interrogativos que no funcionan como preguntas. Wierzbicka (1980:316) tras haber afirmado:

"Por supuesto, no todas las oraciones interrogativas son preguntas. Uno está tentado a suponer, de todas formas, que la mayoría -si no la totalidad- de las oraciones superficialmente interrogativas tienen algo en común con las preguntas. Probablemente la invariante semántica común a todas las oraciones interrogativas, si es que la hay, debe encontrarse en el dictum más que en otro componente."

toma la sorprendente decisión de "reconvertir" los otros usos, buscándoles una lectura de preguntas. Así, los ejemplos de 19) se interpretan como sus correspondientes de 20):

- 19)a- ¿Quién estudia ya a Aristóteles? (retórica)
- b- ¿Por qué pintas la casa de morado? (crítica)
- c- ¿Por qué no haces pollo esta noche? (sugerencia)
- d- ¿Dónde no habrán estado? (pseudo-negativa exclamativa)

- 20)a- Quiero saber si hay alguien que estudie a Aristóteles
- b- Quiero saber por qué pintas la casa de morado
- c- Quiero saber por qué no haces pollo esta noche
- d- Quiero saber un sitio en el que no hayan estado

Su propuesta se relaciona con las ideas de Åqvist o Hintikka, puesto que está explicando los usos interrogativos como intersección entre la lógica bulomaica (Quiero) y la epistémica (Saber). Surgen, entonces, los mismos problemas que planteaba la aproximación de aquellos otros autores, cuyas desventajas ya señalamos en su momento.

Fauconnier (1981) presenta una original propuesta. Para él hay una identificación entre forma interrogativa y fuerza ilocutiva de pregunta. Todos los demás usos son actos indirectos. Se reconocen porque las condiciones de adecuación ("felicity conditions") utilizadas no son las pertinentes para el acto expresado, así que hay que pensar que lo que se está realizando es el acto para el que sí son pertinentes. Los principios que hacen posible las interpretaciones de los actos indirectos no tienen su aplicación exclusivamente en el terreno de la actuación lingüística, sino que son mecanismos que controlan también otros tipos de acciones humanas, especialmente las de naturaleza simbólica. La enunciación queda, entonces, incluida dentro de una teoría general de la



acción. Estos principios son tres:

- *Principio de interrupción*

"Una situación  $S$  se considera equivalente a  $S'$ , que sería su consecuencia si siguiera la acción", siempre que de  $S$  interese su valor simbólico. Así, por ejemplo, cuando se juega un partido de tenis a cinco sets, si uno de los jugadores gana los tres primeros, puede interrumpirse la acción, porque el resultado simbólico (la victoria) ya se ha conseguido con ganar los tres sets.

- *Inferencia invitada*

Se trata de un tipo de deducción desde el punto de vista lógico ilegítima, pero que se utiliza muy frecuentemente en la actuación humana. Ya pusimos ejemplos de la conversión del condicional en bicondicional y de la interpretación de "algunos" como "sólo una parte". El ejemplo que usa Fauconnier es el siguiente:

21)a- Fue difícil pero, gracias a Dios, pudo ayudarme

b- Fue difícil pero, gracias a Dios, pudo ayudarme, (pero no me ayudó)

c- Fue difícil pero, gracias a Dios, pudo ayudarme, (y me ayudó)

21)a podría tener, *a priori*, las dos lecturas propuestas en 21)b y c: el hecho de que alguien pueda hacer algo no implica que lo haga. La inferen-

cia invitada es precisamente la que nos lleva a interpretar 21)a como 21)c, y no como 21)b.

- *Anticipación social*

"En una determinada situación ciertos actos son frecuentes o esperables en virtud de determinadas convenciones sociales. Entonces, cuando se satisfacen sus condiciones, su realización será anticipada."

¿Cómo se emplean estos principios para poder derivar el acto indirecto? Para explicarlo, Fauconnier (1981:51) propone el siguiente ejemplo:

22)- ¿Necesitas ayuda?

Este enunciado, emitido en una situación adecuada, cumple la condición de anticipación social. La inferencia invitada hace que se interprete que sólo se pregunta lo que no se conoce: se interroga, entonces, la condición previa. En virtud de la aplicación de la anticipación social y la interrupción, se interpreta que si se pregunta por la condición previa es porque se es capaz de cumplir adecuadamente todas las demás que conducen a la realización final del acto ilocutivo.

Kiefer (1981), por su parte, fundamenta su clasificación tomando como base un modelo de naturaleza epistémica. La diferencia esencial que presenta este autor con respecto a los que hemos examinado anteriormente radica en el hecho de que, en principio, no equipara ya a to-

das las interrogativas con las preguntas, y tampoco piensa que la petición de información sea el uso prioritario de este tipo de enunciados. Así, Kiefer (1981:162) postula que hay una estructura semántica común a todos los usos pragmáticos de las oraciones interrogativas:

"El hablante plantea *p* como una estructura abierta que requiere solución."

Sobre este principio se construyen los diferentes significados pragmáticos, que se fundamentan en los diversos tipos de *actitud cognoscitiva del hablante*. El autor distingue cuatro tipos diferentes:

- i) "El hablante no sabe la respuesta pero supone que el oyente sí la sabe". Corresponde a las preguntas que piden información.
- ii) "Ni el hablante ni el oyente saben la respuesta, y el hablante sabe que el oyente no la sabe". Se trata en este caso de una interrogación-problema, por medio de la cual se atrae la atención sobre la importancia de dicha materia.
- iii) "El hablante conoce la respuesta pero no está seguro de si él oyente la sabe o no". Esta situación engloba a las preguntas de examen y didácticas en general.
- iv) "El hablante y el oyente conocen la respues-

ta, y el hablante sabe que el oyente la conoce". Es la actitud cognoscitiva que sirve para caracterizar a las interrogaciones retóricas y exclamativas.

Como pruebas de la adecuación de su análisis, Kiefer propone, entre otras, la de la transformación de las interrogativas directas en indirectas: de este modo, lo que son actitudes cognoscitivas del hablante quedan convertidas en contenido proposicional y reflejadas en la misma forma lingüística.

El modelo de Kiefer resulta correcto para el tipo de interrogativas que describe, pero no puede extenderse fácilmente a todos aquellos otros usos pragmáticos en los que ni está involucrado el conocimiento del hablante, ni se persigue una respuesta verbal: es el caso de las peticiones y mandatos realizados por medio de un enunciado interrogativo. Sin embargo, es interesante porque parte ya de la idea de que existe una única base semántica común a todas las oraciones interrogativas, independientemente del acto ilocutivo que realicen los diferentes enunciados.

Claramente ya dentro de una línea opuesta a la identificación *interrogativa=pregunta* se hallan los trabajos de otros autores (7). Destaquemos, entre ellos, el de Hudson (1975), quizá el más importante de los últimos años. Parte de la idea de que, mientras que se puede aislar un número finito de categorías sintácticas, sin embargo, el número de fuerzas ilocutivas es casi ilimi-

tado. La razón de que esto sea así radica en que dichas fuerzas ilocutivas son el resultado de la interacción de las categorías sintácticas con la situación global. Incluso señala:

"Aunque no sea del todo exacto, puede decirse que cualquier oración puede tener cualquier fuerza ilocutiva en las circunstancias adecuadas." (Hudson 1975:3)

Efectivamente, aunque tal afirmación no es exacta en sentido estricto, refleja, sin embargo, la complejidad de los hechos: recuérdese el ejemplo que propusimos en el apartado anterior. Y Hudson (1975:4) recalca:

"Las fuerzas ilocutivas son propiedades de los enunciados: es el acto de emitir una oración lo que tiene fuerza ilocutiva, y no la oración en sí misma. Esto parece claro, ya que la misma oración, emitida en ocasiones diferentes puede tener un número casi ilimitado de fuerzas ilocutivas."

Para analizar todos estos usos diversos de los enunciados interrogativos, Hudson construye un modelo basado en la relación entre el hablante y la oración. Cada estructura formal lleva asociadas unas *condiciones de sinceridad*:

"... una oración declarativa y su correspondiente interrogativa polar definen la misma

proposición, pero no el mismo conjunto de relaciones entre ésta y el hablante (...). En otras palabras, para que la emisión de una oración declarativa cuente como "normal" (tal vez uno podría usar este término en un sentido técnico), es necesario que el hablante crea que la proposición es verdadera; pero la enunciación de una interrogativa polar es normal a condición de que el hablante no crea que la proposición es verdadera, pero sí que puede serlo (Katz 1972:210); y que crea que el destinatario es al menos tan apto como él para saber si es verdad." (Hudson 1975:7)

Nuestro autor precisa que el término *normal* no debe interpretarse en su acepción puramente estadística: quiere decir, por el contrario, que se presupone que la condición se cumple, siempre que no se demuestre claramente lo contrario. En su funcionamiento se asemeja, pues, al Principio de Cooperación de Grice. Hudson indica que el cumplimiento de la condición de sinceridad no implica que el destinatario deba *hacer* nada en particular con el enunciado, puesto que su reacción ya es de naturaleza conversacional y depende, en todo caso, de los principios pragmáticos que organizan la comunicación.

Los diferentes tipos de enunciados interrogativos son una consecuencia de cuáles sean los aspectos concretos de la condición de sinceridad que se enfatizan, y de si se asocian otras condiciones de sinceridad. La condición de sinceridad para las exclamativas es

"El hablante está impresionado por el grado en que se presenta una propiedad definida por la proposición." (Hudson 1975:10)

En la interrogación exclamativa, el hablante *sí* sabe la respuesta y supone que el oyente también; pero plantea su enunciado para mostrar que espera que su interlocutor también la sepa y que esté de acuerdo con él. Así:

23)a- ¿No es un vestido precioso?

b- Es un vestido precioso ¿no?

En cuanto a las interrogativas retóricas constituyen para Hudson un caso muy especial, porque no tienen nada en su estructura que indique el destinatario que no debe dar una respuesta. Son las circunstancias las que dan la retoricidad, así que no hay -según dicho autor- justificación para considerar que forman un grupo aparte, puesto que la misma condición de sinceridad que se aplica a las preguntas es válida también para aquéllas. Hudson estudia luego los diferentes tipos de "tags" que existen en inglés, de sus posibilidades sintácticas y de su significado. Puesto que no tienen un correlato de tanta importancia en español, no nos ocuparemos aquí de ellos.

Hasta aquí nuestro resumen del trabajo de Hudson. Su propósito es mostrar de qué manera son diferentes el significado asociado a la forma lingüística y aquél otro que depende de las condiciones de enunciación. El análisis de las relaciones entre interrogación y exclamación

es esclarecedor en muchos sentidos, y pone de manifiesto interesantísimas relaciones. Su aproximación, sin embargo, no explica en absoluto los usos de enunciados interrogativos para hacer peticiones, mandatos, sugerencias..., y no parece claro tampoco de qué manera podrían integrarse en su modelo sin modificar la condición de sinceridad que él asigna a la oración interrogativa en cuanto estructura gramatical.



## Notas

- 1- Recuérdese, a este respecto, la existencia de trabajos como el de Travis (1981)
- 2- Como puede suponerse, usamos aquí el adjetivo *semánticas* en la acepción que hemos venido defendiendo en el texto; es decir, como referido al *sentido*, al significado determinado por los rasgos formales de la oración en cuanto unidad gramatical. Nada tiene que ver, por tanto, con la idea tradicional de la oración como unidad con "sentido completo", que se halla más cerca de una concepción referencialista del significado.
- 3- La idea proviene del interesantísimo estudio de Anscombe y Ducrot (1981) y se basa en una serie de pruebas sobre el rango de los argumentos utilizados en una discusión y el orden que éstos adoptan cuando se integran en series coordinadas. Sobre todo ello volveremos necesariamente más adelante.
- 4- De todo ello hemos hablado ya con bastante detenimiento en capítulos anteriores. Véase a este respecto lo dicho en los dedicados al sentido de las oraciones interrogativas y al papel de la negación en este tipo de fórmulas.
- 5- Téngase en cuenta que cuando Sperber y Wilson hablan aquí de inferencia están usando el término en un sentido mucho más restringido que el que le estamos dando nosotros. Para ellos, como puede deducirse fácil-

mente de lo dicho, la capacidad de inferencia es de tipo "lingüístico" y general, y está más cerca de lo que Grice llama implicatura convencional.

- 6- Algunos de los contextos elegidos son deliberadamente pintorescos para hacer más fácil y evidente la interpretación del enunciado propuesto en cada caso. Todos ellos podrían sustituirse por escenas más cotidianas: imaginemos, por ejemplo, que en el primero el enunciado puede haber sido emitido por una mujer que ha ido a las rebajas y regresa a su casa muy satisfecha con el jarrón que acaba de comprar; el interlocutor puede ser su marido...
- 7- Kempson (1975:42), por ejemplo, señala que

"... las formas interrogativas e imperativas no son ellas mismas indicadoras de fuerza ilocutiva. Las preguntas [=interrogaciones] y las órdenes están abiertas a tantas interpretaciones como las aserciones. Así, una pregunta como *¿Piensan marcharse pronto?* no es más explícita en cuanto a su fuerza ilocutiva que su aserción correspondiente *Piensan marcharse pronto*. Puede usarse como una orden implícita (...), una implícita amenaza (...) o una aseveración implícita (...). como demuestran los ejemplos, la identificación de fuerza ilocutiva es tan indeterminada con las aserciones como con las no aserciones. En resumen, no parece haber razones para suponer una correspondencia biunívoca

entre los operadores de aserción, pregunta y orden, y conceptos tales como fuerza ilocutiva."

Recordemos que en la terminología anglosajona se usa habitualmente el término "pregunta" para referirse exclusivamente a la oración de modalidad interrogativa, y no al acto ilocutivo que pueda realizar. Este es el sentido en el que hay que interpretar las palabras de Kempson.

Capítulo 11

LAS PREGUNTAS.

### *11.1. Introducción*

Vamos a comenzar nuestro estudio de los diferentes tipos de significado pragmático de los enunciados interrogativos ocupándonos de las preguntas. Para que un análisis de las preguntas sea satisfactorio, según Berrendonner (1981:153), debe ser tal que:

- "-las frases interrogativas directas estén provistas de un significado primitivo de naturaleza denotativa y no ilocutiva;
- que este significado no sea asimilable al de un verbo realizativo que denote el acto de la pregunta; y
- que permita, sin embargo, explicar cómo nace en la enunciación el valor de *acto de pregunta*."

Por nuestra parte, compartimos plenamente las ideas de es-

te autor sobre los requisitos que debe cumplir el análisis de las preguntas, y pensamos que pueden extenderse también al estudio de todos los enunciados interrogativos.

No estamos, sin embargo, de acuerdo con el modelo que propone el autor francés, quien postula que toda la sintaxis de la interrogación tiene en común el hecho de presentar marcas de subordinación o su huella (?). Es, entonces, el término regente el que puede ser interpretado de diversas maneras, dando, así, lugar a los diversos significados pragmáticos de la interrogación, entre ellos el de pregunta.

El modelo que propondremos nosotros no utiliza la misma explicación que propone Berrendonner, pero sí se ajusta a los requisitos que él considera exigibles a un análisis pragmático de las preguntas.

## *11.2. ¿Qué es una pregunta?*

Por *pregunta* entendemos la petición de información realizada por medio de un enunciado interrogativo directo. Que tratemos de ella en primer lugar no debe en absoluto interpretarse como un reflejo o una consecuencia lógica del carácter supuestamente prioritario que algunos conceden a este uso. La petición de información es, sin duda, importante dentro de una Pragmática de la interro-

gación, pero no es toda la Pragmática de la interrogación. Ya hemos visto cuáles son los resultados de edificar un modelo de análisis fundamentado en la identificación -tan extendida- entre oración interrogativa y pregunta. Si nos ocupamos de ella antes de abordar otros usos, es sencillamente porque, de este modo, partimos del terreno más conocido.

Comencemos a examinar la definición propuesta con un poco más de detalle. Cuando decimos que la pregunta está constituida por un enunciado interrogativo directo, estamos aludiendo a la que Berrendonner (1981) llama "significado denotativo", y al que le hemos dado nosotros el nombre de *sentido*.

En efecto, la sola aparición de una oración interrogativa ya dota al enunciado de las características semánticas (es decir, de significado gramatical) que le corresponden por su propia forma sintáctica. En el caso de las oraciones interrogativas, el sentido es -recordémoslo una vez más- el de una estructura abierta que contiene, al menos, una variable, y que admite una solución. Por ser una estructura abierta, la interrogación adquiere también ese carácter no factual que le es propio: los enunciados interrogativos no pueden ser ni verdaderos ni falsos. Su naturaleza gramatical, "denotativa" y no ilocutiva está bien clara, por cuanto que el sentido depende directamente de la configuración oracional y no de las condiciones de emisión.

Cuando decimos que la pregunta es una petición de in-

formación no pretendemos, en modo alguno, proponer una lectura realizativa o una paráfrasis que refleje una supuesta estructura profunda del tipo de *Quiero que me digas...* o *Quiero que tu causes que yo sepa...* Tampoco estamos cayendo en el error que denunciaba Wierzbicka (1980) al demostrar la inadecuación de equiparar las denominaciones de pregunta y petición de información. Como ella dice -ya lo recordábamos anteriormente-, los enunciados

1)a- Dime quién es el novio de María

b- ¿Quién es el novio de María?

admiten ser relatados por 2)a; sin embargo, 2)b sólo es adecuado para 1)b, y no para 1)a:

2)a- Me pidió que le dijera quién era el novio de María

b- Me preguntó quién era el novio de María

Por otra parte, las réplicas 3)a-b sólo son adecuadas para 1)a, pero no para 1)b:

3)a- No quiero

b- No lo haré

Todas estas observaciones son acertadas, y constituyen los argumentos utilizados por Wierzbicka para rechazar la identificación entre pregunta y petición de información.

Lo que estamos proponiendo aquí es, sin embargo, li-



geramente distinto. En efecto, no se trata en absoluto de postular una equiparación completa entre ambas denominaciones, sino de relacionarlas, de definir a una con respecto a la otra. Así, cuando decimos que una pregunta es una petición de información no queremos decir que toda petición de información haya de ser necesariamente una pregunta: sólo lo es aquélla que se realiza por medio de un enunciado interrogativo. La pregunta, por tanto, es un *tipo* de petición de información gramaticalmente determinado. Petición de información es, pues, el nombre genérico que damos a una serie de actos de habla, independientemente de la forma gramatical que revistan los enunciados que se usan con este propósito.

Esta -y no la que propone Wierzbicka (1980)- es a nuestro entender la auténtica razón de que no empleemos ni las mismas formas de discurso relatado, ni los mismos tipos de réplica para uno y otro enunciado. Creemos que dicha autora se equivoca, no en la descripción de los hechos, sino en su análisis. Cuando usamos 2)a, estamos refiriendo el *objetivo*, el propósito de enunciados como 1)a y 1)b, y no la forma gramatical en que tal objetivo se realiza; por el contrario, cuando usamos 2)b, relatamos ese mismo objetivo y damos, además, información complementaria sobre el modo particular en que nos fue presentado dicho propósito. Por ello, 4)a es, aunque extraña, lógicamente interpretable, mientras que no lo es 4)b, que resulta a todas luces incoherente:

- 4)a- Me pidió que le dijera quién era el novio de María, pero no me lo preguntó (=no lo hizo por medio de una pregunta)

b- #Me preguntó quién era el novio de María,  
pero no me pidió que se lo dijese.

De modo análogo, tampoco las réplicas propuestas por Wierzbicka son homogéneas, en el sentido de que no todas ellas inciden en el mismo aspecto de la enunciación. Si alguien dice

5) - No lo sé

esta respuesta es válida para cualquier petición de información, independientemente de cuál sea la estructura gramatical de sirva como vehículo a su realización; y lo es porque rechaza la presunción (común a toda petición de información) de que el destinatario sabe la respuesta. Por el contrario, cuando se replica con frases como 3)a-b lo que se rechaza ya no es la presunción antes citada, sino la forma lingüística empleada, concretamente el imperativo. Nótese, a este respecto, que el pronombre *lo* en 3)b se refiere a *decir*

1)a- Dime quién es el novio de María

3)b- No

↑  
lo

haré

y no exclusivamente a su objeto (la interrogación indirecta)

1)a- Dime quién es el novio de María

3)b- No

\*↑  
lo

haré

El *lo* de 5) si se refiere, en cambio, a la interrogación tanto en 1)a como en 1)b:

1)a- Dime quién es el novio de María

5) - No                      <sup>\*</sup>↑  
                                  *lo*                                      sé

1)a- Dime quién es el novio de María

5) - No                      ↑  
                                  *lo*                                      sé

1)b- ¿Quién es el novio de María?

5) - No                      ↑  
                                  *lo*                                      sé

Hemos revisado ya dos de los tres requisitos que señalaba Berrendonner. Nos queda aún por precisar el último, que es de la mayor importancia, porque en él radica la clave de la interpretación del enunciado. Nos referimos, claro está, a las condiciones que hacen posible el "nacimiento" del significado de pregunta. A este respecto, convendría recordar la interesantísima observación hecha por Ducrot (1972:4):

"El poder propiamente interrogativo de la pregunta debe estar entonces fundado sobre una especie de deontología -que no tiene nada de natural- que atribuye a ciertas fórmulas, pronunciadas en ciertas circunstancias, el poder

(exorbitante) de obligar al destinatario a continuar el discurso."

La afirmación de Ducrot es importante desde varios puntos de vista. Por un lado, está subrayando el carácter convencional tanto del acuerdo tácito que preside la comunicación y le sirve de marco en el que desarrollarse, como de los actos enunciativos que se llevan a cabo. De otra parte, señala que son las circunstancias -unas determinadas circunstancias- las que tienen la capacidad de conferir a las formas gramaticales un determinado valor. Unido a lo que hemos dicho en primer lugar, todo ello quiere decir que las circunstancias que definen qué acto se realiza son convencionales; o, dicho de otro modo, que existe una serie de condiciones prefijadas convencionalmente que determinan el tipo de acto realizado. Finalmente, es interesante el hecho de que el resultado obtenido sea un tipo de reacción por parte del destinatario, y, además, que esta reacción sea de carácter verbal.

### *11.3. El objetivo de las preguntas y la actitud del emisor*

Wierzbicka (1980:313 y ss.) aduce algunos argumentos -entre ellos los reseñados más arriba- a favor de la idea de que la lectura interpretativa correcta de las preguntas no es *Quiero que me digas*, sino *Quiero saber*. Este análisis es también el que inspiraba los trabajos de al-

gunos filósofos como Åquist o Hintikka, y es el resultado de la intersección y la conjunción entre la lógica optativa o bulomaica (relativa a los deseos), y la lógica epistémica (referida al conocimiento). Podría pensarse, entonces, que el acto realizado no debería llamarse petición de información, sino *deseo de saber*, o algo parecido.

Esta rúbrica, sin embargo, no es, a nuestro juicio, adecuada para designar el uso pragmático del enunciado, sino, más bien, la actitud del hablante al emitirlo (1). Llegados a este punto, alguien podría sugerir, entonces, que el deseo de saber es el objetivo del enunciado. Nuevamente debemos decir que, en nuestra opinión, tampoco esto es exacto. La razón es la siguiente: creemos que es necesario distinguir entre la *actitud de un hablante*, que es el tipo de relación que establece con respecto a un objeto del mundo o a un estado de cosas; y el *objetivo del emisor* al hacer un enunciado, que es el reflejo lingüístico de una actitud.

Nótese que decimos *actitud de un hablante* y *objetivo del emisor*; con esta diferencia terminológica queremos reflejar también el distinto carácter -pasivo en el primer caso; activo en el segundo- del sujeto lingüístico. Un hablante es cualquier individuo que posee una competencia lingüística y unas capacidades articulatorias normales: todos somos hablantes aunque no estemos hablando en un momento dado. Por el contrario, el emisor es el hablante que usa la palabra en una situación concreta.

Pues bien, actitud y objetivo pueden ir unidos; pero son realidades distintas como lo prueba el hecho de que podamos decir:

- 6) - Tengo enormes deseos de saberlo, pero no me atrevo a preguntarlo (o a averiguarlo)

Si esta oración no es contradictoria, es precisamente porque la actitud existe, pero sólo internamente, sin tener una realización como razón de ser de un enunciado: no alcanza, por tanto, el rango de objetivo.

Inversamente, alguien puede hacer una pregunta a otra persona sin albergar, en realidad, el más mínimo deseo de saber realmente aquello que ha preguntado. Se trata, entonces, de preguntas insinceras; pero no es porque el emisor ya sepa la respuesta (2) -tal es la interpretación que se suele dar al problema de la insinceridad-, sino porque la actitud del emisor no es la que parece reflejar su enunciado.

Ello no tiene que entenderse como una valoración peyorativa de la conducta del emisor, sino que, por el contrario, son las propias normas de "buena conducta" social las que nos inducen a formular preguntas por compromiso, y no por una verdadera voluntad de saber. ¿Quién no tiene, por ejemplo, una amiga pesada, que nos aburre relatóndonos interminables historias de sus viajes? Cuando regresa del último, probablemente no tenemos ningún deseo de que nos cuente qué tal le ha ido. La cortesía, sin embargo, nos "obliga" a preguntarle si no queremos

debilitar nuestras buenas relaciones con esa persona. Pese a todo lo anterior, la pregunta emitida sigue siendo una pregunta.

No es nuestro objetivo -ello supondría una excesiva atomización del estudio- tratar de la finalidad con que el emisor formula la pregunta. Como muy bien hace notar Hudson (1975), si en una fiesta una invitada se dirige a la anfitriona con el enunciado

7) - ¿Hace usted siempre en casa los pasteles?

parece evidente que le está haciendo una pregunta. Ahora bien, ésta puede tener, al menos, dos interpretaciones, que resultan ser contradictorias, y que hemos recogido en 8)a-b:

8)a- Estos pasteles no tienen la misma calidad que los elaborados por un experto

b- Estos pasteles, puesto que no han sido elaborados de forma masiva, son mejores que los que pueden adquirirse en una pastelería

La interpretación 8)a es una crítica; 8)b es, en cambio, una alabanza; y esto no son más que dos posibilidades. La formulación utilizada es la misma; la actitud, no. Sería, como decíamos, inabarcable e improcedente ocuparnos de las finalidades "ocultas" del emisor.

Lo que nos interesa aquí es que 7) es una pregunta

que pide una información, independientemente de cuál sea el uso que el emisor vaya a dar a esa información, o cuál sea el motivo que le impulsó a pedirla. En nada cambia 7) si la interpretación es una u otra. Por tanto, nos ocuparemos exclusivamente de la finalidad primaria, manifiesta, y no de las actitudes o sentimientos que pudiera albergar el emisor al hacer su enunciado.

Las actitudes o deseos de los hablantes no nos interesan directamente por sí mismos, como simples estados mentales, es decir, en su dimensión estática. Sí nos interesan, por el contrario, las actitudes de un emisor cuando se convierten en objetivos: el propósito de un enunciado supone la "puesta en funcionamiento", la exteriorización lingüística de una actitud, que se torna, así, operativa, y que adquiere, de este modo, su dimensión dinámica.

Decimos que la finalidad primaria de una pregunta real es la *obtención de la información deseada*. Lo que ocurre es que no podemos tampoco dar ese nombre al acto realizado porque estaríamos confundiendo medio y fin: el medio es la emisión de una pregunta; el fin, la obtención de una información. Y no podemos confundirlos, entre otras cosas, porque el mismo objetivo puede ser alcanzado usando medios diferentes.

Pensemos, por ejemplo, que un hablante desea saber quién es el novio de María. Su actitud, por tanto, es la ya descrita. Pensemos también que esa actitud se convierte en el objetivo de un enunciado que piensa realizar.



Ahora bien, el hablante es consciente de que preguntar abiertamente una cosa puede producir en su interlocutor la idea de que el emisor tiene un gran interés en conocer la información solicitada. Nuestro hablante no desea causar tal impresión, y decide, entonces, no preguntarlo directamente.

9) A: -Lo de Juan y María no me parece que pueda durar mucho: no creo que sean, ni mucho menos, la pareja ideal.

B: -¿Cómo! El novio de María ya no es Juan, sino Pedro...

El emisor ha afirmado algo que cree falso para que su interlocutor le corrija, proporcionándole, así, la información deseada. Ha conseguido obtener el mismo objetivo que inspiraba 1)b, pero ha usado un medio distinto. E inversamente, el mismo medio puede usarse, en diferentes ocasiones, para perseguir objetivos distintos.

Tampoco hay que olvidar el hecho de que, si bien es verdad que el fin es el motor de la actuación lingüística, el emisor, al emitir un enunciado, no tiene nunca plenas garantías de lograr felizmente el objetivo deseado. Obtener información es la meta, pero no siempre ésta se alcanza. Precisamente esta es la razón de que podamos afirmar:

10) - Le pregunté quién era el novio de María, pero no logré saberlo (porque no me lo quiso decir...; porque él tampoco lo sabía...)

La petición de información había sido hecha, pero el objetivo que la impulsó no fue alcanzado.

Es necesario, por tanto, que distingamos claramente la actitud del emisor (de naturaleza mental), el objetivo del enunciado (de orientación perlocutiva), y el medio utilizado (de carácter ilocutivo). El objetivo, el propósito -no nos cansaremos de decirlo- es la auténtica razón de ser de la comunicación. Por ello seguimos insistiendo en la necesidad de que el modelo de análisis pragmático esté fundamentado en los fines y no exclusivamente en los medios (como hacen los estudios de corte ilocutivista). El objetivo es el que selecciona el medio que se va a emplear. Aquí es donde entra en juego la competencia retórica de los hablantes, que ha de valorar adecuadamente todos los factores que intervienen en la comunicación (identidad del destinatario y relación que une a ambos interlocutores, naturaleza del objetivo que se trata de alcanzar, conocimientos, creencias...). Cuando un emisor quiere obtener una información, un buen medio para lograrlo -no el único- es pedir directamente a su interlocutor esa información. Así, en un enunciado como

1)b- ¿Quién es el novio de María?

podemos distinguir

- la *actitud*: deseo de saber quién es el novio de María
- el *objetivo*: obtener la información deseada: en este caso, saber quién es el novio de María

- el *medio*: preguntar: "¿Quién es el novio de María?"

### *11.4. Condiciones de uso de las preguntas*

Hemos convenido en que las preguntas adquieren su valor pragmático como tales gracias a que su enunciación tiene lugar de acuerdo con una determinada serie de condiciones. El contexto en que se realiza una actividad lingüística es fundamental dentro de los estudios pragmáticos, sea cual sea la perspectiva de análisis adoptada. La Teoría de actos de habla, por ejemplo, recurre a los cambios en las condiciones de enunciación o en el contexto para justificar y explicar la destrucción de la fuerza ilocutiva que es propia a una estructura gramatical: se ha llevado a cabo, entonces, un acto de habla indirecto. En un modelo como el que proponemos, es ese conjunto de condiciones el que determina y construye la fuerza pragmática de cada emisión. ¿Cuáles son, pues, las condiciones que convierten la realización de una oración interrogativa en una pregunta? La cuestión podría abordarse desde dos puntos de vista diferentes.

El primero de ellos está orientado hacia el emisor y los procesos de codificación y enunciación. Sus intereses quedan reflejados en la siguiente formulación: ¿qué debe hacer un emisor para preguntar, es decir, para que su enunciado sea una pregunta? Si este es el enfoque ele-

gido, se deberán estudiar todas aquellas condiciones que deban ser satisfechas por parte del emisor y todas las condiciones de la realidad que él puede controlar o tener en cuenta.

El otro punto de vista es el que corresponde al destinatario y al proceso de interpretación: ¿qué hace el destinatario para saber que le han dirigido una pregunta? En este caso, hay que analizar los elementos y condiciones que debe tener en cuenta el oyente para que su interpretación sea la correcta.

Lo que ocurre es que estas dos perspectivas no son excluyentes entre sí, sino complementarias. O, dicho de otro modo, las condiciones que debe satisfacer el emisor de una pregunta no son algo "secreto", algo que permanece oculto; al contrario, una parte esencial de la correcta interpretación que debe hacer el destinatario pasa precisamente por el reconocimiento de que esas condiciones han sido cumplidas. Por lo tanto, estudiaremos preferentemente aquellas condiciones que el emisor cumple para lograr su objetivo y que el destinatario es capaz de reconocer.

i) La primera de ellas se refiere al *objetivo* que trata de alcanzar el emisor con su enunciado: *obtener información*. No podemos decir que alguien hace una pregunta (en el sentido estricto y técnico del término) si no pretendía obtener información por medio de ella. No son preguntas, por tanto, todos aquellos enunciados con una finalidad diferente a la descrita: así, por ejemplo,

11)a- ¿Me pasas la sal, por favor?

b- ¿Qué hombre razonable no desea la paz?

c- ¿Cómo! ¿Ya estás de vuelta?

No es difícil imaginar un contexto de emisión adecuado para cada uno de estos enunciados. Pero incluso si nos fijamos exclusivamente en el propósito con que fueron realizados, las diferencias resultan evidentes. 11)a no busca una información sobre una acción del destinatario, sino la acción misma; 11)b no pretende tampoco obtener una información, ni una acción, sino el acuerdo tácito del interlocutor; 11)c, por último, no puede pretender conseguir información, puesto que es la presencia del destinatario, al que se está viendo, lo que aparece como objeto de la interrogación. Los ejemplos podrían multiplicarse.

Llegados a este punto, alguien podría pensar que algo tan "escurridizo" o tan poco formalizable como es el objetivo de un emisor difícilmente puede ser buen fundamento para una distinción tan importante. A esta objeción cabe responder con dos argumentos. En primer lugar, el propósito de un enunciado es una realidad bien "real" -permítasenos la redundancia- para el emisor: es, ni más ni menos, el motor que impulsa su contribución a la conversación, es la razón de ser de un enunciado.

Del otro lado, si bien no se puede observar la existencia del objetivo en sí mismo, sí es posible, en cambio, observar sus efectos y consecuencias. Cuando decimos algo, es relativamente frecuente dar una explicación complementaria de por qué lo hemos dicho: tenemos así, por

tanto, una reflexión del emisor sobre una parte de su propio enunciado. Una oración como 12)a puede ir seguida, dentro del mismo enunciado, por una justificación como 12)b o como 12)c:

12)a- ¿Cuándo te marchas?

b- Te lo pregunto porque a lo mejor me voy contigo

c- Quiero saberlo para poder invitarte antes

En ellas, el propio hablante ve su interrogación como una petición de información, es decir, como una pregunta. No podemos actuar del mismo modo cuando no nos encontramos ante una verdadera pregunta. Así, para 11)a, por ejemplo, sólo es adecuada una continuación como 13)a, pero nunca como 13)b:

13)a- Te la pido porque el filete está muy soso

b- Te lo pregunto porque el filete está muy soso

El objetivo de una pregunta es obtener información. Ello tiene una consecuencia muy importante. La variable que contiene toda estructura interrogativa funciona en ella como reflejo del estado de desconocimiento del hablante con respecto a un objeto o a un hecho. Cuando decimos que una interrogación contiene, al menos, una variable sin especificar (un argumento o el valor de polaridad de toda la proposición; a veces, ambos), no debe interpretarse, como hacen muchos, que esa variable deba ser, *necesariamente*, una incógnita real, sino simplemente

te que *aparece* o es presentada de ese modo por el emisor.

Cuando la variable responde a un verdadero desconocimiento y a una falta de información, sólo entonces la interrogación que se emite es una pregunta. Eso no ocurre en los ejemplos 11)a-c: en 11)a lo que hay no es exactamente ignorancia sobre la acción del destinatario; en 11)b tampoco se ignora cuál es el verdadero valor de la variable; y lo mismo puede decirse de 11)c.

Así pues, junto al objetivo tenemos otro elemento esencial: el *estado cognoscitivo del emisor*. La carencia real del dato o la información solicitados en la pregunta es la que confiere el carácter de verdadera incógnita a la variable interrogativa. A este estado es al que suele referirse la Teoría de actos de habla cuando hace referencia a la "condición de sinceridad" de las preguntas. Para que ésta se cumpla, el hablante debe ignorar la respuesta.

ii) Ello nos conduce a una condición ya de tipo formal y de la mayor importancia. *Las preguntas no pueden llevar ni negación ni términos de polaridad negativa o negativo-modal*. La razón es clara y quedó perfilada en la parte de Semántica (3). El potencial informativo de una oración afirmativa es mayor que el de una oración negativa. Esta se utiliza sólo cuando no es menos informativa que la otra, es decir, cuando hay una presuposición anterior que es preciso rechazar. Por lo tanto, el uso de la negación no es neutral; el emisor está ya presuponiendo alguna cosa.

Si hemos dicho que una pregunta es una petición de información y que la variable interrogativa responde efectivamente a un desconocimiento real por parte del emisor, parece evidente que el uso de una interrogación negativa no puede ser nunca neutral, porque comporta una presuposición añadida y está, por tanto, orientada en la misma dirección que la formulación si la negación es interna; o en la dirección contraria, si es externa. De la interrogación orientada hablaremos en el capítulo siguiente. Y lo mismo ocurre con las interrogaciones afirmativas que llevan términos de polaridad negativo-modal, porque no ofrecen una verdadera alternativa abierta, sino que, por su propia naturaleza semántica, sólo pueden ser completadas por una forma negativa.

De modo, por tanto, que son preguntas "reales" los ejemplos 14)a-c, pero no los 15)a-c:

14)a- ¿Has visto a Emilio?

b- ¿Ha movido el piano?

c- ¿Le conoces desde hace mucho tiempo?

15)a- ¿No has visto a Emilio?

b- ¿Ha movido un dedo por ti?

c- ¿No le conoces desde hace mucho tiempo?

Los enunciados 14)a-c pueden no presuponer nada; 15)a necesariamente refleja la expectativa del emisor (que el interlocutor haya visto a Emilio) y la sorpresa ante el posible incumplimiento de esta expectativa; 15)b es una interrogación orientada porque *mover un dedo* es una ex-



presión de polaridad negativo-modal (que sólo puede aparecer en una oración asertiva negativa), mientras que *mover el piano* no cumple esa condición; 15)c, por último, aunque contiene un término de polaridad positiva, lleva una negación externa, que lo convierte también en una interrogación orientada.

Esta condición restringe enormemente el número de enunciados que pueden funcionar como preguntas, porque deja fuera todos aquellos que contengan una negación o un término de polaridad negativa o negativo-modal. Predice correctamente la imposibilidad de usar como peticiones de información los enunciados 15)a-c. Pero, sin embargo, sigue siendo demasiado amplia, porque permitiría que se interpretasen como preguntas las interrogaciones de 16), 17) y 18):

16) - ¿Cómo te has enterado? *¿Has visto a Emilio?*

17) A:-Andrés ha cambiado la decoración de su casa. Ha puesto el sofá frente a la ventana

B:-Entonces *¿ha movido el piano?*

18) - Te vi charlando muy animadamente con él, como si fuerais amigos de toda la vida  
*¿Le conoces desde hace mucho tiempo?*

Los emisores de las interrogaciones subrayadas no tienen un desconocimiento absoluto hacia aquello que preguntan.

Tienen una cierta idea, de modo que su enunciado se dirige a asegurarse de que efectivamente su creencia es correcta. No cumplen, por tanto, la condición referida al estado cognoscitivo del emisor. Pero ¿cómo puede saberlo el destinatario? ¿Cómo diferencia una emisión neutra, como la propuesta en 14)a-c, de una orientada como las ejemplificadas en 16), 17) y 18)?

iii) Dijimos que el objetivo del emisor tiene reflejos y consecuencias en la forma de su enunciado. La diferencia entre los dos significados propuestos (el neutro y el orientado) queda plasmada en la entonación: *la pregunta lleva un patrón entonativo / 1 2 1 2 ↑ /*, que los otros usos no admiten. Los ejemplos de 14)a-c deben leerse todos con la entonación / 1 2 1 2 ↑ / para poder ser interpretados como peticiones de información. Los enunciados 16), 17) y 18), que no son preguntas, llevan un patrón entonativo del tipo / 2 2 3 2 ↑ /. De todo ello hablaremos con mayor detalle en el capítulo siguiente.

De esta manera, comprobamos que la intención del emisor y el objetivo de su enunciado no son simplemente idealizaciones propuestas por el pragmatista, sino que tienen repercusiones formales apreciables.

Sin embargo, tampoco esta condición parece acotar suficientemente el terreno de las preguntas, porque admitiría como tales a enunciados del tipo de 19)a-b:

19)a- ¿Puedes ayudarme a ordenar esto?

b- ¿Me prestas el diccionario?

Evidentemente, lo que piden no es una información, sino una determinada acción por parte del destinatario. Pero los rasgos que sirven para diferenciar de las preguntas a enunciados como 19)a-b serán objeto de estudio en el capítulo dedicado a los actos directivos. Remitimos, por tanto, al lector a lo dicho allí, para poder completar el conjunto de condiciones que regulan el uso de las preguntas. Adelantemos, por el momento, que dichas condiciones se refieren más bien al tipo de contenido expresado en el enunciado.

### *11.5. Otras propiedades formales*

Vistas ya las condiciones que controlan el uso como preguntas de los enunciados interrogativos, señalaremos seguidamente algunos otros rasgos, que, si bien no constituyen requisitos imprescindibles, son, sin embargo, propiedades características de esta clase de enunciados. Su presencia puede ayudar al destinatario a interpretarlos adecuadamente.

Refirámonos, en primer lugar, a la aparición de *por favor*. Si decimos que una pregunta es una petición de información, estamos dando por sentado que es una petición de una cierta clase. Pedir algo involucra al destinatario, porque él es precisamente quien debe realizar la acción solicitada. Como ya veremos con más profundidad en el capítulo dedicado a la interrogación directiva, pedir

algo puede suponer un coste para el destinatario y un beneficio para el emisor. Por ello, y según cuál sea el lugar respectivo que ambos interlocutores ocupan en la escala social, la acción de pedir es, en mayor o menor medida, intrínsecamente "descortés" -en el sentido en que utiliza el término Leech (1983)-. Cuando así sucede, el emisor puede utilizar ciertas formas que atenúen la "descortesía" de la acción solicitada por su enunciado.

Preguntar es, en este sentido, una acción casi neutra, pero el emisor puede valorar el hecho de que dar esa información supone efectivamente cierto coste para el destinatario: pide su atención, una parte de su tiempo... Por ello, cuando concurren estas circunstancias, es posible añadir *por favor* a la pregunta:

20)a- Por favor, ¿ha venido el secretario?

b- Esta camisa ¿la tiene en verde, por favor?

En muchas ocasiones, como en el ejemplo 20)a, *por favor* se ha convertido casi en un mero apelativo para atraer la atención de un destinatario, especialmente si no se le conoce. Su uso en los actos directivos será objeto de estudio más adelante.

Otro rasgo que puede ayudar al destinatario a reconocer una pregunta es el hecho de que a ésta se le puede añadir *...o no?*. Uno de los temas más contravertidos dentro de la sintaxis de la interrogación es el problema de la equivalencia o no de las interrogaciones generales, como las que hemos empleado hasta ahora, y las alternati-

vas, como las de 21)a-b:

21)a- ¿Ha llegado el director o no?

b- ¿En Hamburgo hace mucho frio o no?

Muchos teóricos -Katz, Langacker, Pope, Borillo, Zuber- (4) han sostenido la tesis de la equivalencia entre estas dos estructuras que comentamos. Tal identificación se basa en la idea de que, puesto que el emisor de una interrogación no conoce cuál de los dos valores de la variable (el positivo o el negativo) es el adecuado, la verdadera pregunta es de tipo disyuntivo como 22):

22) - ¿Ha llegado el director o no ha llegado el director?

Como recoge recientemente Cornulier (1982), la tesis de la equivalencia se basa en la idea de que *P?* representa una proposición *P* que se realiza sintácticamente, y otra *noP* que no suele realizarse. Bolinger (1978) también se manifestaba en contra de esta concepción, y señalaba que una oración como la de 22) no era más que la coordinación de dos oraciones. No podemos detenernos ahora a presentar una argumentación en contra de esta tesis. Suscribimos prácticamente en su totalidad las ideas presentadas por Cornulier (1982) a este respecto.

Afirmar -como hemos hecho- que puede añadirse ...o no? no significa en modo alguno proponer un argumento en favor de la tesis de la equivalencia entre interrogativas generales y alternativas. Simplemente, se trata de mos-

trar que la aparición de ...o no? conviene exclusivamente a las interrogaciones que son preguntas, es decir, a aquellas que buscan una información.

23)a- ¿Le conoces o no?

b- ¿Consiguió llegar a tiempo o no?

Bolinger (1978) da una amplia relación de toda una serie de usos que no admiten esta continuación:

24)a- ¿Me puedes ayudar (#o no)?

b- ¿Estás loco (#o no)?

c- ¿Qué te pasa? ¿Estás cansado (#o no)?

Se establece una conexión entre el significado de pregunta y la posibilidad de aparición de ...o no?.

A nuestro juicio, esta idea es adecuada pero necesita de una precisión adicional. Es verdad que no resulta adecuado formular una petición directamente con 24)a, ni avanzar hipótesis como las de 24)b o 24)c. Pero sí pueden emplearse cuando ha habido una discusión previa, cuando el destinatario, de quien se esperaba una respuesta inequívoca en uno u otro sentido, no parece decidirse por ninguna de las dos. No puede aparecer, por tanto, cuando se formula por primera vez una interrogativa cuyo objetivo no es obtener información. Y sí es posible, en cambio, en las preguntas neutras, en las que el emisor no presupone nada.

### 11.6. *El significado de algunos tipos de preguntas*

Hagamos, finalmente, una última precisión relativa al significado y al valor de las preguntas. Cuando hablábamos de la actitud del hablante y el objetivo de su enunciado, indicamos que nos interesa el objetivo "abierto", explícito, de las interrogaciones, y no el uso secundario que pueda pretender realizar el emisor: las preguntas insinceras siguen siendo preguntas.

Son preguntas también los enunciados que Crisari (1975) llama *críticas*, como

25) - ¿Eres siempre tan antipático con él?

aunque lo que se quiera obtener es una justificación además de una información.

Lo mismo puede decirse de las que Harweg (1974) denomina *preguntas retardadas*, esto es, preguntas no directamente hechas sobre el presente, pero que debieron haberse formulado antes. Dicho autor propone la siguiente situación: en un tren, una persona entra en un compartimento; hay una plaza libre y pregunta

26) - Perdone, ¿está libre este sitio?

Esta es una pregunta normal. Ahora bien, si en idéntica situación, la persona se sienta primero y luego pregunta,

la suya es una interrogación retardada:

27) - Perdone, ¿estaba libre este sitio?

Tales preguntas llevan en alemán una partícula específica. Por ello, 28)a, que corresponde a 26) es agramatical con *eigentlich*, y 28)b, que corresponde a 27), es agramatical sin él:

28)a- Entschuldigen Sie, ist der Platz dort  
(\**eigentlich*) frei?

b- Entschuldigen Sie, aber war dieser Platz  
\*(*eigentlich*) frei?

El uso de preguntas retardadas está sujeto a ciertas condiciones pragmáticas: la condición de la contigüidad de los interlocutores, la condición de que la pregunta no puede estar al servicio inmediato de un asunto actual, y la condición de que el que pregunta tiene que conocer ya a las personas, situaciones o lugares en relación a los cuales se formula la pregunta.

Con todo, los ejemplos anteriores, no dejan por ello de ser auténticas preguntas que piden una información, aunque ello se haga de manera "retardada".

También las *peticiones de instrucción* son una clase de preguntas. En ellas, el emisor se sitúa en una posición inferior a la del destinatario y permite que sea él quien opine o decida sobre su actuación. Por ello, este tipo de enunciados deben llevar siempre un verbo agentivo



en 1ª persona:

29)a- ¿Abro la ventana?

b- ¿Debo ir?

Por eso no son peticiones de instrucción los enunciados que no cumplen este requisito:

30)a-#¿Estoy bien?

b- #¿Soy alto?

La relación "real" existente entre los interlocutores y la situación extralingüística determinan con mayor precisión el grado de vinculación del emisor con respecto a la respuesta que reciba. Quiere ello decir que si la superioridad jerárquica del destinatario sobre el emisor es manifiesta, el emisor sabe que lo dicho por su interlocutor debe ser acatado como si de una orden se tratase; por el contrario, cuando la situación es la inversa, la respuesta tiene más bien el carácter de una sugerencia.

La llamada *interrogación deliberativa* (aquella que el emisor se dirige a sí mismo) no es más que una ficción dialógica de naturaleza más literaria que real. En ella, se finge la situación anterior, y es el propio emisor, como en la *subjectio*, el que dará -si puede- respuesta a su propia pregunta.

Las preguntas, como hemos visto, se caracterizan porque en ellas la variable interrogativa corresponde efec-

tivamente a un desconocimiento por parte del emisor. ¿Cómo podemos calificar, entonces, a las *preguntas de examen*? Sabemos que en ellas el emisor es el que conoce la respuesta, y su "pregunta", por tanto, no tiene como objetivo el obtener una información. Por ello suele decirse que son un tipo de preguntas insinceras, pero con una insinceridad transparente: el destinatario sabe, por el conocimiento que tiene de la realidad y de la situación en que se desenvuelven los hechos, que no se trata de una pregunta real, y que el emisor no está intentando engañarle haciéndole creer que no sabe realmente la respuesta a aquello que pregunta.

Tenemos, por tanto, una situación extralingüística muy precisa, que es la que determina la asignación de sus respectivos papeles a emisor y destinatario. El que se examina sabe por adelantado que van a formularle preguntas, con las particularidades que acabamos de señalar.

La descripción del fenómeno en sí, como vemos, no plantea el más mínimo problema; pero éste surge inmediatamente cuando de lo que se trata es de incluir este uso en una teoría general sobre la Pragmática de la interrogación.

Kiefer (1981), en su modelo de análisis a base de estados cognoscitivos, coloca a las preguntas de examen en el apartado caracterizado por el hecho de que el hablante sabe la respuesta pero no está seguro de si el oyente la sabe o no. Por medio de este rasgo quedan definidas las preguntas de examen y también las preguntas lla-

madras didácticas, pronunciadas por el profesor para centrar la atención sobre un punto concreto y a las que él mismo da respuesta (5). El entorno que rodea al acto comunicativo tiene que dejar claro que es el hablante y no necesariamente el oyente el que sabe la respuesta.

Crisari (1975), por su parte, señala que esta clase de enunciados presentan presuposiciones -habría que precisar: presuposiciones *pragmáticas*- en contradicción. En primer lugar porque no llevan lo que él llama *presuposición fija* de las preguntas, que es "el hablante no sabe la respuesta"; sino que, por el contrario, el hablante *sabe* la respuesta, y lo que no sabe es si el oyente también la sabe. Esta aparente contradicción no crea problemas al destinatario porque conoce las normas que regulan la situación en que se produce el intercambio comunicativo. El oyente, además, no es libre de escoger una respuesta cualquiera, sino que tiene que proporcionar la respuesta correcta, que es la que ya tiene el examinador. No son, por tanto, peticiones de información, sino -como indica Crisari (1975)- invitaciones a producir aserciones ya previstas, según el mecanismo de estímulo-respuesta.

Podríamos decir, entonces, que las preguntas de examen constituyen una ficción dialógica en que los papeles se han invertido. Pero lo que nos interesa es señalar cuál es el fundamento de que esto pueda hacerse así. A nuestro juicio, radica en dos características de las preguntas "reales". Señalemos, en primer lugar, que podemos explicar esa aparente contradicción entre las presuposiciones indicando que el uso de la variable por parte del

emisor sigue teniendo un sentido, puesto que no conoce cuál es el valor que va a darle el destinatario. La pregunta sigue siendo neutra, porque el emisor, aunque conozca la respuesta verdadera, no deja translucir -al menos, eso es lo que se espera- ningún tipo de orientación sobre la respuesta que va a dar el destinatario.

De otro lado, recordemos lo que decía Ducrot (1972) sobre ese "poder exorbitante" de las preguntas, que inducía al destinatario a proporcionar una respuesta. Efectivamente, parece que su carácter de estructura abierta mueve al otro a cerrarla, siempre que tenga la solución y que lo considere necesario. De este modo, damos cuenta de su condición de estímulo, que es la que justifica su empleo con esta finalidad.

Las preguntas de examen constituyen, por tanto, una categoría especial dentro de las preguntas, con algunas características comunes con ellas, pero con lagunas propiedades específicas, que provienen precisamente de las especiales condiciones pragmáticas que configuran el entorno de su enunciación.

## 11.7. *Recapitulación*

Las preguntas constituyen, pues, uno de los usos posibles -no el único- de un enunciado interrogativo. Puesto que hemos dicho que la petición de información es *un significado pragmático* y no *el significado gramatical* de la estructura interrogativa, debemos tener muy en cuenta la diferencia entre los conceptos de interrogación y pregunta. Interrogación es un tipo de modalidad gramatical que se explica por ciertos rasgos gramaticales y que tiene un *sentido* propio: presenta una fórmula abierta que admite una solución -lo cual, por cierto, no implica ni que sea obligatorio proporcionar dicha solución, ni que deba existir necesariamente un destinatario-. Pregunta, por el contrario, es el empleo de un enunciado interrogativo con la intención de obtener información.

En las páginas anteriores hemos presentado con detalle las condiciones que debe cumplir un enunciado interrogativo para poder ser una pregunta. Vamos a recordarnos ahora a modo de recapitulación:

- i) *El objetivo del emisor es obtener una información del destinatario: por ello la variable sin especificar -sea un argumento, sea la polaridad de la proposición- que caracteriza a la modalidad interrogativa aparece presentada como una incógnita real para el emisor. Ello no implica que necesariamente*

deba serlo, pero es lo que se espera de la sinceridad del hablante. Si es necesaria, sin embargo, la existencia del destinatario.

ii) *Las preguntas no pueden contener ningún tipo de negación (ni interna ni externa), ni términos de polaridad negativa o negativo-modal, porque los enunciados que los contienen siempre llevan aparejadas ciertas suposiciones por parte del emisor que los hacen entrar en conflicto con la condición i).*

iii) *Las preguntas deben llevar el patrón entonativo / 1 2 1 2 ↑ /, pero nunca / 2 2 3 2 ↑ /.*

A estas condiciones habría que añadir aquella otra de que las preguntas no pueden cumplir los requisitos que más adelante señalaremos para los actos directivos.

De este modo, y por medio de estas tres condiciones, podemos explicar y predecir cuándo un enunciado interrogativo tiene un carácter de pregunta.

## Notas

- 1- Recuérdese a este respecto lo dicho por Kiefer (1981) sobre las actitudes cognoscitivas del emisor de un enunciado interrogativo.
- 2- Cfr. lo dicho más adelante sobre la *dissimulatio*.
- 3- Véase el capítulo 7.
- 4- Sobre ello hablamos extensamente en nuestra memoria de licenciatura (Escandell Vidal 1981). En ella encontrará el lector bibliografía sobre estas cuestiones.
- 5- Son, por lo tanto, un caso de *subjectio* y tienen, a nuestro juicio, un estatuto algo diferente al de las preguntas de examen normales, a causa de su carácter polifónico. Véase lo dicho sobre esta materia al hablar de la interrogación retórica.

Capítulo 12

## LA INTERROGACIÓN ORIENTADA



## *12.1. Introducción*

En el capítulo anterior nos hemos ocupado de los enunciados interrogativos que solicitaban al destinatario una información, y les hemos dado el nombre de preguntas. En ellas, la variable interrogativa responde a un desconocimiento real por parte del emisor, de cuál pueda ser su valor adecuado. El que pregunta se sitúa en una posición neutral: no tiene -o, al menos, no expresa tener- ninguna idea previa acerca de la respuesta que va a darle su interlocutor.

Nuestra experiencia de hablantes nos enseña, sin embargo, que no siempre adoptamos una posición neutral ante las diferentes posibilidades que pueden englobarse en la variable. El conocimiento que tenemos del mundo y de los otros interlocutores hace que, muchas veces, una de esas posibilidades nos parezca más probable que otras. En estas circunstancias formulamos una interrogación *orientada*, que ya no pide información sino confirmación.

Como dice Borillo (1979:27), en estos casos la forma interrogativa

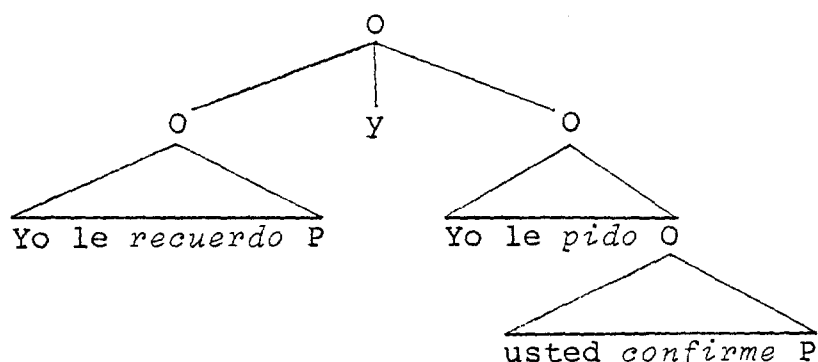
"... no es muestra de una verdadera incertidumbre entre los dos valores de verdad. El hablante no compara de manera neutra los dos términos de la alternativa. Por el contrario, y fundándose en su juicio -que puede ir desde la simple presunción hasta una quasi-certeza-, el hablante se propone, según el grado de su convicción, hacer confirmar o hacer admitir su punto de vista por parte de la persona de su interlocutor. Su estrategia consiste en orientar a aquél en la elección del valor que él cree verdadero."

Examinemos algunos ejemplos:

- 1)a- ¿Qué te pasa? *¿Estás cansado?*
- b- ¿No es el niño más precioso que has visto en tu vida?
- c- ¿Puede haber algo más importante?

Por medio del enunciado 1)a el emisor busca una información, pero él mismo avanza una hipótesis que cree probable; con 1)b pretende que la opinión del destinatario confirme su apreciación; finalmente, parece que 1)c apenas necesita que el interlocutor exprese abiertamente su acuerdo porque se halla muy cerca de una manifestación de certeza absoluta.

Para explicar este tipo de usos, al que él llama confirmativos, Sadock (1974:134) propone derivar la interpretación de esta clase de enunciados de una estructura profunda



en la que P representa la proposición objeto de la pregunta. De este modo, dicho autor formaliza la fuerza ilocutiva que pueden tener esos enunciados. Ello comporta algunos problemas. De un lado, dicha estructura profunda no tiene un reflejo real en la forma superficial de la oración, y deja, además, sin explicar sus características formales más relevantes. De otro lado, está confundiendo oración con enunciado: sabemos que las oraciones tienen sentido, pero no fuerza ilocutiva o significado pragmático, y que sólo su uso en una situación de discurso determinada les confiere una plenitud significativa. Creemos, además, que los enunciados confirmativos no son más que una clase particular de interrogaciones orientadas. Nos parece, pues, que podemos sugerir una caracterización con un más amplio poder explicativo. Por tanto, no resulta adecuado postular una representación oracional que incluya entre sus elementos a los constituyentes de la fuerza

illocutiva.

Habremos de lograr que nuestra propuesta sea coherente con el sentido de la interrogación como estructura gramatical y que analice los diferentes tipos de interrogación orientada. Porque parece claro que el desconocimiento o certeza del emisor con respecto a aquello que interroga dará lugar a diferentes tipos de enunciados interrogativos. Se diría que estamos proponiendo un modelo de análisis semejante al de Kiefer (1981:162) al hablar de los distintos estados cognoscitivos del emisor al enunciar una interrogación:

- "(i) El hablante no sabe la respuesta pero supone que el oyente sí la sabe
- (ii) Ni el hablante ni el oyente saben la respuesta, y el hablante sabe que el oyente no la sabe
- (iii) El hablante sabe la respuesta, pero no está seguro de si el oyente la sabe o no
- (iv) Ambos saben la respuesta y el hablante sabe que el oyente la sabe."

Lo que estamos proponiendo aquí difiere de este análisis en varios sentidos; pero sin duda el principal es que el modelo de Kiefer no admite diferencias de grado en el desconocimiento o certeza, y nosotros pensamos que son importantes: no podemos decir ni que el emisor de un enunciado como los de 1)a-c sepa la respuesta, ni que no la sepa; *crea* que *puede* saberla. Su estado cognoscitivo no responde a ninguno de los descritos.

Pero es que, además, pensamos que la no-neutralidad del emisor ante el contenido de la variable que comporta la interrogación no es exclusivamente un tipo de actitud del emisor: es -y de manera esencial- una parte de su objetivo. Entenderlo así es de vital importancia porque nos compromete a afirmar que la orientación que imprime el emisor a su enunciado deberá quedar reflejada también en su forma, de modo que el destinatario pueda reconocerla. Los rasgos externos que caractericen a una interrogación orientada son resultado del "conflicto" entre la intención del emisor y el estado de su conocimiento, de un lado, y la estructura gramatical de su enunciado, del otro. Quiere ello decir que si alguien utiliza una fórmula abierta (la interrogación) en la que la existencia de la variable no responde a un desconocimiento, es de esperar que haya algún rasgo en la propia fórmula que así lo indique. Normalmente en este tipo de usos se han "deslizado" algunos elementos que responden más a la realidad del objetivo perseguido que a la estructura de su formulación. Nos interesará, por tanto, poner el énfasis no tanto en las actitudes o estados mentales, sino más bien en las consecuencias que tales actitudes tengan en el enunciado. De este modo, podremos analizar cuáles son los elementos y condiciones necesarias para la emisión e interpretación de una interrogación orientada.

## *12.2. La negación, marca de interrogación orientada*

La orientación de un enunciado interrogativo suele asociarse a la presencia de la negación. Ello podría significar, según lo que acabamos de decir, y de acuerdo con el tipo de explicación que queremos proponer, que la presencia de la negación puede convertirse en un indicador del carácter orientado del enunciado interrogativo en que aparece. Pero antes de fijar una conclusión, veamos algunas de las aproximaciones anteriores.

La relación oración interrogativa/negación y sus peculiaridades quedan ya puestas de manifiesto por Fernández Ramírez (1959:245), quien señalaba que

"... la presencia de la partícula negativa introduce en las oraciones [interrogativas] un elemento expresivo, basado en un desajuste o una contradicción más o menos patente en la situación, al cual hace referencia precisamente el contenido de la negación. El desajuste existe entre el sentimiento del que habla y la realidad de la expectativa, entre la conducta de los demás y los sentimientos que exteriorizan, o entre dos momentos de la realidad."

Para ilustrar estas palabras podemos poner algunos ejemplos, en los que se completa el significado de la interro-

gación con otros elementos que subrayan la existencia de ese "desajuste":

2)a- *¿Al final no habéis venido todos?*

b- *¿No vas a quedarte? Yo esperaba que lo hicieras*

Borillo (1979:28), por su parte, asevera que las interrogaciones negativas son un tipo de petición de confirmación.

"Tradicionalmente se consideran como peticiones de confirmación positiva, e incluso como preguntas retóricas, es decir, como interrogativa que tiene verdaderamente valor de aserción."

Estos testimonios parecen justificar la idea que apuntábamos al comienzo sobre las relaciones entre interrogación orientada y negación. Entonces, si queremos ofrecer una explicación de esta relación coherente con el modelo semántico que hemos propuesto, parece conveniente recordar el valor de la negación en las oraciones interrogativas. En el capítulo correspondiente de la parte de Semántica (1) tratamos estas cuestiones con bastante detalle, así que no vamos a repetir ahora toda la argumentación allí presentada. Recordemos, sin embargo, las conclusiones más importantes que extrajimos, en especial las que vayan a tener relevancia para el análisis de los enunciados que ahora nos ocupan.

Para comenzar, recordemos la existencia de dos tipos

distintos de negación: interna y externa. Su diferencia en le discurso aparece marcada por la entonación. La negación *interna* (/ 2 2 3 2 ↑ /) incide directamente sobre el predicado, de modo que la proposición funciona como la atribución de una propiedad negativa. En principio, la aparición de una negación de esta clase no prejuzga estructuralmente el carácter orientado de la interrogación. Sin embargo, la predicación negativa es menos informativa que la positiva, y hay una fuerte tendencia a usarla sólo cuando su valor informativo, por las circunstancias de la realidad externa, queda equiparado al otro.

3)a- ¿Ha venido Juan?

b- ¿No ha venido Juan?

c- Juan no ha venido

Usamos 3)a cuando nuestra postura es neutra; emplear 3)b sólo tiene sentido cuando por la situación -por el "desajuste" existente, que diría Fernández Ramírez- lo realmente informativo es la formulación negativa, y no la afirmativa. De ahí su orientación a la negación, como en 3)c. Quiere esto decir, por tanto, que, si bien desde el punto de vista puramente semántico la negación interna parece no orientada, desde el punto de vista del significado pragmático, en cambio, sólo se emplea cuando hay una buena razón para ello. La negación interna, pues, da lugar a una interrogación orientada en cualquier aparición en el discurso.

La negación *externa* (/ 1 2 1 2 ↑ /), por su parte, tiene como objeto la totalidad de la proposición -una



proposición afirmativa- a la que rechaza. Ello tiene un extraordinario interés para la correcta comprensión de las cuestiones que ahora trataremos. La negación externa actúa sobre una proposición afirmativa anterior cuya existencia presupone, y la hace, por consiguiente, "recuperable". Hemos dicho que la interrogación es una estructura abierta; si la negación externa se interpreta, a su vez, como un predicado que toma por argumento a toda la proposición sobre la que incide, ello significa que, cuando aparecen conjuntamente la forma interrogativa y la negación externa, el enunciado no "cierra" la predicación, ni, por tanto, la relación entre ellas.

La formulación interrogativa no consolida la predicación, sino que la deja en suspenso: proposición afirmativa y negación externa no constituyen, entonces, una unidad, y pueden apreciarse separadamente. Como dicen Anscombe y Ducrot (1976), la expresión de una incertidumbre va en la misma dirección argumentativa que su negación. Por tanto, 4)a va en la dirección de 4)b:

- 4)a- Dudo que Juan venga
- b- Juan no va a venir

Pues bien, de modo análogo, el no aseverar explícitamente la relación entre la negación y la proposición afirmativa a la que gobierna, va en la dirección argumentativa de negar la existencia de tal relación, y, por tanto, conceder un mayor relieve a la afirmación.

- 5)a- ¿No tengo toda la razón del mundo?
- b- Tengo toda la razón del mundo

Por tanto, 5)a, con negación externa, va en la misma dirección argumentativa que 5)b.

La negación interna es semánticamente neutra, pero su uso en el discurso, por razones de informatividad, está limitado a aquellos casos en que su valor no es más pequeño que el de la forma positiva correspondiente, lo cual significa que el enunciado se convierte en una interrogación orientada. La negación externa resulta ya orientada desde el punto de vista semántico por la especial relación que establece con la proposición positiva que incluye.

Podemos afirmar, por tanto, que *la aparición de la negación es un índice inequívoco del carácter orientado del enunciado interrogativo en que se encuentra*. No puede tratarse nunca de una pregunta neutra, en la que el emisor no presuponga nada sobre aquello que inquiere; por el contrario, ese mayor porcentaje de probabilidades que el hablante asigna a una de las posibilidades queda claramente reflejado en la propia estructura del enunciado, y su opinión se hace, por tanto, recuperable. En este tipo de enunciados, la orientación no es, como se piensa habitualmente, una cuestión de naturaleza exclusivamente pragmática; es, por el contrario, una consecuencia de la forma superficial del enunciado, que, a su vez, refleja la actitud del hablante. Ello no implica, por supuesto, ni que la suposición presente en una interrogación orientada no pueda cancelarse, ni que los enunciados que no llevan una negación no puedan orientarse en virtud de otras condiciones ya de naturaleza pragmática.

### *12.3. La orientación en las interrogaciones sin negación*

Han quedado demostrados el carácter orientado de las interrogaciones negativas y su fundamento. Pero, ¿qué ocurre con las interrogaciones afirmativas? Que pueden ser también orientadas parece claro por la propia definición del fenómeno, ya que el requisito exigido para ello es de naturaleza pragmática y se relaciona con el grado de certeza del emisor. Lo que nos interesa realmente ahora es averiguar si todo ello tiene también su reflejo y sus consecuencias en la estructura de los enunciados interrogativos sin negación.

Adelantemos que la respuesta es, nuevamente, afirmativa: el carácter orientado de las interrogaciones sin negación queda también marcado en su forma superficial.

Comencemos por los términos de polaridad negativo-modal. Recordemos que son aquellos que no pueden aparecer más que en entornos no factuales: negación, interrogación, expresiones de deseo, periodos condicionales, futuros... Su uso en un contexto factual (una afirmación de un hecho pasado, por ejemplo), resulta agramatical:

- 6)a- No ha movido un dedo por mí
- b- ¿Ha movido un dedo por tí?
- c- \*Hace dos semanas movió un dedo por mí (2)

Pues bien, la sola presencia de uno de estos términos de polaridad negativo-modal, es ya una señal clara de que la interrogación es una de las que hemos llamado orientadas. La razón es fácil de entender y, además, es de índole puramente gramatical. Si estos términos de polaridad negativo-modal sólo pueden aparecer en entornos no factuales y si la formulación de una estructura abierta tiende a provocar el "cierre" de esa estructura manteniéndola en lo posible, resulta que una interrogación como 6)b sólo puede estar orientada en el sentido de 6)a. En efecto, puesto que la variable interrogativa fluctúa entre los dos valores -positivo y negativo-, y puesto que la asignación del valor positivo es automáticamente rechazada por las reglas sintácticas, una interrogación que contenga una pieza de polaridad negativo-modal, está orientada hacia su negación.

Ello no quiere decir, por supuesto, que el emisor no pueda estar equivocado en sus suposiciones. Pero las réplicas a este tipo de formulaciones son tales precisamente porque reconocen el carácter no neutral de la interrogación planteada:

7) A:-No debes confiar en él... No es buena persona... Además, ¿ha movido alguna vez un dedo por tí?

B:-Eres injusto con él. Claro que me ha ayudado...

Aceptemos que la presencia de un término de polaridad negativo-modal en una interrogación es una marca de-

terminante de su carácter orientado hacia la confirmación negativa. ¿Qué ocurre con los enunciados que no contienen uno de estos términos? Porque hemos dicho que la naturaleza orientada del enunciado se refleja en su forma.

Si no hay ningún elemento léxico que muestre la no-neutralidad del emisor, habremos de buscar el rasgo característico en otro nivel de análisis. Tomemos el patrón entonativo que se utilizaba para distinguir la negación interna de la externa. Mientras que esta última seguía el esquema general (/ 1 2 1 2 ↑ /), aquélla utilizaba un patrón distinto propio: / 2 2 3 2 ↑ /. Cuando se trataba de la negación externa, su sola presencia ya era suficiente para marcar la orientación, sin tener que recurrir a una entonación diferente. Pero tenía que diferenciarse de la negación interna, que adopta, entonces, el otro patrón.

Pues bien, el patrón que caracteriza a la negación interna se aplica a la interrogación sin negación cuando se le quiere dar una interpretación orientada.

8)a- ¿Por qué estás tan serio? ¿Has reñido con María?

b- Te veo preocupado ¿Van mal los negocios?

De esta manera, con un sistema de sólo dos entonaciones y dos tipos de negación podemos dar cuenta del funcionamiento del mecanismo que permite al emisor preguntar algo dejando ver cuál es su posición al respecto:

Rasgos formales Interpretación		
	Negación	Entonación
Interrogación neutra	-	1 2 1 2 ↑
Orientación positiva	+(ext.)	1 2 1 2 ↑
Orientación negativa	+(int.)	2 2 3 2 ↑
Orientación positiva	-	2 2 3 2 ↑

En el cuadro aparecen dos interpretaciones rotuladas como orientación positiva: una con negación externa y otra sin negación. ¿Tienen el mismo valor, o se trata de usos diferentes? Parece que lo lógico sería que un cambio en la forma comportara también un cambio en el significado; y así es.

Hemos visto los rasgos formales que configuran la clase general de las interrogaciones orientadas. Hemos dicho también que responden a diferentes grados de certeza del emisor con respecto a aquello que interroga, lo cual implica que no se usarán en las mismas ocasiones ni exactamente con los mismos propósitos. Vamos seguidamente a estudiar los distintos tipos de enunciados interro-

gativos orientados, analizando en cada uno de ellos, además de su función y su uso, las condiciones que hacen posible su adecuada utilización e interpretación.

## 12.4. *La interrogación confirmativa*

Comenzaremos ocupándonos de los enunciados que vamos a llamar *confirmativos*, y que se caracterizan por el hecho de que su objetivo es conseguir que el destinatario confirme la proposición expresada por el emisor. No se trata, por tanto, de pedir una información, sino el acuerdo del interlocutor.

### 12.4.1. Condiciones de uso

Desde el punto de vista formal se caracterizan por llevar *negación externa* y patrón entonativo / 1 2 1 2 ↑ /: por las razones que apuntamos anteriormente, funcionan con una orientación positiva. Veamos algunos ejemplos:

- 9)a- ¿No es una maravilla?
- b- ¿No valdría más dejarlo?
- c- ¿No es el tonto más grande que has conocido en tu vida?
- d- ¿No crees que ha jugado sucio con nosotros?

Los enunciados 9)a-d van en la dirección argumentativa de 10)a-d:

- 10)a- Es una maravilla
- b- Valdría más dejarlo
- c- Es el tonto más grande que has conocido en tu vida
- d- (Tú también) Crees que ha jugado sucio con nosotros

Y 10)a-d, por otra parte, no son más que las afirmaciones sobre las que actúa la negación externa. Como explicamos, la interrogación rompe el vínculo entre negación y proposición afirmativa, de modo que ésta queda especialmente puesta en relieve. La presencia de términos de polaridad positiva -es decir, que sólo pueden aparecer en estructuras afirmativas- confirma también esta explicación. 10)b-c no podrían aparecer con negación interna: por ello, la única interpretación posible para 11)a-b es la de la negación externa

- 11)a- No valdría más dejarlo
- b- No es el tonto más grande que he conocido en mi vida

10)d nos proporciona una prueba más de la existencia de la negación externa: el verbo *creer* exige una subordinada con indicativo, como demuestra la agramaticidad de 12)b, mientras que *no creer* debe llevarla en subjuntivo, como prueba el rechazo de 13)b. Así



- 12)a- *Creo que ha jugado sucio con nosotros*  
 b- *\*Creo que haya jugado sucio con nosotros*

- 13)a- *No creo que haya jugado sucio con nosotros*  
 b- *\*No creo que ha jugado sucio con nosotros*

Sin embargo, en 10)d aparecían conjuntamente la negación y el indicativo

- 10)d- *¿No crees que ha jugado sucio...?*

Podría pensarse que es la forma interrogativa la que permite tal co-aparición. Sin embargo, y junto a 10)d tenemos la posibilidad de 14)

- 14) - *¿No crees que vaya a venir?*

La razón, a nuestro juicio, estriba en el hecho de que 10)d lleva una negación externa, que no afecta, por tanto, a la configuración interna de la proposición afirmativa; 14), en cambio, lleva negación interna, entonación / 2 2 3 2 ↑ /, y funciona no como demanda de confirmación, sino como hipótesis del emisor sobre las opiniones del destinatario.

La negación externa también actúa de un modo parecido en las interrogaciones indirectas como pone de manifiesto Borillo (1979), que propone el siguiente ejemplo:

- 15)a- *Me pregunto si Juan estará enfermo*  
 b- *Me pregunto si Juan no estará enfermo*

Ambas expresan la misma idea, a pesar de la negación, precisamente porque ésta es externa y no afecta al predicado. Por ello, Borillo (1979:36-37) concluye:

"Así, cuando una construcción interro-negativa orienta hacia un sentido positivo, se puede comprender por qué se tiene a veces la impresión de que la presencia de la negación no tiene consecuencias, y que la misma frase pueda ser comprendida con el mismo sentido."

Milner (1978:291) parece proponer además una restricción relativa al tipo de predicado: los enunciados interrogativos orientados hacia la confirmación positiva deben llevar lo que él llama un *predicado subjetivo*, como los de

- 16)a- ¿No es una ciudad maravillosa?
- b- ¿No es un genio?

16)a-b son efectivamente enunciados cuyo predicado expresa una opinión del emisor. Según Milner, los otros (los de tipo objetivo) no admitirían una interpretación como confirmaciones sino como auténticas peticiones de información sobre las que el emisor hace una conjetura. Según esto, enunciados como 17)a-b rechazarían la interpretación confirmativa

- 17)a- ¿No fuiste a la fiesta?
- b- ¿No se lo contó a Elisa?

Poco tienen, en efecto, de opinable los predicados de los enunciados 17)a-b, lo cual aparece reforzado por el hecho de que se refieran en ambos casos a acciones pasadas. Sin embargo, nos parece perfectamente aceptable una interpretación de estos ejemplos como interrogaciones confirmativas. Lo que ocurre es que la escritura no refleja gráficamente los dos tipos de entonación. Estos ejemplos, pronunciados con entonación / 2 2 3 2 ↑ / y negación interna, tienen, sí, una interpretación como hipótesis del emisor sobre la actividad de su interlocutor. Pero emitidos con entonación confirmativa / 1 2 1 2 ↑ / (lo cual implica negación externa), tienen como lectura la petición de confirmación positiva que venimos describiendo, y que Milner niega. Utilicemos un test de encadenamiento para comprobarlo.

18) - ¿No fuiste a la fiesta? Pues allí tuviste que ver a María

La interpretación anafórica de *allí* no es posible más que en el caso de que la negación de 18) sea externa, lo cual implica que el interlocutor realmente fue a esa fiesta, apoyando así, la idea de la confirmación positiva. 18) es parafraseable por 19)a, pero nunca por 19)b:

19)a- Fuiste a la fiesta, ¿no? Pues allí tuviste que ver a María

b- #No fuiste a la fiesta. Pues allí tuviste que conocerla

Y, análogamente, podemos también reforzar la interpreta-

ción de 17)a con el otro patrón entonativo, en un enunciado como 20):

20) - ¿Qué hacías ayer tarde en tu casa? ¿No fuiste a la fiesta?

que resulta parafraseable por 21)a-b (siempre con negación), pero no por 22)a-b:

21)a- Como ayer tarde estabas en tu casa supongo que no fuiste a la fiesta

b- No fuiste a la fiesta ¿no? Lo supongo porque sé que no saliste de tu casa

22)a- #Como ayer tarde estabas en tu casa supongo que fuiste a la fiesta

b- #Fuiste a la fiesta ¿no? Lo supongo porque sé que no saliste...

No parece, por tanto, que la distinción establecida por Milner (1978) entre predicados objetivos y subjetivos resulte válida. Son los dos patrones de entonación y no la naturaleza semántica del predicado los que provocan una interpretación u otra.

Queda, de este modo, comprobada la tesis que proponíamos al principio sobre la forma y el funcionamiento de este tipo de enunciados. Son sus características gramaticales, y especialmente la entonación, que es la que provoca la interpretación de la partícula negativa como negación externa, las que indican al destinatario que se

halla ante una interrogación fuertemente orientada hacia la confirmación positiva de la afirmación que contiene el enunciado. El uso pragmático viene determinado por conjuntos de rasgos formales; y es la aparición de tales rasgos lo que nos permite explicar y predecir el tipo de lectura que puede ser apropiada.

#### 12.4.2. Otras propiedades formales

Además de las características que acabamos de señalar, los enunciados confirmativos presentan otra serie de propiedades que, si bien no son necesarias para la determinación de la lectura confirmativa, contribuyen, sin embargo, a reforzar la interpretación apuntada.

La primera de estas propiedades ya ha quedado ejemplificada en 19)a, y consiste en la posibilidad de transformar la interrogación negativa orientada en una afirmación -precisamente la afirmación que contiene-, "extra-  
yendo" la negación externa y colocándola al final como un *tag* (3). Todos los ejemplos propuestos pueden transformarse en este sentido. Véase, por ejemplo, el resultado de aplicar esta modificación a los enunciados 1)a-c:

23)a- Es una maravilla, ¿no?

b- Valdría más dejarlo, ¿no?

c- Es el tonto más grande que has visto en tu vida, ¿no?

En 1)d, en cambio, parece que la transformación es insuficiente

24) - Crees que ha jugado sucio con nosotros,  
¿no?

La razón, a nuestro juicio, está en el hecho de que la afirmación incluida no es la que hemos representado en 24), sino la que aparece en 25)a, de modo que los *tags* posibles son 25)b-c:

25)a- Ha jugado sucio con nosotros  
b- Ha jugado sucio con nosotros, ¿no?  
c- Ha jugado sucio con nosotros, ¿no crees?(4)

Steel (1976:31) proporciona una relación de lo que él llama *estimuladores de diálogo que indican acuerdo positivo*:

26) ¿no?  
¿no es verdad?  
¿verdad?  
¿no es eso?  
¿no es así?  
¿eh?

Todos ellos funcionan con el valor descrito, pero ello no quiere decir que sus condiciones de uso vayan a ser siempre las mismas que las del enunciado interrogativo confirmativo; entre otras razones porque en la aseveración el emisor queda comprometido a la verdad de aquello que

afirma y tiene la responsabilidad de haberlo dicho, cosa que no ocurre cuando se emite la interrogación orientada: el objetivo puede ser el mismo, pero no lo son las repercusiones.

Borillo (1979:31 y ss.) señala también que los enunciados interrogativos confirmativos no pueden llevar adverbios de duda, tales como *incluso*, *en absoluto*, *casi*, *prácticamente*... que no pueden modificar al verbo en formas declarativas afirmativas

27)a- #¿No ha sufrido *prácticamente*?

b- \*Ha sufrido *prácticamente*

28)a- #¿No le conozco *en absoluto*?

b- \*Le conozco *en absoluto*

27)a y 28)a no pueden interpretarse nunca como peticiones de confirmación positiva, porque en ellas aparece el tipo de adverbios que tampoco pueden usarse en afirmaciones.

En nuestro análisis, hacer esta precisión resulta innecesario, por la explicación que hemos dado sobre la negación externa: si un objeto es una proposición afirmativa "anterior" e incluida en el enunciado, la no aparición de esas formas se debe no tanto a una peculiaridad más de la negación, sino más bien a las condiciones de buena formación de las proposiciones afirmativas.

Otra peculiaridad de este tipo de enunciados es, co-

mo apunta Milner (1973), que no admiten un verbo realizativo explícito. Así,

29) - ¿No es encantador?

no es nunca sustituible por

30)a- #Yo te pregunto si no es encantador

b- #Yo te pido que me confirmes si no es encantador

La única forma de reportar 29) sería la que mostramos en 31), lo cual demuestra que lo que se relata es la interpretación y no las propiedades formales:

31) - Me dijo que le parecía encantador

Hemos descrito el funcionamiento y las características principales de la interrogación negativa de orientación positiva dentro del modelo de análisis trazado, y el resultado obtenido nos confirma su adecuación descriptiva y explicativa: por medio de un conjunto de rasgos formales de repercusión semántica, hemos podido predecir el uso de los enunciados confirmativos. Recordemos, sin embargo, que había otra estructura que también recibía orientación positiva. Vamos a ver seguidamente de qué configuración se trata, y en qué se diferencian sus valores.



## 12.5. La interrogación hipotética

Bajo la rúbrica de *interrogaciones hipotéticas* vamos a analizar todos aquellos enunciados cuya orientación va en la misma dirección que su forma superficial: si son afirmativos, la orientación es positiva; si negativos, negativa.

Les damos el nombre de interrogativas hipotéticas porque el emisor, que no es neutral en cuanto a las probabilidades de la alternativa, presenta en su enunciado una *hipótesis* o una conjetura, con la forma de la posibilidad que él favorece. Así se explica que su polaridad sea constante. Veamos algunos ejemplos

- 32)a- Entonces ¿fuiste tú quien se lo dijo?
- b- ¿De modo que no vino contigo?
- c- Te veo pálido ¿Te encuentras mal?
- d- Has estado muy grosero con él ¿No te resulta simpático?

Los enunciados 32)a-d van en la misma dirección que 33)a-d:

- 33)a- Tú fuiste quien se lo dijo
- b- No vino contigo
- c- Te encuentras mal
- d- No te resulta simpático

La diferencia entre la orientación confirmativa y la hipotética es clara: aquélla buscaba el acuerdo del destinatario con respecto a la opinión o creencia del emisor; en ésta, en cambio, el emisor no tiene una opinión previa que somete a aprobación, sino que simplemente avanza una hipótesis. El grado de certeza es distinto en cada caso. De este modo, pues, queda reflejada la diferencia entre los dos tipos de enunciados con orientación positiva: uno busca confirmar una opinión; el otro, verificar una hipótesis.

### 12.5.1. Interrogación hipotética y *subjectio*

Antes de pasar a estudiarlas, debemos hacer una última precisión: no hay que confundir nuestras interrogaciones hipotéticas con aquellas que estudia Fernández Ramírez (1959:253) con el mismo nombre. Las suyas son

"... equivalentes a la prótasis de un periodo condicional. Están fundadas en el desdoblamiento dramático de la persona que habla (...).

¿Que entran aquí? Nos refugiamos allí.  
¿Que también vienen? Salimos por la ventana."

Este uso es el que la Retórica denominaba *subjectio*, en el cual el emisor, según Lausberg (1963:215),

"... subordina y somete de alguna manera a una proposición, generalmente interrogativa, otra proposición, generalmente positiva, que le sirve de respuesta, de explicación o de consecuencia ¿Temas a la censura? Sé tu propio juez."

Y Lázaro (1974:s.v. *sujección*) la define como

"Figura retórica que consiste en hacer el que habla o escribe preguntas a que él mismo responde."

Cornulier (1982:72) llama *condicionales* a estas interrogativas, y señala que en ellas hay una orientación radical que, entre otras cosas, impide la aparición de ...o no? al final. Lo que ocurre es que el caso es bien distinto al de los enunciados que ahora estudiaremos.

Es cierto que la *subjectio* tiene en común con la interrogación hipotética tal y como nosotros la entendemos, el hecho de que en ambas hay -aunque en grados diferentes-, lo que la genial intuición de Fernández Ramírez llamó *desdoblamiento dramático* y que más recientemente Anscombe y Ducrot (1976) denominan *polifonía*.

Pero en las condicionales no hay directamente un destinatario, sino que se trata de una ficción dialógica completa, a la que no se espera que nadie responda o pueda replicar; en las hipotéticas, en cambio, esa ficción dialógica es parcial, ya que el interlocutor mantiene el

derecho de réplica. La orientación, por tanto, es muy diferente en uno y otro caso. Pero sobre todo ello, volveremos más adelante.

## 12.5.2. Condiciones de uso

Vamos a pasar ahora al estudio de los rasgos y elementos que caracterizan a este tipo de enunciados y que hacen posible su reconocimiento y adecuada interpretación por parte del destinatario.

Hemos dicho que desde el punto de vista puramente formal hay dos tipos diferentes de interrogaciones hipotéticas: las afirmativas y las negativas. ¿En qué se diferencian de las preguntas "normales" y de las interrogaciones confirmativas que estudiamos en el apartado anterior?

Nuevamente el elemento clave es la entonación. Hay un patrón entonativo / 2 2 3 2 ↑ /, que es precisamente el que caracteriza este uso, y que se opone tanto a la pregunta neutra como a la interrogación confirmativa, ya que ambas llevan, como vimos, un esquema entonativo / 1 2 1 2 ↑ /. La entonación es funcional y distintiva, porque nos permite discernir entre estos usos y predecir ante cuál de ellos estamos. Veamos algunos ejemplos:

34)a- ¿Es difícil?

/ 1 2 1 2 ↑ /

b- ¿Es difícil?

/ 2 2 3 2 ↑ /

34)a es una pregunta que no presupone nada sobre el tipo de respuesta; 34)b es una hipótesis sobre la actividad del destinatario. Por ello, sólo 34)b puede ir tras una oración que demuestre su carácter de conjetura, como en 35):

35) - ¿Por qué pones esa cara? ¿Es difícil?

2 2 3 2 ↑

#1 2 1 2 ↑

Y de modo análogo, es la entonación la que -como sabemos- distingue la negación interna de la externa:

36)a- ¿No es muy difícil?

/1        2        2 1 2 ↑ /

b- ¿No es muy difícil?

/2        2        2 3 2 ↑ /

36)a es una interrogación confirmativa orientada en sentido positivo y con negación externa; 36)b es una hipótesis orientada en sentido negativo y con negación interna. 36)a va en el sentido de 37)a, pero no en el de 37)b que es el que corresponde a 36)b pero no a 36)a:

37)a- Es muy difícil

b- No es muy difícil

La negación interna, como indicamos en el capítulo correspondiente de la parte de Semántica, puede llevar términos de polaridad negativa o negativo-modal. Esto hace que se diferencie de los eunuciados con negación externa, que no pueden llevar este tipo de términos, pero sí los de polaridad positiva. Así

38)a- ¿No tengo toda la razón?

b- ¿No ha llegado todavía?

38)a por su entonación y por la presencia de un término de polaridad positiva se entenderá como petición de confirmación de una expectativa positiva; 38)b, por su término de polaridad negativa y su entonación, recibirá, según nuestro análisis, una interpretación de hipótesis.

Cornulier (1982) se ve en la necesidad de caracterizar este uso interrogativo diciendo que las insinuaciones no admiten la formulación contraria, es decir, si la hipótesis es 39)a, sólo puede formularse como 39)b, pero nunca como 39)c:

39)a- Has terminado

b- ¿Has terminado?

c- #¿No has terminado?

Y lo mismo ocurre cuando la hipótesis es de forma negativa como en 40)a-c:

40)a- No has recibido mi carta

b- ¿No has recibido mi carta?

c- #¿Has recibido mi carta?

Para nosotros, hacer esta precisión dentro del modelo de análisis propuesto es innecesario, porque se sigue como consecuencia lógica de las explicaciones anteriores y del valor que hemos dado a los diferentes tipos de entonación interrogativa y de negación. Contrástense los ejemplos dados en este apartado con los que vimos en el anterior, y se verá el diferente funcionamiento de estas dos clases de orientación confirmativa.

Una precisión final sobre el significado de la interrogación hipotética. Borillo (1979:35) señalaba que

"La interrogación sobre una frase negativa se convierte en una puesta en tela de juicio de la verdad de la proposición que presenta; y esta puesta en tela de juicio puede ser manifestación de actitudes diversas: sentimiento de incredulidad, recusación, sorpresa dubitativa o simplemente deseo de ver realmente aseverada esa verdad de valor negativo. A este último tipo es al que se puede hacer corresponder lo que se entiende por "petición de confirmación negativa."

¿Qué sucede, entonces, con los otros usos que señala esta autora? ¿Cómo podemos diferenciarlos del que ahora tratamos? Esto podría plantear, sin duda, un problema de orden metodológico.

Creemos, sin embargo, que esta observación es equivocada e induce -una vez más- al error que consiste en

confundir la actitud del hablante con el objetivo expresado por éste en cuanto emisor. Efectivamente cualquiera puede albergar los sentimientos que describe Borillo; pero su estado psicológico no se refleja directamente en su enunciado. El emisor avanza una hipótesis, con una orientación determinada, pero ello no implica necesariamente que *desea* ver confirmada esa hipótesis: éste puede ser el caso en ocasiones, pero no es imprescindible que sea así. Supongamos, por ejemplo, que alguien, una mujer, va al médico con su hijo. Tras lo que se consideraba que iba a ser tan sólo un examen rutinario, el médico pone mala cara. La madre, inquieta, le interroga:

41) - ¿Qué pasa, doctor? ¿No está bien?

Su interrogación es una hipótesis, pero no deberemos, por ello, pensar que la madre *desea* ver confirmada su conjetura. En este caso supondremos, más bien, que la plantea con temor, deseando fervientemente que no se confirme.

No hay nada en la forma del enunciado que nos autorice a decir que se trata de usos radicalmente diferentes. Nos interesa el propósito expresado, el que tiene traducción formal, y no tanto -sería objeto de otro estudio diferente- el uso que pueda hacer cada emisor en particular de ese propósito. El emisor plantea una hipótesis, independientemente de si le sorprende, le agrada o le horroriza que dicha hipótesis sea realidad.

Hemos visto que los rasgos propuestos para caracterizar a los enunciados interrogativos con orientación hi-



potética resultan válidos para explicar y predecir su empleo. Además, no necesitamos postular ningún rasgo o elemento especial para dar cuenta satisfactoriamente de este uso.

### 12.5.3. Otras propiedades formales

Como hemos hecho en anteriores ocasiones, vamos a examinar otras propiedades que acompañan a las condiciones que acabamos de señalar: algunas de éstas son consecuencia directa de su propia interpretación; otras se refieren a la presencia de determinados elementos, pero no se trata de requisitos necesarios, sino de rasgos más o menos opcionales.

Al igual que ocurría en las interrogaciones orientadas hacia la configuración positiva, los enunciados hipotéticos pueden sustituirse o parafrasearse por la correspondiente afirmación seguida de uno de esos elementos que Steel (1976) llamaba estimuladores de diálogo. Los ejemplos 42)a-b son paráfrasis de los de 41)a-b:

- 41)a- ¿Así que ahora trabajas por la tarde?  
b- ¿No ha regresado todavía?

- 42)a- Así que ahora trabajas por la tarde, ¿no?  
b- No ha regresado todavía, ¿no?

Puesto que la negación de 41)b es, como hemos dicho, interna, no puede desaparecer en la paráfrasis como cuando se trataba de la negación externa. Por eso 43), además de ser inadecuada como equivalente de 41)b, resultaría agramatical porque 41)b contiene un término de polaridad negativa

43) - \*Ha regresado todavía

Y lo mismo sucede, aunque no haya tal término de polaridad, como en 44)a, cuya paráfrasis aceptable es 44)b pero no 44)c:

44)a- ¿No lo has encontrado?

b- No lo has encontrado, ¿no?

c- #Lo has encontrado, ¿no?

Sin embargo, no admiten nunca ser completadas por ...o no?, como ocurría a veces con las preguntas. La razón es obvia: si presentan una posibilidad dándola como más probable, no es coherente completar el enunciado con un elemento que le confiere una posición de neutralidad al emisor.

45) - #¿Qué haces? ¿Te quedas o no?

Un enunciado como 45) es inadecuado como hipótesis del emisor sobre la actuación del destinatario, aunque es perfectamente aceptable cuando el que habla no sabe realmente cuál es la decisión que su interlocutor va a tomar: supongamos que ha cambiado de parecer muchas veces, que

no acaba de decidirse. En tal caso, 45) es más bien un directivo pronunciado con impaciencia.

La continuación adecuada para este tipo de hipótesis no es ... *o no?*, sino ... *o qué?*, como señalan Bolinger (1978c) y Cornulier (1982). De este modo, tenemos:

46)a- ¿Qué te pasa? ¿Estás enfadado o qué?

b- ¿Por qué no vienes? ¿Tienes miedo o qué?

La utilización de ... *o qué?* no puede extenderse a todos los usos hipotéticos, porque añade al enunciado una serie de matices no siempre adecuados. Como indica Cornulier (1982:73)

"El contexto de estos ejemplos sugiere que el que pregunta no va a contentarse con una simple respuesta negativa (...). Quiere disponer de una información que puede encontrarse entre un número elevado o indeterminado de posibilidades; su pregunta prueba una de ellas, y por poco que sean más de dos, una respuesta negativa que elimine la primera hipótesis no le satisfará directa y completamente; de donde la preferencia por la adición de ... *o qué?* (alternativa abierta) antes que ... *o no?* (alternativa limitada a dos posibilidades conocidas por adelantado)."

La explicación de Cornulier parece, en principio, descriptivamente correcta; pero no nos ayuda a saber en

qué casos es adecuada la continuación por ...o qué?. Si un amigo llega con mala cara, puede ser debido a un número elevado de cosas: mareo, dolor de estómago, de cabeza, gripe,... Ello, sin embargo, no nos "autoriza" a dirigirle un enunciado como

47) - ¿Qué te sucede? ¿Te duele la cabeza o qué?

La continuación con ...o qué? sugiere impaciencia o disgusto por parte del emisor. Creemos que la explicación adecuada es la siguiente: en enunciados como 46)a-b, el emisor, que parece sentir un cierto desagrado ante el comportamiento del destinatario, avanza una hipótesis, pero sabe que ésta no puede ser aceptada por parte del interlocutor sin más comentarios: la confirmación de la hipótesis deja al destinatario en no muy buen lugar

48)a- ¿Qué te pasa esta mañana? ¿Estás dormido o qué?

b- ¿Por qué llegas tan tarde? ¿No tienes reloj o qué?

Esta puede ser, pues, la condición que rige el empleo de ... o qué?. Y funciona también de la misma manera cuando se postpone a una interrogación directiva (5).

Al igual que las interrogaciones confirmativas, no admite tampoco la adición de *por favor*, por las razones allí aducidas, y sobre las que ahora no volveremos a insistir.

Podemos reforzar la interpretación de hipótesis, completando la interrogación con otra oración o con otros elementos léxicos de uso en las inferencias, como hicimos en 32)a-d

- 32)a- *Entonces, ¿fuiste tú quien se lo dijo?*  
 b- *¿De modo que no vino contigo?*  
 c- *Te veo pálido, ¿Te encuentras mal?*  
 d- *Has estado muy grosero con él ¿No te resulta simpático?*

En efecto, además de las oraciones cuyo sentido pueda indicar que la interrogación avanza una hipótesis, hay también una serie de locuciones que indican deducción y que suelen introducir este tipo de enunciados. Steel (1976:36) las llama inferencias que buscan respuesta, y ofrece la siguiente relación:

- 49) Así que  
 Con que  
 De manera que  
 O sea que  
 Total que

Pero más interesante, sin duda, es la posibilidad de que los enunciados hipotéticos lleven *marcas de subordinación*. Veamos algunos ejemplos:

- 50) A:-... Yo lo que te digo es que te tomes un descanso...  
 B:-¿Y *que* deje la empresa en tus manos?  
 Ni lo sueñes

51) A:-Sé que ahora estás bien de dinero y yo me preguntaba...

B:-¿Si podía hacerte un préstamo?

52) A:-... Nosotros pensábamos que fueras tú quien llevara a cabo el plan.

B:-Ya ¿Para que luego nos descubran y cargue yo con las consecuencias? No, gracias.

La aportación del hablante B en estos tres ejemplos de diálogo es una muestra de interrogaciones hipotéticas, introducidas todas ellas por marcas de subordinación. Veamos qué tienen en común estas tres situaciones y que circunstancias concurren en ellas.

En primer lugar, la hipótesis no se formula a partir de una acción o de un estado del interlocutor, sino a partir de sus palabras. Quiere ello decir que el contexto diálogo es necesario. En segundo lugar, hay una relación entre el tipo de marca de subordinación y la oración y el verbo que aparecen en la contribución del hablante A; dicho de otro modo: la subordinada hipotética completa semántica y sintácticamente al enunciado anterior. Pruébese a completar cualquier emisión de esta clase con una subordinada sintácticamente inadecuada, y se obtendrán siempre diálogos incoherentes.

La presencia de estas marcas de subordinación debe darse siempre en los supuestos que acabamos de señalar, y es un índice más que caracteriza al enunciado como una

conjetura del emisor acerca del curso que sigue la mente del destinatario (6).

#### 12.5.4. Interrogación hipotética y polifonía

Ya hemos descrito los rasgos formales que debe cumplir un enunciado interrogativo para que su interpretación sea la de orientación hipotética. Pero no hemos dicho cuál es la justificación de tal uso, esto es, no hemos explicado por qué el emisor recurre precisamente a esta forma y no a otra.

Aunque él no lo expone -por supuesto- con esta finalidad, nuevamente las ideas de Fernández Ramírez pueden ayudarnos a comprender mejor la naturaleza de este empleo. Lo que nosotros hemos llamado interrogación hipotética engloba dos categorías diferentes para este autor. En efecto, Fernández Ramírez (1959:253) habla, por un lado, de las interrogaciones *interpretativas*, las cuales suponen

"... un enunciado que no ha emitido el interlocutor. (...). Nos anticipamos al enunciado en que se funda la pregunta refleja:

- Y hasta podemos hacer...
- ¿Dejar un cabo de vela sólo?

Muchas veces son nominales."

Como puede comprobarse, este uso es precisamente el que acabamos de caracterizar por la posibilidad de aparición de marcas de subordinación. Desde nuestra perspectiva de análisis diríamos que el emisor formula una hipótesis sobre el modo en que su interlocutor va a proseguir el discurso, como tratando de adivinar sus palabras.

De otro lado, el mismo autor habla de las interrogaciones *exploratorias*, que ejemplifica con este enunciado de Galdós

"¿De qué os duele el estómago, de empacho de libertad o de vacío de alimentos?" (Fernández Ramírez 1959:258)

El emisor hace una pregunta y él mismo propone como hipótesis una posible respuesta en forma de interrogación orientada. Este uso no debe confundirse con el conocido como *subjectio*. En el que ahora tratamos el emisor sólo avanza una hipótesis sobre la respuesta, no la afirma; en el otro, el emisor finge un diálogo y se proporciona a sí mismo la respuesta por medio no de una estructura abierta, sino cerrada.

¿Cuál es la diferencia entre un tipo y otro? En el primero, el emisor interrumpe las palabras de su interlocutor para continuarlas él con lo que supone que diría su compañero; en el segundo, el emisor pregunta sobre una acción o estado, pero antes de dejar responder al destinatario avanza una hipótesis por medio de un enunciado orientado de polaridad constante.



La diferencia, como puede apreciarse, es mínima: en un caso hay interrupción y en el otro no, porque el interlocutor no ha comenzado todavía a hablar. Pero es idéntica la actitud y el comportamiento del emisor en una y otra situación; son idénticos también el carácter orientado del enunciado y el objetivo del hablante. En todas estas interrogaciones, el emisor se adelanta a las palabras del interlocutor, o, dicho de otro modo, pronuncia las palabras que corresponderían al otro ... pero con la entonación arriba descrita.

La interrogación -como sabemos- no compromete al emisor ni a la verdad de lo expresado, ni le confiere la responsabilidad de haberlo dicho. La configuración interrogativa, por tanto, se adapta perfectamente al propósito del emisor en estos casos en que trata de adivinar cuál será la respuesta de su interlocutor, y casi podríamos decir que lo "suplanta". Estamos, pues, ante lo que Fernández Ramírez (1959) llamaba desdoblamiento dramático; y Anscombre y Ducrot (1976), polifonía, aunque no usaremos el término exactamente en el mismo sentido en que ellos lo hacen, sino en otro, tal vez más próximo al de Bajtín al hablar de la novela.

El fenómeno de la *polifonía* consiste, en esencia, en lo siguiente: el emisor, junto a su propia contribución, hace oír también una voz que no es la suya, sino la de un interlocutor. Este puede ser fingido, imaginario o supuesto, como en el caso en que esta ficción se usa en enunciados típicamente monologantes: un discurso, una conferencia, un libro,...; o puede ser real y estar

presente, cuando la comunicación entra en el terreno del diálogo. Lo importante es que en un enunciado se puede escuchar una voz diferente a la del propio emisor.

En la *subjectio* (a la cual hacíamos referencia al comienzo), el emisor nos hace oír a un interlocutor, real o supuesto, que le interroga y al que él da respuesta:

53) - ¿Que nos sale bien? Estupendo ¿Que no resulta? Pues ¡qué le vamos a hacer! Paciencia...

54) - Eran muy trabajadores ¿Si tenían éxito?  
Les iba espléndidamente (7)

Recordemos, sin embargo, que este uso nada tiene que ver con la interrogación hipotética que estamos aquí tratando.

En los usos interpretativos, la hipótesis del emisor reemplaza las palabras que podría haber emitido su interlocutor, manteniendo incluso -cómo hemos visto- las relaciones sintácticas del otro enunciado.

55) A:-... Dijo que ahora estaba menos ocupado  
Y ...

B:-¿Y que vendría a vernos? Eso sería maravilloso

Aquí es el emisor el que interroga, el que plantea la hipótesis sobre las palabras del interlocutor. La interro-

gación adopta una forma que parece propia de un discurso indirecto libre. Probablemente el estudio de las relaciones entre este uso de la interrogación y aquella forma narrativa aportaría datos muy esclarecedores acerca de la cuestión. No es éste, sin embargo, el lugar adecuado para emprender un análisis de esa naturaleza.

Cuando la hipótesis arranca no de las palabras del otro, sino de nuestra actitud acerca de su actividad o estado, no hay ese uso de discurso indirecto, pero sigue habiendo polifonía. El mayor índice de probabilidad que el hablante otorga a la hipótesis que favorece no es sino un reflejo de lo que cree que va a ser la respuesta del interlocutor; así que lo que hace, en el fondo, es volver a hacer oír sus palabras. El emisor de 56) lo que hace es prefigurar un diálogo como 57):

56) - ¿Qué te ha dicho? ¿Está de acuerdo?

57) A:-¿Qué te ha dicho?

B:-Está de acuerdo

El carácter polifónico de la interrogación hipotética parece, pues, innegable. La hipótesis del emisor resulta ser una especie de eco anticipado de las palabras de su interlocutor. Ello no quiere decir -claro está- que el emisor no pueda equivocarse; pero, incluso en el caso de que así fuera, la naturaleza orientada de estos enunciados queda salvaguardada en la réplica. Véase, sino, el siguiente ejemplo:

58) A:-¿Qué te ocurre? *¿Te duele el estómago?*

B:-No, no es *eso*, sólo es que estoy un poco cansado...

El hablante B reconoce la función de hipótesis de la interrogación, pero la rechaza, proponiendo otra explicación en su lugar.

## *12.6. La interrogación retórica*

Hemos tratado hasta ahora de dos tipos de interrogación orientada: la confirmativa, por medio de la cual el emisor busca la adhesión del destinatario a la opinión expresada; y la hipotética, que avanza una conjetura. Sin embargo, las interrogaciones orientadas no se limitan a estas clases que hemos analizado.

Veamos algunos ejemplos:

59)a- ¿Puede haber algo más importante que la libertad?

b- ¿Quieres que piensen que somos unos mal-educados?

En estos enunciados el emisor tampoco es neutral; sin embargo, no piden ningún tipo de respuesta porque parecen contenerla en sí mismos. Su significado pragmático se halla muy próximo al de ciertas aserciones de signo contra-

rio, pero gramaticalmente relacionadas con la fórmula interrogativa. Así, el significado de 59)a-b está próximo al de 60)a-b pero nunca al de 61)a-b:

60)a- No puede haber nada más importante que la libertad

b- No quiero que piensen que somos unos mal-educados

61)a- #Puede haber algo más importante que la libertad

b- #Quiero que piensen que somos unos maleducados

La polaridad se encuentra invertida: la interrogación de forma afirmativa adquiere un significado negativo. ¿Qué ocurre con la negativa?

62)a- ¿No debemos ayudar a los que buscan la paz?

b- ¿No defenderemos siempre nuestros derechos?

Los enunciados 62)a-b también invierten la polaridad, de modo que su interpretación se acerca a la de

63)a- Debemos ayudar a los que buscan la paz

b- Defenderemos siempre nuestros derechos

Parece, entonces, que estos enunciados negativos no se diferencian de los confirmativos que estudiamos anteriormen-

te. Sobre ello volveremos más tarde.

El significado (la orientación) de estos enunciados va siempre en sentido inverso al de su forma superficial. Ya lo entendía así Bello [1847-1860:683] cuando afirmaba

"En las oraciones interrogativas que implícitamente niegan, así como la forma positiva niega, la negativa afirma."

Pero, además, este fenómeno afecta también a la interrogación parcial. De este modo, 64)a se interpreta como 64)b y 65)a como 65)b.

64)a- ¿Qué mujer no sueña con un marido como él?

b- Toda mujer sueña con un marido como él

65)a- ¿Quién puede desear ir a la cárcel?

b- Nadie puede desear ir a la cárcel

Nos hallamos ante el fenómeno conocido habitualmente con el nombre de *interrogación retórica*, consistente en utilizar una interrogación con el significado de la aserción de signo contrario. Pero ¿en qué se fundamenta este empleo? ¿a qué condiciones debe someterse para que podamos decir que es un uso adecuado? ¿cómo reconoce el interlocutor que se halla ante una orientación de este tipo y no de las que hemos comentado anteriormente? Trataremos de dar respuesta a todas estas cuestiones.

### 12.6.1. Principales propuestas de análisis

El nombre de interrogación retórica procede, como puede suponerse, de la inclusión de este uso entre las figuras de discurso que señalaban los tratados de Retórica. Parece lógico, entonces, comenzar recordando qué caracterización y qué explicación daban a este tipo de interrogación en aquellos manuales.

El uso retórico de un enunciado interrogativo, según lo describe muy acertadamente Fontanier (1821:368),

"... consiste en utilizar el giro interrogativo, no para expresar una duda y provocar una respuesta, sino para indicar, por el contrario, la más grande persuasión, y desafiar a aquéllos a los que se habla, a poder negar o incluso responder. No hay que confundirla con la interrogación propiamente dicha, con la interrogación de duda, de ignorancia o de curiosidad, por la cual se busca instruirse o asegurarse de una cosa."

En cuanto a sus efectos, Lausberg (1963:222) señala que la interrogación retórica

"... fustiga los afectos por la evidencia de la superfluidad de la formulación interrogativa. De ahí que tampoco se espere respuesta a la

interrogación, que es la formulación, próxima a la *exclamatio*, de un enunciado." (8)

Sin embargo, no debe confundirse con el uso "irónico" de la interrogación, que entra de lleno en el fenómeno conocido como *dissimulatio*, y que consiste en la ocultación de la propia opinión simulando

"... ignorancia o falta de convencimiento. Esta es la ironía socrática propiamente dicha."  
(Lausberg 1963:215)

No hemos encontrado una explicación del fenómeno de la interrogación retórica, pero al menos hemos obtenido una caracterización de lo que no es: no se trata de un uso que pretenda engañar al destinatario, ni de una formulación insincera, sino que su carácter orientado debe permanecer transparente para el interlocutor.

Fernández Ramírez (1959:267), con su buen sentido habitual, la definía del modo siguiente:

"Hay además un uso *polémico* de la pregunta, en el cual finge el enunciado un supuesto contrario al pensamiento del que lo emite. El hecho de ser aducido como un supuesto absurdo (*¿Te atreverás a decir...?*) y la fuerza expresiva que lo presenta como posible pensamiento del adversario es lo que presta al supuesto contrario la energía de una afirmación o una negación categóricas."



Las aproximaciones más recientes no difieren sustancialmente de las tradicionales en su caracterización de la interrogación retórica, pero sí lo hacen en su explicación. Pope (1975), tras señalar que la retoricidad radica en que la forma de la pregunta revela cuál de las dos respuestas se considera evidente -lo cual, a nuestro juicio, sirve tanto para las interrogaciones retóricas como para el resto de las interrogaciones orientadas-, indica que las interrogativas retóricas tienen una fuente de derivación diferente que la de las preguntas: éstas derivan de una estructura alternativa; aquéllas, de una afirmación seguida por un *tag*.

Este análisis tiene la desventaja de que vuelve a llevar el problema de la fuerza ilocutiva y de la interpretación a la estructura oracional misma, y no al enunciado, que es donde realmente corresponde. En nuestra opinión, existe una única estructura básica para todas las interrogaciones, y el emisor selecciona luego las formas que van mejor al objetivo que persigue, sin que ello quiera decir, naturalmente, que cualquier interrogación pueda servir para realizar cualquier tipo de enunciado.

Kiefer (1981), por su parte y dentro de su teoría sobre los estados cognoscitivos del hablante, incluye a la interrogación retórica entre aquellos usos en que el hablante *sí* conoce la respuesta, como ocurría también en el caso de las preguntas de examen. En la interrogación retórica se añade la presuposición de que el oyente también conoce la respuesta. El problema está en que no explica muy bien cómo es capaz de reconocer e interpretar

estas actitudes el destinatario.

Tampoco estas propuestas nos ofrecen una solución satisfactoria al problema planteado de cómo el destinatario puede saber que la interrogación que le han presentado tiene carácter retórico. Aunque las descripciones son correctas, parece que nadie acierta a presentar una respuesta a este problema. Y las cosas -se diría- se complican aún más si escuchamos a Schmidt-Radefeldt (1977), quien indica que no hay ninguna marca formal inequívoca común a todas las interrogaciones que nos permita dar cuenta de su retoricidad.

### 12.6.2. Condiciones de uso

Así las cosas, vamos a tratar de encontrar una salida a este problema. Todas las caracterizaciones recogidas tienen ideas absolutamente válidas: la "equivalencia" de la interrogación a la aserción de signo contrario, su naturaleza polémica, la necesidad de que el emisor no ignore cuál es la respuesta... e incluso la imposibilidad de dar una caracterización formal.

En efecto, no podemos valernos de la entonación porque la interrogación retórica utiliza el patrón entonativo de las preguntas. Tampoco podemos referirnos a la negación o a la aparición de términos de polaridad porque no es necesario que aparezcan. No hay tampoco ningún ele-

mento léxico constante. ¿Qué hacer, entonces?

Cuando propusimos la adopción del modelo de análisis que venimos utilizando, indicamos la importancia de que el objetivo del emisor quedase claramente reflejado en la formulación del enunciado, siempre -claro está- que el objetivo principal no fuese engañar o confundir al destinatario. En los enunciados sinceros, la intención del emisor debe quedar reflejada en la enunciación.

Ello quiere decir que si el reflejo no puede ser de tipo formal, habrá de ser de otra clase, pero debe existir. Schmidt-Radefeldt (1977) decía, en efecto, que no hay ninguna marca gramatical común, capaz de asegurar la retoricidad del enunciado; pero ello no implica, por supuesto, que no pueda haber indicadores de retoricidad de naturaleza no gramatical.

Schmidt-Radefeldt (1977:376 y ss.) recoge unas definiciones de Belnap acerca de la base sobre la que se asienta el carácter retórico de un enunciado interrogativo:

"... una pregunta sólo puede ser considerada retórica *con relación a algo*, en particular, a los supuestos del hablante en el momento de emitirla."

"Definamos una pregunta *q* como *retórica con relación a un conjunto de oraciones O*, si *O* lógicamente implica alguna respuesta directa a *q*."

Ya tenemos, pues, un principio de definición de la retoricidad, que nos podrá permitir predecir cuándo un enunciado es o no retórico.

La retoricidad no es una propiedad formal, gramatical, de los enunciados, sino una propiedad exclusivamente pragmática, referencial, basada en los supuestos compartidos por los hablantes y en su capacidad de inferencia: tiene también, por tanto, un componente lógico.

A la definición propuesta hay que añadirle una precisión complementaria: ese conjunto de oraciones o de supuestos que sirven de base a la interrogación debe ser compartido por emisor y destinatario. Aun así, parece no ser suficientemente adecuada, porque otorgaría carácter retórico a un enunciado como 66) que evidentemente no lo tiene, a pesar de que la situación es la aquí descrita

66) - [Dos y dos son cuatro. El emisor lo sabe,  
el destinatario también, y ambos saben  
que su interlocutor lo sabe]  
#¿Cuántas son dos y dos?

Se hace necesario restringir la amplitud de la condición propuesta. La cuestión ahora es saber si todos los conocimientos son iguales o no, y, especialmente, si todos pueden servir como soporte a interrogaciones retóricas.

Intuitivamente podemos responder a la primera de estas preguntas de forma negativa. Nuestro conocimiento del

mundo (en sentido amplio) está formado por saberes heterogéneos tanto por su objeto como por su procedencia: unos provienen de nuestra propia experiencia, otros son institucionalizaciones de ciertas creencias, otros son verdades aprendidas... Pero, además, lo más importante es que este conocimiento de nuestro entorno no es en modo alguno una realidad estática, sino que está continuamente cambiando y transformándose. En el curso de una conversación los interlocutores están constantemente recibiendo y procesando informaciones nuevas que van reajustando el estado de conocimiento anterior.

Puede establecerse una primera distinción entre conocimiento y creencia: del lado del conocimiento podemos colocar todas aquellas verdades pertenecientes al ámbito de la necesidad y la evidencia; del lado de la creencia estarán todas aquellas opiniones referidas a lo verosímil, lo posible y lo probable. Parece claro, pues, que se pueden hacer afirmaciones sobre tipos diferentes de "verdades". En el nivel más alto podríamos colocar las verdades analíticas, que lo son en virtud de su propia definición:

- 67)a- Todo soltero es no casado
- b- Todo triángulo tiene tres lados

Les siguen las verdades establecidas por las ciencias

- 68) - El peso específico del Níquel es 8,9

que son los resultados de un sistema de proposiciones ne-

cesarias que se imponen por sí mismas en virtud de su propia racionalidad: es la ἐπιστήμη de los griegos. Se encuentra después de un *continuum* de tópicos, imágenes estereotipadas, truisms cotidianos... hasta llegar a las opiniones más particulares: es la δόξα.

Esta distinción es fundamental dentro del estudio de la interrogación retórica porque sólo se admiten como tales precisamente aquellas que se basan en esa serie intermedia de opiniones generalizadas:

69) - ¿Qué hombre en sus cabales puede no desear la paz?

Lo que parece claro es que se rechazan las que se apoyan en verdades analíticas o científicas:

70)a- ¿Cuántos lados tiene un triángulo sino tres?

b- ¿Qué peso específico puede tener el Níquel más que 8,9?

La razón estriba en que al ser verdades que se imponen por sí mismas (y, para ser compartidas) no necesitan la enfatización que, según Fernández Ramírez, les confiere la formulación retórica.

Es necesario, por tanto, incluir como "trasfondo" del enunciado toda esa serie de afirmaciones, que actúan como supuestos culturales compartidos, al menos, por todos los hablantes de una misma comunidad.

El destinatario reconoce la retoricidad del enunciado por su contenido, más que por su forma, aunque ya veremos que hay marcas gramaticales que refuerzan el carácter retórico de la interrogación emitida (a veces, incluso, tratan de suplantarlos...).

En ocasiones basta con que ese conocimiento compartido sea común a los dos interlocutores: puede referirse a una parcela de su propia relación. Pero en cuanto hay un conocimiento compartido, existe la posibilidad de emitir una interrogación retórica -ya veremos más adelante con qué finalidad-. El caso es que es suficiente con que A y B sepan que A siempre ha ayudado a B, para que pueda formularse una interrogación retórica como 71), con el valor significativo de 72):

71) A:-¿No te he ayudado siempre?

72) - Te he ayudado siempre

Se distinguen, entonces, de los enunciados confirmativos no en su forma, sino en el tipo de supuestos en que se basan. Ello indica, sin embargo, que su esencia no es radicalmente diferente, y a veces la frontera entre ambos puede estar borrosa como en 71): ¿hasta dónde es una opinión exclusivamente personal o es compartida? Sin embargo, este hecho no importa demasiado, desde el momento en que la interpretación de ambos tipos es la misma.

En cuanto a las interrogaciones afirmativas, se opo-

nen a las preguntas: en éstas hay algo que se ignora; en las retóricas no se puede ignorar porque su contenido (presentado con signo contrario al real) forma parte de los "saberes" no científicos compartidos de una comunidad. Si alguien emite 73)a y tiene valor de interrogación retórica es porque conocemos un supuesto cultural de la forma de 73)b

73)a- ¿Puede una madre odiar a sus hijos?

b- Una madre no puede odiar a sus hijos

Lo cual no implica, por cierto, que no pueda haber casos que contradigan el supuesto; pero ello no lo invalida, como ocurriría con una verdad científica.

### 12.6.3. La inversión de la polaridad en la interrogación parcial

En la interrogación parcial la inversión de polaridad afecta especialmente a los cuantificadores. Si la oración es formalmente afirmativa, la negación afecta al cuantificador existencial. Así, 65)a tiene la estructura de 74)a; y 65)b, la de 74)b:

65)a- ¿Quién puede desear ir a la cárcel?

b- Nadie puede desear ir a la cárcel

74)a-  $[(\exists x)xP]$

b-  $[(\text{neg}(\exists x))xP]$



Este mismo mecanismo se aplica a otras categorías, como las de lugar y tiempo:

75)a- ¿Cuándo me has ayudado?

b- No hay ningún momento en que me hayas ayudado = No me has ayudado

76)a- ¿Por dónde podemos salir de esta situación?

b- No hay ningún lugar por donde salir de esta situación = No podemos salir de esta situación

Sin embargo, cuando se trata de la expresión de otras categorías como las de causa o finalidad se observa un comportamiento aparentemente anómalo: 77)a significa 77)b, pero no 77)c; y lo mismo puede decirse de los ejemplos de 78)a-c:

77)a- ¿Por qué me has ayudado?

b- No hay ninguna razón para que me hayas ayudado

c- #No me has ayudado

78)a- ¿Con qué motivo has invertido tanto dinero?

b- No hay ningún motivo para que hayas invertido tanto dinero

c- #No has invertido tanto dinero

La explicación se encuentra en que estas expresiones "ab-

sorben", por así decirlo, la negación y por ello no afecta a toda la proposición (9). Lo que implican 77)a y 78)a es:

79)a- No hay ninguna razón para que me hayas ayudado

b- Me has ayudado

80)a- No hay ningún motivo para haber invertido tanto dinero

b- Has invertido mucho dinero

Por el contrario, cuando la interrogación parcial tiene forma negativa se opera un cambio en el cuantificador de la presuposición, que de ser existencial ("existe algún  $x$  tal que no  $p$ ") se convierte en universal ("no existe ningún  $x$  tal que no  $p$ ", luego "todo  $x$ ,  $p$ "). Así, en un ejemplo como

64)a- ¿Qué mujer no sueña con un marido como él?,

la estructura semántica de la oración es la siguiente

81)  $[(\exists x)x \text{ neg}P]$

La interpretación

64)b- Toda mujer sueña con un marido como él

no sólo cambia el valor del verbo, sino también, como de-

cimos, el del cuantificador, que en este caso se convierte en el universal:

82)  $[(\forall x) xP]$

También funcionan así los interrogativos de lugar y tiempo: 83)a implica retóricamente 83)b y por tanto 83)c; igual ocurre en 84)a-c:

83)a- ¿Cuándo no te he ayudado?

b- No existe ningún momento en que no te haya ayudado

c- Te he ayudado en todo momento

84)a- ¿Dónde no has encontrado lo que buscabas?

b- No existe ningún lugar en que no hayas encontrado lo que buscabas

c- Has encontrado en todos sitios lo que buscabas

De nuevo *por qué* presenta un uso diferente por los motivos que ya hemos apuntado:

85)a- ¿Por qué no me has llamado?

b- No existe ninguna razón por la que no me hayas llamado

c- #Me has llamado por todas las razones

La expresión de causa de tipo retórico se verá obligada, de nuevo, a valerse de otros medios.

#### 12.6.4. Otras propiedades formales

Hasta ahora hemos hablado de la interrogación retórica como uso especial de una oración interrogativa, que, en determinadas condiciones de naturaleza pragmática (existencia de un conocimiento no "científico" compartido por los interlocutores), adquiere un valor semejante al de una aserción. En efecto, la situación descrita basta para que un enunciado interrogativo tenga ese valor para dos hablantes.

Vamos a ocuparnos ahora de la presencia dentro de la estructura interrogativa de ciertos rasgos gramaticales, cuya aparición debe poner sobre aviso al interlocutor, en el sentido de que se halla ante un enunciado retórico. Tales elementos no son más que el resultado, como diría Fernández Ramírez, del desajuste existente entre estado cognoscitivo e intención del emisor, de un lado, y la estructura gramatical de su enunciado, del otro; y suelen responder a la realidad de su conocimiento más que a la forma de su expresión. Insistamos en que *pueden* aparecer, pero su presencia no es imprescindible para la retoricidad del enunciado, aunque sí sirven como refuerzo.

i) En las oraciones interrogativas pueden aparecer ciertos elementos estrechamente relacionados con la negación, y cuya presencia es un buen indicador de que la interrogación tiene una orientación de polaridad revertida. Nos referimos a *la aparición en estructuras afirmativas de términos de polaridad negativo-modal*. Véanse los si-

guientes ejemplos:

86)a- ¿Ha telefonado *siquiera*?

b- ¿Quién *sino* Roberto puede ser el culpable?

c- ¿Cuándo te ha regalado *nada*?

d- ¿Cuándo ha *movido un dedo* por ti?

La presencia del término de polaridad negativa vuelve a indicar que no nos hallamos ante una interrogación neutral, sino fuertemente orientada. Es, pues, una marca para el oyente de la retoricidad del enunciado.

La causa de tal orientación se halla precisamente -como señalamos en el capítulo correspondiente de la parte de Semántica- en la necesidad de la negación que tienen estos términos de polaridad. La interpretación restituye la negación (la única posibilidad gramaticalmente correcta sin cambiar la oración), como en los ejemplos 87)a-d que corresponden a 86)a-d:

87)a- *Ni siquiera* ha telefonado

b- *Nadie sino* Roberto puede ser el culpable

c- *Nunca* te ha regalado *nada*

d- *Nunca* ha *movido un dedo* por ti

Hay uno de estos términos de polaridad negativa que tiene un especial interés dentro de la interrogación retórica. Se trata de la forma *sino*, que es un *indicador de exclusión absoluta*. 87)b equivale a:

88) - *Sólo* Roberto puede ser el culpable

Como *sino* funcionan también *más que* y *otro* cuando van precedidas por una negación (cfr: *Nadie más que* Juan...; *Ningún otro*...). Obsérvense los siguientes ejemplos:

- 89)a- ¿Dónde puede estar *más que* en Lisboa?  
 b- ¿Cuándo han podido robarlo *sino* esta noche?  
 c- ¿Cómo ha podido escaparse *sino* saltando el muro?  
 d- ¿A qué *otro* miembro podemos elegir?

En todos ellos, el indicador de exclusión afecta a un constituyente de la misma clase que la palabra interrogativa que encabeza la oración. Esto explica que sean lógicamente agramaticales secuencias como:

- 90)a- \*¿Quién puede hacerlo *sino* el martes?  
 b- \*¿Cuándo puede hacerse *sino* Juan?

La aparición del sintagma con *sino* elimina explícitamente la posibilidad de una serie abierta, que es lo que corresponde a la pregunta informativa. La interpretación ya no puede consistir en llenar esa incógnita *x*, porque tal vacío no existe:

- 91)a- ¿Dónde puede estar *más que* en Lisboa?  
 b- ¿Cuándo han podido robarlo *sino* esta noche?  
 c- ¿Cómo ha podido escapar *sino* saltando el muro?

Establecida ya la identidad entre los dos términos, sólo resta eliminar la palabra interrogativa y suplir la negación:

- 92)a- No puede estar más que en Lisboa
- b- No han podido robarlo sino esta noche
- c- No ha podido escapar sino saltando el muro

Obsérvese que la negación no afecta aquí ni al predicado verbal ni a la proposición entera sino que su ámbito es precisamente el marcado por el indicador de exclusión. Por ello las frases de 91)a-c son realmente afirmativas y equivalen a:

- 93)a- Sólo puede estar en Lisboa
- b- Sólo han podido robarlo esta noche
- c- Sólo ha podido escapar saltando el muro

Hay que indicar que estas oraciones no admiten la presencia de la negación sin que se destruya el sentido descrito:

- 94)a- \*¿Dónde no puede estar más que en Lisboa?
- b- \*¿Cuándo no han podido robarlo sino esta noche?
- c- \*¿Cómo no ha podido escapar sino saltando el muro?

La aparición de estos marcadores hace posible la existencia de interrogaciones retóricas con *por qué* refe-

ridas al pasado:

- 95)a- *¿Por qué lo habrá hecho sino por orgullo?*
- b- *¿Por qué ha cedido más que por presiones económicas?*
- c- *¿Por qué lo habéis consentido, más que porque os convenía?*

que reciben la interpretación de:

- 96)a- No lo ha hecho sino por orgullo
- b- No ha cedido más que por presiones económicas.
- c- No lo habéis conseguido más que porque os convenía

Esto es posible porque los indicadores de exclusión absoluta no son negaciones de frase (o proposicionales) sino de constituyente, y "absorben" a la negación, que no afecta al predicado. Se mantiene, así, la presuposición afirmativa.

De la aparición de términos de polaridad positiva en estructuras negativas ya hablamos al estudiar la interrogación confirmativa. Nos remitimos, por tanto, a lo allí dicho, que tiene plena vigencia también en el caso de la interrogación retórica.

La presencia de los indicadores de exclusión "garantiza" formalmente la retoricidad del enunciado. Por ello es posible que se utilicen para intentar convertir en



afirmaciones comúnmente aceptadas lo que no son más que opiniones personales:

- 97)a- ¿A quién podemos votar más que a Fermín?  
 b- ¿Qué otro cuadro puede merecer el premio  
 sino el de Lucas?

Si el oyente se da cuenta de las intenciones de su interlocutor y de la estrategia empleada, puede utilizar su derecho de réplica para rechazar tanto la formulación retórica misma como las bases en que se asienta el contenido expresado.

*ii) La aparición de verbos modales apoya también la interpretación retórica:*

- 98)a- ¿Quién sino un idiota { habría quemado  
 puede haber quemado }  
 podría haber quemado }  
 ese cheque?

- b- ¿ { Puede } un hombre así ser inocente?  
 Podría }

- c- ¿ { { Puedo } yo abandonarte }  
 { Podría }  
 Te abandonaría yo } en un momento  
 como éste?

Su ausencia obliga a confiar la interpretación a las condiciones pragmáticas de la enunciación para poder mantener el mismo significado:

99)a- ¿Quién sino un idiota ha quemado ese cheque?

b- ¿Un hombre así es inocente?

c- ¿Te abandono en un momento como éste?

Nótese que en el caso de 99)a aparece también uno de los indicadores de exclusión absoluta que se integraban dentro de los términos de polaridad negativa.

iii) Hay que recordar que es muy frecuente la *aparición de ciertos adverbios oracionales* y de ciertas *locuciones de tipo ilativo*, que pueden ir reforzando o no a alguno de los indicadores anteriores. Nos referimos a formas como *acaso*, *por ventura* y, a veces (aunque no exclusivamente) *es que...* y a sus correlatos en otras lenguas como el alemán *schon* o el italiano *forse*.

Están semánticamente relacionados con los verbos modales de posibilidad, y cumplen una función análoga, dentro siempre de las interrogaciones generales:

100)a- ¿*Acaso* un hombre así { puede ser / es } inocente?

b- ¿*Por ventura* vamos a quedarnos cruzados de brazos?

c- ¿*Es que* piensas que sería capaz de tal barbaridad?

Lo más interesante es que son también marcadores que aseguran formalmente la retoricidad de la interrogación en la que se incluyen. Esto puede provocar que muchas ve-

ces sean utilizados, de manera insincera, para intentar hacer pasar por conocimiento compartido o verdad indiscutible algo que no es más que una opción, una creencia o un deseo:

101)a- *¿Acaso* no son todos una pandilla de far-santes y de ineptos?

b- *¿Acaso* puedes olvidarte de que soy tu amigo? ¡Préstame esas diez mil pesetas, hombre!

Finalmente, señalemos asimismo que es además muy habitual que la afirmación que se presenta bajo la forma de interrogación sea realmente resultado -o mejor, consecuencia- de lo dicho anteriormente, del propio desarrollo de la conversación. En ese caso, no es extraño que se presenten ciertas locuciones que expresen precisamente ese carácter de resumen o de conclusión:

102)a- *Después de todo*, ¿a quién podemos elegir sino a Juan?

b- *Al fin y al cabo*, ¿qué podemos perder con intentarlo?

Al hacer depender de lo anterior el contenido de la interrogación retórica se involucra en tal inferencia a los demás interlocutores. Con ello se pretende asegurar la aceptación del enunciado y el acuerdo de los demás.

### 12.6.5. Interrogación retórica y argumentación

Hemos indicado cuál es la condición que determina la retoricidad de un enunciado; hemos estudiado también otras propiedades de este tipo de estructuras. Nos falta hablar, ahora, del significado que tienen, de su valor, para poder comprender mejor las razones de su uso.

Este apartado debería haberse llamado *la interrogación argumentativa*, en vez de *la interrogación retórica*, porque ése es precisamente su valor. Lo que ocurre es que el peso de la tradición ha sido más fuerte; y, además, nada nos impide darle su nombre habitual si a su lado señalamos la verdadera razón de ser de su empleo.

Schmidt-Radefeldt (1977) señala que tres pueden ser las razones para utilizar la interrogación retórica en lugar de la aserción:

- a) dar más énfasis a la afirmación;
- b) considerar que el contenido proposicional es bien conocido; y
- c) tener cierta reserva sobre la veracidad de la aserción implícita pero querer presentarla como si se tuviera absoluta seguridad.

Señalemos, por nuestra parte, que este último uso

es derivado de los anteriores y consiste, como hemos apuntado, en emplear algunos giros propios de la interrogación retórica para hacer pasar como verdad compartida algo que puede no ser más que una opinión personal. La interrogación 103)a, en Gran Bretaña, pretende implicar 103)b, que es una afirmación, sin duda, discutible:

103)a- ¿Qué hombre razonable votaría a los conservadores?

b- Ningún hombre razonable votaría a los conservadores

Nótese que es posible utilizar la misma fuerza en sentido contrario:

104)a- ¿Qué hombre razonable votaría a los laboristas?

b- Ningún hombre razonable votaría a los laboristas

Recordemos que ya Fernández Ramírez (1959:267), adelantándose a la actual escuela francesa, había hablado de la *interrogación polémica*, usada como argumento *ad absurdum* en una discusión. Su fuerza se derivaba, según nuestra particular interpretación de sus palabras, de una cierta pretensión de hacer pasar la interrogación retórica con el supuesto absurdo, como si fuera el eco del argumento del interlocutor: resulta, entonces, otro tipo de interrogación polifónica. Así 105)a parece tratar de atribuir al destinatario la equivocada idea de 105)b, cuando el conocimiento compartido conduce inevitablemen-

te a 105)c:

- 105)a- ¿Hay algo más importante?
- b- Hay algo más importante
- c- No hay nada más importante

Sin duda la tesis más conocida hoy en día sobre esta cuestión es la mantenida por Anscombe y Ducrot (1976) y, especialmente, (1981). Para ellos la noción de *valor argumentativo* es la siguiente. En un discurso argumentativo del tipo "*p* pero *q*", *p* es tal que permitiría sacar la conclusión *r*; la argumentación consiste, entonces, en añadir "*pero q*", que se dirige hacia *or*. El valor argumentativo de la pregunta es opuesto al signo de su polaridad. Así *p?* va en la dirección de *or*.

Pues bien, la interrogación retórica propone un argumento en favor de una determinada conclusión o en contra de ella, basándose, como muy bien decía Fernández Ramírez (1959), en lo que resulta ser una formulación *ad absurdum*, habida cuenta de cuál es la creencia compartida por los interlocutores. Lo que ocurre es que, muchas veces -como hemos dicho-, el emisor utiliza una formulación cuyas características recuerden a la verdadera interrogación retórica, para hacer pasar por conocimiento compartido lo que es más que una simple opinión personal o un deseo.

Para demostrar este valor argumentativo, Anscombe y Ducrot (1981) proponen varios test de encadenamiento que sería ocioso repetir aquí. Señalemos simplemente, que

la interrogación retórica puede sustituirse por la afirmación de polaridad inversa, pero no por ninguna otra forma

- 106)a- Tuve que golpearle. ¿Qué otra cosa podía hacer?
- b- Tuve que golpearle. No podía hacer ninguna otra cosa
- c- Tuve que golpearle. #Podía hacer otra cosa
- d- Tuve que golpearle. #¿No podía hacer otra cosa?

Lo esencial de la contribución de estos autores estaba ya, como ha podido comprobarse, en la descripción de Fernández Ramírez.

Añadamos, por nuestra parte, una explicación de por qué utilizamos la forma interrogativa y no la aserción directamente. Argumentar es manifestar puntos de vista diferentes a los del interlocutor y apoyarlos debidamente con pruebas. Como acto en sí, por su carácter competitivo, puede comportar cierta tendencia a aumentar la distancia social entre los interlocutores, y a deteriorar, por tanto, sus relaciones. Cuando se argumenta con aserciones, el que las utiliza está comprometido a que sean verdad, y tiene la responsabilidad de haberlas dicho. En cambio, si se presentan los argumentos en forma de interrogación retórica, el emisor ya no está ligado a estos dos compromisos, pero mantiene su argumentación, transfiriendo la responsabilidad a su oponente, si es que acepta

la formulación.

La interrogación retórica se basa siempre, como hemos señalado, en un conocimiento o creencia que se supone común. Ahora bien, esto puede no pasar de ser una pretensión del emisor, o incluso un intento de imponer al interlocutor un modo peculiar de ver las cosas. De este uso propagandístico o ideológico ya hemos dado algunos ejemplos en las páginas anteriores, y no volveremos ahora sobre ellos. Pero sí señalaremos que esta utilización entraña un riesgo, y que en este riesgo es precisamente donde se basa una de las estrategias de defensa o de contraataque del destinatario.

En efecto, aunque la interrogación retórica sea desde el punto de vista argumentativo una afirmación, sin embargo, ello no quiere decir que pierda su carácter formalmente interrogativo. De ahí nace precisamente la posibilidad de ambigüedad. Claro que el emisor utiliza los medios a su alcance para conseguir que el interlocutor reconozca su intención e interprete correctamente su enunciado.

Pero igual que aquél puede "disfrazar" de interrogación retórica su propia opinión, el destinatario, por su parte, tiene la posibilidad de rechazar dicho contenido, pretendiendo que ha entendido la interrogación como una pregunta y proporcionando una respuesta diferente a la que su interlocutor pretendía imponerle:



107) A:-Después de todo, ¿quién sino Juan puede ser nuestro representante?

B:-Pues Pedro, naturalmente. Está más capacitado y lo hará mejor.

La interrogación retórica debe basarse en una opinión o creencia compartida por los interlocutores, la cual es de signo contrario al de la fórmula interrogativa presentada u su valor es argumentativo. Otra cosa bien diferente es el "mal uso" que pueda hacerse de ella, utilizando una forma que la recuerde para hacer dar por supuesto una opinión exclusiva del emisor. Pero ése es un uso insincero que no debe tomarse como medida de todos los demás, y ante el cual el destinatario conserva su derecho de réplica.

## *12.7. La interrogación 'exclamativa'*

Cuando expusimos la teoría general sobre la interrogación orientada, hablamos de que el emisor podía tener diferentes grados de certeza sobre aquello que expresaba en su enunciado. Los usos que hemos repasado nos han dado muestra de ello. Vamos a ocuparnos ahora de lo que llamaremos *interrogación "exclamativa"*. Su carácter orientado está fuera de toda duda porque el emisor tiene una *certeza absoluta* -al menos, así lo cree, aunque, por supuesto, puede equivocarse-, de que lo que enuncia es así.

El objetivo de esta sección no es, por tanto, tratar de las relaciones sintácticas y formales entre interrogación y exclamación (10) -sin duda, del mayor interés, pero que quedan fuera del objetivo de un estudio como éste-. Lo que analizaremos es un tipo de uso interrogativo próximo a la exclamación en su significado.

Pero, entonces, si la certeza del emisor es absoluta, ¿qué sentido tiene utilizar un enunciado interrogativo? Seguidamente trataremos de explicar esta aparente contradicción. Pero analicemos primero algunos ejemplos:

- 108) A:-¿Sabes? Le han dado el premio a Miguel  
B:-¿Le han dado el premio a Miguel?

- 109) [A está en su casa y oye un ruido en la puerta. Se acerca a ella para investigar de dónde procede dicho ruido y ve a su marido que acaba de entrar. A exclama:]  
-¡Ah! ¿Eres tú?

En ambos casos, el emisor del enunciado interrogativo posee suficientes datos sobre la situación o la realidad como para tener una certeza absoluta. Sin embargo, su enunciado no es inadecuado, porque el destinatario es consciente también de que no se trata de una pregunta. El objetivo del emisor es dejar constancia ante su interlocutor de que se ha percatado de la situación -por ello, la polaridad es constante-, y que ésta le provoca una reacción determinada.

### 12.7.1. Condiciones de uso

i) Examinemos ahora las condiciones que rigen el empleo de estas interrogaciones. Destaquemos, en primer término, que *su entonación es*, en lo fundamental, *como la hipotética*: se mueve, por tanto, en un registro mucho más elevado y con unas inflexiones diferentes a las de una pregunta. Ello se explica con facilidad, si pensamos que no se trata, en modo alguno, de una demanda de información, sino de un enunciado con un marcado carácter orientado.

ii) De otro lado, las interrogaciones "exclamativas" tienen una *polaridad constante*, es decir, su formulación refleja el hecho al que se refiere. Por tanto, el enunciado de B en el ejemplo 108) va en dirección afirmativa, como 110)a, pero nunca como 110)b:

110)a- Le han dado el premio

b- #No le han dado el premio

Si la entonación es la misma y el sentido de la polaridad también, ¿en qué se diferencian las interrogaciones que llamamos "exclamativas" de las hipotéticas? Hemos dicho antes que en el grado de certeza del emisor: es total en las exclamativas, y parcial en las hipotéticas. Pero esto no es suficiente, porque no nos sirve para predecir cuándo un enunciado interrogativo es exclamativo. Veamos si las definiciones propuestas por otros

estudiosos nos ayudan a resolver este problema.

Fernández Ramírez (1959:252) habla de lo que él llama *pregunta refleja*, que

"... viene en general suscitada por las palabras que acaban de pronunciarse en el diálogo. Supone un acto mental de reflexión cuyos momentos representativos son precisamente las palabras que acaban de oírse y es el asombro, la ironía o el interés que esta reflexión despierta lo que incita a formularla como pregunta."

La definición propuesta es descriptivamente correcta para casos como el ejemplificado en 108), en que el emisor repite las palabras que acaba de escuchar.

No debe confundirse, sin embargo, con otro tipo de estructuras repetitivas, como las que Bolinger (1957) y (1978) llamaba *dittoes* (copias) y *reclamatories* (reclamaciones): éstas son auténticas preguntas. En el primer caso, el emisor ha formulado una pregunta, su interlocutor no la entendió bien y se la hace repetir; entonces, el mismo hablante vuelve a "copiar" su propia pregunta:

111) A:-¿Has visto a Elisa?

B:-¿Qué?

A:- {Que si has visto a Elisa }  
 {¿Has visto a Elisa? }

En el segundo caso, el emisor decía algo -no necesariamente una pregunta-, el interlocutor no entiende una parte, o ésta no está suficientemente especificada, e interroga, repitiendo lo que ha comprendido y transformando en proforma la información que desea:

112) A:-Le dió *algo*  
B:-¿*Qué* le dió?

113) A:-Le dió un mrmrm  
B:-¿Le dió un *qué*? (11)

A la categoría que ahora nos ocupa, Bolinger le da el nombre de *echo* (eco), porque efectivamente el que la emite actúa como eco de las palabras de su interlocutor:

114) A:-Han detenido a Juan  
B:-¿(Que) han detenido a Juan?

Estas explicaciones son adecuadas, pero no nos acaban de servir por completo, porque sólo dan cuenta de uno de los tipos de interrogación exclamativa (la refleja o de eco), pero no de la otra, que hemos ejemplificado en 109), cuyo valor exclamativo parece igualmente innegable.

Ahora podemos predecir cuándo una interrogación es exclamativa refleja, porque necesitamos postular como condición la repetición de las palabras anteriores del interlocutor. Pero seguimos sin poder predecir cuándo el enunciado es exclamativo si no existen esas palabras previas del interlocutor. Además, tampoco nos explican cómo

se realiza la interpretación del destinatario en uno y otro caso. ¿Cómo se podrían solucionar estos problemas para poder dar una formulación más precisa?

Veamos algunos ejemplos más

- 115) A:-... y entonces Andrés se lo dijo  
B:-¿Así que fue Andrés quien se lo dijo?

- 116) [A acaba de salir de la peluquería, con un nuevo -y evidente- corte de pelo. B la encuentra y exclama :]  
- ¿Te has cortado el pelo?

El emisor de la exclamación tiene en ambos casos la certeza de que las cosas son como dice. Podría pensarse que éste es el único requisito necesario. Sin embargo, aunque mantengamos esta misma condición, un enunciado como el de la situación 117) nunca puede ser interpretado como como interrogación exclamativa:

- 117) [A regresa procedente de la calle. B, dirigiéndose a ella, exclama:]  
- #¿Han llamado por teléfono?

El enunciado de B, por mucha certeza que éste tenga de que han llamado por teléfono, no puede funcionar nunca como interrogación exclamativa.

*iii)* La certeza del emisor es, sí, condición necesaria, pero no suficiente: de nada sirve -lo hemos visto-

cuando no va acompañada por otro requisito. Esta nueva condición se refiere al conocimiento del destinatario: el interlocutor debe tener, al menos, el mismo grado de certeza que el emisor. Por eso falla el enunciado en el ejemplo 117), pero no en 108), 109), 115) ó 116).

Hace falta, por tanto, que haya un conocimiento compartido. Podría establecerse como una presuposición necesaria para la adecuación del enunciado. Así

118) [A acaba de volver a casa]

Conocimiento compartido: *El regreso de A*

B:-¿Ya estás de vuelta?

Tal conocimiento común puede ser consecuencia de la situación extralingüística, o puede estar en las palabras del interlocutor, como en las interrogaciones reflejas o de eco, como las de 108) y 115). Ello quiere decir que ese conocimiento compartido tiene que referirse necesariamente a una realidad fáctica inmediata, justamente anterior a la emisión de la interrogación exclamativa. Por ello, un enunciado como

119) - ¿Dos y dos son cuatro?

sólo podrá resultar exclamativo cuando para el que lo emite sea un conocimiento adquirido en un momento inmediatamente anterior; pero no, por supuesto, cuando es algo que se sabe desde hace años, como ocurría en este ejemplo.

Esta condición no debe confundirse con la que postu-

lamos para la interrogación retórica: en aquel caso, se trataba de una opinión, de una creencia, de un conocimiento cultural adquirido, que funciona como una especie de "telón de fondo", de base de la conducta "moral". Aquí, en cambio, se trata de un "conocimiento" fáctico, nuevo, procedente de una experiencia inmediatamente anterior a la emisión del enunciado, y no de una opinión más o menos generalizada.

También son interrogaciones exclamativas, a nuestro entender, algunos tipos de interrogación que otros autores clasifican de manera separada. Crisari (1975:41 y ss.) señala la existencia de lo que él llama *domande-fare indirette* (peticiones de acción indirectas) y que ejemplifica con el siguiente enunciado, emitido en medio de una tormenta:

120) - ¿Has visto qué tiempecito?

Su explicación es ésta:

"El que habla ya sabe que su interlocutor se ha dado cuenta del temporal; por convención sabemos que se habla por un motivo, y está claro que en este caso no puede ser la voluntad del hablante de ser informado; el oyente debe buscar otro motivo, para salvar la validez del mensaje: o se entiende como función fática o se busca otra interpretación compatible a partir de lo que se sabe del mundo."



Así, el enunciado propuesto se interpretaría, según Crisari, como una sugerencia de llevar un paraguas, o algo por el estilo.

No podemos estar, en modo alguno, de acuerdo con este análisis porque atribuye a una clase de enunciados lo que no es más que una interpretación posible -pero extremadamente restringida a un contexto muy determinado- de un enunciado concreto. Para nosotros, su valor primario es el exclamativo, independientemente de cuál pudiera ser en cada caso el uso secundario que quisiera darle el emisor.

Parece, pues, que la condición acerca del conocimiento compartido sobre un hecho inmediatamente anterior resuelve los problemas que se nos planteaban: sirve para diferenciar las interrogaciones exclamativas de las hipotéticas, y sirve, también para dar cuenta tanto de las exclamaciones referidas directamente a las palabras del interlocutor, como de aquellas otras que son el reflejo de hecho o una situación extraverbal.

### 12.7.2. Otras propiedades formales

Examinemos ahora, como hemos hecho en otras ocasiones, la existencia de ciertos rasgos que suelen aparecer en las exclamativas, sin ser necesarios ni determinantes.

A ese conocimiento de un hecho inmediatamente anterior, del que hablábamos, se puede llegar por inducción.

Ello quiere decir que pueden aparecer también aquellos elementos que ponen de relieve el carácter de inferencia. Su presencia es más frecuente cuando la exclamación tiene como base un hecho:

121) [A ha echado en falta últimamente en su tienda algunos objetos, que siempre "desaparecen" durante la noche. Por ello, decide quedarse de guardia. Oye ruido y sorprende *in fraganti* al ladrón -un antiguo empleado- llevándose una nueva pieza.]

- ¿  $\left\{ \begin{array}{l} \text{Así que} \\ \text{Conque} \\ \text{De modo que} \\ \text{O sea que} \end{array} \right\}$  eres tú?

Sin embargo, tampoco es extraño que aparezcan cuando se repite una información que acaba de obtenerse:

122) A:-Han elegido a Ramón

B:-¿  $\left\{ \begin{array}{l} \text{Así que} \\ \text{Conque} \end{array} \right\}$  han elegido a Ramón?

También en este caso -esto es, cuando la exclamación interrogativa tiene como base las palabras del interlocutor-, el enunciado puede llevar marcas de subordinación, como veíamos en 114)

114) A:-Han detenido a Juan

B:-¿*Que* han detenido a Juan?

Este rasgo lo comparten con las interrogaciones hipotéticas, y con otras interrogaciones repetitivas, aunque en este caso dichas marcas están limitadas a la aparición del *que* introductor. La razón es la misma que allí apuntábamos: se trata de un *eco* polifónico, que hace oír de nuevo lo expresado por el interlocutor.

Al igual que aquéllas, también, no permiten ser continuadas por ...o no?, porque no están presentando realmente una opción de una manera neutra:

123) A:-Acabo de ver a Julián

B:-¿(Que) acabas de ver a Julián (,\*o no)?

Pero por idéntico motivo no admiten tampoco ...o qué?, ya que lo que ahora se expresa es una certeza, y ya no una hipótesis. Por ello, resulta inadecuado una continuación como la que presenta 124):

124) A:-Todavía no saben el resultado

B:-¿(Que) todavía no saben el resultado  
(,#o qué)?

(El enunciado que emite B en 124) podría ser apropiado en otro contexto que favoreciese el valor de hipótesis, pero no en el que presentamos aquí).

### 12.7.3. El significado de la interrogación exclamativa

Tenemos aún una cuestión a la que dar respuesta. Se trata de explicar o justificar el uso de una interrogación para expresar una certeza. Está claro, efectivamente, que el emisor no busca ni información ni confirmación. La variable interrogativa, por tanto, no responde a un desconocimiento. ¿Qué significado tiene, entonces, este uso?

La respuesta se encuentra -creemos- en dos hechos que señalamos ya al hablar de otras cuestiones. Recordemos primero la idea de Bajtín (1982:290)

"Las oraciones interrogativas e imperativas suelen figurar como enunciados conclusos en sus géneros discursivos correspondientes."

Unamos a esta afirmación la ya citada de Ducrot (1972:4), según la cual, el uso de la interrogación está fundado

"... en una especie de deontología -que no tiene nada de natural-, que atribuye a ciertas fórmulas, pronunciadas en ciertas circunstancias, el poder (exorbitante) de obligar al destinatario a continuar el discurso."

Estas son, para nosotros, las razones que justifican el uso de una interrogación en estos casos: su carácter con-

clusivo y su poder de hacer continuar al interlocutor.

Y efectivamente, el destinatario se siente obligado por la forma interrogativa a tomar la palabra, no para confirmar lo expresado por el emisor -lo cual, dado el contexto, es evidentemente innecesario e impropio-, pero sí para proporcionarle una información complementaria, una justificación o una explicación del hecho que provocó su exclamación.

De todo lo dicho se desprende, por tanto, la idea de que disponemos de un conjunto de condiciones capaces de explicar y predecir el funcionamiento de una interrogación orientada con el valor exclamativo que hemos estado describiendo.

## *12.8. Recapitulación*

Hemos denominado *interrogación orientada* al conjunto de enunciados interrogativos que se caracterizan porque en ellos el emisor no muestra una posición neutral con respecto a aquello que interroga, sino que favorece abiertamente una determinada opción. Quiere ello decir que la variable interrogativa no implica un desconocimiento absoluto, sino que expresa diferentes grados de certeza. Y todo ello queda reflejado en el mismo planteamiento del enunciado. Recapitulemos brevemente ahora, y a modo de conclusión, las condiciones que hacen posible cada uno de los significados que hemos analizado.

La primera de ellas es común para todas las interrogaciones orientadas:

- *La aparición de una negación es condición suficiente, pero no necesaria, para que una interrogación general sea orientada. De este modo, toda interrogación negativa es orientada, pero no toda interrogación orientada ha de ser obligatoriamente negativa. Esta condición abarca también los términos de polaridad negativa o negativo-modal.*

Las demás condiciones son ya específicas para los diversos tipos de interrogación orientada que estudiamos, y sirven, precisamente, para diferenciar entre sí unos tipos de otros.

Una interrogación general es CONFIRMATIVA cuando cumple las siguientes condiciones:

- i) Debe llevar obligatoriamente negación, y ésta debe ser *externa*. Esto implica que admite la presencia de términos de polaridad positiva.
- ii) Debe llevar un patrón entonativo / 1 2 1 2 ↑ /, y nunca / 2 2 3 2 ↑ /. De este modo, queda diferenciada de la negación interna.
- iii) No debe cumplir la condición i) que controla las interrogaciones retóricas.

De todo ello se deduce que su *orientación* debe tener necesariamente *polaridad contraria* a la de la formulación presentada.

Una interrogación general es HIPOTETICA si en ella se dan estas condiciones:

- Debe llevar un *patrón entonativo* / 2 2 3 2 ↑ /.
- Puesto que la presencia de la negación no es obligatoria, este esquema prosódico permite diferenciarlas tanto de las preguntas como de las interrogaciones confirmativas.

De ello se deduce además:

- si aparece *negación*, debe ser necesariamente *interna*.
- la *orientación* tiene el mismo signo que la formulación empleada.

Una interrogación general es RETORICA si

- i) Presenta, con signo de polaridad contrario, un *conocimiento no científico ni experimental o una creencia supuestamente compartidos por ambos interlocutores*.
- ii) Es condición suficiente, pero no necesaria, que el enunciado esté introducido por *acaso o por ventura*.

De ello se deduce que su *orientación* lleva siempre la *polaridad contraria*.

Una interrogación general es EXCLAMATIVA cuando cumple la condición prosódica de las hipotéticas, es decir,

i) Debe llevar un patrón entonativo / 2 2 3 2 ↑ /

y además

ii) Presenta con el mismo signo de polaridad un *conocimiento compartido* por los interlocutores referido a una *realidad fáctica inmediatamente anterior*.

Por lo tanto, su *orientación* irá en el mismo sentido en que va la formulación.

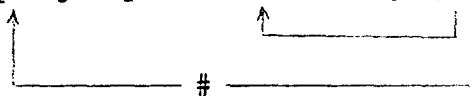
Este conjunto de condiciones nos permite diferenciar las interrogaciones orientadas de las que no lo son, predecir el sentido de su *orientación*, y, además, distinguir diversas categorías de interrogaciones orientadas.



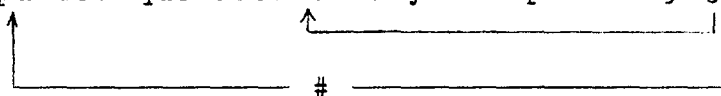
## Notas

- 1- Véase el capítulo 7.
- 2- Sólo aceptable como comentario humorístico, interpretado como una afirmación externa. Véase a este respecto lo dicho en 7.3.
- 3- Sobre esta cuestión pueden verse más detalles en Hooper y Thompson (1973), Steel (1976:31 y ss.), Knowles (1980) y Forget (1983). El problema tiene mucho mayor alcance en inglés que en español, porque en aquel idioma hay mayor cantidad y diversidad de *tags*. Por ello, no es de extrañar que abunden los trabajos sobre este tema.
- 4- *Crees que ha jugado sucio con nosotros* no es la opinión del emisor: lo que él cree es sólo la subordinada, que es lo que realmente desea que el destinatario confirme.  
Se interpreta que el *tag* incide en la subordinada en verbos como *pensar, creer, conjeturar, suponer,...* que se refieren a procesos mentales del emisor:

a) *Supongo que va a venir, ¿no?*

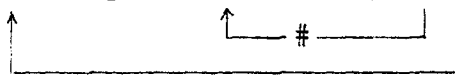


b) *Me parece que esto es difícil para tí, ¿no?*

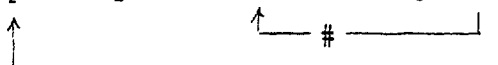


Pero no si aluden a otras personas

c) *Supones que va a venir, ¿no?*

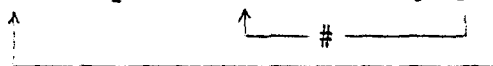


d) *Juan supone que María vendrá, ¿no?*

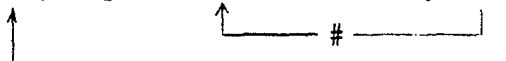


o si la acción ya no es un simple proceso mental:

e) *He dicho que María vendrá, ¿no?*



f) *Luis dijo que María vendría, ¿no?*



5- Compárese lo dicho con

a) Pero bueno, qué pesado, ¿vienes o qué?

Lo que ocurre es que en el caso de la interrogación  
directiva también se permite ...o no?

b) Pero bueno, qué pesado, ¿vienes o no?

6- El inglés, como es sabido, distingue a las interroga-  
ciones generales de las declarativas correspondientes

por la inversión del orden sujeto-verbo y, en determinados casos, por la presencia del auxiliar *do*. Pues bien, las interrogaciones hipotéticas tienen la particularidad de no presentar estas marcas formales y de diferenciarse de las aserciones exclusivamente por su entonación. Así, *a)* es una pregunta y *b)* una hipótesis:

a) Did Michael break the clock?

b) Michael broke the clock?

7- El ejemplo es de Contreras (1956-57)

8- Nuestra idea de interrogación exclamativa, como veremos en la siguiente sección, difiere bastante de la aquí expuesta por Lausberg; y no la identificamos con la interrogación retórica porque son muy diferentes sus condiciones de uso y de interpretación.

9- A este respecto, véase la argumentación de Bosque (1980:96-97). Lo que él dice es que mientras

a) ¿Cuándo le has regalado nada?

implica

b) Nunca le has regalado nada,

sin embargo,

c) ¿Por qué le has regalado nada?

implica

d) Le has regalado algo

y no

e) No le has regalado nada por ninguna razón.

Ahora bien, puesto que no se puede negar lo expresado por el verbo, las interrogaciones con *por qué* referidas al pasado reciben habitualmente una interpretación de interrogación-crítica (el término es de Crisari -1975-), por medio de la cual el hablante expresa su desaprobación con respecto a una acción del oyente, para la que no encuentra explicación o sentido. Por ello, para lograr una interpretación más próxima a la de otras interrogaciones retóricas, en las causales se han de emplear otras construcciones.

- 10- Véanse, entre otros, los estudios de Hudson (1975), Elliot (1974), Milner (1974) y (1978)
- 11- Sobre las peculiaridades sintácticas de este tipo de construcciones nos ocupamos en nuestra memoria de licenciatura (Escandell Vidal 1981).

Capítulo 13

# LA INTERROGACIÓN DIRECTIVA

### *13.1. Introducción*

Comencemos observando algunos ejemplos:

- 1)a- ¿Me pasas la sal, por favor?
- b- ¿Te importaría cerrar la puerta?
- c- ¿Quién me presta mil pesetas?
- d- ¿Quieres callarte de una vez?
- e- ¿Te vienes a cenar con nosotros mañana?

Todas estas oraciones son, desde el punto de vista gramatical, interrogativas: todas ellas, por tanto, representan una estructura abierta que admite solución. Su enunciación e interpretación tiene, sin embargo, una serie de características muy peculiares. La más notable -de ella dependen las demás- es el hecho de que estos enunciados se interpretan, casi automáticamente y con una contextualización mínima, como peticiones (1)a-c), como mandatos (1)d) o como sugerencias (1)e). Cuando tenemos que referir el tipo de acción que tales enunciados

realizan, usamos expresiones como

- 2)a- Me pidió que le pasara la sal
- b- Me pidió que cerrara la puerta
- c- Intentó que le prestáramos mil pesetas
- d- Me mandó que me callara
- e- Me invitó a cenar con ellos.

Si los enunciados se han emitido con el significado descrito, no resultaría habitual, en cambio, emplear estas otras:

- 3)a- Me preguntó si le pasaba la sal
- b- Me preguntó si me importaría cerrar la puerta
- c- Nos preguntó (que) quién le prestaba mil pesetas
- d- Me preguntó si quería callarme de una vez
- e- Me preguntó si me iba a cenar con ellos

Si alguien lo hiciera, nos sentiríamos tentados a afirmar que no ha entendido en absoluto lo que le estaban diciendo.

¿Qué es lo que tienen en común las acciones realizadas por los enunciados 1)a-e? Observemos, en primer lugar, que todas las oraciones tienen como contenido proposicional un acto del destinatario. Se interroga -en el sentido más neutro del término- sobre el cumplimiento o la realización de una acción por parte del interlocutor. El emisor usa estos enunciados para encaminar las accio-

nes del destinatario en una determinada dirección.

Searle (1979:12 y ss.) llama *directivos* -el nombre no satisface plenamente al autor y tampoco a nosotros; lo usamos por tratarse de una denominación ya clásica- a este tipo de actos:

"Su propósito ilocutivo se centra en el hecho de que son tentativas (...) del hablante para conseguir que el oyente haga algo. Las "tentativas" pueden ser más bien modestas, como cuando le sugiero que haga algo o le invito a hacerlo; o pueden ser tentativas más vehementes, como cuando insisto en que lo haga."

El emisor trata, por tanto de orientar, de dirigir la actuación de su interlocutor.

### *13.2. Actos directivos y cortesía*

Esta es una descripción "neutra" de los hechos, que no lleva aparejado ningún tipo de valoración. Es interesante porque nos permite aprehender la base común que liga entre sí a todos estos actos y nos muestra sus semejanzas. Sabemos, sin embargo -y la práctica cotidiana así lo demuestra-, que el tratar de guiar o conducir la actuación de una persona "dispara" inmediatamente el fun-



cionamiento de toda una serie de mecanismos complementarios que regulan las relaciones sociales. Y esto es así por varias razones.

En primer lugar, porque tenemos una concepción jerárquica del mundo en que vivimos que así lo demanda: en cuanto entramos en contacto con otra persona, casi automáticamente, nos colocamos con respecto a ella en una posición relativa de inferioridad, igualdad o superioridad, de acuerdo con el estatus de cada uno. La distancia social que queda establecida se convierte en elemento regulador de las relaciones.

En segundo lugar, porque realizar una acción cualquiera no es un acto indiferente para quien la lleva a cabo; y no lo es por sus consecuencias. En efecto, una acción puede proporcionar un beneficio o puede originar un coste (1). Cuando un hablante pretende que sea *otro* el que la ejecute, está, a la vez e indirectamente, haciéndole asumir el coste o cediéndole el beneficio que se desprende de ella. Pero mientras que lo último se considera como un acto intrínsecamente cortés (2), no podemos, en cambio, decir lo mismo de lo primero (esto es, de cargarle con un coste sin que ello le reporte ningún tipo de compensación). Según el Principio de Cortesía, el emisor debe sentirse obligado a minimizar el coste que deba recaer sobre su interlocutor; éste es otro mecanismo regulador de las relaciones.

Resulta, entonces, que si un emisor tiene como objetivo conseguir que el destinatario de su enunciado lle-

ve a cabo una determinada acción que va a originar a este último algunos costes y ningún beneficio, se produce un *conflicto* abierto entre objetivo y cortesía. Y la cuestión puede agravarse aún más si el emisor ocupa una posición de inferioridad con respecto al destinatario. ¿Qué solución podemos encontrar a este problema?

Los mecanismos de la cortesía han desarrollado formas específicas para mitigar en lo posible el conflicto. El resultado de la acción seguirá siendo el mismo, pero la valoración que de ella haga el destinatario variará notablemente. Veamos un ejemplo.

Supongamos que Rosa y Pilar comparten un piso. Un día Rosa tiene prisa y no puede perder tiempo fregando los platos. Quiere lograr que su amiga lo haga por ella. Esto no produce ningún beneficio a Pilar -suponemos que no es una entusiasta de fregar platos- y sí significa para ella, en cambio, un cierto esfuerzo: se ha originado, por tanto, el conflicto entre objetivo y cortesía. Si Rosa dice simplemente

4)- Friega los platos

es bastante probable que se encuentre con el rechazo frontal de su amiga. Ahora bien, si emplea un enunciado como

5)- Oye, Pilarcita, guapa, ¿querrías hacerme el favor de fregar hoy los platos por mí? Es que tengo una prisa enorme... Mañana te los friego yo... Anda, por favor...

ha cubierto los mismos objetivos y, sin embargo, ha utilizado bastantes de las formas -el diminutivo, el elogio, la interrogación, la promesa de compensación, la súplica...- que la cortesía nos enseña a emplear para disminuir el carácter impositivo negativo del propósito de su enunciado. Por supuesto, todo esto no garantiza nunca el éxito al emisor, pero sí predispone al interlocutor a actuar en su favor.

La cortesía en estos casos funciona como una especie de procedimiento de *captatio benevolentiae*, que pretende minimizar la descortesía intrínseca de la acción solicitada, evitar la posibilidad de conflicto y predisponer al destinatario a realizar el acto deseado, asumiendo de mejor grado el coste o el esfuerzo que ello pueda suponerle.

Inversamente, cuando la acción que el emisor propone conlleva un beneficio para el destinatario, el objetivo del enunciado y la cortesía van en la misma dirección y se apoyan mutuamente. No es necesario, entonces, que el emisor "recubra" su propósito con el mismo tipo de formas que utilizaba en la situación anterior. Consideremos los ofrecimientos o invitaciones:

- 6)a- ¿Quiere usted otro café?
- b- Tómese usted otro café
- c- #¿Querría hacerme el favor de tomarse otro café?

Mientras las diferencias entre los ofrecimientos hechos

por 6)a y 6)b son bastante ligeras, 6)c resulta inadecuado por su excesiva insistencia, que parece más propia de una petición beneficiosa para el emisor que de un ofrecimiento de éste al destinatario. Por supuesto, pueden encontrarse situaciones en las que 6)c sea adecuado (3); lo que importa, sin embargo, es subrayar que no lo es en las mismas que 6)a o 6)b.

El uso de la interrogación parece estar ligado a la realización de enunciados directivos, es decir, de aquéllos por medio de los cuales el emisor intenta que su interlocutor lleve a cabo una determinada acción, sea beneficiosa o no para él. Habrá que analizar por qué ocurre esto así y por qué resultan más corteses las formulaciones interrogativas.

### *13.3. Principales modelos de análisis*

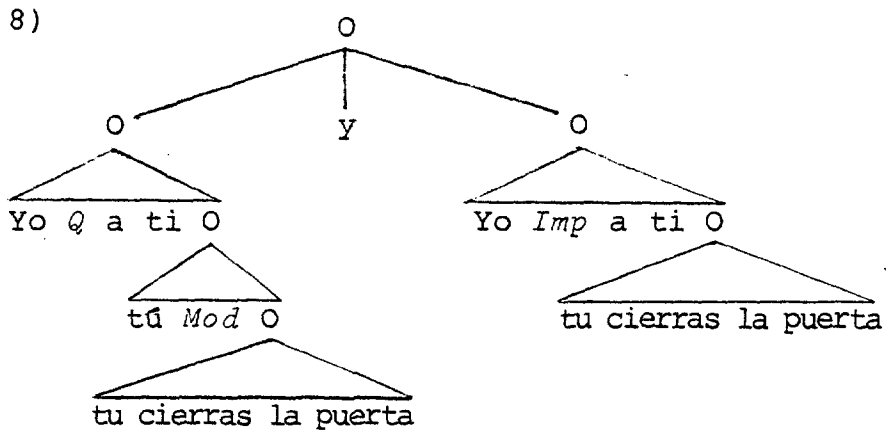
De entre los estudios más conocidos sobre el uso de formas interrogativas con los valores que acabamos de describir debemos destacar los casi pioneros de Sadock (1970) y (1972). Su explicación es la siguiente. Un enunciado como

7)- ¿Puedes cerrar la puerta?

no es simplemente una pregunta, y lo prueba el hecho de que si se responde afirmativamente pero no se actúa lue-

go de alguna manera, es que no se ha interpretado correctamente el enunciado, que funciona como un imperativo. Un operador interrogativo de lectura realizativa resulta, pues, inadecuado; también lo sería un operador imperativo, porque no explica la estructura interrogativa de la oración.

Sadock propone, entonces, una combinación de ambos elementos (el interrogativo y el imperativo) que están presentes en la estructura profunda de todo este tipo de enunciados:



donde *Q* = operador interrogativo

*Mod* = verbo modal

*Imp* = operador imperativo

Lo que la estructura 8) pretende explicar es que un enunciado como 7) tiene una forma superficial representada por la rama izquierda del árbol, y una fuerza ilocutiva reflejada en la rama derecha. Así pues, su lectura sería aproximadamente:

- 9)- Yo te pregunto si puedes abrir la puerta  
y te pido que la abras

Los verbos realizativos que aparecen en 9) son elididos obligatoriamente (4).

Surge, sin embargo, un problema, y es que no podemos coordinar una interrogación y un imperativo directos, tal y como permitiría la estructura 8), según lo demuestra la agramaticalidad de 10)a-b:

- 10)a- \*¿Puedes abrir la puerta? y abre la  
puerta  
b- \*¿Puedes abrir la puerta? y hazlo (5)

La objeción más grave que, a nuestro juicio, puede hacerse al análisis de Sadock -aparte de las ya apuntadas para los análisis realizativos en general- es la de que cuando un emisor formula un enunciado como 7), no pregunta y pide, sino que simplemente pide. Observemos las siguientes formas de relatarlo:

- 11)a- #Me preguntó si podía abrir la puerta  
b- #Me preguntó si podía abrir la puerta  
y me pidió que lo hiciera  
c- #Me pidió si podía abrir la puerta  
d- Me pidió que abriera la puerta (6)

Si alguien quiere relatar el acto efectuado por aquél que empleó 7) con el objetivo de conseguir que su interlocutor abriera la puerta, no empleará nunca una forma

como 11)a, y tampoco 11)b (que responde a la descripción de Sadock); 11)c, si es interpretable, no refleja 7), sino, en todo caso, algo así como 12)

12)- ¿Puedo abrir la puerta, por favor?;

finalmente el único enunciado que se refiere adecuadamente a 7) es 11)d, que, a su vez, también es apropiado para 13)

13)- Abre la puerta, por favor

La propuesta presentada por Gordon y Lakoff (1971) se acerca a lo que hoy entendemos como una explicación de naturaleza pragmática. En primer lugar, mantiene una base significativa común a todas las preguntas. Esto es positivo en cuanto que constituye un intento de unificar la descripción de todos los enunciados que comparten una misma estructura gramatical; falla, sin embargo, porque el significado que se pretende común es el de *pregunta*, con una lectura como

14)- Yo te pido que me digas...

y con todos los problemas que trae consigo el aceptar un análisis de esta naturaleza. Hecha esta salvedad, continuemos con la explicación que sugieren estos autores.

Sobre esta base general actúa una serie de principios que reciben el nombre de *postulados conversacionales*, y que son, en esencia, principios generales que con-

trolan la intercomprensión en la comunicación. Se basan en la existencia de una serie de condiciones de sinceridad, al estilo de las postuladas por Austin o Searle. Así, para hacer una petición sincera es preciso cumplir ciertos requisitos (Gordon y Lakoff 1975:85):

"... si [un hablante] A pide sinceramente a [un oyente] B que realice un acto R, ello quiere decir

- i)- que A *quiere* que B haga R
- ii)- que A *supone* que B *puede hacer* R
- iii)- que A *supone* que B *estaría dispuesto* a hacer R
- iv)- que A *supone* que B *no haría* R *si no se le pidiera.*"

Establecidas estas condiciones, Gordon y Lakoff añaden otro postulado que explica por qué pueden usarse otras formas lingüísticas diferentes del imperativo para hacer una petición. Este postulado es el siguiente:

- "Se puede comunicar una petición
- a- aseverando una condición de sinceridad referida al hablante
  - b- cuestionando una condición de sinceridad referida al oyente." (Gordon y Lakoff 1975:86)

Ello explica la lectura como petición de enunciados como



15)a- Quiero que abras la ventana

b- ¿Puedes abrir la ventana?

c- ¿Quieres abrir la ventana?

En efecto, 15)a asevera la condición *i*) -que el hablante desea que su interlocutor realice el acto que solicita-; 15)b cuestiona la condición *ii*); y 15)c, la *iii*). El modelo propuesto predice correctamente la interpretación dada a estos enunciados.

Podría objetarse que hay muchos de estos enunciados que resultan ambiguos entre la lectura de *pregunta* y la de *petición*. Gordon y Lakoff (1975:87) indican entonces que un enunciado

"... transmite una petición sólo si el oyente supone que el hablante no trata de formularle una pregunta. En este caso, el significado conversacionalmente implicado (la petición) puede ser transmitida sólo si no es el significado literal (la pregunta) lo que se intenta transmitir, y el oyente supone que esto es así."

Ello significa, por tanto, que los postulados conversacionales, con ser importantes, no son suficientes, por sí mismos, para explicar la interpretación correcta de este tipo de enunciados. Si una persona se halla encerrada en una habitación y trata de escapar de ella a través de una pequeña ventana situada en la parte más alta de una de las paredes, y con ayuda de un cómplice que se

halla en el exterior, la emisión de un enunciado como

15)b- ¿Puedes abrir la ventana?

deja de ser una petición cortés para interpretarse como una pregunta real. En este caso, 15)b puede sustituirse por 16)a o 16)b:

16)a- ¿Eres capaz de abrir la ventana?

b- ¿Te es posible abrir la ventana?

Estos enunciados, sin embargo, no pueden emplearse como peticiones, y sin embargo, responden a la condición *ii)* de las expuestas por Gordon y Lakoff. La sustitución sinonímica de los verbos modales no es posible sin destruir la posibilidad de la interpretación de estos enunciados como peticiones; y no se entiende bien por qué sucede esto, si es que el significado se obtiene por inducción. Este es, sin duda, uno de los principales argumentos en contra del análisis que estamos revisando, o, al menos, en contra de la idea de que los postulados propuestos son los únicos necesarios para dar cuenta adecuadamente de estas cuestiones.

Hemos visto dos muestras de análisis bien diferentes: en la primera, el significado pragmático de *petición* se justificaba como manifestación superficial de una serie de características -entre ellas, la fuerza ilocutiva- presentes en la estructura profunda; en la última, sobre un significado básico único -no lo compartimos-, se propone un mecanismo de naturaleza inductiva como prin-

cipio para regular la interpretación. Ninguno de los dos nos parece suficientemente completo. Veamos en qué medida podemos formular otra propuesta más satisfactoria.

### *13.4. Los enunciados directivos impositivos*

Siguiendo a Leech (1983:106), daremos el nombre de *impositivos* a los directivos que impliquen un coste para el destinatario; esto es, a aquellos enunciados por medio de los cuales el emisor trata de conseguir que su interlocutor lleve a cabo una determinada acción que va a suponerle un coste o, al menos, que no va a reportarle un beneficio manifiesto y esperado por el emisor. Son, por tanto, directivos impositivos las órdenes o mandatos, los ruegos o súplicas, las peticiones y las exigencias. Quedan, así, separados, de los directivos no impositivos, en los que el emisor busca el beneficio del destinatario.

Podría objetarse la conveniencia o adecuación del término empleado, diciendo que todos los directivos son, por sí mismos, impositivos, porque el emisor trata de imponer a otra persona que realice una determinada acción. Por nuestra parte pensamos que la designación es la adecuada, si usamos y entendemos el término *imponer* no tanto en su acepción de "obligar a alguien a algo" (en este caso, al cumplimiento de la acción), como en aquella otra de "poner carga", reflejando así el hecho

de que el cumplimiento de la acción va a resultar, de alguna manera, "gravoso" para el destinatario.

Tenemos, pues, dos rasgos fundamentales: el directivo y el impositivo. El primero se refiere al objetivo; el segundo, a la valoración social que lleva aparejado perseguirlo. Vamos ahora a describir los diferentes tipos de impositivos (7).

#### 13.4.1. Tipos de actos impositivos

Las *órdenes* o *mandatos* constituyen probablemente la categoría más "llamativa" dentro de los impositivos. Buena prueba de ello es que les ha ocurrido con respecto al modo imperativo prácticamente lo mismo que a las preguntas en relación con la estructura interrogativa: se los ha considerado equivalentes. Tal identificación entre las dos series de términos constituye, en ambos casos, un error notorio, porque significa atribuir a la forma gramatical lo que no es más que uno de sus significados potenciales cuando se presenta actualizada en un enunciado.

Si decimos que las órdenes son directivos impositivos, ¿qué aporta el nuevo término? La respuesta es clara: indica, lexicaliza, el tipo de relación existente entre los participantes en el acto de la comunicación. Aquél que formula una orden tiene -cree tener- la autoridad necesaria para poder controlar de manera terminante la

conducta del destinatario de su enunciado: su posición es, por tanto, de superioridad con respecto a su interlocutor. Esta superioridad jerárquica viene dada en virtud de la existencia de una serie de instituciones (familiares, laborales, docentes, religiosas, políticas, militares,...) que determinan la adjudicación a sus integrantes de ciertos "roles" (8) que regulan sus posiciones relativas en la escala social.

Una cosa, al menos, ha debido quedar bien clara: la distancia social que haya entre los interlocutores es un factor determinante no sólo de las relaciones puramente "sociales", sino en particular de la manifestación lingüística de tales relaciones. El término *orden*, como decíamos, lexicaliza la importancia de la superioridad jerárquica en el uso de los directivos impositivos.

Los participantes en una conversación saben que existen esas jerarquías: por eso, podríamos decir -parafraseando un conocido dicho-, que "no ordena quien quiere, sino quien puede"; y por eso también podemos rechazar una orden diciendo algo así como

17)- Tú no eres quien para ordenarme nada

esto es, negando la capacidad de ordenar, la pretendida autoridad del emisor.

Otro rasgo característico de las órdenes es el de quien las hace, y en virtud de su estatus jerárquicamente superior, espera ser obedecido. Sabemos que la socie-

dad posee diferentes formas de "castigo" para quien no respeta las normas establecidas. El que incumple una orden lo hace sabiendo que ello le convierte, a los ojos de los demás, en merecedor de algún tipo de "sanción".

Resulta claro, también, que la superioridad no necesariamente ha de estar institucionalizada, sino que puede ser ocasional. Si un individuo nos amenaza con una pistola, la superioridad así "adquirida" le faculta a dar órdenes mientras no desaparezca su poder conminatorio.

El hecho de que la relación y la distancia social entre los interlocutores esté regulada por principios de índole extralingüística tiene también una importantísima repercusión en el comportamiento verbal. En efecto, al tratarse de una relación institucionalizada, el que da una orden no lo hace tanto como "persona particular", sino más bien como representante del "rol" que le ha sido asignado: quien ordena no es el *hombre*, sino el *superior* (el general, el profesor,...). Se dice, por ejemplo,

- 18)a- Te lo ordeno porque soy tu jefe
- b- Te lo mando porque soy tu padre

Además, no es necesario que exista un deseo real, por parte del emisor como persona, de que se lleve a cabo la acción que ordena, aunque puede tener que ordenarla en virtud de su cargo. Por ello, no es contradictorio decir

- 19)- Como superior tengo que ordenarle que lo haga, aunque como persona preferiría que no lo hiciera.

Que las circunstancias son éstas lo saben ambos interlocutores. Y ello es precisamente lo que exige al emisor de tener que tratar de mitigar por medios lingüísticos la "descortesía" que supone el uso de un impositivo: es la organización social la que así lo determina. Por eso, al dar una orden no se usan formas como las interrogaciones de 20)a-b, sino otras, como el imperativo con entonación descendente de 20)c:

- 20)a- #¿Presentan armas?  
 b- #¿Quieren presentar las armas, por favor?  
 c- ¡Presenten armas!  
 / 2 2 1 1 ↓ /  
 d- #Presenten armas  
 / 2 1 2 1 → /

No se puede presentar la opción de rechazar el mandato -la que ofrecerán las formas abiertas-, y así lo entienden los hablantes. Por supuesto, el contenido de la orden debe tener relación con el ámbito de acción a que se refiere la institución que asigna los diferentes papeles. En caso contrario, las órdenes son rechazadas como un abuso de poder.

Los *ruegos* o *súplicas* se sitúan en el extremo opuesto. Tienen en común con las órdenes el hecho de ser directivos impositivos, esto es, de pretender que el inter-

locutor realice una determinada acción que va a producirle un cierto coste. Pero la diferencia está en que ahora es el emisor quien ocupa la posición de inferioridad con respecto al destinatario. Inversamente a lo que sucedía en el caso anterior, la "descortesía" (esto es, el producir un "coste" al destinatario) queda acentuada por el hecho de ser alguien jerárquicamente inferior el que "impone la carga".

El que suplica no tiene la menor garantía de que su petición vaya a ser atendida, ya que está en la voluntad de su interlocutor, a quien ningún precepto social le impone acceder a lo que solicita el emisor. Este debe, por tanto, atenuar la carga negativa del uso de un impositivo a un superior por el único medio que le queda: el lingüístico. Puede usarse el modo imperativo, pero siempre con una curva de entonación ligeramente ascendente, frecuentemente acompañado por otros marcadores ilocutivos, es decir, por otros elementos que indiquen en qué sentido debe interpretarse el enunciado:

21)a- #Súbame el sueldo  
/ 2 2 1 1 ↓ /

b- Súbame el sueldo  
/ 2 1 2 1 → /

c- Súbame el sueldo, por favor

d- Súbame el sueldo, se lo ruego

e- #Súbame el sueldo, se lo ordeno

Otro procedimiento habitual es el de presentar el cumplimiento de la acción por medio de una interrogación,



combinada o no con otros marcadores:

22)a- ¿Me sube el sueldo, por favor?

b- ¿Podría usted subirme el sueldo?

c- ¿Querría usted, por favor, subirme un poquito el sueldo?

Analizaremos ahora las *peticiones*. Son, como las anteriores, tipos de actos directivos impositivos. Pero nuevamente es la relación que existe entre los interlocutores la que marca las diferencias. En este caso, sin embargo, ya no hay ni una superioridad clara -que justificaba el carácter impositivo de la orden-, ni una inferioridad manifiesta -que mostraba sin lugar a dudas que se trataba de un ruego- por parte del emisor.

¿Dónde está, entonces, la diferencia? Pues precisamente en el hecho de que, al no existir una relación jerárquica suficientemente clara como para determinar por sí misma el tipo de acto que se lleva a cabo, queda al descubierto la naturaleza impositiva del enunciado. El emisor debe tratar, nuevamente, de mitigar el coste para el destinatario, y sólo cuenta para ello con el lenguaje. La necesidad de disminuir el carácter "descortés" de una petición está en función de la distancia social que media entre los interlocutores, aunque ésta no se mida en sentido vertical (de jerarquía) como en los casos anteriores, sino en sentido horizontal, de mayor o menor proximidad.

Para hacer una petición cortés, el emisor utiliza

una ficción: habla y actúa como si su posición fuera de inferioridad, como si no tuviera autoridad para mandar y como si estuviese realizando un ruego. La estrategia resulta clara: al colocarse en una posición inferior con respecto al destinatario, el cumplimiento de la acción solicitada ya no es una imposición, sino que queda ligado a la voluntad del destinatario, aunque el emisor espera que el oyente lleve a cabo la acción que le pide. Y éste, a su vez, puesto que por su conocimiento del mundo sabe que no ocupa la posición que su interlocutor le confiere, interpreta correctamente que la apariencia de súplica del enunciado que le han dirigido responde a una forma cortés de presentar un directivo imperativo.

23)a- Déjame un bolígrafo, por favor  
/ 2 1 2 1 → /

b- #Déjame un bolígrafo, por favor  
/ 2 2 1 1 ↓ /

c- ¿Me dejas un bolígrafo (, por favor)?

d- (Por favor,) ¿puedes dejarme un bolígrafo?

No hay, pues, diferencia entre las formas que revisite un ruego o una petición; sí existe, sin embargo, en la relación que une a los interlocutores, que es la que construye, en cada caso, el significado final.

Finalmente, vamos a ocuparnos de las *exigencias*. Tienen en común con las peticiones el hecho de que muestran un cierto "desajuste" entre la forma gramatical utilizada y la relación interpersonal que une a los interlocutores. Pero en este caso, el desajuste va en sentido

inverso. En las exigencias, el que las formula es inferior o, al menos, no manifiestamente superior; lo que ocurre es que pretende no querer reconocer o no aceptar la superioridad (institucional u ocasional) de su interlocutor. Se dirige al destinatario, por tanto, como si los papeles estuviesen cambiados, como si el emisor fuera quien tiene autoridad para ordenar. Se usan formas idénticas a las de los mandatos. La cortesía, por tanto, no tiene cabida. Como ejemplos podemos citar aquellos casos en que ciertos grupos de personas exigen a un gobierno la inmediata puesta en libertad de unos presos, o la dimisión de la persona que ocupa un determinado cargo público... Son exigencias muchas de las consignas que se gritan en las manifestaciones.

En resumen, y como *conclusión* de todo lo dicho anteriormente, podemos señalar que las categorías de mandato, ruego y petición no son de naturaleza semántica, porque no se refieren a un sentido asociado a una determinada estructura gramatical; son, por el contrario, categorías pragmáticas, que admiten diferentes tipos de realización formal, y que se caracterizan por fijar cada una de ellas una situación enunciativa marcada por el tipo de relación que une a los interlocutores. En efecto, para explicarlas adecuadamente hemos tenido que utilizar los siguientes elementos:

- a- el *objetivo*: conseguir que el destinatario lleve a cabo una determinada acción (acto directivo);

- b- la *valoración social* del objetivo: el coste que supone para el destinatario la realización de dicho acto (directivo impositivo);
- c- la *relación social real* que media entre los interlocutores: superioridad o inferioridad jerárquicas, igualdad...
- d- la *relación expresada* por la forma del enunciado, que se refleja en la utilización o no de formas de cortesía que mitiguen la valoración negativa del acto impositivo

Sólo un modelo pragmático puede tener en cuenta variables como las que hemos utilizado aquí; variables que no tienen cabida en un modelo semántico, pero que cobran su auténtico significado cuando se integran en una perspectiva de análisis que contemple el acto global de la enunciación.

Para finalizar, realizaremos un cuadro que refleje claramente las semejanzas y diferencias entre los distintos tipos de directivos impositivos.

# DIRECTIVOS IMPOSITIVOS

	Posición real del emisor	Relación expresada	Cortesía
MANDATOS	<i>Superioridad</i>	<i>Superioridad</i>	-
RUEGOS	<i>Inferioridad</i>	<i>Inferioridad</i>	+
PETICIONES	<i>No inferioridad*</i>	<i>Inferioridad</i>	+
EXIGENCIAS	<i>No superioridad**</i>	<i>Superioridad</i>	-

\*No inferioridad indica igualdad o superioridad no muy clara  
 \*\*No superioridad indica igualdad o inferioridad

### 13.4.2. La interrogación en los enunciados directivos

Tras haber examinado los distintos tipos de directivos impositivos, viendo cuál es su base común y dónde radican sus diferencias, debemos responder ahora al problema central de nuestro análisis: ¿Qué consecuencias tiene todo ello en relación con la posibilidad de usar enunciados que formalmente son interrogaciones para realizar actos directivo-impositivos? O, dicho de otro modo, ¿qué sentido tiene usar un enunciado interrogativo cuando lo que se quiere conseguir es que el interlocutor lleve a cabo un determinado acto? Y ¿cómo se hace compatible esta posibilidad con el sentido gramatical de las oraciones interrogativas?

Lo dicho en los apartados anteriores nos va a ayudar a responder a estas cuestiones. Comencemos por la última. Hemos dicho que el sentido de las oraciones interrogativas era el de una estructura abierta que admite solución. Y cualquier explicación que propongamos no deberá, por tanto, ser contradictoria con respecto a esta base significativa general.

Hemos visto, por otra parte, que los actos impositivos pueden realizarse mediante formas lingüísticas diferentes. Tratemos de analizar qué significado comporta cada una de ellas, para poder contrastar con mayor nitidez cual es la aportación de la estructura interrogativa.

Tenemos, en primer lugar, lo que desde Gordon y Lakoff (1971) se ha llamado aseveración de una condición de sinceridad referida al hablante. Es el caso de enunciados como

24)a- Quiero que abras la ventana

b- Me gustaría que no gritases tanto

En ellas, el emisor expresa su actitud, su deseo, su estado mental. Puesto que el objeto de esa actitud es el cumplimiento de una acción futura por parte del oyente, éste interpreta el enunciado como un directivo.

En este grupo -aunque tienen características diversas, que los harían integrantes de un sub-grupo aparte-, habría que incluir también todos aquellos enunciados que llevan uno de los verbos realizativos que sirven para nombrar estos actos. Es el caso de

25)a- Te ordeno que vengas inmediatamente

b- Te pido que no se lo digas

c- Le ruego que me perdone

Todos estos enunciados tienen en común el hecho de que el centro de gravedad formal se sitúa en el emisor y en sus actitudes y objetivos.

El otro gran grupo de formas lo constituyen aquellas cuyo centro está en el destinatario. A ellas pertenecen los enunciados en segunda persona como

- 26)a- Tu te vienes conmigo
- b- No se lo dirás
- c- Vuelve inmediatamente
- d- ¿Me abres la puerta?

No podemos ahora detenernos a hacer un análisis por-menorizado de cada una de ellas; sí podemos, en cambio, estudiar de qué modo se opone la forma interrogativa general -casi obligatoria o, al menos, la más frecuente con diferencia para realizar un acto impositivo- a las demás. ¿Qué tienen en común los enunciados 26)a-c que los diferencie globalmente de 26)d? El rasgo distintivo de la interrogación como configuración oracional es -recordémoslo una vez más- el de presentar una estructura abierta que admite solución. Esto no puede afirmarse de ninguna de las otras formas de 26)a-c: todas ellas -diferentes entre sí en su modo o tiempo- son estructuras cerradas, que no contienen variables enfatizadas, y que ni admiten ni requieren ningún tipo de solución.

Cuando hablamos de que una oración interrogativa, por su propia estructura gramatical, admite una solución, estamos afirmando que la proposición está incompleta y que es la misma oración la que prefigura la forma de la respuesta. La situación es, pues, muy distinta a la que se da en los demás casos.

Otra cosa bien diferente es, por supuesto, el hecho de que el destinatario pueda replicar ante cualquiera de los enunciados 26)a-c, bien negándose a realizar la acción solicitada como en 27)a-c, bien negando la autori-



dad del emisor para imponerla como en 27)d-e

27)a- No

b- No quiero

c- No lo haré

d- No eres quien para obligarme a hacerlo

e- Tú a mí no me mandas

Pero réplica -ya lo hemos dicho- no es lo mismo que respuesta. También una interrogación, sea cual sea su significado pragmático, admite ser replicada.

La diferencia está, por tanto, en que, mientras 26)a-c muestran el hecho como algo cerrado, ante lo que el interlocutor no tiene apenas nada que decir, en 26)d, sin embargo, el emisor propone directamente al destinatario una forma abierta que éste está en condiciones de completar y cerrar, porque se trata de una acción suya.

La estructura cerrada *impone*, en el sentido -ahora sí- de "obligar a alguien a hacerlo"; la estructura abierta *propone*, en la acepción de "ofrecer a la aceptación de uno un plan". Cuando alguien accede a realizar la acción que le "impone" una forma cerrada, en cierto modo se doblega ante el emisor y reconoce su autoridad; si se trata de una forma abierta, es el destinatario el que voluntariamente se ha comprometido a llevar a cabo lo que le pedían, asumiendo los costes. Y mientras que la primera forma es intrínsecamente "descortés", puesto que no concede expresamente ningún grado de opcionalidad, la segunda es intrínsecamente "cortés", porque se otorga al

destinatario el derecho de aceptar o rechazar libremente la propuesta.

Las responsabilidades de los interlocutores en uno y otro caso son también diferentes. El que ordena a otro hacer algo conserva siempre la responsabilidad última de la acción: sabemos, por ejemplo, que la ley exige al soldado del delito cometido si éste fue resultado del cumplimiento de una orden de su superior. Por el contrario, el que pide algo a otro le transfiere la responsabilidad de la acción si acepta.

La interrogación, aunque no es la única forma (9), es, sin embargo, la que más nítidamente refleja ese carácter de propuesta sometida a la consideración del otro, y lo hace en virtud de su propia estructura gramatical.

Sólo los ruegos y las peticiones son compatibles con el rasgo de opcionalidad que aporta al enunciado la formulación interrogativa: en el caso del ruego, porque por su propia naturaleza el cumplimiento de la acción ya está en la voluntad del interlocutor; en el caso de la petición, porque el emisor se coloca en esa posición de inferioridad que hemos descrito y que concede al destinatario la facultad de decidir. Y no lo son -o lo son en muchísimo menor medida-, por el contrario, las órdenes y las exigencias, ya que en ambas el emisor "impone" el cumplimiento de la acción solicitada. Por ello, son adecuados 28)a-b, pero no 28)c-d:

28)a- ¿Querría usted subirme el sueldo, por favor? Se lo ruego

- b- ¿Puedes prestarme el martillo? Te lo pido porque...
- c- #¿Quiere usted ponerse firme, por favor?  
Es una orden
- d- #¿Quiere usted dimitir? Nosotros se lo exigimos (10)

La interrogación funciona, pues, como un "eufemismo sintáctico" para evitar el uso de formas cerradas y la descortesía que éstas pueden llevar aparejada. Y se utiliza, como veremos, cuando el emisor, por las circunstancias de la enunciación, tiene que utilizar un directivo impositivo pero trata, al mismo tiempo, de mantener una buena relación con su interlocutor (esto es, en ruegos y peticiones, tal y como reflejamos en el cuadro correspondiente).

### 13.4.3. Condiciones de uso

El uso de una oración interrogativa en un enunciado cuya finalidad sea la de conseguir que el interlocutor realice una acción determinada impone algunas restricciones y confiere ciertas propiedades a dicha oración. Y lo más interesante es que, por medio de estas características, el destinatario reconoce que el enunciado es un impositivo, que está formulado de modo cortés, y, puede, así, interpretarlo adecuadamente. (11).

i) La primera característica que señalaremos es la que se refiere al sujeto de las oraciones interrogativas usadas como impositivos: *el sujeto tiene que designar al destinatario.*

Obviamente, y puesto que es al interlocutor a quien se trata de dirigir, no pueden aparecer nunca con un sujeto referido a la persona del emisor, ni directa ni indirectamente: tan rechazable es la primera persona morfológica de 29)a-b como la "semántica" de 29)c:

- 29)a- #¿Abro la puerta?
- b- #¿Me paso la sal?
- c- #¿Qué hace ahora *este menda*?

Decimos que son inaceptables como directivos, aunque son perfectamente correctas y adecuadas para pedir consejo o autorización.

Para que un enunciado interrogativo pueda interpretarse como directivo, es necesario que el sujeto gramatical de la oración que lo integra sea el destinatario, expresado ya a través de los morfemas del verbo -forma habitual basada en la deixis que se hace posible gracias a la situación comunicativa- (30)a-b), ya a través de otras formas indirectas de designación. No es imprescindible, por tanto, la segunda persona gramatical, como demuestra la aceptabilidad de 30)c:

- 30)a- ¿Me prestas tu libro?
- b- ¿Me lleváis a casa?
- c- ¿Va a ayudar *mi niño* a mamá?

En cuanto la expresión referidora que actúa como sujeto no pueda designar al interlocutor, el enunciado rechaza automáticamente la interpretación como directivo. Compárense 30)c y 31):

31)- #¿Va a ayudar tu niño a mamá?

En este caso, 31) se interpretará probablemente como una pregunta.

¿Qué ocurre, entonces, cuando el directivo se formula por medio de una interrogación parcial en la que la incógnita es precisamente el sujeto? Veamos algunos ejemplos

32)a- ¿Quién me presta mil pesetas?

b- ¿Quién me ayuda a ordenar estos libros?

c- ¿Quién se viene conmigo?

Todos estos enunciados pueden resultar ambiguos entre una pregunta y una petición de acción. Según la regla que hemos propuesto, para que sean interpretables como impositivos debe quedar suficientemente claro que ese *quién* tiene que ser el destinatario. Comprobémoslo

33)a- ¿Quién de vosotros me presta mil pesetas?

b- #¿Quién de ellos me presta mil pesetas?

34)a- ¿Quién de vosotros me ayuda a ordenar estos libros?

b- #¿Quién de ellos me ayuda a ordenar estos libros?

35)a- ¿Quiénes (de vosotros) os venís conmigo?

b- #¿Quiénes de ellos se vienen conmigo?

En 33)a, 34)a y 35)a hemos forzado que la interpretación de *quién* se refiera al destinatario, aunque en este caso se trate de un miembro no identificado del grupo de interlocutores del emisor, que intenta, así, seleccionar un destinatario ya determinado para que realice la acción que pide: el destinatario real del enunciado es todo el conjunto de oyentes. Esta lectura hace posible la interpretación del enunciado como directivo. No ocurre lo mismo, en cambio, con 33)b, 34)b y 35)b, que son enunciados cuyo sujeto no es nunca una segunda persona. Es imposible, por tanto, interpretarlos como peticiones.

Queda claro, pues, que, para poder interpretar correctamente que una interrogación está realizando un acto impositivo, el sujeto debe referirse necesariamente al destinatario. Esta es una condición necesaria, pero no suficiente. Veamos, entonces, qué otros requisitos debe reunir un enunciado interrogativo para adquirir el valor pragmático que venimos describiendo.

ii) La segunda condición atañe al predicado: debe llevar un *verbo de tipo agentivo o intencional*. Sólo podemos pedir al interlocutor que realice una acción de la que sea consciente, que dependa de su voluntad o sobre la que tenga alguna clase de control. La razón resulta clara y no precisa de más comentarios. Veamos algunos ejemplos que demuestran la inaceptabilidad como directivos de los enunciados que no siguen esta regla.

36)a- ¿Me acompañas?

b- ¿Abres tú la puerta?

37)a- #¿Eres alto?

b- #¿Roncas cuando duermes?

Los ejemplos 37)a-b rechazan de pleno la interpretación como directivos porque, aunque cumplen la condición *i*), no se ajustan, sin embargo, a la condición *ii*), referida a las acciones intencionales. Ambas se aplican también a las otras formas que expresan impositivos. Por ello tampoco puede decirse

38)a- \*Sé alto

b- \*Ronca cuando duermes (12)

Lo que ocurre es que, mientras los enunciados de 38)a-b resultan agramaticales, los de 37)a-b sólo excluyen automáticamente la lectura impositiva -aquella en la que coinciden con 38)a-b-, pero no otras interpretaciones como la de pregunta o de interrogación hipotética, dependiendo de la entonación con que sean emitidos (13).

Esta es también la condición que excluye la posibilidad de hacer una interpretación impositiva de

39)a- ¿Sabes quién ha venido?

b- ¿Sabes que mañana viene Andrés?

*Saber* no es aquí un verbo agentivo en el que intervenga la voluntad, sino que se refiere a un estado cognosciti-

vo. No debe confundirse, por tanto, con aquélla otra acepción, equivalente a 'enterarse', que sí es de algún modo agentiva y que puede admitir el imperativo, si bien esta construcción está hoy en desuso.

iii) La condición anterior podría completarse con otra referida al hecho de que el predicado debe designar *una acción cuyo resultado directo no sea claramente perjudicial para el emisor*: es, nuevamente, una consecuencia de nuestro conocimiento del mundo, y no de la gramática, pero es un factor determinante para la correcta interpretación. Por eso, los enunciados como 40)a y 41)a se entienden como directivos, pero no 40)b y 41)b, que deben recibir otras lecturas:

40)a- ¿Me ayuda usted?

b- #¿Me mata usted?

41)a- ¿Quiere usted vendarme el brazo?

b- #¿Quiere usted arrancarme el brazo?

41)b, por ejemplo, recibe mejor una interpretación como interrogación hipotética, que funciona como réplica a una acción del interlocutor, como en el enunciado más complejo

42)- ¿Qué hace usted? No tire de mí de esa manera ¿Quiere arrancarme el brazo?

iv) Otra condición se refiere al tiempo: *los directivos no pueden aparecer en pasado*, porque no se puede



pedir al interlocutor que haga algo diciendo que ya lo ha hecho. Sólo son posibles, por tanto, presentes y futuros.

43)a- ¿Vienes a buscarme?

b- ¿Vendrás a buscarme?

c- #¿Viniste a buscarme?

44)a- ¿Abres la ventana?

b- ¿Abrirás la ventana?

c- #¿Has abierto la ventana?

Nuevamente la propia forma superficial descarta automáticamente una de las interpretaciones en favor de otras.

El presente que aparece en estos ejemplos lleva siempre interpretación de futuro y la razón es clara: se pide al destinatario que realice una acción que no está haciendo ya. Cuando forzamos la interpretación del presente como acción simultánea al acto de la enunciación, queda de nuevo descartada la interpretación del enunciado como directivo, tal y como muestra la inadecuación de 45)a-b que corresponden a 43)a y 44)a:

45)a- #¿Estás viniendo a buscarme?

b- #¿Estás abriendo la ventana?

Los directivos están, por su propia naturaleza, orientados siempre hacia el futuro.

v) Cuando una interrogación expresa un directivo *es incompatible con el patrón entonativo de la sorpresa o la hipótesis*. No se admite, por tanto, una curva como

46) / 2 2 3 2 ↑ /

sino que es necesario que sea

47) / 1 2 1 2 ↑ /

Comprobemos con algún ejemplo cómo la entonación 46) destruye la posibilidad de interpretación impositiva (como demuestra la inadecuación de 48)a y 49)a). Aquélla sólo es posible con el patrón 47), como en 48)b o 49)b:

48)a- #¿Quieres abrirme la puerta?  
/ 2 2 3 2 ↑ /

b- ¿Quieres abrirme la puerta?  
/ 1 2 1 2 ↑ /

49)a- #¿Puedes arreglarme la radio?  
/ 2 2 3 2 ↑ /

b- ¿Puedes arreglarme la radio?  
/ 1 2 1 2 ↑ /

48)a y 49)a nunca pueden entenderse como directivos, sino como hipótesis acerca de alguna faceta del comportamiento del interlocutor; no pueden, por tanto, servir para hacer una petición.

### 13.4.4. Aparentes contraejemplos

Las cinco condiciones que acabamos de señalar son determinantes en la interpretación de un enunciado interrogativo como forma de realizar un acto impositivo. Es necesario que se cumplan todas ellas para que la enunciación directa resulte adecuada.

Podría pensarse, sin embargo, que este análisis no está libre de problemas. En primer lugar, la existencia de construcciones como

50)- ¿Te importaría ayudarme?

y su innegable carácter impositivo pueden representar un problema a la generalización que acabamos de exponer porque viola la condición i) referida al sujeto. Para solucionarlo, se podría recurrir a la idea de que 50) es una pregunta real, y que, por inferencia, el interlocutor extraería luego el significado directivo.

Aceptar este análisis supone crear graves problemas al resto de la teoría, pues no parece muy razonable utilizar tal explicación cuando no va a extenderse al resto de los casos. Y esto último supondría un retorno a la idea -indeseable- de que la base significativa de la interrogación es la pregunta.

Estas dificultades no existen en otras lenguas como

el inglés, en las que el equivalente a 'importar' mantiene como sujeto gramatical a la persona, y no al infinitivo, lo cual parece convertirse en un argumento a favor de la idea de buscar una fórmula para poder incluirlos entre los impositivos.

Otra solución puede consistir, entonces, en ampliar la condición *i*), de modo que pueda dar cabida a construcciones como la ejemplificada en 50). Podemos establecer que también cuentan como impositivos aquellos enunciados que, sin cumplir la condición *i*) -pero cumpliendo las demás-, tengan una estructura oracional como la de 50): verbo impersonal con un infinitivo como sujeto (que denota la acción solicitada) y un complemento indirecto necesariamente referido a la persona del destinatario. De es modo, obtendríamos la siguiente predicción, que resulta correcta: los ejemplos 51)a-b son directivos

51)a- ¿Te importa ayudarme?

b- ¿Os molestaría echarme una mano?

Y no lo son, en cambio, y como predice la generalización propuesta:

52)a- #¿Me importa ayudarte?

b- #¿Les molesta ayudaros?

porque el complemento indirecto no se refiere en ninguno de los dos casos al destinatario.

Lo importante aquí es que ese complemento indirecto-

to es el *sujeto real* del infinitivo. 53)a-b no admiten una lectura impositiva porque hemos roto la posibilidad de que el elemento referido al destinatario sea el sujeto del verbo que antes iba en infinitivo y que ha debido pasarse a forma personal por exigencias sintácticas:

53)a- #¿Te importa que *yo* te ayude?

b- #¿Te importa que *él* te ayude?

53)a es un ofrecimiento; 53)b, una pregunta. Cuando por razones de contraste tenemos que repetir el pronombre en español, el único que admite el infinitivo en esta situación es el de 2<sup>a</sup> persona, como se puede observar por estos ejemplos

54)a- ¿Te importaría ayudarme tú (y no ella)?

b- ¿Te importaría ser tú quien me ayude?

c- \*¿Te importaría ayudarme él?

Esta idea también es válida para otro tipo de impersonales como

55)a- ¿Es necesario que seas tan duro con él?

b- ¿Es imprescindible que hagas ese espantoso ruido?

También en este caso valen, como es lógico, los modos indirectos de designar al destinatario, independientemente del hecho de que se vea reflejado en un pronombre de segunda persona. Por eso, 56) y 57)a son interpretados como impositivos, pero no 57)b:

56)- ¿Le importaría a mi cielo fregar hoy los platos?

57)a- ¿Le importaría a usted ayudarme?

b- #¿Le importaría a Juan ayudarme?

Parece que la ampliación de la condición *i)* mantiene su poder explicativo. Pero observemos otros ejemplos:

58)a- ¿Te apetece ayudarme?

b- #¿Te gusta ayudarme?

Lo dicho anteriormente parece predecir que tanto 58)a como 58)b tienen que interpretarse como impositivos, pero esto es equivocado en lo que al segundo caso se refiere. Tal dificultad es inexistente, porque el problema de 58)b es que no cumple la condición *iv)* sobre la proyección hacia el futuro de los directivos: cuando emitimos 58)b presuponemos que el emisor *ya* está ayudando al destinatario, y lo que se pregunta es su actitud ante tal hecho. Por ello, los problemas no existen cuando se respeta esa condición como en

59)- ¿Te gustaría ayudarme?

que ya tiene una lectura impositiva.

Tampoco hay que olvidar que es el infinitivo la forma verbal que se refiere a la acción, y debe respetar la condición *ii)* sobre el carácter agentivo o intencional de la acción. Por eso 60)a es un enunciado impositivo,

pero no lo es 60)b:

60)a- ¿Te importaría callarte?

b- #¿Te importaría ser alto?

Parece, por tanto, que lo dicho anteriormente sigue siendo válido.

Sigamos examinando algún posible contraejemplo. De nuevo, la generalización propuesta parece fallar porque predice incorrectamente que 61)a admite una interpretación directiva equivalente a 61)b, igual que 62)a se entiende más o menos como 62)b:

61)a- #¿Piensas venir (, por favor)?

b- #Ven

62)a- ¿Quieres venir (, por favor)?

b- Ven

61)a excluye la lectura impositiva y, sin embargo, cumple -se diría- las condiciones que hemos señalado para que ésta fuera posible: *i*) el enunciado está referido al destinatario; *ii*) el verbo es intencional; *iii*) la acción no parece perjudicial para el emisor; *iv*) no está en pasado; *v*) no lleva entonación hipotética o sorpresiva. Este es el problema: o las condiciones propuestas no son las adecuadas, o las hemos aplicado incorrectamente. ¿Dónde está, pues, la causa del error?

A nuestro juicio, la solución está clara y se rela-

ciona con la aplicación de la condición *iv*). Hemos dicho que la acción no debe estar referida al pasado, o, más precisamente, que debe tener una orientación hacia el futuro. La clave se halla, por tanto, en el sentido del verbo *pensar* en esta construcción: creemos que debe tomarse en la acepción de "formar la intención de hacer una cosa" y no en la de "examinar una cosa para formar dictamen". El primero de esos sentidos se construye con infinitivo sin preposición y tiene un carácter abiertamente perfectivo: la intención *ya* está formada; el segundo suele ir con oración interrogativa indirecta o infinitivo con preposición y su carácter es imperfectivo: la intención se está formando. La diferencia es de tipo léxico.

63)a- Juan piensa venir

b- Juan { piensa  
          { está pensando } si va a venir

c- Juan está pensando en venir

64)a- Juan ya se ha decidido: piensa venir

b- #Juan ya se ha decidido: piensa si va a venir

c- #Juan ya se ha decidido: está pensando en venir

El sentido perfectivo de *pensar* + infinitivo es el que explica la asimetría observable entre 65)a y 65)b:

65)a- No quiero ir pero no tendré más remedio que hacerlo

b- \*No pienso ir pero no tendré más remedio que hacerlo



Es el mismo, pues, que aparece en 61)a y que hace imposible, por tanto, y en virtud de lo establecido en la condición iv), su interpretación directiva.

Alguien podría querer negar la validez del conjunto de condiciones empleadas, diciendo, con Fauconnier (1981) que un enunciado como

66)- ¿Podrás perdonarme?

es una excusa y, sin embargo, según el análisis que venimos presentando, debería interpretarse como un directivo. Y alguien podría también decir, por el contrario, que un enunciado como 67)a funciona como directivo con el valor de 67)b, pero no cumple con los requisitos que hemos señalado:

67)a- ¿Me has acabado ya el encargo que te hice?

b- Si todavía no has acabado mi encargo, acábalo

Aunque las dos posibles objeciones son opuestas, su solución va por el mismo camino. Creemos que el significado de 66) como excusa o de 67)a como directivo son "secundarios" -no inmediatos- con relación al objetivo expresado por el enunciado. Cuando enunciamos 66) estamos pidiendo perdón, independientemente de que lo hagamos para que nuestro interlocutor nos excuse: el objetivo primario del enunciado es conseguir el perdón del destinatario; su valor de excusa puede ser una consecuencia.

En el segundo caso, se trata de una petición de información, independientemente de cuál sea el uso que el emisor vaya a darle a la información obtenida o de cuáles sean sus consecuencias.

Y esto es lo mismo que ocurre en la siguiente situación. El director de un coro, durante un ensayo, le dice a una de sus componentes:

68)- ¿Quieres irte al fondo de la sala a escuchar el efecto?

La chica desafinaba horribilmente.

El objetivo final del director al emitir 68) es conseguir que la chica deje de estropear el ensayo con sus "maullidos" y que abandone el lugar que ocupa. Pero el objetivo que *expresa* en su enunciado no es ése, sino el de que su destinatario escuche el efecto general desde el fondo de la sala. De la misma forma que no podemos decir que una emisión de 68) equivalga a

69)- Vete y deja de desafinar

de una manera *sistemática*, tampoco podemos hacerlo con los ejemplos que antes comentábamos.

El hecho de que esto pueda ser así en algunas ocasiones no nos autoriza a decir que 68) sea en sí mismo y primariamente un intento de que el destinatario abandone el sitio en que se encontraba. La intención final

es, por tanto, determinante desde el punto de vista tanto del emisor como del destinatario. Pero su interpretación no es inmediata, no es directa, sino alusiva; depende del conocimiento que del mundo poseen los hablantes; y no impone restricciones de tipo estructural sobre la forma de los enunciados: estas intenciones "secundarias" sí que podrían constituir la categoría de los verdaderos "actos indirectos".

Parece, pues, que nuestra explicación sigue resultando válida. Las dificultades que hemos planteado eran sólo aparentes y han quedado resueltas -a nuestro juicio- de manera satisfactoria. El conjunto de las cinco condiciones propuestas predican correctamente cuándo una interrogación expresa un directivo impositivo y cuándo no. Hay, sin embargo, otra serie de rasgos que, no siendo imprescindibles, ayudan a reforzar el significado y la interpretación del enunciado.

#### 13.4.5. Otras propiedades formales

Se ha hablado mucho de *la presencia de verbos modales* como rasgo diferenciador en la interrogación directiva. Desde los primeros estudios sobre estos temas se ha insistido en el hecho de que su aparición contribuye a aumentar el grado de opcionalidad de la estructura abierta que es la interrogación, que a su vez puede ir acentuada por el uso de las diferentes formas del verbo

modal mismo:

- 70)a- ¿Me abres la puerta?
- b- ¿Puedes abrirme la puerta?
- c- ¿Podrías abrirme la puerta?
- d- ¿Quieres abrirme la puerta?
- e- ¿Querrías abrirme la puerta?

Y, a mayor grado de opcionalidad, mayor grado también de cortesía.

Es opinión generalmente admitida la de que la presencia de tales verbos constituye una marca ilocutiva de derivación indirecta -Anscombe (1977), Berrendonner (1981), Zuber (1982)-. No son, sin embargo, imprescindibles para llevar a cabo la realización del enunciado directivo, aunque su uso incide y actúa en la misma dirección en que lo hace el uso de la forma interrogativa, y sirve, por tanto, de refuerzo a la idea expresada por ella.

El problema que suele plantearse con mayor frecuencia es el del carácter convencional o no de los "actos indirectos", es decir -en la terminología de los actos de habla- de los que realizan una acción diferente a aquélla que les corresponde por su forma gramatical. Lo que ahora nos interesa es que el principal argumento contra la idea de que el significado se obtiene por inferencia es el de que son imposibles las sustituciones sinónimas de los verbos modales porque destruyen el significado indirecto. Así,

71)a- ¿Puedes abrir la ventana?

b- #¿Eres capaz de abrir la ventana?

Se dice, entonces, que la razón estriba en que las formas como 71)a responden a una estructura convencionalizada.

En nuestra opinión, tal interpretación no acaba de ser del todo correcta, porque su fundamento está equivocado: quienes proponen esta explicación caen nuevamente en la *falacia de la sinonimia*. *Poder* y *ser capaz* no son intercambiables en esta situación; pero no porque el primero de estos verbos sea un marcador ilocutivo convencionalizado, o algo por el estilo: no lo son aquí, como tampoco lo son en otros contextos

72)a- Juan pudo abrir la ventana, pero no lo hizo

b- \*Juan fue capaz de abrir la ventana, pero no lo hizo

Y la razón está en que estos verbos son sólo parcialmente sinónimos, y sólo pueden intercambiarse en algunas situaciones:

73)a- Al fin, tras mucho esfuerzo, Juan pudo abrir la ventana

b- Al fin, tras mucho esfuerzo, Juan fue capaz de abrir la ventana

Este, y no su pretendido carácter convencional, es el mo-

tivo de que no suela admitirse la sustitución.

Pero es que, además, sí es posible a veces tener ambos verbos con un significado impositivo. Obsérvense los siguientes ejemplos:

74)a- ¿Podrías estarte un rato calladito, para variar?

b- ¿Serías capaz de estarte un rato calladito, para variar?

74)b tiene, como impositivo, un marcado carácter irónico, que se refleja en el desajuste entre la forma empleada, el contenido expresado y la relación entre los hablantes. A pesar de su apariencia, por tanto, 74)b no es la más cortés de las peticiones, sino casi un mandato (14). Lo que nos interesa es que su utilización no excluye la lectura impositiva, como podría predecirse si se acepta la tesis de la convención de uso, sino que la potencia.

En algunas lenguas, como el inglés, los verbos modales pueden aparecer como *tag* tras un enunciado imperativo (15):

75)a- Open the window, will you?

b- Abre la ventana, ¿quieres?

76)a- Push harder, can't you?

b- Aprieta más fuerte, ¿no puedes?

En español, como en otras lenguas, no siempre es posible

esta construcción. 75)b es perfectamente correcta; y 76)b, que podría resultar dudosa, sería sólo aceptable como pregunta, y no como directivo porque incumple la condición *iii*) sobre la proyección hacia el futuro del impositivo. Así pues, sólo es admisible el imperativo seguido por la interrogación cuando el verbo es *querer*:

- 77)a- ¿Puedes hablar más bajo?  
b- \*Habla más bajo, ¿puedes?

- 78)a- ¿Quieres hablar más bajo?  
b- Habla más bajo, ¿quieres?

Otro rasgo característico es la *aparición de "por favor"*. En efecto, es muy usual su presencia en el enunciado.

- 79)a- ¿Me pasas el periódico, por favor?  
b- Por favor, ¿puedes prestarme mil pesetas?  
c- ¿Quieres, por favor, dejar de hacer este ruido?

Puede aparecer en posición inicial o final, e incluso entre el verbo modal y su término. Hemos dicho que su aparición es característica en los enunciados impositivos porque refuerza la cortesía de la formulación interrogativa. Característica no significa, por supuesto, exclusiva. Buena muestra de ello pueden ser estos ejemplos, interpretados como preguntas:

- 80)a- Por favor, ¿qué hora es?  
b- ¿Ha llegado ya Juan, por favor?

La razón de que admitan el *por favor* estriba en el hecho de que las peticiones de información son primariamente una clase de peticiones, en las que la acción que debe llevar a cabo el destinatario es la de responder proporcionando la información requerida. Por eso, y sólo en la medida en que se entienden como un tipo particular de actos directivos, no rechazan la aparición de este sintagma.

No puede decirse lo mismo, en cambio, de todos aquellos otros usos que no suponen ningún tipo de dirección al oyente: ni la interrogación hipotética ni la argumentativa, ni la que "introduce" información como 81)c admiten llevar *por favor*:

81)a- \*¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal, por favor?

b- \*¿Qué hombre razonable haría una cosa así, por favor?

c- \*Por favor, ¿sabes a quién me he encontrado esta mañana?

Su presencia en la oración debe tomarse como un dato más que hay que tener en cuenta a la hora de interpretar el enunciado.



### 13.5. Los enunciados directivos 'propositivos'

Los actos directivos son aquéllos que tienen por finalidad el conseguir que el destinatario realice la acción indicada por el emisor en su enunciado. En las páginas anteriores nos hemos ocupado de un tipo de directivos al que hemos dado el nombre de impositivos porque su cumplimiento supone una carga o un coste para el destinatario. Vamos a tratar ahora de la otra clase existente, esto es, de aquélla que está constituida por los enunciados que solicitan una acción que comporta un beneficio -nunca un coste- para el destinatario; la carga que origine, en caso de que exista alguna, será asumida por el emisor.

A estos actos podría dársele el nombre de *recomendaciones* o actos *propositivos*. Esta última no sería, por supuesto, la única denominación posible; pero tiene la ventaja de que marca, de un modo directo e intuitivo, el contraste con la categoría anterior desde el punto de vista morfeológico y no sólo semántico. Los impositivos "im-ponen", es decir, colocan sobre el destinatario una carga; los propositivos (las recomendaciones) "pro-ponen", esto es, le sitúan delante una posibilidad beneficiosa o, al menos, no costosa (16). Y recordemos, también, que el emisor, cuando el mantenimiento de sus buenas relaciones con el destinatario así lo requiere, trata por todos los medios -entre ellos, el empleo del "eufemismo sintác-

tico" que es la interrogación- de dulcificar el carácter impositivo de su enunciado, transformándolo, al menos externamente, en una propuesta, que el destinatario podría rechazar.

Las condiciones de su emisión varían notablemente con respecto a la de los enunciados impositivos porque varía también su consideración social: mientras que los impositivos reciben en general una valoración negativa (no está "bien visto" originar un coste al interlocutor), las recomendaciones, en cambio, son valorados positivamente. El emisor, por tanto, ya no está poniendo en peligro su relación con el destinatario como ocurría en el caso de los directivos que formula un inferior a un superior. Y ello tiene como consecuencia una especie de neutralización en lo que a la relevancia del tipo de relaciones entre los interlocutores se refiere: la jerarquía no resulta ser ya un dato tan determinante como lo era en las situaciones que estudiamos en las páginas precedentes. La distancia social que medie entre los hablantes ya no es decisiva como lo era cuando se trataba de diferenciar un mandato de un ruego. Los enunciados "recomendativos" favorecen las relaciones sociales.

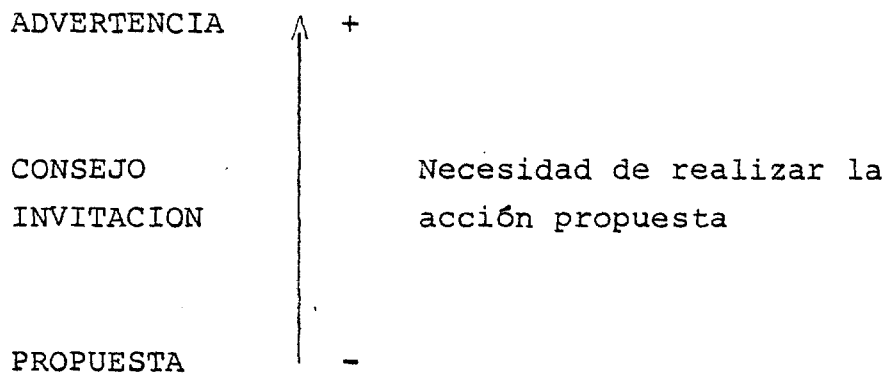
### 13.5.1. Clases de actos propositivos

No podemos contar, pues, con el tipo de relación entre los interlocutores como base para establecer una

clasificación. ¿En qué podemos apoyarnos, entonces? Una posibilidad -la que aquí hemos elegido- es la de tomar como punto de referencia el grado de necesidad con que el emisor considera que el destinatario debe realizar la acción que le propone. Un enunciado como

82)- Corre todo lo que puedas

puede ser una *advertencia* imperiosa o un *aviso*, si el emisor trata de ayudar con ello al destinatario a huir de sus perseguidores; o, por el contrario, puede ser un simple *consejo*, si se emite como respuesta al interlocutor que acaba de comentar que no sabe qué hacer para mantenerse en forma. No hay, pues, una diferencia radical, sino que es cuestión de grado. Advertencia y consejo pueden ser las magnitudes extremas de un régimen escalar.



Son, por tanto, la situación y la entonación las que pueden ayudarnos a calibrar el punto en que se sitúa el enunciado.

La advertencia perentoria, por la casi abligatoriedad de su cumplimiento -al menos a los ojos del emisor-, se encuentra muy cercana al mandato: quien la emite no puede contemplar la posibilidad de un rechazo de su aviso. Por tanto, no es de extrañar que ambos tipos de actos directivos estén tan próximos en sus formas de realización. La advertencia no admite la formulación interrogativa porque no quiere dejar opción abierta alguna. Por ello, si se ha declarado un incendio en una vivienda y los bomberos dan instrucciones desde fuera a los que se encuentran dentro, utilizarán enunciados como 83)a-c pero no como 84)a-c:

83)a- Mantengan la calma

- b- Tápanse la nariz y la boca con un pañuelo
- c- Cubran con toallas mojadas la parte baja de las puertas

84)a- #¿Quieren mantener la calma?

- b- #¿Les importaría taparse la nariz y la boca con un pañuelo?
- c- #¿Pueden cubrir con toallas mojadas la parte baja de las puertas, por favor?

En un lugar intermedio se sitúan los *consejos* y las *invitaciones*. El carácter directivo de ambos es el mismo; la diferencia radica en que éstas añaden también un coste -y a veces no sólo en el sentido metafórico en que hemos venido utilizando el término- para el emisor.

Finalmente, debemos considerar las *propuestas*. Son

recomendaciones de carácter "débil", en el sentido de que el emisor no considera imprescindible para el destinatario el cumplimiento de la acción que propone.

En estos tipos se da la alternancia entre la forma interrogativa y otras, como la imperativa, sin que pueda hablarse de un mayor grado de cortesía en una de ellas. La razón está en el hecho de que consejos e invitaciones, en su calidad de directivos beneficiosos para el destinatario, no conllevan ningún desajuste en el sistema de relaciones sociales y no precisan, por tanto, del uso de formas especiales de cortesía con las que mitigar la carga negativa que la acción entraña. Además, la forma imperativa, por sí misma, no es -como se piensa en muchas ocasiones- intrínsecamente descortés, aunque pueden serlo, en cambio, algunas de las situaciones en que se emplea. Por ello, no puede decirse que haya un contraste claro entre los enunciados que constituyen cada grupo de ejemplos:

85)a- Ponte la chaqueta de cuadros

b- ¿Te querrías poner la chaqueta de cuadros?

c- ¿Por qué no te pones la chaqueta de cuadros?

86)a- Tómese usted otro café, señor director

b- ¿Se tomaría usted otro café, señor director?

c- ¿Por qué no se toma usted otro café, señor director?

Al tratarse de diferencias de grado, no siempre es fácil decidir, sin una situación enunciativa muy precisa, si un enunciado es un consejo o una propuesta. La diferencia entre los ejemplos *a-c* de cada grupo no radica en su mayor o menor grado de cortesía, sino más bien, en el tipo de situaciones en que se podría emplear cada uno de ellos: se diría que los ejemplos *a)* proponen con cierto énfasis; los ejemplos *b)* lo hacen tímidamente; los ejemplos *c)*, de un modo "neutro". Estas consideraciones, sin embargo, dependen siempre de las particulares condiciones de la enunciación, y no pueden definirse *a priori* sin contar con la situación enunciativa.

### 13.5.2. Condiciones de uso

Vamos a ocuparnos ahora de las condiciones que debe satisfacer un enunciado para poder ser interpretado como propuesta de acción de esta naturaleza. Por definición, tenemos que mantener el rasgo característico de este tipo de enunciados: el cumplimiento de la acción se considera beneficioso o, al menos, no costoso, para el destinatario. Esto explica que 87)*a* pueda tener un valor propositivo y que 87)*b*, en cambio, no lo admita:

87)a- ¿Quieres beber algo?

b- #¿Quieres ayudarme?

Y siendo estos actos también directivos, parece lógico examinar primero si continúan resultando válidas las condiciones -al menos, algunas de ellas- requeridas para la interpretación impositiva de un enunciado. Se mantiene, por ejemplo, la condición *iv*) referida a la proyección hacia el futuro de la acción propuesta. Por eso, *88)a* es una invitación, pero no *88)b*:

88)a- ¿Te tomas una cerveza conmigo?

b- #¿Te has tomado una cerveza conmigo?

Como es lógico también, se mantiene, por las razones expuestas, la condición *ii*) sobre la naturaleza agentiva o intencional de los verbos empleados.

89)a- ¿Coges otro sandwich?

b- #¿Coges un catarro?

*89)a* es una invitación si el emisor está pasando una bandeja de sandwiches; *89)b*, obviamente, no lo es. Tampoco se espera, de acuerdo con la condición *iii*), que la acción propuesta sea gravemente perjudicial para el emisor.

*90)a* no parece un consejo o una advertencia sino un desafío, que podría confirmarse como en *90)b*:

90)a- ¿Por qué no me matas?

b- ¿Por qué no me matas? Venga, inténtalo si te atreves...

Hemos dejado intencionadamente para el final el comentario sobre las dos condiciones que pueden plantear

algún tipo de problemas. Refirámonos en primer lugar a la condición *v*) referida al patrón entonativo. Parece que los enunciados constituidos por una interrogación general cuyo objetivo es recomendar la realización de una acción llevan preferentemente un esquema prosódico como el hipotético, es decir, / 2 2 3 2 ↑ /, aunque no es imposible el otro modelo. A esta condición podríamos numerarla como *v'*). Compárense los dos esquemas en los ejemplos anteriores

87)a- ¿Quieres beber algo?

/ 2 2 3 2 ↑ / ~ / 1 2 1 2 ↑ /

88)a- ¿Te tomas una cerveza conmigo?

/ 2 2 3 2 ↑ / ~ / 1 2 1 2 ↑ /

89)a- ¿Coges otro sandwich?

/ 2 2 3 2 ↑ / ~ / 1 2 1 2 ↑ /

Tal vez el emisor trata, así, de aproximarse más al destinatario, utilizando un patrón entonativo que sabe que está más cerca -como vimos- de los deseos, sentimientos, actitudes,... de su interlocutor.

Por último, debemos ocuparnos de la condición *i*), sobre el carácter agentivo del destinatario. Se diría que debe mantenerse, puesto que se trata también de un acto directivo. Sin embargo, creemos que es necesario establecer algunas precisiones complementarias. Consideremos los siguientes ejemplos:



91)a- #¿Vas al cine esta noche?

b- ¿Vamos al cine esta noche?

92)a- #¿Quieres ir a comprar helado?

b- ¿Quieres que vayamos a comprar helado?

91)a y 92)a no admiten una interpretación como recomendaciones: 91)a parece más bien una pregunta, y 92)a una petición. Sin embargo, cumplen la condición i) sobre el sujeto tal y como la establecimos para los impositivos. Sí son invitaciones, en cambio, 91)b y 92)b, con el verbo en primera persona del plural. Pero también lo era 88)a. ¿Qué hacer, entonces, ante esta disparidad en los datos?

Para dar solución a este problema veamos qué tienen en común los enunciados 88)a, 89)a, 91)b y 92)b, que les permite a todos funcionar como consejos o invitaciones. Al hablar de los impositivos, decíamos que el emisor tenía la responsabilidad de haber formulado el mandato o la exigencia. Pues bien, cuando el emisor invita a algo, mantiene también la responsabilidad; sólo que esta vez está referida a los costes que puedan derivarse de ella: es lo que ocurre en 88)a y en 89)a; 91)b y 92)b implican un coste para el emisor reflejado en el hecho de que se compromete también a cumplir la acción propuesta. Por tanto, la condición i) no parece ser enteramente válida para los actos propositivos. Es necesario completarla con otra condición, que, a la vez, la amplía y la restringe.

i') *El emisor se compromete a poner los medios necesarios para que el destinatario, si acepta, realice la acción en los términos en que ésta se ha propuesto.* Ello quiere decir que se admite una interrogación general como propuesta o invitación cuando, además de la persona del destinatario, está involucrada también la del emisor, ya sea directamente (por medio de elementos léxicos o morfemáticos referidos a él), ya sea indirectamente (por las circunstancias de la situación o por el conocimiento que del mundo tienen los hablantes). Ello significa que, en el momento en que usa una interrogación general y junto al acto propositivo, está realizando implícitamente un acto compromisivo.

Obsérvese el comportamiento de los ejemplos que estamos estudiando: si un emisor enuncia 88)a, está implicando 93):

88)a- ¿Te tomas una cerveza conmigo?

93)- Yo { voy a tomar  
estoy tomando } una cerveza

Lo que no puede hacer dicho emisor es pronunciar 88)a, esperar la aceptación del destinatario, dar media vuelta y marcharse. Y lo mismo se podría decir de 89)a, si el emisor retira inmediatamente la bandeja de sandwiches sin dar tiempo a su interlocutor a reaccionar.

El enunciado 91)a no podría ser, por tanto, una invitación o propuesta porque admite ser combinado como en 94):

94)- ¿Vas al cine? Nosotros nos vamos a quedar estudiando

Sería contradictorio, en cambio, decir lo mismo aplicado a 91)b, como ocurre en 95):

95)- #¿Vamos al cine? Nosotros nos quedamos estudiando

porque el emisor proponía también su presencia. Lo mismo ocurriría con 96) en el que la implicación del emisor está clara con el significado léxico del verbo *venir*, en abierto contraste con lo que ocurría en 91)a con el verbo *ir*:

91)a- #¿Vas al cine?

96) - ¿(Te) vienes al cine?

Esto supone, por tanto, la existencia de fortísimas restricciones sobre la forma de plantear una invitación o propuesta por medio de una oración interrogativa general. ¿Qué ocurre cuando no existe esa implicación del emisor en la acción, cuando sólo quiere proponer una posibilidad de actuación sin involucrarse en ella para nada?

Recordemos el ejemplo 85)c:

85)c- ¿Por qué no te pones la chaqueta a cuadros?

Como vemos, no está sujeto a las limitaciones que acabamos de señalar porque el emisor no aparece implicado en la acción; sin embargo, funciona perfectamente como una propuesta. Se trata de un tipo muy especial de enunciado interrogativo, que sorprendentemente tiene unas características peculiares pero comunes a muchas lenguas. Precisamente por sus particularidades vamos a ocuparnos de él en la próxima sección. Adelantemos aquí que ésta es la fórmula que permitirá expresar, además de este tipo de invitaciones y sugerencias, todas aquellas otras que no se ajusten a esta condición i') sobre la participación del emisor.

Pero antes de ocuparnos de esta clase de enunciados, vamos a seguir examinando la aplicación de las condiciones que establecimos para los impositivos. Recordemos que había otros dos rasgos sintácticos que, aunque no eran determinantes, sí servían para reforzar el empleo de los enunciados.

En cuanto al primero de ellos, debemos decir que *los enunciados "recomendativos" no admiten nunca la presencia de "por favor"*. El motivo es obvio: *por favor* es un marcador cortés que presupone la existencia de un coste para el destinatario. Por ello, no tiene sentido su aparición en un tipo de enunciado que no sea costoso para el interlocutor. Y ni siquiera puede usarse como refuerzo. Un enunciado que cumpla las condiciones requeridas para ser una propuesta, queda automáticamente convertido en impositivo cortés en cuanto se le añade *por favor*:

97)a- ¿Vamos al cine, por favor?

b- ¿Te tomas una cerveza conmigo, por favor?

c- ¿Por qué no te pones la chaqueta de cuadros, por favor?

97)a-c no pueden interpretarse como propuestas o invitaciones en sentido estricto, porque la presencia de *por favor* origina un conflicto con el contenido de la interrogación, que se resuelve con el triunfo de aquél: el *por favor* tiene más fuerza. Por ello, el destinatario se ve obligado a colegir que 97)a-c deben, por alguna razón, ser peticiones, porque llevan una indicación explícita de que el emisor ve la realización de las acciones expresadas como algo gravoso para él.

En lo que a los verbos modales se refiere, las propuestas e invitaciones muestran también un comportamiento algo diferente. En primer lugar, porque el verbo *poder* parece indicar algo más que una simple propuesta. Comparemos 98)a y b:

98)a- ¿Te vienes a cenar mañana a casa?

b- ¿Te puedes venir a cenar mañana a casa?

El verbo modal añade una idea de conveniencia para el destinatario que no está en 98)a, y que acerca a 98)b más a una pregunta que a una invitación: hay en ella una cierta suposición latente de que la acción propuesta, aunque "beneficiosa", puede no ser todo lo oportuna que cabría desear. 98)b está, entonces, más cerca de

99)a- ¿Te viene bien venir mañana a cenar a casa?

b- ¿Tienes tiempo de venir a cenar mañana a casa?

De modo semejante, parece que *poder* "recupera" su sentido pleno en un enunciado como 100) dirigido a un destinatario que acaba de salir del hospital tras una enfermedad:

100)- ¿Puedes tomarte un whisky?

Ya no es simplemente una invitación, sino una pregunta *real* sobre si está autorizado o no a beber. Si la respuesta es afirmativa, se puede convertir en una invitación por el *principio de interrupción* de Fauconnier (1981), pero no porque lo sea en sí misma.

Por otro lado, hemos visto que el verbo *querer* se admite en los enunciados propositivos, como demuestra 92)a, pero siempre que cumplan la condición *i'*) sobre la participación del emisor. Esta condición se aplica también a la fórmula que contiene el imperativo y el "*tag*" con *querer*:

101)a- #Vete a comprar helado, ¿quieres?

b- Vayamos a comprar helado, ¿quieres?

101)a, como su correspondiente 92)a, no admite más lectura que la impositiva; 101)b, como 92)b, sí puede interpretarse como una propuesta o invitación.

Los ajustes realizados y las precisiones hechas nos permiten utilizar para la explicación de los enunciados propositivos un conjunto de condiciones similares a las empleadas para el análisis de los impositivos. Pero nos queda, sin embargo, el procedimiento que utiliza una interrogación parcial encabezada con *¿por qué...?* para expresar una sugerencia, y que pasaremos a examinar seguidamente.

### *13.6. Las sugerencias con "¿Por qué no...?"*

Hasta ahora nos hemos ocupado de los distintos tipos de actos directivos. Las sugerencias difieren de ellos en varios sentidos. En primer lugar, no comparten por completo el objetivo: mientras el de un acto directivo es conseguir la realización por parte del destinatario de una determinada acción, el de una sugerencia es simplemente intentarlo, es decir, hacer entrar en la mente del interlocutor la posibilidad de una determinada idea. Además, las sugerencias no necesitan cumplir el requisito del carácter agentivo del destinatario: se pueden hacer sugerencias referidas a la actuación del emisor o a la de una tercera persona.

Esto significa, por tanto, que las sugerencias no tienen que sujetarse necesariamente a aquellas condiciones; pero pueden hacerlo. En tal caso, expresan directi-

vos de carácter neutro, es decir, aquellos que no suponen claramente un coste o un beneficio para el interlocutor. Pueden también reflejar peticiones o consejos o propuestas de modo más "débil" sin la fuerza directiva que les confiere el uso de otras formulaciones. Su relación con los directivos está, por tanto, clara, y por eso nos ocuparemos de ella aquí.

La interrogación parcial con *¿Por qué no...?* no es, por supuesto, el único modo de expresar sugerencias, pero sí uno muy típico. Es probablemente la clase de oración interrogativa que ha dado lugar a un mayor número de estudios: pueden recordarse, entre otros, los de Zwicky (1971), Cornulier (1977), Freeman (1976), Milner (1977),... por citar tan sólo algunos de los más notables, y sin contar con las numerosas reflexiones que sobre esta cuestión aparecen en todos los trabajos dedicados a la interrogación en general. Pero veamos algunos ejemplos:

- 102)a- ¿Por qué flota el aceite sobre el agua?
- b- ¿Por qué fuiste tan antipático con ella?
- c- ¿Por qué no estás estudiando?
- d- ¿Por qué hacerlo?
- e- ¿por qué no te llevas el paraguas?
- f- ¿Por qué no va Juan a preguntárselo?

Cada uno de estos enunciados puede sugerir por sí mismo una situación comunicativa adecuada. De nuevo, las condiciones de la enunciación y los objetivos del emisor aparecen reflejados en la forma gramatical del enunciado,



y permiten, así, al destinatario su correcta interpretación.

Ahora bien, sabemos que *¿por qué...?* introduce también preguntas causales. 102)a-d son ejemplos de preguntas de este tipo, y 102)b-c implican, además, una crítica al comportamiento o a la actuación del interlocutor. 102)e, en cambio, es una propuesta de acción referida al destinatario; y 102)f, a una tercera persona. Pero 102)e-f también pueden ser preguntas. Es necesario, por tanto, descubrir cuáles son las condiciones que nos van a permitir diferenciar las interrogaciones con *¿Por qué...?* con sentido causal de aquellas otras que son sugerencias, y predecir, además, cuáles pueden ser ambiguas.

### 13.6.1. La ambigüedad de los enunciados interrogativos con "¿Por qué...?"

Milner (1977) señala que en alemán el problema de la ambigüedad existe en mucho menor medida, porque hay un sistema de parejas de proformas interrogativas, una de las cuales sí es ambigua, pero la otra presupone necesariamente la existencia real de lo preguntado. Nuestro *por qué* tiene, pues, dos equivalentes en alemán: *warum* y *weshalb*; *warum* es el término general, puede ser ambiguo y corresponde a nuestro *por qué*; *weshalb* es el término específico, no es ambiguo y podría traducirse con más precisión como *por qué motivo* o *por qué razón*, implicando, por tanto, que el hecho a que se alude es

real. En enunciados interrogativos causales son intercambiables:

103) -  $\left\{ \begin{array}{l} \text{Warum} \\ \text{Weshalb} \end{array} \right\} \text{ kommst du nicht mit mir? (Causal)}$

$\hat{=}$   $\left\{ \begin{array}{l} \text{Por qué} \\ \text{Por qué razón} \end{array} \right\} \text{ no vienes conmigo?}$

Cuando lo que se hace es una sugerencia, sólo se admite *warum* y no *weshalb*:

104) -  $\left\{ \begin{array}{l} \text{Warum} \\ * \text{Weshalb} \end{array} \right\} \text{ kommst du nicht zu uns? (Invit.)}$

$\hat{=}$   $\left\{ \begin{array}{l} \text{Por qué} \\ \# \text{Por qué razón} \end{array} \right\} \text{ no vienes a casa?}$

La presencia de *weshalb* en alemán y de sintagmas como *por qué razón* o *por qué motivo* en español son, pues, signos inequívocos de que estamos ante una pregunta real. Pero eso no resuelve los casos en que aparece *por qué*, y no nos permite predecir cuándo es una sugerencia. Veamos qué condiciones pueden establecerse.

### 13.6.2. Condiciones de uso

La primera de ellas se refiere a la presencia de la negación. Como pudimos ver en los ejemplos anteriores sólo los enunciados que contenían una negación pueden in-

interpretarse como sugerencias, aunque ello no implica que deben hacerlo. La condición *vi)* es *la presencia de la negación*, y es condición necesaria pero no suficiente.

Si aparece una negación, resulta lógico preguntarse qué clase de negación es. Recordemos brevemente lo dicho a propósito de los dos tipos de negación: es interna cuando se interpreta como una parte del predicado, como la predicación de una propiedad negativa; es externa cuando tiene como objeto toda la proposición, cuando actúa sobre una proposición positiva anterior. ¿Cómo comprobar en este caso si se trata de una u otra?

Por propia definición, la negación interna forma parte del predicado, así que debe ser indisociable del verbo. Esto no es así, en cambio, en lo que a la negación externa respecta. Milner (1977) propone las estructuras *106)a-b* para una interrogación ambigua como *105)*:

105) - ¿Por qué no vienes a Venecia?

106)a- ¿Por qué - tú - *no-venir* - a Venecia?

b- ¿Por qué no - tú - *venir* - a Venecia?

*106)a* representa la negación interna, que corresponde a la interpretación causal; *106)b* se refiere a la negación externa, presente en la lectura como sugerencia.

El mismo autor sugiere un test de encadenamiento: cuando la negación es externa no afecta al predicado, así que éste puede aparecer a continuación en forma afirmati-

va, sin que exista contradicción alguna. Esto podrá aplicarse, por tanto, a las sugerencias, pero no a las preguntas causales.

107)a- ¿Por qué no *vas* con ellos? Vete, hombre, vete

b- #¿Por qué *no vas* con ellos? Vete, hombre, vete

107)a es correcto porque la negación es externa y la lectura, de sugerencia; pero 107)b, con negación interna, no admite la misma continuación.

Por nuestra parte podemos añadir un tercer procedimiento. La pregunta causal presupone la verdad del hecho que interroga, y si ello es así, el hecho puede aseverarse independientemente y preguntar luego por su causa. No ocurre lo mismo, por el contrario, con la negación externa. Podemos predecir, entonces, cuándo es posible disociar hecho y pregunta, y cuándo no. Obsérvese el comportamiento de ambas clases de enunciado en el siguiente ejemplo:

108)a- ¿Por qué no vienes?

b- (Sé que) no vienes ¿Por qué?

c- Ven ¿Por qué no?

108)b sólo puede ser una paráfrasis de 108)a interpretada como pregunta causal y con negación interna, pero nunca de 108)a como sugerencia; y 108)c sólo es apropiada para la sugerencia pero no para la pregunta.

Por tanto, podemos concluir que las sugerencias se caracterizan por llevar una negación externa que no afecta directamente al predicado. ¿Qué valor puede tener esa negación? Fernández Ramírez (1959:245) veía la presencia de la negación en las oraciones interrogativas como un elemento expresivo, que marcaba la existencia de

"... un desajuste o una contradicción más o menos patente en la situación, al cual hace referencia precisamente el contenido de la negación."

Pues bien, su aparición en las sugerencias tiene un significado parecido:

"En las preguntas que sugieren una acción o una inhibición, el enunciado es también lógicamente contrario a la situación nueva que se trata de promover:

¿Por qué no se dedica Vd. a esa chica?  
(Baroja)." (Fernández Ramírez 1959:267)

Según nuestra explicación, el papel de la negación externa es precisamente el de hacer oír esa afirmación de la proposición que lleva implícita toda negación externa, lo cual explica el sentido afirmativo y no negativo de la sugerencia.

La presencia de una negación externa es -ya lo hemos dicho- condición necesaria pero no suficiente. Es preciso,

por tanto, completarla con otras. Dijimos que las sugerencias tenían mucho que ver con los actos directivos. Veamos nuevamente si le son aplicables las condiciones que regulaban el uso de aquéllos.

Comencemos por la condición *ii*) referida al carácter agentivo o intencional de la acción sugerida. Veamos unos ejemplos:

109)a- ¿Por qué no eres más simpático?

b- #¿Por qué no eres más alto?

110)a- ¿Por qué no buscas trabajo?

b- #¿Por qué no encuentras trabajo?

109)a y 110)a pueden ser sugerencias, aunque siguen siendo ambiguos entre este significado y el de pregunta.

109)b y 110)b no pueden nunca ser sugerencias porque el emisor no tiene control sobre las acciones expresadas en el enunciado. Además de la interpretación causal, 109)b y 110)b admiten también la que Crisari (1975:50) denomina de "destino ingrato": son aquellas interrogaciones que no tienen respuesta

"... porque las cosas sometidas a crítica forman parte de la naturaleza misma de esas cosas. No se puede cambiar nada porque falta quien pueda hacerlo."

Obsérvese, además, que 109)b y 110)b llevan negación interna y no externa como lo demuestra el hecho de que po-

damos parafrasearlas como en 111):

- 111)a- *No eres alto*. Desearía que lo fueras más  
 b- *No encuentras trabajo*. Desearía que lo  
 encontraras

Esto mismo no es posible con los ejemplos 109)a y 110)a  
 leídos como sugerencias porque, como predice la condición  
*vi)*, llevan negación externa, y se podrían parafrasear  
 como

- 112)a- Sé más simpático  
 b- Busca trabajo

En las sugerencias, al contrario de lo que ocurría  
 en los directivos, no se admiten los verbos *querer* y *po-*  
*der*. En aquél caso, se interrogaba la voluntad del desti-  
 natario de realizar la acción, y se presuponía que el emi-  
 sor deseaba que lo hiciera. Las sugerencias, en cambio,  
 no presentan estos verbos como predicados abiertos (como  
 ocurría en la interrogación general), sino que se propo-  
 ne directamente la realización de la acción que ellos sig-  
 nifican. Mientras que 108)a

- 108)a- ¿Por qué no vienes?

puede ser una sugerencia, tal interpretación no es posi-  
 ble para 113)a-b

- 113)a- #¿Por qué no puedes venir?  
 b- #¿Por qué no quieres venir?

porque supondría la posibilidad de existencia de

114)a- \*Quiere venir

b- \*Puede venir

como imperativos: *querer* y *poder*, al no ser verbos agentivos, no pueden ponerse en modo imperativo.

Todo lo anterior demuestra, por tanto, que la condición *ii)* sobre el carácter agentivo o intencional del predicado también se aplica a las sugerencias.

Ocupémonos ahora de la condición *iv)* referida a la proyección hacia el futuro de la acción propuesta: si se trata de una sugerencia, parece evidente que no puede sugerirse a alguien que haga algo que ya está haciendo. Por eso, tal y como la condición *iv)* predice, los enunciados 115)a-c pueden ser sugerencias mientras que los de 116)a-c no admiten más interpretación que la causal:

115)a- ¿Por qué no te quedas un rato más?

b- ¿Por qué no invitas a tu hermana?

c- ¿Por qué no me traes el periódico?

116)a- #¿Por qué no te quedaste un rato más?

b- #¿Por qué no invitaste a tu hermana?

c- #¿Por qué no me has traído el periódico?

Crisari (1975) asigna a los enunciados 116)a-c un valor pragmático independiente que denomina de "pregunta-crítica". Creemos, sin embargo, que se trata, una vez más, de



objetivos de segundo grado de una pregunta: el emisor trata realmente de obtener una explicación o una justificación.

Tampoco pueden entenderse como sugerencias las interrogaciones que llevan verbos que, aun yendo en forma presente, indican una acción ya acabada o en curso:

- 117)a- #¿Por qué estás levantado?  
 b- #¿Por qué no estás trabajando?  
 c- #¿Por qué no piensas venir?

Estamos hablando de la proyección hacia el futuro de las sugerencias. Sin embargo, y al contrario de lo que ocurría en los directivos, las sugerencias no pueden aparecer con el verbo en futuro sin que se rompa su lectura propositiva. Compárese 109)a y 110)a con 118)a-b:

- 118)a- #¿Por qué no serás más simpático con él?  
 b- #¿Por qué no buscarás trabajo?

Probablemente se trate de lo que la RAE (1973:3.14.7d) llama futuro de sorpresa:

"Es frecuente que en oraciones interrogativas y exclamativas empleemos el *futuro de sorpresa*, con el cual denotamos asombro o inquietud ante un hecho conocido: *¿Se atreverá usted a negarlo?* (después de que el otro lo ha negado ya); *¡Qué desvergonzado será ese sujeto!*; *¡Si será tonto!*"

Parece que el fenómeno ejemplificado en 118)a-b se ajusta a la idea de "inquietud ante un hecho conocido". Lo cierto es que efectivamente queda excluida la posibilidad de una interpretación externa de la negación y se recupera la lectura causal, lo cual implica la realidad del hecho expresado. 118)a-b tienen una interpretación paralela a la de 109)b, 110)b y 111)a-b. El uso del futuro se convierte, por tanto, en una forma inequívoca de realizar preguntas o críticas sobre acciones intencionales del destinatario. Debemos establecer, pues, una restricción *iv')* para impedir la aparición de verbos en futuro en los enunciados interrogativos con "*¿por qué...?*" que introduzcan una sugerencia.

La condición *iii)* sobre el carácter no directamente perjudicial para el emisor de la propuesta realizada no parece plantear problemas. Como ya dijimos, un enunciado que incumpla esta condición se interpretará como una pregunta, cuyo objetivo secundario puede ser el desafío. Recuérdese lo dicho antes a propósito de 90)b:

90)b- ¿Por qué no me matas? Venga, inténtalo, si te atreves...

Las sugerencias con *¿por qué...?*, como los impositivos, sí cumplen la condición *v)* y no admiten la entonación hipotética / 2 2 3 2 ↑ /, que las convierte automáticamente en interrogaciones repetitivas, que reflejan las palabras del interlocutor. Obsérvese su oposición en el siguiente diálogo:

119) A:-¿Por qué no vienes?

/ 1 2 1 2 ↑ /

B:-¿Por qué no vienes (me dices)?

/ 2 2 3 2 ↑ /

Finalmente, la condición *i)* sobre el agente queda sin validez cuando se hacen sugerencias. Es verdad que muchas veces las sugerencias son formas de presentar actos directivos:

120)a- ¿Por qué no me ayudas a colocar los libros?

b- ¿Por qué no te vienes a cenar mañana a casa?

Pero recordemos también que son la fórmula de que dispone el lenguaje para realizar propuestas referidas a otras personas diferentes de la segunda y sin los condicionamientos que aquella imponía. A los ejemplos aducidos anteriormente podemos añadir

121)a- ¿Por qué no haces sopa esta noche?

b- ¿Por qué no va Juan a buscarlo?

c- ¿Por qué no hacen ellos el trabajo?

Podría pensarse que los enunciados que cumplen las condiciones señaladas *pueden* interpretarse como sugerencias, ... pero siguen siendo ambiguas y *pueden* ser también preguntas causales. Sin embargo, los hechos no son realmente tal y como aparecen. La condición *iv)* obliga

a directivos y sugerencias a tener una proyección hacia el futuro, a no ser ya hechos realizados. Por tanto, para poder predecir si un determinado enunciado es o no una sugerencia, es imprescindible saber, como sabe el destinatario, si la acción ya se ha realizado o no. Supongamos que Juan va a salir a hacer unas compras. Su amigo Antonio le dice

122)- Por qué no me *traes* el periódico?

122) es una sugerencia: es la primera vez que aparece la acción de traer el periódico; Juan no la tenía presente antes de ahora. Y Juan sale y regresa con sus compras... y sin el periódico. Antonio entonces puede volver a usar

123)- ¿Por qué *no me traes* el periódico?

pero esta vez ya no es una sugerencia sino una pregunta causal con matiz de crítica. La forma empleada es la misma, pero han variado las condiciones de emisión: se suponía que Juan debía haber traído el periódico. Tanto emisor como destinatario saben en cuál de estas dos situaciones se encuentran y deciden cuál de los dos significados pragmáticos deben asignarle a la estructura empleada. El conocimiento previo de la situación es, pues, determinante.

### *13.7. Recapitulación*

Hemos tratado con detalle el uso de la interrogación en los enunciados directivos y en las sugerencias. Los directivos son aquellos actos anunciativos cuyo objetivo es conseguir que el destinatario realice una determinada acción. Si ésta resulta costosa para el destinatario, hablamos de enunciados impositivos; si, por el contrario, es beneficiosa, estamos ante enunciados propositivos o recomendativos.

La diferencia entre estos dos tipos de actos es fundamental, porque el objetivo impositivo recibe, desde el punto de vista social, una valoración negativa, que es necesario mitigar por medio del uso de determinados "eufemismos sintácticos" (entre ellos, la forma interrogativa). Las recomendaciones, en cambio, que por su objetivo son valoradas positivamente, no necesitan recurrir al uso de esas formas, aunque pueden hacerlo.

Las sugerencias están íntimamente relacionadas con los actos directivos, porque muchas veces coinciden con ellos en su finalidad. Otras veces, sin embargo, no cumplen los requisitos indicados para aquel tipo de enunciados, y por ello es mejor analizarlas como una categoría aparte.

Nos hemos ocupado de describir con precisión las condiciones que debe satisfacer un enunciado interrogati-

vo para poder recibir una interpretación directiva. Resumamos aquí esas condiciones:

- i) *El agente de la acción solicitada debe ser el destinatario. Válida para actos directivos impositivos. El destinatario suele aparecer como el sujeto oracional, pero también puede presentarse superficialmente realizando otras funciones cuando la oración lleva un verbo impersonal.*
- i') *El emisor se compromete a poner los medios necesarios para que el destinatario, si acepta, realice la acción en los términos en que fue propuesta. Válida para actos recomendativos, su aplicación completa a la condición anterior.*
- ii) *El verbo que se refiere a la acción solicitada debe ser de tipo agentivo o intencional.*
- iii) *La acción solicitada no se considera directamente perjudicial para el emisor.*
- iv) *La solicitud de la acción ha de proyectarse hacia el futuro, nunca hacia el pasado o hacia una acción ya en curso.*
- v) *Los enunciados impositivos sólo pueden llevar el patrón entonativo "general".*

v') *Las propuestas llevan preferentemente el patrón "hipotético", aunque admiten también el otro.*

Las sugerencias con *¿por qué no...?*, por su carácter semi-directivo,

- mantienen la vigencia de las condiciones *ii*), *iii*) y *iv*),
- invalidan completamente la *i*), y
- modifican la *iv*), impidiendo la aparición del verbo en futuro.

Estos principios constituyen un sistema eficaz que nos permite explicar y predecir el carácter directivo o de sugerencia de un enunciado interrogativo.

## Notas

- 1- *Beneficio y coste* se emplean aquí con el sentido metafórico que explicamos más arriba y que puede verse en Leech (1983:107)
- 2- Véase, a este respecto, lo dicho en el cap.
- 3- Habría que suponer, por ejemplo, que quien ofrece el café debe vender un número determinado de tazas para obtener un empleo; o que ha realizado una apuesta... En cualquier caso, el beneficiado de la acción de tomar café no es ya el destinatario del enunciado, sino el emisor; y ya no se trata de un ofrecimiento sino de una petición.
- 4- Uno de los medios más usados para hacer comprobaciones en lingüística es -como sabemos- el test de los encadenamientos, es decir, el completar alguna oración añadiéndole algún elemento que apoye o rechace su significado para estudiar su comportamiento. Pues bien, este test ha sido usado también para mostrar la diferencia entre un acto directivo expresado por el verbo realizativo correspondiente (acompañado de oración subordinada), por imperativo o por oración interrogativa. Zuber (1982) propone el siguiente ejemplo
  - a) Te ordeno que cierres la puerta porque soy tu jefe
  - b) #Cierra la puerta porque soy tu jefe
  - c) #¿Quieres cerrar la puerta porque soy tu jefe?



Este podría ser un buen argumento contra la tesis de que la estructura profunda de los enunciados imperativos e interrogativos directivos contiene un verbo realizativo como el de *a*). Si así fuera, parecería difícil explicar que *b*)-*c*), con la misma estructura profunda y a pesar de la elisión del realizativo, no admitan la misma explicación.

La razón de que esto sea así es, a nuestro entender, bien clara: los imperativos y las interrogaciones no contienen en sí mismas ningún significado pragmático, ilocutivo o realizativo; es la situación, conjugada con algunas de sus propiedades semánticas, la que les confiere el valor que tienen cuando se realizan como enunciados. *a*), en cambio, no es primariamente una orden -como lo sería *d*)-, sino una afirmación, parafraseable por *e*):

d) Te ordeno que cierres la puerta

e) El hecho de ser tu jefe, me sitúa en condiciones de poder ordenarte algo, en este caso, que cierres la puerta

- 5- Si puede ser posible, como veremos, el orden contrario, es decir, imperativo + interrogativo, pero sólo con el verbo *querer*:

Abre la puerta ¿quieres?

#Abre la puerta ¿puedes?

#Abre la puerta ¿te importa?

- 6- Ross (1975) se vale también de un test de encadenamiento para diferenciar las peticiones de acción de

otros tipos interrogativos. Compárense estos ejemplos

- a) María pidió a Juan que le abriese la puerta, y él así lo hizo
- b) María dijo a Juan: ¿Me abres la puerta?, y él así lo hizo
- c) \*María preguntó a Juan si le abría la puerta, y él así lo hizo
- d) ?María preguntó a Juan: ¿Me abres la puerta? y él así lo hizo

- 7- Esta clasificación está inspirada en la que hace Green (1975) para los usos del imperativo.
- 8- Usamos aquí *rol* en su acepción psicológica o sociológica, es decir, para denotar la conducta que un grupo espera de cada uno de sus miembros de acuerdo con la forma en que se integren en él.
- 9- Se puede pedir algo con una forma cerrada; pero es necesario, entonces, que las condiciones de emisión dejen bien claro que no se trata de un mandato.
- 10- Excluimos el uso irónico de 28)c-d, con el que se pretendería marcar el desconocimiento del destinatario de las más elementales normas.
- 11- Crisari (1975) utiliza unos rasgos similares, pero no les confiere carácter determinante, como hacemos aquí.
- 12- Excluimos, claro está, el caso de la emisión de 38)b por parte del director de la obra de teatro que indica a su actor cómo ha de interpretar al personaje. La literatura deja también en suspenso este tipo de condiciones.

- 13- Véase lo dicho en los capítulos correspondientes a estos significados pragmáticos.
- 14- Lo confirma también la aparición de la forma *calladito* pronunciada enfáticamente; o *para variar*, como elemento de contraste. También es notable la posibilidad de coaparición de formas o expresiones no precisamente consideradas corteses como

¿Serías capaz de estarte quieto de una puñetera vez?

- 15- Los ejemplos son de Green (1975:114)
- 16- Jugando con la etimología, el verbo "pro-poner" admitiría también la interpretación nada ortodoxa -aunque, en este caso, intuitivamente exacta-, de "poner o plantear algo en favor de alguien".

CONCLUSIÓN

Llega ya el momento de poner fin a este trabajo. Si el lector ha seguido las páginas que anteceden, habrá podido percibir que hemos tratado de abordar siempre el problema del significado de las oraciones interrogativas desde aquella doble perspectiva que indicábamos al principio. Por una parte, hemos querido proponer una base teórica sólida sobre la que asentar nuestro análisis, deslindando con precisión los diferentes niveles de estudio -especialmente los que corresponden a la Semántica y a la Pragmática-, el tipo de fenómenos de que deben ocuparse y la clase de explicaciones que resultan pertinentes dentro de cada uno de ellos. De otro lado, ha sido también nuestro propósito analizar con cierto detalle el significado gramatical de las oraciones interrogativas como estructuras sintácticas, y el significado pragmático que adquieren cuando se usan en diferentes clases de situaciones comunicativas.

Para ello, comenzamos indicando la necesidad de contar con una caracterización exclusivamente formal de las oraciones interrogativas, que no hiciera referencia ni a su significado ni a sus posibles usos pragmáticos. De este modo, llegamos a la conclusión de que no hay un único rasgo externo que defina la naturaleza de una oración interrogativa, sino que es un conjunto de rasgos que afectan a los diferentes niveles de análisis formal: fonológico, morfológico y sintáctico.

Vimos que la entonación adquiere una auténtica función contrastiva cuando no hay otros rasgos (morfológicos o sintácticos) que determinen por sí mismos una diferencia en la modalidad oracional. Es también una característica de tipo prosódico la que nos permite distinguir las dos clases de negación (externa e interna) cuando aparecen en una estructura interrogativa.

La presencia en la oración de determinados elementos morfológicos (las palabras interrogativas) es otra de las notas que definen esta modalidad. Resultaba necesario proponer un análisis unificado que nos permitiera poner de manifiesto cuáles son los rasgos comunes a este tipo de elementos: su carácter indefinido y su carácter enfático; a ello se añadirán luego los elementos peculiares de cada una de las categorías.

En la parte dedicada a la Semántica oracional, hemos propuesto una idea de significado gramatical basada en la noción de *sentido* de Frege. Hasta ahora solía buscarse el significado de una modalidad oracional, bien en

la clase de condiciones de verdad que admitía, bien en sus condiciones de uso. Hemos observado que hay una tendencia generalizada a efectuar una reducción de todas las modalidades a la declarativa. De esta manera se trataba de hacer posible la aplicación de las categorías de análisis para ella utilizadas a aquellos otros tipos de modalidad. Los resultados de esta concepción reduccionista no eran del todo satisfactorios, como hemos intentado demostrar.

En nuestra opinión, si el sistema de la lengua dispone de diferentes modalidades oracionales, será necesario dotar a cada una de ellas de un contenido significativo dependiente de los cambios que se producen en la estructura externa de cada una de ellas. Se trata -creemos- de realizar la operación contraria: no hay que estudiar tanto el modo de acercar el sentido de la interrogación al de la oración declarativa, ni de ver cómo pueden relacionarse, sino más bien de determinar qué es lo que las separa, qué las hace diferentes entre sí.

Los rasgos característicos de las oraciones interrogativas (la entonación peculiar en las generales y la presencia de palabras interrogativas en posición preverbal en las parciales), aunque en principio podrían parecer diferentes, convergen, sin embargo, hacia una misma dirección significativa. Ambos confieren a la estructura proposicional un carácter abierto, ya que a la oración que los contiene le falta una especificación, sea el signo de polaridad (en las interrogaciones generales), sea un argumento (en las interrogaciones parciales). De este

modo, se presenta un único análisis de todas las oraciones interrogativas como estructuras o proposiciones abiertas, que contienen al menos una variable que admite solución.

Ello tiene importantísimas repercusiones en el modelo de interpretación que proponemos. De un lado, el hecho de que la interrogación plantee una estructura abierta, le confiere un carácter no factual, que a su vez le permite, entre otras cosas, ciertas combinaciones sintácticas que están vedadas a las estructuras factuales. De otro lado, estamos diciendo que *admite* solución, no que la exija, la pida o la necesite. Esta es la razón por la que habrá enunciados interrogativos que no busquen una respuesta o que pretendan una reacción verbal. Ello explica, además, que en algunos casos no sea condición indispensable para la adecuación del enunciado la existencia de un destinatario. Finalmente, señalemos que la oración interrogativa se *presenta* como una estructura abierta, lo cual no implica -como vimos- que la variable interrogativa deba responder necesariamente a un desconocimiento absoluto por parte del emisor.

Hemos dado una explicación también puramente semántica al problema de la presencia de la negación o de términos de polaridad negativa o negativo-modal en las oraciones interrogativas. Es su misma forma y el hecho de no admitir sintácticamente más que una de las dos posibles respuestas, lo que explica el carácter orientado de las interrogaciones generales negativas. Y algo parecido ocurre cuando una interrogación negativa contiene algún



término de polaridad positiva: sólo la respuesta afirmativa es gramaticalmente correcta, y marca, por tanto, el sentido de la orientación.

La parte dedicada a la Pragmática se ha iniciado con una exposición bastante extensa sobre el estado actual de los estudios pragmáticos. La insuficiencia del modelo de análisis pragmático más extendido (la teoría de actos de habla) radica, a nuestro juicio, en el hecho de que confunde oración con enunciado, y significado oracional con uso pragmático, aplicando modelos de análisis inadecuados. Un enunciado no es simplemente la realización de una oración; un enunciado es la contribución de un determinado emisor en unas determinadas condiciones comunicativas. Ello quiere decir que un enunciado puede estar constituido por más o por menos de una estructura oracional completa. Las oraciones tienen un sentido gramatical -el que hemos descrito más arriba-, que no debe confundirse con uno de sus usos pragmáticos, aunque sea el estadísticamente más frecuente. Hemos tratado de mostrar la inadecuación de un análisis pragmático de los diferentes usos interrogativos basado en la noción de pregunta y en la destrucción contextual de este significado; por el contrario, hemos querido proponer un modelo de interpretación que, sobre la base común del sentido gramatical, construye contextualmente el significado pragmático.

De este modo se ha abordado el análisis de los tres tipos de significado interrogativo: el de pregunta, o petición neutra de información, sobre cuya naturaleza no

se demuestra tener ninguna presuposición; el de interrogación orientada, o petición no imparcial de respuesta, en la que el emisor sí concede más probabilidades a una de las respuestas; y el de la interrogación directiva, que persigue una reacción o respuesta no verbal por parte del destinatario. Cada uno de estos significados pragmáticos es el resultado de combinar el sentido de la oración interrogativa con una serie precisa de condiciones de uso, cuyo cumplimiento pone de manifiesto cuál es el objetivo -auténtico motor de la comunicación- del emisor, y proporciona los datos necesarios al destinatario para que su interpretación sea la adecuada. Estas condiciones se refieren tanto a propiedades formales de la oración (empleo de determinado patrón entonativo, presencia de negación o de términos de polaridad...) como a otros rasgos de naturaleza extragramatical (relación entre los interlocutores, valoración social de ciertos actos enunciativos, presuposiciones e inferencias asociados culturalmente a algunos elementos...).

El tema no está, por supuesto, agotado: mucho queda aún por hacer. Hemos intentado presentar con claridad cómo puede abordarse el estudio del significado de una modalidad oracional -la interrogativa- dentro de unas perspectivas de análisis acordes con las actuales exigencias de la investigación científica. Con la distinción -a nuestro juicio, fundamental- entre *sentido* y *significado pragmático* queda justificada también la separación metodológica entre Semántica y Pragmática como niveles diferentes, con sus propios objetivos y reguladas por sus propios tipos de principios, pero siempre dentro de una Teoría general del lenguaje.

## BIBLIOGRAFÍA

## *Abreviaturas utilizadas*

<i>BFUCH</i>	<i>Boletín de Filología de la Universidad de Chile</i>
<i>BLS</i>	<i>Berkeley Linguistic Society</i>
<i>BRAE</i>	<i>Boletín de la Real Academia Española</i>
<i>BSRLR</i>	<i>Bulletin de la Société Roumaine de Linguistique Romaine</i>
<i>CLS</i>	<i>Papers of the Regional Meeting of the Chicago Linguistic Society</i>
<i>DA</i>	<i>Dissertation Abstracts</i>
<i>FL</i>	<i>Foundations of Language</i>
<i>JL</i>	<i>Journal of Linguistics</i>
<i>JPhil</i>	<i>Journal of Philosophy</i>
<i>LA</i>	<i>Linguistic Analysis</i>
<i>LF</i>	<i>Langue Française</i>
<i>Lg</i>	<i>Language</i>
<i>LI</i>	<i>Linguistic Inquiry</i>
<i>L&amp;P</i>	<i>Linguistics and Philosophy</i>
<i>NELS</i>	<i>North Eastern Linguistic Society</i>
<i>PhilRev</i>	<i>Philosophical Review</i>
<i>RFE</i>	<i>Revista de Filología Española</i>
<i>RRL</i>	<i>Revue Roumaine de Linguistique</i>
<i>RSEL</i>	<i>Revista de la Sociedad Española de Lingüística</i>

## BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- ABRAHAM, W. (1981): *Diccionario de terminología lingüística actual* (trad. esp. de F. Meno Blanco)  
Madrid, Gredos
- ACERO, J.J. (1977): "El prof. Hintikka y el análisis semántico de las preguntas" *Teorema* VII/2,  
pp. 175-185
- AKMAJIAN, A., R. DEMERS y R. HARNISH (1975): *Linguistics: An Introduction to Language and Communication*, Cambridge (Mass.) The M.I.T. Press
- ALARCOS LLORACH, E. (1950): *Fonología española*. Madrid, Gredos (4<sup>a</sup> ed. 1974)
- \_\_\_\_\_ (1960): "Esquemas fonológicos de la frase" en *Lengua y enseñanza: perspectivas*. Madrid, M<sup>o</sup> Educación Nacional

- ALARCOS, E. (1973): *Estudios de gramática funcional del español*. Madrid, Gredos
- ALCINA FRANCH, J. y J. M. BLECUA, (1975): *Gramática española*. Barcelona, Ariel
- ALONSO, A. (1925): "Español como que y cómo que" *RFE*, 12, pp. 133-156
- ALONSO, A. y P. HENRIQUEZ UREÑA (1967): *Gramática castellana*. Buenos Aires, Losada
- ALLWOOD, J., J.G. ANDERSSON y O. DAHL (1981): *Lógica para lingüistas* (trad. Jaime Sarabia) Madrid, Paraninfo
- ANDERSON, L. (1974): *Questions and Other Open Structures*. Gotteborg, The Reseach Project for Logical Grammar n°9
- ANDERSON, S.R. y P. KIPARSKY (eds.) (1973): *A Festschrift for Morris Halle*. Nueva York, Holt & Co.
- ANSCOMBRE, J-C. (1977): "La problematique de l'illocutoire derivé" *Langage et Société*, 2, pp.17-41
- ANSCOMBRE, J-C y O. DUCROT (1976): "L'argumentation dans la langue" *Langages*, 42, pp.5-27
- ANSCOMBRE, J-C. y O. DUCROT (1981): "Interrogation et Argumentation" *LF*, 52, pp. 5-21

APOSTEL, L. (1981): "De l'interrogation en tant qu'action", *LF*, 52, pp. 23-43

ÅQVIST, L. [1965]: *A New Approach to the Logical Theory of Interrogatives. Analysis and Formalization*. Tübingen, Gunter Narr, 1975

ARBINI, R. (1969): "Tag-questions and Tag-imperatives in English", *JL*, 5, pp. 205-214

ARISTOTELES: *Retórica*. Ed. crítica y traducción de A. Tovar. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1971

AUSTIN, J.L. (1962): *How to Do Things with Words*. Trad. española (1971) *Palabras y acciones*, Buenos Aires, Paidós

\_\_\_\_\_ (1970): *Philosophical Papers* (Editado por J.D. Urmson y G.L. Warnoch. 2<sup>a</sup> ed. ampliada 1970. Trad. esp. Madrid, Revista de Occidente, 1975)

BACH, E. (1971): "Questions", *LI*, 2, pp. 153-160

\_\_\_\_\_ (1974): *Syntactic Theory*. Nueva York, Holt & Co. (Trad. esp. de C. Manzano. Barcelona, Anagrama, 1976)

\_\_\_\_\_ (1977): "Comments on the Paper by Chomsky" en CULICOVER, P., A. AKMAJIAN y T. WASON

(eds.) (1977) pp. 133-155

BACH, E. y R.T. HARMS (eds.) (1968): *Universals in Linguistic Theory*. Nueva York, Holt & Co.

BACH, K. y R.M. HARNISCH (1979): *Linguistic Communication and Speech Acts*. Cambridge (Mass.) M.I.T. Press

BAILLARD, J. (1981): "A Functional Approach to Subject Inversion" *Studies in Language*, 5,1, pp.1-29

BAJTIN, M.M. (1982): *Estética de la creación verbal*. México, Siglo XXI

BAKER, C.L. (1968): *Indirect Questions in English*. Ph.D. Illinois

---

(1970): "Notes on the Description of English Questions: The Role of an Abstract Questions Morpheme", *FL*, 6, pp.197-219

BALLY, Ch. (1941): "Intonation et Syntaxe", *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 1, pp.33-42

---

(1944): *Linguistique générale et Linguistique française* (2<sup>a</sup> ed.) Berna

BANFIELD, A. (1974): "Narrative Style and the Grammar of Direct and Indirect Speech", *FL*, 10, pp.1-39



- BAR-HILLEL, Y. (1978): "Sintaxis, lógica y semántica" en E. COUMET, O. DUCROT y J. GATTEGNO (1978) pp.33-43. Originalmente en *Lg*, 30 (1954) pp.230-237
- BARTHES, R. 1970 : *La antigua retórica* (Trad. de B. Dorriots) Buenos Aires, Editorial Tiempo contemporáneo, 1974. Procede de *Recherches Rhétoriques. Communications*, 16 (1970)
- BATES, E. (1976): *Language and Context: The Acquisition of Pragmatics*, Nueva York, Academic Press
- BATHIA, T.K. (1974): "The Coexisting Answering Systems and the Role of Presuppositions, Implications and Expectations in Hindi Simplex Yes-No Questions", *CLS*, 10, pp.47-61
- BAUERLE, R. (1979): "Questions and Answers" en BAUERLE et al. (1979) pp.61-74
- BAUERLE, R. et al. (1979): *Semantics from Different Points of View*. Berlin, Springer Verlag
- BAUERLE, R., C. SCHWARZE y A. von STECHOW (eds.) (1983): *Meaning, Use and Interpretation of Language*. Berlin/Nueva York, Walter de Gruyter
- BECHHOFFER, R. (1976): "Reduced Wh-questions", *Harvard Studies on Syntax and Semantics*, 2, pp.31-67

BECHHOFFER, R. (1976b): "Reduction in Conjoined Wh-questions"  
*Harvard Studies on Syntax and Semantics*, 2,  
 pp.68-120

BELNAP, N.D. (1966): "Questions, Answers and Presuppositions", *JPhil* LXIII, 20, pp.609-611

BELNAP, N.D. y T.B. STEEL (1976): *The Logic of Questions and Answers*. New Heaven & London, Yale Univ. Press

BELNAP, N.D. Jr. (1983): "Approaches to the Semantics of Questions in Natural Language (I)" en BAUERLE, SCHWARZE y STECHOW (eds.) (1983) pp.22-29

BELLO, A. 1847-1860 : *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* (Ed. crítica de R. Trujillo), Santa Cruz de Tenerife, Instituto Universitario de Lingüística "Andrés Bello"-Cabildo Insular de Tenerife, 1981

---

(1891): *Compendio de Gramática castellana escrito para el uso de las escuelas primarias en Obras Completas*, II. Madrid, M. Tello

BENNETT, W.A. (1977): "Assertion, Declaration and Interrogation in French and English", *Folia linguistica*, 10, pp.277-288

BENNETT, A. (1976): "Strategies and Counterstrategies in the Use of Yes-No Questions in Discourse",

*BLS*, 2, pp.36-47

- BENNETT, M.R. (1977): "A Response to Karttunen on Questions", *Linguistics & Philosophy*, 1, pp.279-300
- BERGEN, J.J. (1976): "The Explored and Unexplored Facets of Questions such as ¿Qué tú tienes?" *Hispania*, 59, pp.93-99
- BERRENDONNER, A. (ed.) (1978): *Strategies discursives. Actes du Colloque du Centre de Recherches Linguistiques et Sémiologiques de Lyon 1977*. Lyon, Presses Universitaires de Lyon
- BERRENDONNER, A. (1981): *Eléments de Pragmatique Linguistique*. Paris, Minuit
- BERRETTONI, P. (1969): "Ricerche sulla frase interrogativa in greco antico", *Gli Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa (Classe di Lettere, Storia e Filosofia)* pp.39-97
- BIERWISCH, M. (ed.) (1971): *Recent Developments in Linguistics*. La Haya, Mouton
- BLONSKY, M. (ed.) (1985): *On Signs*. Oxford, Basil Blackwell
- BOGDAN, R. e I. NIINILOUTO (eds.) (1977): *Logic, Language and Probability*. Dordrecht, Reidel

BOLINGER, D.L. (1949): "Intonation and Analysis", *Word*, 5  
pp.248-254

\_\_\_\_\_ (1957): *Interrogative Structures of American English*. Alabama Univ. Press

\_\_\_\_\_ (ed.) (1972): *Intonation*. Londres, Penguin  
(Modern Linguistics Readings)

\_\_\_\_\_ (1975): *Aspects of Language*. (2<sup>a</sup> ed.) Nueva  
York, Harcourt Brace Jovanovich

\_\_\_\_\_ (1978): "Intonation Across Languages" en  
GREENBERG (ed.) (1978) pp.471-524

\_\_\_\_\_ (1978b): "Asking More than One Thing at a  
Time" en HIZ (1978) pp.87-106

\_\_\_\_\_ (1978c): "Yes/No Questions Are Not Alternative  
Questions" en HIZ (1978) pp.107-150

BOONS, J.P., A. GUILLET y Ch. LECLERE (1976): *La Structure des phrases simples en français. Constructions intransitives*. Ginebra, Librairie Droz

BORILLO, A. (1976): "Remarques sur l'interrogation indirecte en français" en CHEVALIER y GROSS  
(1976) pp.19-39

\_\_\_\_\_ (1978): "La construction postposée et le mode

interrogatif", *Cahiers de Linguistique de l'Université de Québec*, 8, pp.17-42

BORILLO, A. (1979): Resumen de su tesis *Structure et valeur énonciative de l'interrogation totale en français* en *Linguisticae Investigationes* III,1, pp.153-157

---

(1979): "La negation et l'orientation de la demande de confirmation", *Langue Française*, 44, pp.27-41

---

(1981): *Quelques aspects de la question rhétorique en français*. DRLAV 25

---

(1982): "Deux aspects de la modalisation assertive: croire et savoir", *Langages*, 67, pp.33-51

BORKIN, A. (1971): "Polarity Items in Questions", *CLS*, 7, pp.271-298

BOSQUE MUÑOZ, I. (1980): *Sobre la negación*. Madrid, Cátedra

---

(1982): "Sobre la interrogación indirecta", *Dicenda* (Cuadernos de Filología Hispánica) I, pp.13-34

---

(1984) : "La selección de las palabras interrogativas", *Verba* XI, pp.245-273

BRESNAN, J.W. (1970): "On Complementizers: Towards a Syntactic Theory of Complement Types", *FL*, 6, pp.279-321

---

(1971): "Sentence Stress and Syntactic Transformations", *Lg*, 47, pp.257-281

---

(1976): "Evidence for a Theory of Unbounded Transformation", *LA*, 2, pp.353-393

---

(ed.) (1982): *The Mental Representation of Grammatical Relations*. Cambridge (Mass) The M.I.T. Press

BRESNAN, J.W. & R.M. KAPLAN (1982): "Introduction: Grammars as Mental Representations of Language" en BRESNAN (ed.) (1982) pp.xxvii-lij

BRITTAN, A. (1977): *Meaning and Situations*. Londres, Routledge and Kegan Paul

BROCKWAY, D. 1981 : "Semantic Constraints on Relevance" en PARRET, SBISA y VERSCHUEREN (1981) pp.57-78

BROOMBERGER, S. (1966): "Questions", *JPhil*, 20, pp.597-606

BROWN, E.K. y J.E. MILLER (1982): *Syntax: Generative Grammar*. Londres, Hutchinson & Co.

BROWNE, W.E. (1970): "Noun Phrase Definiteness in Relatives and Questions: Evidence from Macedo-

nian", *LI*,1, pp.267-270

BROWNE, W.E. (1970b): "More on Definiteness Markers: Interrogatives in Persian", *LI*,1, pp.359-363

---

(1972): "Conjoined Question Words and Limitation on English Surface Structures", *LI*,3, pp.223-226

---

(1973): "Conjoined Questions and Conjoined Relative Clauses in Serbo-Croatian" en ANDERSON y KIPARSKY (1973) pp.227-231

CAMAIONI, L. 1981 : "The Problem of Appropriateness in Pragmatic Development" en PARRET, SBISA y VERSCHUEREN (1981) pp.79-92

CANDELIER, M. (1979): "Qu'est-ce que les subordonnées introduites par un interrogatif en W-?" en DRLAV 21: *Mélanges de Syntaxe et Semantique*. París, pp.117-127

CARON, J. (1983): *Les regulations du discours: Psycholinguistique et Pragmatique du Langage*. París, PUF

CATTELL, R. (1973): "Negative Transportation and Tag Question", *Lg*,49, pp.612-639

CICERON: *De partitione oratoria y De oratore*. Ed. bilingüe y trad. inglesa de H. Rackham. Londres,

William Heineman/Cambridge (Mass.), Harvard Univ. Press 1968 (4<sup>a</sup> ed.)

CICERON, M.T.: *Ad C. Herennium*. Ed. bilingüe y trad. inglesa de H. Caplan. Cambridge (Mass.), Harvard Univ. Press/Londres, William Heinemann, 1968 (3<sup>a</sup> ed.)

CLARK, H.H. (1976): *Semantics and Comprehension*. La Haya, Mouton

CLARK, H.H. y T.B. CARLSON (1982): "Speech Acts and Hearers' Beliefs" en SMITH (ed.) (1982) pp.1-36

COLE, P. y J.L. MORGAN (eds.) (1975): *Syntax and Semantics*. vol.3: *Speech Acts*. Nueva York, Academic Press

COMBIE, J.M. (1979): *Análisis de las doctrinas de Platón*. 2 vol. (trad. esp. A. Torán y J.C. Armero) Madrid, Alianza

CONRAD, T. (1978): *Studien zur Syntax und Semantik von Frage und Antworten*. Berlín, Akademik Verlag

CONTRERAS, L. (1956-57): "Oraciones interrogativas con *si*", *BFUCh*, 9, pp.67-86

CONTRERAS, H. (1975): *A Theory of Word Order with Special Reference to Spanish*. Amsterdam, North-Holland



- COOK, W.A. (1971): *Introduction to Tagmemic Analysis*.  
Londres, Holt
- COOPER, D.E. 1981 : "Pragmatics and Pragmatism" en PARRERET, SBISA y VERSCHUEREN (1981), pp.123-138
- CORNILESCU, A. (1979): "On the Categorical Status of Relative and Interrogative Pronouns in Montague Grammar", *RRL* XXIV,3, pp.301-321
- CORNULIER, B. de, (1974): "Pourquoi et l'inversion du sujet non clitique" en ROHRER y RUWET (eds.) pp.139-163
- \_\_\_\_\_ (1977): "Spécialisation pragmatique de la construction auxiliaire du verbe anglais *need*" en RICOEUR et al. (1977), pp.123-132
- \_\_\_\_\_ (1982): "Sur le sens des Questions totales et alternatives", *Langages*, 67, pp.55-109
- COROMINAS, J. y J.A. PASCUAL (1980-81): *Diccionario crítico-etimológico castellano e hispánico*. Madrid, Gredos
- CORUM, C. et al. (eds.) (1973): *Papers from the Comparative Syntax Festival*. Chicago, CLS
- COSERIU, E. (1967): *Teoría del lenguaje y Lingüística general*. Madrid, Gredos

- COSERIU, E. (1967b): "Logicismo y antilogicismo en la Gramática" en COSERIU (1967) pp.235-260
- \_\_\_\_\_ (1967c): "Determinación y entorno" en COSERIU (1967), pp.282-323
- \_\_\_\_\_ (1977): *Principios de Semántica estructural*. Trad. de Martínez Hernández, Madrid, Gredos
- \_\_\_\_\_ (1978): "Lógica del lenguaje y lógica de la gramática" en *Gramática, Semántica, Universales*. Madrid, Gredos, pp.15-49
- COULMAS, F. (1981): "Idiomaticity as a Problem of Pragmatics" en PARRET, SBISA y VERSCHUEREN (eds.) (1981), pp.139-151
- COUMET, E., O. DUCROT y S. GATTEGNO (eds.) (1978): *Lógica y Lingüística*. Buenos Aires, Nueva Visión
- CRESSLEY, W.W. (1970): "Relatives and Interrogatives in Spanish", *Linguistics*, 58, pp.5-17
- CRISARI, M. (1975): "Sugli usi non istituzionali delle domande", *Lingua e stile* X,1, pp.29-56
- CRYSTAL, D. (1969): *Prosodic Systems and Intonation in English*. Cambridge, CUP
- CULICOVER, P. (1971): *Yes/No Questions, Tag Questions and the Role of Deep Structure*. Ph.D. (Re-

prod. por el IULC)

- CULICOVER, P. (1971b): "A Reconsideration of Dative Movement", *FL*, 7, pp.397-412
- CULICOVER, P., A. AKMAJIAN y T. WASON (eds.) (1977): *Formal Syntax*. Nueva York, Academic Press
- CUTLER, A. (1974): "On Meaning What You Say without Saying What You Mean", *CLS* 10, pp.117-127
- CHABANEAU, C. (1877): "Ti interrogativ en provençal moderne", *Romania*, 6, pp.442-443
- CHAFE, W.L. (1970): *Significado y estructura de la lengua*. Trad. esp. de J.A. Domínguez Martínez, 1976, Barcelona, Planeta
- CHARREYRE, C. (1978): "I et le Question Tag, ou le jeu de l'enonciation" en varios: *Explorations linguistiques et Stylistiques*. Univ. de Saint-Etienne, pp.145-160
- CHATMAN, J.R. (1961): "A Syntactical Study of the Indirect Interrogatives in Old Spanish", *DA*, 21, Florida State Univ.
- CHEVALIER, J.CL. (1969): "Registres et niveaux de langue: les problemes posés par l'enseignement des structures interrogatives", *Le français dans le monde*, 19, pp.35-40

- CHEVALIER, J.CL. y M. GROSS (eds.) (1976): *Méthodes en Grammaire française*. París, Klincksieck
- CHISHOLM, W.S.Jr. (ed.) (1984): *Interrogativity: A Colloquium on the Grammar, Typology and Pragmatics of Questions in Seven Diverse Languages*. Amsterdam-Filadelfia, John Benjamins Publ.Co.
- CHOMSKY, N.A. (1962): "The Logical Basis of Linguistic Theory" en LUNT (1962)
- \_\_\_\_\_ (1966): *Cartesian Linguistics*. Nueva York, Harper & Row (Trad. esp. de E. Wulff. Madrid, Gredos, 1972)
- \_\_\_\_\_ (1975): *Reflections on Language*. Nueva York, Pantheon (Trad. esp. de M.L. Freyre. Buenos Aires, Sudamericana 1978)
- \_\_\_\_\_ (1975b): "Questions of Form and Interpretation", *LA*, 1, pp.75-109 (Trad. esp. de A. García-Artal. *Cuadernos Teorema* 1977)
- \_\_\_\_\_ (1975c): *The Logical Structure of Linguistics Theory*. Nueva York, Plenum Press
- DARDEN, B.J. (1973): "On Confirmative Tag Sentences in English", *CLS*, 9, pp.104-113
- DASCALU, L. (1975): "What Are You Asking About?" (On the Intonation of Emphasis in Yes-No Questions)

RRL XX,5, pp.477-480

DASCALU, L. (1979): "On the Intonation of Questions in Romanian: The Rising Pattern", *RRL* XXIV,1, pp.35-41

DASCALU, L. y S.G. ERETESCU (1977): "Les questions annulées par l'intonation en roumain", *RRL* XXII,2, pp.139-146

DAUJOU-FLAUX, H. y P. DOSSANY (1977): "L'interrogative en français" en Varios: *Grammaire transformationnelle: Syntaxe et Lexique*. Univ. Lille III

DAVIDSON, D. y G. HARMAN (eds.) (1972): *Semantics of Natural Language*. Dordrecht, Reidel

DAVIS, J. (1971): "Tú, ¿Qué tú tienes?" en *Hispania*,54, pp.331-333

DEGROOT, A.W. (1945): "L'intonation de la phrase néerlandaise et allemande" *Cahiers Ferdinand de Saussure*,5, pp.17-31

DESNDDES, E. (1985): "Will You Ever Shave You Beard?" en BLONSKY (ed.), pp.12-15

DIAZ TEJERA, A. (1973): "La frase interrogativa como modalidad", *RSEL*,3,1, pp.95-116

- DIJK, T.A. (1981): *Studies in the Pragmatics of Discourse*. La Haya, Mouton
- DIK, S.C. (1980): *Studies in Functional Grammar*. Londres/ Nueva York, Academic Press
- DILLER, A.M. (1984): *La Pragmatique des questions et des réponses*. Tübingen, Gunter Narr
- DONNELLAN, K. (1972): "Proper Names and Identifying Descriptions" en DAVIDSON y HARMAN (eds.), pp.356-379
- DRESSLER, W.U. (ed.) (1977): *Proceedings of the Twelfth International Congress of Linguistics*. Viena
- DUBOIS-CHARLIER, F. y M. GALMICHE 1972 : *Semántica generativa*. Trad. de M.C. Barrado, Madrid, Narcea, 1978
- DUCROT, O. (1966): "Lógica y Lingüística" en E. COUMET, O. DUCROT y J. GATTEGNO (1978), pp.7-32
- \_\_\_\_\_ (1972): *Dire et ne pas dire. Principes de Semantique linguistique*. París, Hermann
- DUCROT, O. y T. TODOROV (1975): *Dictionnaire encyclopédique des sciences du Langage*. París, Seuil. Especialmente s.v. "Prosodie linguistique", "Langage et action", "Temps et modalité dans la langue".

DUMITRESCU, D. (1977): "Acerca del orden de las palabras en las interrogativas españolas" (I) *RRL*, XXII,2, pp.147-152

\_\_\_\_\_ (1977b): "Acerca del orden de las palabras en las interrogativas españolas" (II) *RRL*, XXII,4, pp.445-451

\_\_\_\_\_ (1979): "El sistema de las respuestas minimales en castellano" *RRL*, XXIV,1, pp.45-54

ECO, U. (1985): "Strategies of Lying" en BLONSKY (ed.) pp.3-11

EGLI, U. y H. SCHLEICHERT (1976): "A Bibliography on the Theory of Questions and Answers", *Linguistische Berichte*, 41, pp.105-123

ELVIRA, J. de (1984): *Los pronombres relativo-interrogativos en español medieval*. Tesis doctoral inédita. Univ. Autónoma, Madrid

ELLIOT, D.G. (1974): "Towards a Grammar of Exclamations" *FL*, 11, pp.231-246

ERADES, P.A. (1943): "On Alternative Repeated Questions" *English Studies*, 25, pp.41-45

ERNOUT, A. y F. THOMAS (1951): *Syntaxe latine*. París, Klincksieck

- ERVIN-TRIPP, S. (1979): "How to Make & Understand a Request" en PARRET, A., M. SBISA y J. VERSCHUEREN (eds.) (1981) pp.195-209
- ESCANDELL VIDAL, M.V. (1981): *Introducción al estudio de las estructuras interrogativas*. Memoria de Licenciatura. Universidad Complutense de Madrid. (Inédita)
- \_\_\_\_\_ (1984): "La interrogación retórica", *Dicenda* III, pp.9-37
- FAUCONNIER, G. (1981): "Questions et actes indirects" en *LF*, 52, pp.44-55
- FAURE, G. (1962): "Aspects et fonctions linguistiques des variations mélodiques dans la chaîne parlée" en LUNT (1962)
- FELDMAN, C.F. (1974): "Pragmatic Features of Natural Language", *CLS*, 10, pp.151-160
- FERGUSON, Ch. (19 ): "The Structure and Use of Politeness Formulas", *Language and Society*, 5, pp.137-151
- FERNANDEZ GONZALEZ, A.R., S. HERVAS y V. BAEZ (1977): *Introducción a la Semántica*. Madrid, Cátedra
- FERNANDEZ RAMIREZ, S. (1959): "Oraciones interrogativas españolas", *BRAE*, 39, pp.243-276



- FERRATER MORA, J. (1975-80): *Diccionario de Filosofía*. Madrid, Alianza. s.v. "pregunta"
- FICHT, H. (1978): "Supplement to a Bibliography on the Theory of Questions and Answers", *Linguistische Berichte*, 55, pp.92-114
- FILLMORE, Ch.J. (1968): "The Case for Case", en BACH y HARMS (1968), pp.1-83
- FILLMORE, Ch.J. y D.T. LANGENDOEN (eds.) (1971): *Studies in Linguistic Semantics*. Nueva York, Holt & Co.
- FISCHER, S. y J.J. FRANCKEL (eds.) (1983): *Linguistique, énonciation. Aspects et détermination*. Paris. Edit. de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales
- FLYDAL, L. (1964): "L'intonation interrogative et l'inversion, membres d'un paradigme hétérogène?" en KRAGER, S. (ed.) (1965), pp.275-280
- FODOR, J.A. y J.J. KATZ (1964): *The Structure of Language: Readings in the Philosophy of Language*. Englewood Cliffs, Prentice Hall
- FONAGY, I. (1982): *Situation et signification*. Amsterdam, John Benjamins
- FONTANIER, P. (1968 1821-1830 ): *Les figures du dis-*

*cours*. Editado por G. Genette, París,  
Flammarion

- FORGET, D. (1983): "Considérations semantiques et pragmatiques: La transparence dans le discours indirect" en *LI* VII:2, pp.221-236
- FORMAN, J. (1974): "The Speaker Knows Best Principle Or Why Some Complicated Facts About Indirect Speech Acts Are Really Obvious Facts About Questions and Declaratives", *CLS*, 10, pp.162-177
- FORTESCUE, M.D. (1980): *A Discourse Production Model for "Twenty Questions"*. Amsterdam, John Benjamins B.V.
- FOULET, L. (1921): "Comment ont évolué les formes de l'interrogation", *Romania*, 47, pp.243-348
- FOX, S.E. et al. (eds.) (1977): *The CLS Book of Squibs*. Chicago, Chicago Linguistic Society
- FRANCK, D. (1981): "Seven Sins of Pragmatics: Theses about Speech Act Theory, Conversational Analysis, Linguistics and Rhetoric" en *PARRER, SBISA y VERSCHUEREN* (1981), pp.225-236
- FRANCK, D. y J. PETÖFI (eds.) (1973): *Präsuppositionen in Philosophie und Linguistik*. Frankfurt, Athenaeum

- FRANTZ, D.G. (1973): "On Question Words", *LI*, 4, pp.531-534
- FREEMAN, C. (1976): "A Pragmatic Analysis of Tenseless Why-Questions", *CLS*, 12, pp.208-219
- FREGE, G. (1971 [1891-1904]): *Estudios sobre Semántica*. Trad. de U. Moulines. Barcelona, Ariel
- FREI, H. (1940): *Interrogativ et indéfini. Un problème de grammaire comparée et de linguistique générale*. Paris, Paul Genthner
- FROMAIGÉAT, E. (1938): "Les formes de l'interrogation en français moderne: leur emploi, signification et valeur stylistique", *Vox Romanica*, pp.2-47
- GABBAY, D.M. (1976): *Investigation in Modal and Tense Logics with Application to Problems in Philosophy and Linguistics*. Dordrecht, Reidel
- GALE, S. (1978): "A Prolegomenon to an Interrogative Theory of Scientific Inquiry", en *HIZ* (1978), pp.319-346
- GARCIA RIVERON, R. (1980): "Sobre la pregunta negativa" en *Colección de artículos de Lingüística*. (Colectivo de autores). Ciudad de la Habana, Editorial de Ciencias Sociales, pp.141-156

- GAZDAR, G. (1979): *Pragmatics: Implicature, Presupposition and Logical Form*. Nueva York, Academic Press
- \_\_\_\_\_ (1979b): "Reply to Kiefer", *Linguisticae Investigationes* III:2, pp.375-377
- GILI GAYA, S. (1960): "¿Es que...? Estructura de la pregunta general" en *Homenaje a Dámaso Alonso*, II, pp.91-98
- \_\_\_\_\_ (1961): *Curso superior de Sintaxis española*. Barcelona, Bibliograf (11<sup>a</sup> ed., 1973)
- GIURESCU, A. (1973): "L'interrogazione nell'italiano contemporaneo", *BSRLR*, 9, pp.51-59
- GIVON, T. (1973): "Opacity and Reference in Language: An Inquiry into the Role of Modalities" en KIMBALL (1973), pp.95-122
- GLEASON, H.A. Jr. (1955): *An Introduction to Descriptive Linguistics*. Nueva York, Holt & Co.
- GOCHET, P. (1981): "How to Combine Speech Act Theory with Formal Semantics: A New Account of Searle's Concept of Proposition" en PARRET, SBISA y VERSCHUEREN (1981), pp.251-261
- GOODY, E.N. (ed.) (1978): *Questions and Politeness Strategies in Social Interaction*. Cambridge, C.U.P.

- GORDON, O. y G. LAKOFF (1971): "Conversational Postulates", *CLS*, 7, pp.63-84. También en COLE y MORGAN (1975), pp.83-106
- GREEN, G.M. (1975): "How to Get People to Do Things with Words: The Whimperative Question" en COLE y MORGAN (1975), pp.107-142
- GREENBAUM, S. (1970): "The Question of *but*". *Folia Linguistica* III, pp.245-254
- GREENBERG, J.H. (1963): "Some Universals of Grammar with Particular Reference to the Order of Meaningfull Elements" en GREENBERG (ed.) *Universals of Language*. Cambridge (Mass.), The M.I.T. Press, pp.73-113
- \_\_\_\_\_ (ed.) (1978): *Universals of Human Language*. (4 vol.) Stanford, Stanford UP.
- GREWENDORF, G. (1981): "Answering as Decision Making: A New Way of Doing Pragmatics" en PARRET, SBISA y VERSCHUEREN (1981), pp.263-284
- GRICE, H.P. (1975): "Logic & Conversation" en COLE y MORGAN (eds.) (1975), pp.41-58
- GROSS, M. et al. (eds.) (1973): *The Formal Analysis of Natural Linguistics*. La Haya, Mouton
- GROSS, M. (1975): *Methodes en Syntaxe. Regime des estruc-*

*tures complementives.* París, Hermann

GROSSMAN, R.E. et al. (eds.) (1975): *Papers from the Parasession on Funtionalisms.* Chicago, CLS

GROSU, A. (1975): "The Position of Fronted Wh-Phrases"  
*LI*,6, pp.588-599

GRUNIG, B.N. (1981): *La clôture chomskyenne.* N°24 de  
DRLAV

HADLICH, R.L. (1971): *A Transformational Grammar of Spanish.* Englewood Cliffs, Prentice Hall  
(Trad. esp. Madrid, Gredos, 1975)

HALLIDAY, M.A.K. (1967): *Intonation and Grammar in British English.* La Haya, Mouton

---

(1970): "Functional Diversity in Language as Seen from a Consideration of Modality and Mood in English", *FL*,6, pp.322-361

---

(1978): *El lenguaje como semiótica social. La interpretación social del lenguaje y su significado.* México, FCE (1982)

HAMBLIN, C.L. (1973): "Questions in Montague English",  
*FL*,10, pp.41-54

HANKAMER, J. (1974): "On Wh-Indexing" en *N.E.L.S.*,5,  
pp.61-76

- HANKAMER, J. y P.M. POSTAL (1973): "Whose Gorilla?",  
*LI*, 4, p.261
- HARE, R.M. (1952): *El lenguaje de la moral*. (Trad. esp.  
de G.R. Carrió y E.A. Rebossi) México,  
UNAM, 1975
- HARNISH, R.M. (1979): "Meaning and Speech Acts",  
*Lingua*, 49, pp.331-354
- HARRAH, D. (1966): "Questions Generators", *JPhil* LXIII, 20,  
pp.606-608
- HARRE, R. (1973): *Introducción a la Lógica de las ciencias*. (Trad. de J.C. García Borrón), Barcelona, Labor
- HARRIES, H. (1972): "The Role of Cleft Sentence in the  
Formation of Questions and Answers: Some  
Evidence from German", *CLS*, 8, pp.124-138
- HARWEG, R. (1974): "Retardierte Fragen: Ein Beitrag zum  
Pragmatik und Textologie der Fragesätze"  
en *Linguistics*, 134, pp.9-19
- HAVERKATE, H. (1979): *Impositive Sentences in Spanish:  
Theory and Description in Linguistic Prag-  
matic*. Amsterdam, North-Holland
- \_\_\_\_\_ [1983]: "La sinceridad del hablante retóri-  
co: una investigación pragmalingüística".

Comunicación al Congreso Internacional de  
Semiótica e Hispanismo, Madrid, 1983 (Inédita)

HEIM, I. (1979): "Concealed Questions" en BAUERLE (1979)  
pp.51-60

HERNANDEZ ALONSO, C. (1970): *Sintaxis española*. Valla-  
dolid

HERNANDEZ ALONSO, C. y A. QUILIS (1977): *Lengua españo-  
la I*. Filosofía y Ciencias de la Educación.  
UNED

HERNANZ CARBO, M.L. (1982): *El infinitivo en español*.  
Bellaterra. Servicio de Publ. de la Univ.  
Autónoma de Barcelona

HEWER, J. (1976): "Interrogative Sentences in Kasem",  
*Linguistics*, 171, pp.5-18

HIGGINBOTHAM, J. & R. MAY (1981): "Questions Quantifiers  
and Crossing", *The Linguistic Review*, 1,  
pp.41-80

HINTIKKA, K.J.J., J.M.E. MORAVCSIK y P. SUPPERS (eds.)  
(1973): *Approaches to Natural Languages*.  
Dordrecht, Reidel

HINTIKKA, K.J.J. (1974): "Quantifiers vs Quantification  
Theory", *LI*, 5, pp.152-177



HINTIKKA, K.J (1974b): "Questions about Questions" en  
MUNITZ y UNGER (1974), pp.103-158

\_\_\_\_\_ (1975): "Answers to Questions" en HINTIKKA  
(ed.) (1975), pp.137-150. También en Hiz  
(ed.) (1978), pp.279-300

\_\_\_\_\_ (ed.) (1975): *The Intentions of Intentiona-  
lity and Other New Models for Modalities*.  
Dordrecht, Reidel

\_\_\_\_\_ (1976): *The Semantics of Questions and the  
Question of Semantics*. Amsterdam, North-  
Holland

\_\_\_\_\_ (1981): "Questions de réponses et bien  
d'autres questions encore", *LF*, 52, pp.56-65

HIRSCHBULER, P. (1979): *The Syntax and Semantics of  
Wh-Constructions*. Ph. D. Univ. Massachusetts  
(Reprod. por el IULC)

HIZ, H. (1962): "Questions & Answers", *JPh*, 10, pp.253-265

\_\_\_\_\_ (1978): "Difficult Questions" en HIZ (ed.),  
pp.211-226

\_\_\_\_\_ (ed.) (1978): *Questions*. Dordrecht, Reidel

HOLKER, K. (1981): *Zur semantischen und pragmatischen  
Analyse von Interrogativen*. Hamburgo, Buske

- HORN, G.M. (1983): *Lexical-Functional Grammar*. Berlín, Walter de Gruyter
- HUDDLESTON, R. (1970): "Two Approaches to the Analysis of Tag", *JL*, 6, pp.215-222
- HUDDLESTON, R. y O. UREN (1969): "Declarative, Interrogative and Imperative in French", *Lingua*, 22
- HUDSON, R.A. (1975): "The Meaning of Questions", *Lg*, 51, 1, pp.1-31
- HULL, R.D. (1975): "A Semantics for Superficial and Embedded Questions in Natural Language" en KEENAN (1975), pp.35-45
- HULL, R.D. y E.L. KEENAN (1973): "The Logical Presuppositions of Questions and Answers" en FRANCK y PETÖFI (eds.), pp.441-466
- HUOF, N. (1974): "Les relatives parenthétiques" en ROHRER y RUWET (1974)
- HURFORD, J.R. y B. HEASLEY (1983): *Semantics: a Course-book*. Cambridge, C.U.P.
- HUYNH-ARMANET, V. (1977): *Des structures syntaxiques de l'espagnol à l'analyse relationnelle des texts*. París, Honoré Champion
- JACKENDOFF, R.S.J. (1969): *Some Rules of Semantic Interpretation for English*. Ph.D. M.I.T.

JACKENDOFF, (1971): "On some questionable arguments about Quantifiers & Negation", *Lg*, 47, 2, pp. 282-297

\_\_\_\_\_ (1971b): "Modal Structure in Semantic Representation", *LI*, 2, pp. 479-535

\_\_\_\_\_ (1974): *Introduction to the  $\bar{X}$ -Convention*. (Reprod. por el IULC)

\_\_\_\_\_ (1977):  *$\bar{X}$  Syntax: A Study of Phrase Structure*. Cambridge (Mass.) The M.I.T. Press

\_\_\_\_\_ (1983): *Semantics and Cognition*. Cambridge, The M.I.T. Press

JACOBS, R.A. y P.S. ROSENBAUM (eds.) (1970): *Reading in English Transformational Grammar*. Waltham (Mass.), Ginn & Co.

JACQUES, F. (1981): "L'interrogation: force illocutoire et interaction verbale" en *LF*, 52, pp. 70-79

JESPERSEN, O. (1924): *The Philosophy of Grammar*. Nueva York, Holt & Co. (Trad. esp. de C. Manzano, Barcelona, Anagrama 1975)

\_\_\_\_\_ (1965): *A Modern English Grammar on Historical Principles*, Part V, Londres, Allen & Unwin

JOHNSON, D.E. (1975): "Why Delete Tense?", *LI*, 6, pp. 481-489

JONARE, B. (1976): *L'inversion dans la principale non-interrogative en français contemporain*.  
Uppsala, Textgruppen

JORET, Ch. (1877): "Un signe d'interrogation dans un patois français" en *Romania*, 6, pp.133-134

KACHRU, B.B. et al. (eds.) (1973): *Issues in Linguistics*.  
Urbana, Univ. of Illinois Press

KAHN, Ch.H. (1978): "Questions and Categories" en HIZ (1978), pp.227-278

KARTTUNEN, L. (1971): *Discourse Referents*. (Reprod. por el IULC)

\_\_\_\_\_ (1975): "Syntax and Semantics of Questions".  
Comunicación presentada a la Reunión de Invierno de la *Linguistic Society of America*.  
(Es la versión preliminar de su trabajo de 1977c)

\_\_\_\_\_ (1977): "To Doubt Whether" en FOX (1977),  
pp.58-59

\_\_\_\_\_ (1977b): "Whichever Antecedent" en FOX (1977)  
pp.60-61

\_\_\_\_\_ (1977c): "Syntax and Semantics of Questions"  
*Linguistics & Philosophy*, 1, pp.3-44. También  
en HIZ (1978), pp.165-210

KARTTUNEN, L. y F. KARTTUNEN (1977): "Even Questions",  
*NELS*, 7

KARTTUNEN, L. y S. PETERS (1976): "What Indirect Questions Conventionally Implicate", *CLS*, 12,  
 pp.351-358

KATZ, J.J. (1968): "The Logic of Questions" en ROOTSELAAR  
 y STAHL (eds.)

KATZ, J.J. y P.M. POSTAL (1964): *An Integrated Theory  
 of Linguistic Description*. Cambridge (Mass.)  
 The M.I.T. Press

KAYNE, R.S. (1973): "L'inversion du sujet en français  
 dans les propositions interrogatives", *Le  
 français moderne*, 41, pp.131-151

KAYNE, R.S. y J.-Y. POLLOCK (1978): "Stylistique Inver-  
 sion, Successive Cyclicity, and Move NP in  
 French", *LI*, 9, pp.595-621

KAZAZIS, K. (1977): "Intonation in Modern Greek Informa-  
 tion Questions" en FOX (1977), pp.62-63

KEENAN, E.L. (1971): "Quantifier Structures in English",  
*FL*, 7, pp.255-284

---

(1975): "Logical Expressive Power and Syntac-  
 tic Variation in Natural Language" en KEENAN  
 (ed.) (1975), pp.406-421

- KEENAN, E.L. (ed.) (1975): *Formal Semantics of Natural Language*. Cambridge, CUP
- KEENAN, E.L. y R.D. HULL (1973): "The Logical Syntax of Direct and Indirect Questions" en CORUM et al. (eds.) (1973), pp.348-371
- KEENAN, E.L. y K.D. BIMSON (1975): "Perceptual Complexity and the Cross-Language Distribution of Relative Clauses and NP Question Types" en GROSSMAN et al (eds.) (1975), pp.253-259
- KELEMEN, J. (1977): "La question indirecte a la lumière de la description contrastive" en *Le Français Moderne*, 45, 2, pp.144-155
- KEMPSON, R.M. (1975): *Presupposition & the Delimitation of Semantics*. London, CUP
- \_\_\_\_\_ (1977): *Semantic Theory*. Cambridge, CUP  
(Trad. R. Cerdá, Barcelona, TEIDE)
- KENISTON, H. (1937): *The Syntax of Castilian Prose*. Chicago, Chicago UP
- KEYSER, S.J. (ed.) (1978): *Recent Transformational Studies in European Languages*. (Linguistic Inquiry Monograph 3), Cambridge (Mass.), M.I.T. Press
- KIEFER, F. (1979): "What do Conversational Maxims Explain?" *Linguisticae Investigationes* III, 1, pp.57-74

- KIEFER, F. (1979b): "A Brief Rejoinder" en *Linguisticae Investigationes* III,2, pp.379-381
- \_\_\_\_\_ (1980): "Yes-No Questions as Wh-Questions" en SEARLE, KIEFER y BIERWISCH (eds.) (1980), pp.97-119
- \_\_\_\_\_ (1981): "Questions & Attitudes" en W. KLEIN & W. LEVELT (eds.) (1981), pp.159-176
- KIMBALL, J.P. (ed.) (1972): *Syntax and Semantics*. Nueva York, Seminar Press
- KIRCHNER, G. (1950): "A Few Sidelights on Appended Questions", *English Studies*,31, pp.174-178
- KLEIN, W. (1981): "Some Rules of Regular Ellipsis in German" en W. KLEIN y W. LEVELT (eds.) (1981), pp.51-78
- KLEIN, W. y W. LEVELT (eds.) (1981): *Crossing the Boundaries in Linguistics*. Dordrecht, Reidel
- KLIMA, E.S. (1962): "Relatedness between Grammatical Systems", *Quarterly Progress Report*, 69 (Research Laboratory of Electronics M.I.T.)
- \_\_\_\_\_ (1964): "Negation in English" en FODOR y KATZ (eds.) (1964), pp.246-373
- KNOWLES, L. (1980): "The Tag as a Parenthetical", *Studies in Language* IV,3, pp.379-409

- KOUTSODAS, A. (1968): "On Wh-Words in English", *JL*, 4, pp.267-273
- KRAGER, S. (ed.) (1965): *Proceedings of the Fifth International Congress of Phonetic Sciences*. (Münster, Agosto, 1964)
- KRISTEVA, J., J.-C. MILNER y N. RUWET (eds.) (1975): *Langue, discours, société. Pour Emile Benveniste*. París, Seuil
- KUNO, S. y J.J. ROBINSON (1972): "Multiple Wh-Questions", *LI*, 3, pp.463-487
- KURODA, S.-Y. (1968): "English Relativization & Certain Related Problems", *Lg*, 44, pp.244-266
- \_\_\_\_\_ (1979): "Katz and Langendoen on Presupposition" en OH, Ch.-K. y D.A. DINNEEN (eds.) (1979), pp.183-198
- LADD, D.R. (1981): "A First Look at the Semantic & Pragmatics of Negative Questions and Tag Questions", *CLS*, 17, pp.164-171
- LAKOFF, G. (1971): "On Generative Semantics" en STEINBERG y JAKOBOVITS (eds.) (1971), pp.232-296
- \_\_\_\_\_ (1974): "Syntactic Amalgams" en *CLS*, 10, pp.321-344



LAKOFF, R. (1971): "If's, And's and But's about Conjunction" en FILLMORE y LANGENDOEN (eds.) (1971), pp.115-150

\_\_\_\_\_ (1973): "Questionable Answers and Answerable Questions" en KACHRU et al. (ed.) (1973), pp.453-467

LAKOFF, G. y H. THOMPSON (1975): "Dative Questions in Cognitive Grammar" en GROSSMAN et al. (ed.) (1975), pp.337-350

LANG, R. (1978): "Questions as Epistemic Requests" en HIZ (ed.) (1978), pp.301-318

LANGACKER, R.W. (1974): "The Question of Q", *FL*, 11, pp.1-37

LARSON, R. y R. COOPER (1982): "The Syntax and Semantics of When-Question", *L&P* 5,1, pp.155-169

LATRAVERSE, F. y S. LEBLANC (1981): "On the Delimitation of Semantics and the Characterization of Meaning: Some Remarks" en PARRET, SBISA y VERSCHUEREN (eds.) (1981), pp.339-411

LAUSBERG, H. 1963 : *Elementos de Retórica literaria*. (Munich, Max Hueber Verlag) Trad. esp. de M. Marín Casero, Madrid, Gredos, 1975

LAZARO CARRETER, F. (1974): *Diccionario de términos filológicos*. (3<sup>a</sup> ed.), Madrid, Gredos

LAZARO CARRETER, F. (1975): "El problema del artículo en español" en *Homenaje a la memoria de don Antonio Rodríguez Moñino*, Madrid, Castalia, pp.347-371. Recogido en LAZARO CARRETER (1980), pp.27-59

---

1976 : "El mensaje literal" en LAZARO CARRETER (1980), pp.149-171

---

(1980): *Estudios de Lingüística*. Barcelona, Crítica

LEECH, G.N. (1981): "Pragmatics and Conversational Rhetorics" en PARRET, SBISA y VERSCHUEREN (1981), pp.413-441

---

(1980): *Explorations in Semantics and Pragmatics*. Amsterdam, John Benjamins

---

(1983): *Principles of Pragmatics*. Londres/Nueva York, Longman

LEONARDI, P. y M. SANTAMBROGIO (1979): "Pragmatics, Language Games, Questions & Answers" en PARRET, SBISA y VERSCHUEREN (1981), pp.443-471

LERAT, P. (1983): *Sémantique descriptive*. Paris, Hachette

LEVINSON, S.C. (1981): "The Essential Inadequacies of Speech Act Models of Dialogue" en PARRET, SBISA y VERSCHUEREN (1981), pp.473-492

- LEWANDOWSKI, T. (1982): *Diccionario de Lingüística*.  
(Trad. de M.-L. Garci Denche y E. Bernárdez),  
Madrid, Cátedra
- LIPSKI, J.M. (1977): "Preposed Subjects in Questions:  
Some Considerations", *Hispania*, 60, pp.61-67
- LONGACRE, R.E. (1976): *An Anatomy of Speech Notions*.  
Lisse, Peter de Ridder Press, pp.165-196
- LORENZO, E. (1970): "La oración interrogativa en el in-  
glés hablado", *Filología Moderna*, 39
- LOZANO, J., C. PEÑA-MARTIN y G. ABRIL (1982): *Análisis  
del discurso. Hacia una semiótica de la in-  
teracción textual*. Madrid, Cátedra
- LUNT, H.G. (ed.) (1962): *Proceedings of Ninth Internatio-  
nal Congress of Linguistics*. La Haya, Mouton
- LYONS, J. (1970): *Chomsky*. Londres, Fontana/Collins  
(Trad. esp. de J. Romá. Barcelona, Grijal-  
bo, 1974)
- \_\_\_\_\_ (1977): *Semantics*. (2 vol.). Londres, CUP.  
(Hay traducción española de R. Cerdá, Barce-  
lona, Teide, 1980) Citamos por la edición  
inglesa.
- \_\_\_\_\_ (1981): *Lenguaje, significado y contexto*.  
(Trad. esp. S. Alcoba), Barcelona, Paidós,  
1983

- MAINGUENEAU, D. (1981): *Approche de l'énonciation en Linguistique française*. Paris, Hachette
- MALING, J.M. (1978): "An Asymetry with Respect to Wh-Islands", *LI*, 9, pp.75-89
- MALONE, J.L. (1978): "Generative-transformational Studies in English Interrogatives" en HIZ (ed.) (1978), pp.37-85
- MARCOS PEREZ, P.J. (1976): *La expresión de ruego y de mandato en la lengua inglesa*. Madrid, SGEL
- MARCHESE, A. (1978): *Dizionario di Retorica e di Stilistica*. Milano, Arnoldo Mondadori, Editore
- MARTINET, A. (1960): *Elementos de Lingüística general*. París, A. Colin (Trad. esp. de J. Calonge. Madrid, Gredos, 1965)
- Mc CAWLEY, J.D. (1968): "The Role of Semantics in a Grammar" en BACH y HARMS (eds.) (1968), pp.125-160
- \_\_\_\_\_ (1981): *Every Thing that Linguists Have Always Wanted to Know about Logic but Were Ashamed to Ask*. Oxford, Basil, Blackwell
- MEILLET, A. y J. VENDRYES (1966): *Traité de Grammaire comparée des langues classiques*. (4<sup>a</sup> ed.) Paris, Librairie ancienne Honoré Champion

MENENDEZ PIDAL, R. (1973): *Manual de gramática histórica española*. (14<sup>a</sup> ed.), Madrid, Espasa Calpe

MERRIT, M. (1976): "On Questions Following Questions in Service Encounters", *Language in Society*, 5, pp.315-357

MEY, J.L. (1979): *Pragmalinguistics. Theory and Practice*. La Haya, Mouton

MEYER, M. (1981): "La conception problématique du langage", *LF*, 52, pp.80-99

\_\_\_\_\_ (ed.) (1981): *L'interrogation. Langue Française*, 52, (Número monográfico)

\_\_\_\_\_ (1982): *Logique, langage et argumentation*. Paris, Hachette

MILNER, J. (1973): "Analyse de la relation question-réponse en allemand" en *Semiótica*, IX, 3, pp.219-240

\_\_\_\_\_ (1973b): "Elements pour une théorie de l'interrogation", *Communications*, 20, pp.19-39

\_\_\_\_\_ (1977): "Des hypothèses sur l'activité du locuteur. L'ambiguïté et la fonction de certaines questions en *pourquoi...ne pas*" en *Journal de Psychologie*, 2, pp.227-242

MILNER, J. y J.-C. MILNER (1975): "Interrogations, reprises, dialogue" en KRISTEVA, MILNER & RUWET (1975), pp.122-148

MILNER, J.-C. (1974): "Les exclamatives et le complementizer" en ROHRER y RUWET (eds.), 1974

---

(1978): *De la Syntaxe a l'interprétation. Quantités, insultes, exclamations*. Paris, Seuil

---

(1979): "La redondance fonctionnelle", *Linguisticae Investigationes*, III,1, pp.87-145

MOENNIG, H. (1977): "Meaning and Speaker's Intention", *Studies in Language*, 1,3, pp.379-391

MOIGNET, G. (1966): "Esquisse d'une théorie psycho-mécanique de la phrase interrogative", *Langages*, 3, pp.49-66

MONTAGUE, R. (1972): "Pragmatics and Intensional Logic" en DAVIDSON y HARMAN (eds.), pp.142-168

MOORE, T. & Ch. TARUNG (1982): *Understanding Language: Towards a Post-Chomskyan Linguistics*. Londres, Macmillan

MOREAU, M.-L. (1978): "Quel est SN? La question et les réponses", *Revue des langues vivantes*, 44, n°4, pp.343-359

- MORGAN, J.L. (1975): "Some interactions of Syntax and Pragmatics" en COLE & MORGAN (1975), pp.289-303
- \_\_\_\_\_ (1975b): "Some Remarks on the Nature of Sentences" en GROSSMAN et al. (eds.) (1975), pp.433-449
- MORIN, Y.C. (1973): "Tag Questions in French", *LI*,4, pp.97-100
- MORPURGO-TAGLIABUE, G. 1979 : "Grammar, Logic and Rhetoric in a Pragmatic Perspective" en PARRET, SBISA y VERSCHUEREN (1981), pp.493-508
- MUNITZ, M.K. y P.K. UNGER (eds.) (1974): *Semantics and Philosophy*. Nueva York. Univ. Press
- NAKADA, S. (1973): "Pseudo-clefts", *CLS*,9, pp.428-441
- NAVARRO, T. (1914): *Manual de entonación española*. Nueva York
- NIEGER, M. y M. PARADIS (1975): "L'interrogation indirecte", *Recherches linguistiques à Montreal*,4, pp.91-117
- NYSTRAND, M. (ed.) (1982): *What Writers Know. The Language, Process and Structure of Written Discourse*. Nueva York, Academic Press

OBENAUER, H.G. (1974): "Combien je suppose qu'il faut de regles pour isoler *combien*" en ROHRER y RUWER (eds.) 1974

---

(1976): *Etudes de Syntaxe interrogative du français: "Quoi", "combien" et le "complémenteur"*. Tubingen. Max Niemayer Verlag

---

(1977): "Syntaxe et interpretation: *que interrogatif*", *Le français Moderne*, 48, pp.305-341

---

(1981): "Le principe des catégories vides et la syntaxe des interrogatives complexes", *LF*, 52, pp.100-120

O'CONNOR, J.D. (1955): "The Intonation of Tag Questions in English", *English Studies*, 36, pp.97-105

OH, Ch.-K. y D.A. DINNEEN (eds.) (1979): *Syntax & Semantics*. vol.11, *Presupposition*. Nueva York, Academic Press

OLIVARES VAQUERO, M.D. (1978): "Quelques aspects de l'interrogation directe dans la conversation du français moyen du XX<sup>e</sup> siècle", *Verba*, 5, pp.365-376

ORLETTI, F. 1979 : "Classroom Verbal Interaction: A Conversational Analysis" en PARRET, SBISA y VERSCHUEREN (1981), pp.531-549



- PAILLARD, D. (1983): "Détermination et opérations énonciatives: le fonctionnement de certains indéfinis en russe" en S. FISCHER y FRANCKEL (eds.) (1983), pp.31-44
- PANTHER, K.-U. (1981): "Indirect Speech Acts Markers or Why Some Linguistic Signs Are Non-Arbitrary", *CLS*, 17, pp.295-302
- PARIS, G. (1977): "*Ti*, signe d'interrogation", *Romania*, 6, pp.439-442
- PARISI, D. y C. CASTELFRANCHI (1981): "A Goal Analysis of Some Pragmatic Aspects of Language" en PARRET, SBISA y VERSCHUEREN (eds.) (1981), pp.551-567
- PARRET, H. (1979): "Ce qu'il faut croire et désirer pour poser une question", *Langue française*, 42, pp.85-93
- PARRET, A., M. SBISA y J. VERSCHUEREN (eds.) (1981): *Possibilities & Limitations of Pragmatics. Proceedings of the Conference on Pragmatics. (Urbino, Julio 8-14, 1979)*. Amsterdam, John Benjamins
- PERELMAN, Ch. y L. OLBRECHTS-TYTECA (1970): *Traité de l'argumentation. La nouvelle rhétorique*. Bruselas. Editions de l'Université de Bruxelles

- PIKE, K.L. (1945): *The Intonation of American English*.  
Ann Arbor. Univ. Michigan Press
- PILLEUX, M. (1974-75): "Pronombres interrogativos desde un punto de vista generativo-transformacional", *Estudios Filológicos*, 10 (Facultad de Letras y Educación, Univ. Austral de Chile, Valdivia), pp.145-154
- POGGI, I., C. CASTELFRANCHI y D. PARISI (1981): "Answers, Replies and Reaction", en PARRET, SBISA y VERSCHUEREN (eds.) (1981), pp.569-591
- POPE, E.N. (1971): "Answers to Yes-No Questions", *LI*, 2, pp.69-82
- \_\_\_\_\_ (1973): "Question-Answering Systems", *CLS*, 9, pp.482-490
- \_\_\_\_\_ (1975): *Questions and Answers in English*.  
Ph.D. M.I.T. (Reprod. por el IULC, 1975.  
Public. en La Haya, Mouton, 1976)
- POTTIER, B. (1970): *Gramática del español*. Trad. de A. Quilis. Madrid, Alcalá
- PRIOR, A.N. y M. PRIOR (1955): "Erotetic Logic", *Phil. Rev.*, 64, pp.43-54
- PY, B. (1971): *La interrogación en el español hablado de Madrid*. Bruselas, Aimav

QUILIS, A. (1977): *Lengua española I* (Filología) Madrid, UNED

---

(1981): *Fonética acústica de la lengua española*. Madrid, Gredos

QUINTILIANO: *Institutio oratoria*. Ed. y trad. inglesa de H.E. BUTLER (Londres: William Heinemann/Cambridge, Mass.: Harvard Univ. Press. (1966) (4<sup>a</sup> ed.)

QUIRK, R.J. (1972): "On the Extent and Origin of Questions in the Form ¿Qué tú tienes?", *Hispania*, 55, n°2, pp.303-304

RAE, (1973): REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (COMISION DE GRAMATICA): *Esbozo de una nueva Gramática de la lengua española*. Madrid, Espasa-Calpe

RECANATI, F. (1979): *La transparence et l'énonciation. Pour introduire à la Pragmatique*. París, Au Seuil

---

(1982): "Déclaratif/non déclaratif", *Langages*, 67, pp.23-31

REE, J.J. (1981): "The Problem of the Pragmatic & Universality of a Disyuntive Type of Yes/No-Questions", *CLS*, 17, pp.311-317

RICOEUR, P. et al. (1977): *La Semantique de l'action*. París, C.N.R.S.

RICHARDS, B. (1971): "Searle on Meaning and Speech Acts",  
*FL*, 7, 4, pp. 519-538

RICHARDS, J.C. (1977): "Answers to Yes/No Questions",  
*English Language Teaching*, 21, pp. 136-141

RIGAU i OLIVER, G. (1981): *Gramàtica del discurs*. Barcelona, Departament de Filologia Hispànica de l'Universitat Autònoma

RIGAULT, A. (1962): "Réflexions sur le statut phonologique de l'intonation" en LUNT (ed.) (1962), pp. 849-858

RIVERO, M.L. (1972): "Remarks on Operators and Modalities", *FL*, 9, pp. 209-241

\_\_\_\_\_ (1977): "Referencia y especificidad" en M.L. RIVERO: *Estudios de gramática generativa del español*. Madrid, Cátedra, pp. 125-161

\_\_\_\_\_ (1978): "Topicalization and Wh Movement in Spanish", *LI*, 9, pp. 13-17

\_\_\_\_\_ (1980): "On Left-Dislocation and Topicalization in Spanish", *LI*, 11, pp. 363-393

RIZZI, L. (1982): *Issues in Italian Syntax*. Dordrecht, Foris

\_\_\_\_\_ (1982b): "Negation, Wh-movement & the Null Subject parameter" en RIZZI (1982) pp. 117-184

ROCA PONS, J. (1970): *Introducción a la gramática*.  
(2<sup>a</sup> ed.) Barcelona, Teide

ROHRER, G. y N. RUWET (eds.) (1974): *Actes du colloque franco-allemand de Grammaire transformationnelle*. Tubingen

ROMPORTL, M. (1955): "Zum Problem der Fragemelodie",  
*Lingua* V,1, pp.87-108

ROOTSELAR, B. van y J.F. STAHL (eds.) (1968): *Logic, Methodology and Philosophy of Science III*,  
Amsterdam, Noth-Holland

ROSS, J.R. (1969): "Guess Who", *CLS*,5, pp.252-286

\_\_\_\_\_ (1970): "On Declarative Sentences" en JACOBS  
y ROSENBAUM (1970), pp.222-272

\_\_\_\_\_ (1975): "Where to Do Things With Words" en  
COLE y MORGAN (1975), pp.233-256

\_\_\_\_\_ (1977): "Guess!", *CLS*,13, pp.515-544

ROSSETTI, L. [1981]: "Logica informale e logica formale"  
(Inédito)

\_\_\_\_\_ (1981): "L'arte del dire nell'Atene dei  
secc.V e IV" en *Giornale Italiano di Filologia* XII, XXXIII,2, pp.261-266

ROSSI, M., D. HIRST y A. di CRISTO (1980): "Continuation et question" en *Varios L'Intonation: De la Acoustique à la Semantique*. París, Klincksieck, 1981, pp.149-177

RUHL, C. (1974): "The Verb Ask", *CLS*, 10, pp.588-598

SADOCK, J.M. (1970): "Whimperatives" en SADOCK y VANEK (eds.) (1970), pp.223-239

\_\_\_\_\_ (1971): "Queclaratives", *CLS*, 7, pp.223-231

\_\_\_\_\_ (1972): "Speech Acts Idioms" en *CLS*, 8, pp.329-339

\_\_\_\_\_ (1974): *Towards a Linguistic Theory of Speech Acts*. Nueva York, Academic Press

SADOCK, J.M. y A. VANEK (1970): *Studies Presented to Robert B. Lees by his Students*. Edmonton, Linguistic Research Inc.

SAG, I.A. y M. LIEBERMAN (1975): "The Intonational Disambiguation of Indirect Speech Acts", *CLS*, 12, pp.487-497

SAGÜES SUBIJANA, M. (1983): *Manual de Gramática Española*. San Sebastián, Txertoa

SALVA, V. (1835): *Gramática de la lengua castellana según ahora se habla*. (2<sup>a</sup> ed.) París

SANDEFELD, K. (1928): *Syntaxe du français contemporain*.

I: *Les Pronoms*. París, Honaré Champion

SARLES, H.B. (1970): "An Examination of the Question-Response System in Language", *Semiotica*, II, 1, pp.79-101

SBISA, M. (ed.) (1978): *Gli atti linguistici. Aspetti e problemi di filosofia del linguaggio*. Milano, Peltrinelli

SCHMIDT-RADEFELDT, J. (1977): "On So-called Rhetorical Questions" en *Journal of Pragmatics*, 1, pp.375-392

SEARLE, J. (1969): *Speech Acts: An Essay in the Philosophy of Language*. Cambridge, CUP. (trad. esp. de L.M.Valdés Villanueva. *Actos de habla. Ensayo de Filosofía del lenguaje*. Madrid, Cátedra, 1980)

---

(ed.) (1971): *The Philosophy of Language*. Oxford, O.U.P.

---

(1975): "Indirect Speech Acts" en COLE y MORGAN (eds.) (1975), pp.59-82

---

(1979): *Expression and Meaning. Studies in the Theory of Speech Acts*. Cambridge, CUP

SEARLE, J., F. KIEFER y M. BIERWISCH (eds.) (1980): *Speech Acts Theory and Pragmatics*. Dordrecht, Reidel

- SEIDEL, E. (1970): "Zur Problematik der Satzdefinition"  
en *Linguistique générale: Hommage à Eric  
Buyssens*. Bruselas, Univ. Libre, pp.213-232
- SIERTSEMA, B. (1962): "Timbre, Pitch and Intonation",  
*Lingua*,1, pp.388-398
- SMITH, N.U. (ed.) (1982): *Mutual Knowledge*. Nueva York/  
Londres, Academic Press
- SØRENSEN, V. (1981): "Coherence as a Pragmatic Concept"  
en PARRET, SBISA y VERSCHUEREN (eds.) (1981),  
pp.657-682
- SPANG, K. (1979): *Fundamentos de retórica*. Pamplona,  
Edic. de la Universidad de Navarra
- SPERBER, D. y D. WILSON (1986): *Relevance. Communication  
and Cognition*. Oxford, Basil Blackwell
- STAHL, G. (1956): "La lógica de las preguntas", *Anales  
de la Universidad de Chile*,102, pp.71-75
- STALKER, D.F. (1973): "Some Problems with Lakoff's Natu-  
ral Logic", *FL*,10, pp.527-544
- STAMP, D.W. (1974): "Atributives and Interrogatives" en  
MUNITZ y UNGER (eds.) (1974), pp.159-196
- \_\_\_\_\_ (1975): "Meaning & Truth in the Theory of  
Speech Acts" en COLE y MORGAN (eds.) (1975),  
pp.1-39



- STECHOW, A von (1981): "Topic, Focus & Local Relevance" en KLEIN y LEVELT (eds.) (1981), pp.95-130
- STEEL, B. (1976): *A Manual of Colloquial Spanish*. Madrid, SGEL
- STEINBERG, D.D. y L.A. JACOBOWITS (eds.) (1971): *Semantics: An Interdisciplinary Reader in Philosophy, Linguistics and Psychology*. Cambridge, C.U.P.
- STEINMANN, M. (1982): "Speech-Act Theory & Writing" en NYSTRAND (ed.) (1982), pp.291-323
- STOURDZE, C. (1962): "L'inversion du sujet dans la phrase interrogative", *Le français dans le monde*, 12
- STRAWSON, P.F. (1950): "Sobre el referir" en STRAWSON (1983), pp.11-39
- \_\_\_\_\_ (1964): "Intención y convención en los actos de habla" en STRAWSON (1983), pp.171-193
- \_\_\_\_\_ (1983): *Ensayos lógico-lingüísticos*. (Trad. esp. de A. García Suárez y L.M. Valdés Villanueva) Madrid, Tecnos
- SZANIAWSKI, K. (1977): "Questions and their Pragmatic Value" en BOGDAN y NIINILOUTO (eds.) (1977) pp.121-123

- TESNIERE, L. (1959): *Eléments de Syntaxe structurale*. Paris, Klincksieck (2<sup>a</sup> ed. 1966). Especialmente LIVRE C: L'interrogation et la negation. pp.191-237
- THIMANN, I.C. (1970): *Questions et réponses*. Oxford, Pergamon Press
- TRAVIS, A. (1975): "Pushing Forms & Meanings Around: On the Non-Standard Interpretation of Surface Structures" en GROSSMAN et al. (eds.) (1975), pp.512-526
- TRAVIS, Ch. (1981): *The True and the False: The Domain of the Pragmatic*. Amsterdam, John Benjamins
- TREGIDGO, P.S. (1982): "Must and May: Demand & Permission" *Lingua*, 56,1, pp.75-92
- TRUITNER, K.L. y T. DUNNINGAN (1972): "Wh-Questions in Ojibwe", *CLS*, 8, pp.359-365
- TRUJILLO, R. (1983): "La Semántica" en YLLERA y otros (1983), pp.185-215
- TURNBULL, F. (1963): "La frase interrogativa en la poesía contemporánea", *BRAE*, 43, pp.473-605
- ULTAN, R. (1969): "Some General Characteristics of Interrogative Systems", *Working Papers in Language Universals*, 1, pp.45-63. También en GREENBERG (1978), pp.211-248

- VAANANEN, V. (1967): *Introducción al latín vulgar*. (Trad. esp. M. Carrión) Madrid, Gredos, 1971
- VALIN, R. (ed.) (1971): G. GUILLAUME: *Leçons de Linguistique*. Québec, Presses de L'Univ. Laval
- VAN DAM, C.F.A. y H.Th. OOSTENDORP (1982): *Gramática neerlandesa*. (3<sup>a</sup> ed.), Madrid, Servicio de Publicaciones del MEC
- VAN DER AUWERA, J. (1979): "Pragmatic Presupposition: Shared Beliefs in a Theory of Irrefutable Meaning" en OH y DINNEEN (eds.) (1979), Nueva York, Academic Press, pp.249-264
- VAN VALIN, R.D. (1975): "German *Doch*: The Basic Phenomenon", *CLS*, 11, pp.625-637
- VINCENT, J.M. y C. CASTELFRANCHI (1981): "On the Art of Deception: How to Lie while Saying the Truth" en PARRET, SBISA y VERSCHUEREN (1981), pp.749-777
- WACHOWICZ, K.A. (1978): "Morpheme Hypothesis, Performative Analysis and an Alternative" en HIZ (ed.) (1978), pp.150-164
- WIERZBICKA, A. (1980): *Lingua Mentalis. The Semantics of Natural Language*. Sydney/Nueva York, Academic Press

- WILMET, M. (1976): "Oui, si et non en français moderne"  
*Le français moderne*, 44, pp.229-253
- WINDROSS, M. (1964): "Question Types", *LA*, 2, pp.495-500
- WITTGENSTEIN, L. (1953): *Philosophische Untersuchungen*.  
*Philosophical Investigations*. (Trad. de  
G.E.M. Anscombe) Oxford, Basil Blackwell
- WOOLFORD, E. (1978): "Free Relatives & Other Base Gene-  
rated WH-Constructions", *CLS*, 14, pp.482-490
- WUNDERLICH, D. (1977): "On the Semantics of Questions"  
en DRESSLER & MEID (eds.) (1977), pp.243-246
- \_\_\_\_\_ (1981): "Questions about Questions" en KLEIN  
y LEVELT (eds.) (1981), pp.131-158
- YLLERA, A. Y otros (1983): *Introducción a la Lingüística*.  
Madrid, Alhambra
- ZUBER, R. (1982): "Marche modali e performativi espliciti"  
en Varios: *La lingua attivata*. Milán, Franco  
Angeli, pp.111-120
- ZWICKY, A.M. (1971): "On Reported Speech" en FILLMORE y  
LANGENDOEN (eds.) (1971), pp.73-80
- ZWICKY, A.M. y A.D. ZWICKY (1971): "How come and What  
for", *Working Papers in Linguistics Ohio*, 8